

El lado
oscuro
de
Óscar
White



ANNABEL VÁZQUEZ

El lado oscuro de Óscar White

Annabel Vázquez (@Lebanna8)

Búscame en Wattpad: Lepidoptera84

*Los desafíos hacen que descubras cosas sobre ti mismo
que en realidad no sabías. Son lo que hacen que el
instrumento se extienda, lo que te hacen ir más allá de lo
normal.*

Cicely Tyson

Agradecimientos

Siento que al finalizar cualquier proyecto debo dedicar un espacio para dar las gracias a todas las personas que de alguna forma han contribuido al desarrollo del mismo. Puede que tan solo hayan ofrecido una palabra de ánimo en el momento oportuno, mostrado paciencia y comprensión cuando la he requerido, o me hayan prestado sus ojos para ver a través de ellos y corregir mis fallos, en cualquier caso, este trabajo no hubiera sido el mismo sin ellos.

Agradezco a mis dos amores, David y Noah, por ser la fuente de mi felicidad e inspiración.

Antonio M. por ayudarme en el arduo trabajo de corrección y apostar por mí sin apenas conocerme.

Juan N. por ser el primero en leer mi novela y ofrecerme su opinión.

Sin olvidar a todos los lectores que me siguen y me animan a enfrascarme en nuevas aventuras.

Gracias por estar ahí.

Prefacio

Nunca había pensado en cómo iba a morir, creía que disponía de más tiempo para eso, pero ahora que se acerca el final de mi vida, todo adquiere otro cariz. De repente dejan de importarme cosas que antes creía esenciales y valoro otras, pequeños detalles en los que nunca había reparado.

Con la respiración contenida, miré a mi alrededor. Los imponentes árboles se alzaban sobre mi cabeza como gigantes de madera recubiertos de mullido musgo verde, emitiendo roncós susurros a causa del gélido viento que se filtraba por el dosel de ramas hasta alcanzar el suelo, desplazando hojas secas y pequeñas piedras. Las frondosas copas apenas me resguardaban de la humedad que se extendía por todas partes, eso era, sin lugar a dudas, lo que llevaba peor. El agua estaba presente en la ropa que me cubría, en el suelo en el que estaba sentada, en las hojas que goteaban, incesantes, sobre mi cabeza...

Pese a todo, no podía negar que el paisaje era hermoso. Ya puestos, era un buen lugar para morir; si no fuera por el frío, sería incluso agradable.

Suspiré y cerré los ojos, el cansancio empezaba a hacer mella y cada vez era más intenso.

Es curioso, pero al ver tan cerca el final de mi vida, debía admitir que no me asustaba la muerte en sí, lo que realmente me atemorizaba era desaparecer, dejarlo todo sin haber aportado nada. A mi corta edad no había hecho nada de provecho, ni siquiera le había dicho a la gente que me importa lo mucho que la quiero. Es como si solo hubiese estado de paso en este mundo y ya era demasiado tarde para intentar arreglarlo.

Las lágrimas bañaron mis mejillas. Me afané en enjuagarlas con la mano.

De forma involuntaria moví la pierna derecha y no pude reprimir una mueca de dolor. Armándome de un valor inconmensurable me atreví a mirarla. La brecha se había cerrado por partes, la sangre seca había formado una costra en algunas zonas, pero otras tenían un insalubre color crema de donde emanaba una sustancia viscosa y transparente. Volví a cubrir cuidadosamente mi herida y desvié la vista al cielo, aún disponía de tiempo para pensar en todos los acontecimientos importantes que habían ocurrido en mi vida. Recordar era mi manera de despedirme de todo lo que, inexorablemente, iba a dejar atrás.

1. El anuncio

Edmund Mäkinen, un hombre peculiar.

Un loco, aventurero, filósofo, un filántropo tal vez. Sea como fuere era evidente que sus rarezas crecían tan rápido como sus negocios. Se le podía llamar visionario del siglo XXI y es por eso que todos querían trabajar para él.

Casi no me lo podía creer cuando, de forma inesperada, vi un anuncio en el periódico de la mañana. Tenía la mala costumbre de tomar café y leer el periódico meciéndome sobre la silla a dos patas, el suave balanceo me relajaba, pero en esa ocasión, la sorpresa hizo que aterrizara de espaldas contra el suelo.

«¡Es la leche!»

Y ese fue el instante exacto en el que toda mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. A partir de entonces ya nada volvería a ser igual, se desencadenaría un suceso tras otro y se tambalearían los cimientos sobre los que se sustentaba todo mi mundo. Sin embargo, ahora que sé cuál fue la chispa que prendió la mecha, puedo asegurar que no cambiaría absolutamente nada.

Inspiré hondo, intentando calmarme y volví a leer la oferta de empleo con detenimiento.

«¡Es increíble!»

Se requieren dos técnicos de grado superior en secretariado para trabajar en la mejor empresa de Barcelona, cómo no, dirigida por el señor Mäkinen. Puede que fuera un loco, pero también era un excéntrico millonario finlandés, que tenía una visión distinta del trabajo, el compañerismo y la manera de hacer negocios. No solo era ventajoso el sueldo, además trabajar con él favorecía el crecimiento personal, me constaba que muchos de sus empleados se habían convertido en grandes emprendedores tras estar en sus empresas.

Leí atentamente todos los requerimientos de la oferta. Me costaba creer que un puesto en una empresa tan reputada se anunciara en un simple periódico cuando hoy en día todo tiende a hacerse por internet, supongo que forma parte de alguna de las excentricidades de Mäkinen. En cualquier caso, de una cosa estaba segura: un trabajo tan deseado no debía ser fácil de conseguir, los

aspirantes al puesto se contarían por cientos, pero yo estaba decidida a intentarlo, pues no tenía nada que perder. Un subidón de positivismo me recorrió el cuerpo de arriba abajo alojándose en el fondo del estómago.

—Todo lo que he hecho en la vida me ha preparado para un trabajo así y no puedo dejarlo escapar, pase lo que pase —me dije.

No bien logré recomponerme del shock inicial, elaboré mi currículum y lo envié por e-mail a la cuenta que se publicaba en el anuncio.

—Muy bien, ya no hay nada más qué hacer —pensé satisfecha.

Los días siguientes fueron bastante monótonos; me levantaba temprano, salía a correr, hacía la compra y revisaba mis mensajes esperando uno en particular.

Casi había abandonado toda esperanza cuando catorce días después de haber enviado el currículum, recibí una llamada telefónica comunicándome que había sido seleccionada para la entrevista.

Colgué el teléfono sintiéndome extrañamente eufórica. Caminé de espaldas con lentitud, conteniendo el creciente torrente de emociones que recorría mi cuerpo entero, hasta percibir la pared. Después de un minuto contemplando la nada, empecé a dar frenéticos saltitos de alegría por toda la casa, dejando fluir todo ese entusiasmo infantil que me caracterizaba.

—Es un sueño hecho realidad. Un golpe de suerte para variar—constaté eufórica.

Me tiré en plancha sobre el sofá para recuperar el aliento; todavía no tenía nada seguro, pero el simple hecho de que hubiesen contado conmigo, me había ilusionado.

Durante las semanas previas a la entrevista, no existí para el mundo. Inicié un minucioso trabajo de búsqueda encerrada en mi apartamento, pegada al ordenador, leyendo, preparándome para la entrevista, imaginando las posibles preguntas que podrían hacerme. Sabía que el mismísimo Edmund Mäkinen, de alguna forma, estaría allí. Pese a tener gente capacitada trabajando para él, quería conocer personalmente a las personas que integraban su plantilla. Así que no solo se trataba de tener un buen expediente que ofrecerle, debía ver algo en ti, algo místico o espiritual que le impulsara a contratarte.

Conocerle también me ayudaría a preparar la entrevista, claro que toda la información que había de él en internet, me pareció insuficiente para dibujar un perfil de su compleja personalidad.

Busqué fotos, amistades, leí sobre sus empresas, apariciones públicas... no obstante, seguía teniendo demasiadas dudas sobre sus preferencias. Tanto podía ir vestido con un traje de colores imposibles como con un pantalón de sport y unas deportivas, era un hombre completamente impredecible. Por lo que había podido ver, a sus sesenta y dos años seguía teniendo un espíritu joven y una extraordinaria visión para los negocios, así que se movía en distintos ámbitos, siempre rodeado del mejor equipo de profesionales que se adaptaba a sus exigencias y filosofía de vida.

No le había resultado fácil abrirse camino en mi país —al que le unía un vínculo especial, pues parecía sentirse atraído por nuestra cultura y tradiciones—, pero a su favor jugaban años de experiencia, además, era un hombre implacable, lleno de vitalidad y energía y eso es lo que le había animado a seguir sin rendirse hasta alcanzar su sueño.

Sus oficinas se situaban en un edificio enorme en el centro de Barcelona, tan moderno y futurista que con frecuencia era objetivo de los turistas; no podía ser de otro modo, pues el señor Mäkinen era impredecible en todos los aspectos de su vida y tan contradictorio, que no sabías qué versión mostrar de ti para llamar su atención. No había un patrón establecido ni un perfil concreto, todo se reducía a una alineación astral y planetaria para conseguir encajar en su equipo.

Cerré el ordenador y estuve pensando durante un rato; no había nada extraordinario en mí, era una chica corriente, con una vida corriente y no sabía qué faceta mostrar para captar su interés. Crucé los brazos sobre la mesa y enterré la cabeza en ellos. Así era yo; en un instante me sentía capaz de comerme el mundo y al segundo siguiente, no era más que un amasijo inerte de piel y huesos sumido en el profundo lodo de la depresión.

Cuando las inseguridades comenzaban a aflorar me hacía más pequeña, no podía evitarlo, era algo superior a mí.

Creo fervientemente que en esta vida hay dos tipos de mujeres; aquellas que vemos como a heroínas, capaces de hacer frente a sus temores, aventureras a las que no les importa arriesgar, aún sin garantía de éxito, para conseguir todo lo que se proponen en la vida. Esas mujeres a las que estamos acostumbrados a ver en la televisión, leer en las novelas y ansiamos formar, de alguna manera, parte de ellas.

Y luego estábamos el resto. Chicas normales, con sus arraigados miedos, sus defectos palpables, y que prefieren pasar desapercibidas sin

destacar en nada especial. Vivir sin complicaciones según lo establecido, mujeres que no tienen grandes aspiraciones más que ser felices con todo lo que les regala el mundo. Yo pertenecía a esa segunda categoría y me sentía a gusto ahí, en mi zona de confort. ¿Qué tenía eso de emocionante? ¿Qué había en mí capaz de destacar, de hacer que una persona como Mäkinen decidiera darme una oportunidad para demostrar mis cualidades? La respuesta era sencilla: nada. No había absolutamente nada. Sin embargo, desde que leí ese anuncio en el periódico empecé, inconscientemente, a marcarme una nueva meta en mi vida. Esa empresa ofrecía todo a lo que una chica como yo podía aspirar, era la llave que me proporcionaría la estabilidad que ansiaba para llevar la vida tranquila y sin sobresaltos que deseaba y solo por eso, debía poner todo mi empeño en conseguir hacerme con el puesto. Pese a mis innumerables defectos, sí había algo que podía acreditar mi valía: era constante, persistente y entregada. Eso debía contar, ¿no? Finalmente dejé de darle vueltas e hice los pensamientos a un lado para intentar dormir un poco, se había hecho tarde y necesitaba tener la mente despejada para planear el día siguiente.

Y el principio de mi futuro llegó inminentemente.

Recordé una frase de Víctor Hugo que dice así: *"El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable. Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad"*. Ahora solo me quedaba descubrir qué clase de persona era yo; débil, temerosa o valiente. Después de debatirlo conmigo misma durante un rato, llegué a la conclusión de que podía ser todas ellas, dependiendo del día o la hora. Sonreí quedamente e hice un gran esfuerzo por desterrar los pensamientos negativos y seguir adelante con mi cometido.

Me vestí con un simple traje de chaqueta azul marino y una blusa blanca. Llevaba unos zapatos de tacón que me hacían parecer más alta. Había optado por dejar mi larga melena suelta, dando un toque hippie e incluso había elegido meticulosamente el maquillaje para que fuese lo más sutil y natural posible. Quería ofrecer transparencia, pureza y naturalidad, ya que intuía que eso me haría ganar puntos.

Me miré detenidamente en el espejo y me mordí el labio inferior. Mis ojos verdes enmarcaban un rostro pálido e inseguro, y el color carmesí que con tanta frecuencia adquirirían mis pómulos, no hacía más que evidenciar que

era demasiado joven. Tenía veintiocho años, y vale que ya no era una niña, pero la verdad es que siempre he aparentado muchos años menos y eso podía jugar en mi contra a la hora de buscar empleo.

—¡No! ¡Basta! ¡Negatividad fuera de aquí, no te necesito! Ya está todo hecho, he lanzado la moneda al aire y no puedo hacer más que aceptar sea cual sea mi destino —grité al espejo.

La empresa a la que me dirigía se llamaba MYTV, que eran las siglas en finlandés de algo así como "Empresa Diversificada de Acciones y Recursos". Había varias secciones y cada una se dedicaba a un negocio en concreto. En la oferta de empleo no se especificaba para qué sección se convocaba, así que iba completamente a ciegas.

De todas formas eso era lo de menos, ¿a quién pretendía engañar? Todo este asunto me venía demasiado grande y aún me sentía inmadura en muchos aspectos, además, me acompañaba ese estúpido sentimiento de inferioridad capaz de bloquearme... Solo podía confiar en mi fuerza de voluntad. Si quería algo lo suficiente no me importaba hacer el ridículo para conseguirlo, estaba dispuesta a intentarlo de todas las formas o maneras posibles. Y eso es precisamente lo que había conseguido que me levantara, me vistiera, maquillara y ofreciera mi mejor sonrisa para pelear, por primera vez en mi vida, por mis deseos.

2. La entrevista

El día era soleado y apacible. La calma que precedía al lento despertar de una ciudad abarrotada me acompañaba, seguramente me sentía así gracias a la tila que me había tomado antes de salir de casa, aunque intuía que a medida que se acercara el momento, nada podría evitar que empezara a temblar como un flan.

Y así fue.

Leí una vez más el mensaje de ánimo que me había dejado mi madre, diciéndome que todo iría bien, que había tenido un buen presentimiento esa misma mañana y había puesto incienso y velas a los santos para que me ayudaran en mi camino hacia el éxito.

«Ojalá tengas razón, mamá».

Guardé el móvil en el bolso y me mordí el labio inferior. Pasé frenéticamente las páginas del periódico que me habían entregado en la entrada del metro sin buscar nada en especial, tan solo leí titulares al azar intentado inútilmente distraerme.

Miré despreocupada la multiculturalidad de pasajeros que me rodeaban, algunos con los cascos escuchando música, leyendo una novela o mirando fotos desde el móvil, todo parecía en calma, todo menos yo.

La mujer africana que estaba a mi lado se recolocó el turbante floreado y seguidamente rebuscó en su bolsa un paquete de patatas fritas. Al estar sentada pegada a ella, cada movimiento me producía un leve zarandeo imposible de ignorar. Cogí aire y lo exhalé pausadamente desviando la atención al chico latino que tenía en frente, de pie junto a la barra de acero inoxidable que utilizaba como agarradera, mientras pasaba canción tras canción en su iPad. Agitaba su cabeza con ritmo, moviendo al mismo tiempo el pie derecho, llevaba los pantalones por debajo de las caderas, dejando ver parte de su calzoncillo de color llamativo. Aparté mis ojos de él y seguí mirando al resto de pasajeros distraídos hasta que un frenazo en seco nos hizo dar un respingo.

El metro se detuvo en el interior del túnel y el aire acondicionado dejó de funcionar, tan solo las luces de emergencia siguieron activadas.

Fruncí el ceño intentando comprender lo que había pasado.

La gente empezó a ponerse nerviosa y el bullicio era cada vez más ensordecedor. Comentaban lo que había pasado, simples suposiciones sin fundamento para intentar dar un sentido lógico al frenazo del tren.

—Creo que se trata de un perro, pobrecillo, lo hemos arrollado.

—Se han equivocado de vía, no podemos avanzar porque vamos en sentido contrario.

—¡Un atentado, seguro que es un atentado y nos tienen aquí por seguridad!

Empecé a inquietarme.

—¿Y qué hacemos? —preguntó una mujer mayor que comenzaba a desesperarse— ¿Tenemos que salir o nos quedamos aquí? ¡Nadie nos ha dicho nada y ya ha pasado un buen rato!

—No podemos caminar por el túnel, señora, ¿ha visto lo oscuro que está? —Le espetó otro pasajero.

—¡Pues yo aquí no me quedo, nos vamos a quedar sin aire en cualquier momento! —protestó el joven latino.

Permanecí en trance un rato, intentando buscar una solución.

—¡Señoras y señores! —anunció una voz desde el fondo del vagón— Nos hemos detenido a causa de una avería en la red eléctrica. No podemos avanzar, así que se ruega que bajen del tren ordenadamente y caminen por la vía hasta la siguiente parada, no está muy lejos y la central está avisada.

—¿Es usted el maquinista, muchacho? —preguntó la anciana.

—Sí, señora.

El maquinista se situó frente a las puertas, remangó su jersey frente a la atenta mirada de los pasajeros y tiró de la palanca de emergencia que las desbloqueaba con energía, pero estas no se abrieron.

—¡Mierda! —exclamó volviéndolo a intentar, esta vez con más fuerza.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien.

—¡No se abren! —admitió alarmado.

El resto de pasajeros empezaron a agolparse frente a las puertas y estiraron varias veces de las palancas para intentar abrirlas.

—No lo entiendo... esto no acostumbra a pasar —dijo el maquinista dirigiéndose a los espectadores.

—¿Por qué será que todo falla en el momento que se necesita? —Me giré en la dirección de esa voz, que sonó baja pero demasiado cerca. Perteneecía a un hombre de cabello blanco. Vestía al más puro estilo hindú, con

una camisa larga abotonada y unos *sherwanis* holgados hasta los tobillos.

—¿Y por qué será que aun sabiendo que no se abren las puertas, la gente sigue intentándolo como si su fuerza pudiera conseguirlo? —contesté, mirando el derroche de ego masculino que se batía en duelo frente a la palanca de desbloqueo.

El hindú rió con discreción, contemplando la bochornosa escena.

—Es como la espada en la piedra del rey Arturo, todos quieren probar. Forma parte de la condición humana, concretamente masculina, creer que si el anterior no lo ha conseguido, es porque no lo ha hecho bien —comentó y esta vez sí pude apreciar su acento extranjero.

Volvimos a reír sin perder detalle del grupo de hombres que intentaba inútilmente abrir las puertas, pronto perdí la cuenta de los intentos que habían hecho por desbloquearlas. Cada vez hacía más calor en el interior del vagón, y el olor a humanidad empezaba a cargar el ambiente.

—¡Pues yo ya me he cansado de esperar! —Me alcé de un salto. Miré en busca de algo que pudiera ofrecerme ayuda y entonces lo vi, la respuesta estaba frente a mis ojos, ignorada por el resto de personas.

—¡Ajá! —exclamé encaminándome hacia la solución.

Decidida, me dirigí a la ventana de emergencia, cogí el pequeño martillo rojo que había en la parte superior y, aplicando una fuerza comedida, empecé a golpear el cristal. Los pasajeros me miraron y no tardaron en formar un círculo a mi alrededor, finalmente la ventana se resquebrajó rompiéndose en miles de diminutos cristales que se esparcieron por el suelo.

—Bien —intervino el maquinista intentando guiar al grupo de nuevo—. Saldremos por aquí, será lo mejor.

Me quité los zapatos de tacón y salté al otro lado. Apoyé los pies en la vía para tener mejor sujeción y ayudé a bajar a los pasajeros. La primera en saltar fue la señora mayor, la única en darme las gracias por haber encontrado una salida. Progresivamente fueron saliendo los demás, el maquinista se colocó al otro lado y me ayudó a bajar a todas y cada una de las personas que quedaban en el vagón. El último en abandonar el tren fue el enigmático hindú que había permanecido impassible durante todo el proceso, observando a los demás tras una apretada sonrisa.

—¡Oh, mierda! —exclamé transcurridos unos minutos, mirando mis pies justo antes de subir al andén —¡He dejado los zapatos dentro del metro!

Sentí un fuerte nudo en el pecho.

«¿Cómo diablos he podido ser tan estúpida?»

—Solo son unos zapatos —apuntó el hindú sin dar mayor importancia al asunto.

—Lo serían si hoy no fuera un día tan importante —miré en mi reloj la hora y empalidecí.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una entrevista de trabajo en menos de quince minutos ¡no voy a llegar!

La rabia ascendió por mi cuerpo rápidamente.

—Tranquila, entenderán lo que te ha pasado —le miré escéptica.

—¿Entenderán que he llegado tarde porque ha fallado la red eléctrica, y mi metro ha quedado parado? ¿Entenderán que no llevo zapatos y estoy llena de grasa, porque he atravesado un túnel subterráneo? —Reí con nerviosismo por lo absurdo de mi situación—. Hay mucha gente convocada para el puesto... ¡y no puedo presentarme así! —Extendí los brazos señalándome.

El hombre me observó de arriba abajo; era obvio que no entendía mi desesperación.

—Entonces no creo que pase nada por llegar tarde. Tienes tiempo de cambiarte.

Negué con la cabeza.

—Es... es complicado —vacilé—, no se trata de cualquier trabajo, este es importante y no puedo llegar tarde —acepté la mano de los trabajadores del metro, que me ayudaron a ascender al andén y sacudí mi ropa—. Esto quiere decir que el trabajo no es para mí, debe ser un tipo de señal... Lo mejor será que lo deje correr, de todas formas, hay demasiada competencia.

El señor hindú sonrió y asintió mi argumento. Obviamente no entendía lo que estaba en juego.

—Entonces no hay más qué hablar, se presentarán más oportunidades, estoy seguro —sonriente, se dio la vuelta, pero antes de irse volvió a girarse en mi dirección—. ¿Sabes?, hay un proverbio que dice que cuanto más adversas sean las circunstancias que te rodeen, mejor se manifestará tu poder interior. Eso podría ayudarte en la entrevista.

Nos miramos a los ojos un par de segundos. Su silencio pareció decir más que sus palabras. Cuando se fue y volví a analizar fríamente la situación; me quedé hecha polvo.

—Menuda mierda, siempre me pasa igual, cuando todo parece que va a

ir bien, acaba jodiéndose de la peor manera posible —murmuré entre dientes.

Cerré los ojos, inmensamente dolida. Sabía de antemano que ese trabajo era demasiado para mí, apenas tenía experiencia y formación.

Reí con amargura, realmente creí tener una oportunidad, me había convencido de que podía lograrlo. Miré mi reloj de muñeca y entonces recuperé la perspectiva:

—Y ¿por qué no? Puedo llegar un poco más lejos en esta locura —dije para mí.

No tenía nada que perder, podía quedarme en el andén maldiciendo mi suerte, o podía correr con todas mis fuerzas y llegar a tiempo a la entrevista. Recorrer una manzana en menos de diez minutos, sin zapatos y con la vestimenta inadecuada no parecía un obstáculo tan grande comparado con mi inexperiencia, sonreí irónica.

Me levanté de un salto del banco metálico, como si en ese momento hubiese recargado las pilas por completo, y sin pensar demasiado en lo que iba a hacer, empecé a correr tanto como pude. Me abrí paso entre la gente a empujones, esquivé vehículos detenidos en doble fila, desafié semáforos en rojo, corrí como si fuera un personaje en una película de aventuras.

Cuando por fin atravesé las puertas acristaladas de la empresa, hice un último sprint para acceder al ascensor antes de que se cerraran las puertas. Reí al pensar que solo me hacía falta recoger mi sombrero aprovechando una rendija a lo Indiana Jones.

—Perdona, no puedes entrar sin acreditación —dijo un joven que llevaba una libreta y un bolígrafo en la mano.

Mi sonrisa se esfumó inmediatamente.

—Vengo a hacer una entrevista —aclaré.

—¿Para el puesto de secretaria?

Asentí, impaciente. El joven ojeó su libreta y volvió a mirarme.

—¿Alexia Airis? —Volví a asentir.

—Pues ha llegado por los pelos —anotó mi nombre en su libreta—, un minuto más tarde y hubiese sido descartada, era la última persona que quedaba en mi lista de las diez.

Miré al resto de chicas que había a mi lado. Todas me dedicaban impudorosas miradas de soslayo reparando en mis pies descalzos y mi ropa sucia. Podía intuir lo que pensaban y no era para menos, ni yo misma hubiese imaginado que haría una entrevista en estas condiciones.

Las puertas del ascensor se abrieron y desembocamos en una sala más grande. Me di cuenta enseguida de que las personas que había dentro del ascensor no eran las únicas aspirantes al puesto; no pude evitar que mi ánimo descendiera un ápice.

Pero haciendo alarde de un positivismo impropio en mí, analicé objetivamente las circunstancias: había roto el cristal de un vagón de metro, atravesado el túnel a oscuras, tan solo iluminando el camino con la luz del móvil, había corrido una manzana entera en un tiempo récord sin llevar zapatos y llegado a tiempo a la entrevista. Debía estar muy orgullosa de mis logros, aun así, cada vez que percibía la mirada punzante del resto de aspirantes, no podía evitar sentirme ridícula.

Después de una hora, llegó mi turno. Respiré hondo y entré en el despacho con el corazón encogido.

Las dos chicas encargadas de la selección de personal arrugaron el entrecejo nada más verme entrar. Estaba dispuesta a excusarme, pero una risa masculina que se acercó por mi espalda me obligó a girarme.

—Así que usted es Alexia Airis.

Me quedé en estado de shock al reconocer a la persona que se posicionaba delante de mí.

—Sí, soy yo... —susurré, incapaz de cerrar la boca.

—Pues déjeme que le diga que me alegro mucho de verla aquí —me bordeó sin dejar de mirarme y se sentó de manera informal sobre la mesa que había frente a mí.

—Veamos —empezó ojeando vagamente mi currículum—, veo que está preparada para formar parte de nuestra empresa ¡Enhorabuena, el puesto es suyo!

Hice un rictus de contrariedad.

—¿Cómo? ¿No va a hacerme ninguna pregunta?

Agitó mi currículum en la mano.

—Aquí tengo todo lo que necesito saber, el resto lo he conocido hoy en el metro.

El señor hindú que había permanecido impasible a mi lado durante el incidente, era el mismísimo Edmund Mäkinen. ¡No daba crédito a cuanto veían mis ojos! No parecía la misma persona que había encontrado en internet, todo estaba confuso, difuminado.

—¿Eso es todo? —No pude evitar formular la pregunta, me negaba a

creer que hubiese sido tan fácil.

Las mujeres se levantaron y se pusieron al lado del jefe, me sonrieron con afabilidad.

—Necesitaremos que nos rellene unos formularios, luego podrá irse — reprimí un gritito de entusiasmo.

—¿Ha visto? A veces la opción más descabellada es la adecuada, celebro que haya puesto de su parte para llegar a la hora a la entrevista, y sé que no ha sido fácil dadas las circunstancias, pero ese esfuerzo es el que me hace ver que se tomará este trabajo en serio, y esa es una cualidad que valoro en mis empleados: responsabilidad y actitud, algo muy difícil de encontrar y que no se expone en ningún currículum. A mí me basta —finalizó mirando a sus dos empleadas.

—¡A nosotras también! —Y dedicándome una sonrisa de oreja a oreja, me acompañaron a una sala contigua para contrastar mi documentación y exponer las condiciones del contrato.

Escuché vagamente lo que me explicaban, estaba emocionada por haber conseguido el mejor trabajo de mi vida y, en ese momento, nada podía hacerme bajar de las nubes.

3. Óscar White

—Estoy muy nerviosa, no puedo evitarlo...—murmuré en voz apenas audible.

Paredes de cristal delimitaban los espacios y a la vez, acercaban. Se podía ver la bullente actividad tras ellos, las personas caminando de aquí para allá, las conversaciones entre risas, algunos plantados frente a los monitores planos de los sofisticados ordenadores. La actividad en la oficina era frenética pero a la vez se respiraba cierta calma. Mäkinen era experto en conseguir que todas las piezas del puzle encajaran a la perfección, esas piezas eran las personas que trabajaban para él y de ellas se sentía, en cierto modo, responsable.

Había un horario de yoga después del trabajo y gimnasio en la planta subterránea del edificio pagado por la empresa, se conocía que trimestralmente organizaba una cena, para estrechar lazos entre sus empleados y si eso no fuera bastante, el mismísimo Mäkinen se ocupaba de que hubiera una buena conciliación familiar; el trabajo no era obstáculo si alguien debía ausentarse para recoger a sus hijos del colegio o llevarlos al médico, en la empresa se miraban únicamente los objetivos cumplidos, así que no hacía falta regirse por un horario. Las condiciones eran inmejorables, hacía que te replantearas el futuro con otros ojos y por nada del mundo, NADA, quería fastidiarla, así que no tardé en hacerme una promesa: Conservaría ese empleo aunque me fuera la vida en ello. Sé que suena paradójico, pero si quería tener una vida, necesitaba un trabajo así.

Me fijé en la chica que había a mi lado, que a juzgar por su movimiento de pulgares estaba tan nerviosa como yo. Lucía un vestido marrón entallado con costuras azules. Era muy guapa, llevaba una larga melena caoba recogida en una cola, su rostro transmitía bondad y dulzura. Sus enormes ojos oscuros se giraron en mi dirección al advertir que la observaba.

—Estoy temblando —afirmó mirando al frente.

Parpadeé para centrarme.

—Pues ya somos dos —sonreí de medio lado—. Pero creo que ya hemos pasado lo más difícil: la entrevista de selección, esto no es nada.

Suspiró y se volvió ligeramente para mirarme.

—¡Oh, Dios! Creo que me va a dar algo. Admiro que sepas ocultar tus

nervios, se te ve tan...—volvió a mirarme para evaluarme— relajada...

—Bueno, ahora al menos llevo zapatos, así que podría decir que me siento infinitamente más confiada.

Sonreí por el ceño fruncido de mi compañera, ella me devolvió la sonrisa, aunque sin entender a qué me refería.

—Me llamo Alexia, Alexia Airis —le tendí mi mano.

—Yo soy Raquel Hernández. —Ignoró mi mano para darme dos besos en las mejillas— ¡Qué emocionante!, las dos empezamos hoy, me pregunto cómo serán nuestros jefes.

—¡Señorita Hernández! —interrumpió un hombre muy sonriente acercándose hacia nosotras.

Las dos dimos un respingo.

—Soy yo —se apresuró en responder mi compañera, dando un pasito hacia delante.

—Pues por lo que se ve vas a empezar a trabajar para mí, buenos días —se acercó para tenderle la mano—. Me llamo Marc Coll, soy el sustituto de Rebeca Wall, que está de baja por maternidad en este momento, ella será tu jefa cuando regrese.

Le dedicó una afable sonrisa y prosiguió con su discurso:

—Nuestro sector se encarga de la inversión en bolsa —le hizo un gesto con la mano incitándola a acompañarle—. Te lo explicaré enseguida y te mostraré cuál será tu sitio, así puedes dejar tus cosas.

Sonreí a Raquel alegrándome por ella, su jefe parecía un tipo enrollado. Era sorprendente la familiaridad con la que se trataban todos, el buen clima que se respiraba, confieso que ardía en deseos de formar parte de ello. Respiré hondo y bajé la guardia, me deleité en el momento que estaba viviendo, en la increíble circunstancia que había propiciado mi contratación en la empresa de mis sueños, tanto me abstraí que tardé unos segundos en distinguir que alguien pronunciaba mi nombre en la lejanía.

—¡ALEXIA! —repitió un hombre joven, de unos treinta y pocos años.

Me acerqué lentamente a él. Lo primero que llamó mi atención fue su traje y su carísimo reloj. Era atractivo, tenía el pelo castaño claro despeinado y unos ojos azules de mirada viva. Me bastó un vistazo para decidir que además del traje de diseño, hacía gala de una seguridad en sí mismo de primera categoría. Pero eso no era todo, por encima de un físico agradable había algo en su rostro que me mantenía en tensión. Enseguida supe que el azar

no me había repartido unas buenas cartas y de entre todas las buenas personas que había en la empresa, me había tocado el jefe *malo*. Me mordí la lengua y avancé con paso vacilante hasta tenerle a escaso medio metro de mí.

—Debes estar más atenta —me regañó—. No podemos perder todo el día aquí sin hacer nada. Espero que se me conteste a la primera llamada, soy una persona muy ocupada, ¿entiendes?

Recorrió mi cuerpo de arriba abajo con expresión sombría, parecía estar evaluándome y me sentí como la colegiala que suspende un examen importante pese a haber invertido muchas horas de estudio.

—Este es mi despacho —me invitó a entrar con el semblante más serio que había visto en la vida. Me sentí cohibida—. En teoría tu sitio es ese —señaló una pequeña mesa en la otra punta de la habitación—, pero mañana ordeno que te trasladen fuera, no es necesario que compartamos espacio, lo que tengamos que decirnos será a través del correo interno o el teléfono, ¿queda claro?

Parpadeé aturdida.

—Muy claro —respondí con un hilo de voz.

—No sé qué te habrán contado, pero a partir de este momento estás a prueba y lamento decirte que no todos los candidatos la superan. Nuestra misión es trabajar para personas, encontramos a gente cualificada, la mejor en su campo y la vendemos a empresas que necesitan sus servicios. Médicos, deportistas o actores, hay un poco de todo. Nosotros nos encargamos de las negociaciones y todo el papeleo que supone.

—Cazatalentos —aventuré.

—Abogado laboralista —corrigió sin entrar en detalles—. En cualquier caso, te diré que es un trabajo delicado en el que no hay horarios, se requiere entrega total y no todo el mundo está capacitado para llevarlo a cabo. Entendería perfectamente que quisieras dejarlo aquí, de hecho, sería lo más sensato por tu parte.

«¿Me lo parecía a mí, o quería que desistiera antes de empezar?»

Mis pensamientos divagaban confundidos.

—Gracias por la advertencia, pero no voy a dejarlo.

—Ahora en serio —dijo clavándome su glacial mirada azul—, deberías reconsiderarlo...

Nos retamos con la mirada unos segundos sin decir nada.

—Creo que no hará falta, podré con ello —contesté dedicándole una

sonrisa tirante.

Negó con la cabeza, parecía enfadado conmigo y no entendía el porqué, todavía no habíamos tenido oportunidad de conocernos.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —pregunté al darme cuenta de que no se había presentado.

—Me llamo Óscar White. —Volvió a mirarme directamente a los ojos y esperó a que procediera, pero no tenía nada que añadir, salvo tenderle la mano en señal de amistad.

Su rostro contrariado me puso nuevamente alerta, descartó la idea de estrechar mi mano y siguió hablando con condescendencia sin prestarme la más mínima atención.

—Como mi secretaria personal deberás estar a la altura, hay mucho por hacer, y tú debes llegar a donde yo no puedo. Es un trabajo exigente, los horarios son imposibles y de antemano te digo que no será fácil. A diferencia de otros puestos, este requiere una entrega total porque yo no duermo, y si yo no duermo, mi secretaria personal tampoco puede hacerlo, ¿te queda claro?

Asentí, pero mis ojos se cristalizaron y empecé a verlo todo borroso, estaba a punto de llorar. La tensión, los nervios reprimidos, los sueños rotos, las esperanzas frustradas... todo se me echó encima al conocer a Óscar White.

Su tono se suavizó un poco al intuir mi aflicción, pero no lo suficiente para reconfortarme.

—Bueno, ahora puedes sentarte —dijo señalando la silla tras mi mesa —, pero no te pongas demasiado cómoda, mañana estarás fuera —sentenció con desprecio.

Me senté con timidez y contemplé la mesa de cristal durante unos minutos. Intenté sobreponerme pensando en todas las cosas buenas que me ofrecía la empresa, que sin duda pesaban mucho más que las malas, o eso necesitaba creer. Cuando al fin alcé el rostro, vi que Óscar seguía observándome con semblante serio. Carraspeó y apartó la mirada para centrarla en su ordenador.

Se me pasaron muchas cosas por la cabeza en ese instante, todo era demasiado complicado de asimilar, pero saqué fuerzas de donde no tenía para reconducir la situación.

El señor White me conocía muy poco si pensaba que iba a renunciar así como así al sueño de mi vida; por muy mal que me lo pintara, por muy difícil que me lo pusiera, yo podía ser todavía más persistente.

Pese a mi aparente indiferencia, seguía doliéndome su trato despectivo,

su poca amabilidad y falta de tacto, no entendía por qué se había empeñado en que teníamos que llevarnos mal, era como si no tuviera fe en mí, como si ya me hubiese suspendido antes de entregarme el examen.

—Una cosa más, Alexandra —se giró para mirarme—, soy tu jefe y esa posición exige respeto, así que no vuelvas a tutearme, para ti soy el señor White. Punto.

Me puse roja por la ira, apreté fuertemente la mandíbula y le contemplé en silencio un buen rato, hasta que me decidí a hablar.

—Y usted, señor White, debería llamarme por mi nombre. Me llamo Alexia, Alexia Airis —recalqué el apellido para dar más contundencia al nombre.

Se dilataron sus aletas de la nariz, señal inequívoca de que estaba conteniendo la rabia.

—¡Te llamarás como yo diga! —bramó alterado, encarándome al mismo tiempo.

¿Qué problema tenía? ¿Por qué le caía tan mal? No era lo habitual, por lo general la gente solía tenerme en alta estima al poco tiempo de conocerme, era divertida, dicharachera y algo alocada, pero por encima de todo simpática. Por lo visto, a Óscar solo le había hecho falta verme una vez para odiarme con todas sus fuerzas.

El resto del día me mortifiqué por la mala suerte que había tenido. Un momento estaba en lo más alto de la montaña rusa y al segundo siguiente descendía hasta casi tocar el suelo, sin embargo me había prometido no desistir. A excepción del capullo de mi jefe todo seguía siendo perfecto: la gente, el sitio, la nómina... Daba gracias a Dios por no tener una familia, marido e hijos con quien compartir mi vida porque de una cosa estaba segura: Óscar no mentía cuando decía que sería un trabajo a tiempo completo. No bien salí de la empresa recibí mi primer correo enviándome las pautas del día siguiente: recoger su traje de la tintorería y llevarle un café de *Vaner*, la mejor cafetería de la ciudad y que estaba en dirección opuesta a la oficina, todo ello debía hacerlo antes de empezar mi jornada laboral calculando con precisión el tiempo para que su café no se enfriara.

«Menudo gilipollas».

Este trabajo prometía ser todo un desafío.

4. Andy

—Sí, todo ha ido bastante bien. Hay buen rollo en la oficina y eso... —
mi madre rió al otro lado del teléfono.

—¿Ves, cariño? Solo era cuestión de tiempo.

—¡Ya sabía yo que mi pequeña lograría todo lo que se propusiera! —
Escuché decir a mi padre bien alto, asegurándose de que pudiera oírle.

—Sí, es verdad, siempre lo has dicho —le di la razón—. Por cierto,
¿cómo estás del resfriado? Se te oye bien —Observé.

—¡Vuelvo a estar en forma! —Se apresuró en responder.

—Me alegro.

—Ahora debes ir a celebrarlo, ¿no tienes a nadie con quién salir hoy?

—Prefiero descansar en casa, ha sido un día lleno de tensiones. Por
cierto, se me olvidaba, ¿nos vemos este fin de semana? —Se hizo el silencio.

—¿Papá? —Intervine al ver que no respondía.

—Sí, cielo, sigo aquí. ¿No recuerdas que este fin de semana nos vamos
al balneario de Andorra? Hace meses que hicimos la reserva.

—¡Es verdad! —Recordé golpeándome la frente— En ese caso nos
veremos a la vuelta.

—Claro, y tú hazme caso, aprovecha y sal un poco, eres joven —reí de
su comentario.

—Un beso para ti y otro para mamá.

—Adiós cielo, un beso.

Colgué y lancé el teléfono a la mesa que había frente al sofá.

—¡Qué! ¿Cómo te ha ido? —Di un respingo y miré hacia atrás,
sobrecogida, justo en el momento en el que Andy ponía un pie en el comedor.

— ¡Joder! ¡Me has dado un susto de muerte! ¡¿Qué coño haces aquí?!

Dio un trago a la lata de cerveza que tenía entre las manos y caminó con
paso lento hacia mí.

—Aún hay cosas más en esta casa —me recordó.

Con el rostro crispado me acerqué para arrebatarme la lata de cerveza.
Para ser más precisos, MI lata de cerveza.

—No puedes venir cuando te apetezca y robarme mis escasas
provisiones —me quejé dándole la espalda.

—¡Bah! No me das pena, ¿cuántos son, dos mil quinientos euros al mes?
—replicó socarronamente.

—¡Andy! —protesté riendo.

—¿Qué?! Todo el mundo sabe que trabajar en MYTV, es sacarse el premio gordo de la lotería —afirmó.

Suspiré y di un trago a la cerveza.

—Para empezar no son dos mil quinientos euros al mes, apenas roza los dos mil cien —precisé aguantando la sonrisa—. Y para continuar, no es ningún “premio gordo” trabajar ahí, mi jefe está en la cúspide de la gilipollez y parece que disfruta haciéndome la vida imposible.

—Vaya... ¿Y todo eso en un solo día?

Vi la burla en sus ojos y no pude evitar corresponderle, a continuación negué con la cabeza y le esquivé, él me siguió para detenerme cerca del sofá.

—No te enfades. Aunque estás enormemente sexy cuando lo haces, no te enfades —repitió deteniendo mi brazo en el aire.

Me giré para mirarle, Andy era guapo; muy, muy guapo. Pelo no demasiado corto y ondulado, lo llevaba desaliñado, con las puntas tostadas por el sol. Su rubio dorado era mucho más claro con la llegada del verano, se le formaban unas mechas naturales, casi blancas, que le daban un aire extranjero. Sus ojos castaños claros, como el caramelo a punto de derretirse, aún producían un extraño efecto balsámico en mí; no podía evitar quedarme atrapada en la miel de su mirada. Y él, firme conocedor de sus poderes, sabía emplearlos contra mi voluntad. Su tez morena, bronceada casi los trescientos sesenta y cinco días del año incitaba a ser acariciada. Dios, como añoraba su cara imberbe de niño travieso, atractivo surfista... Su rostro de ángel casi me hacía olvidar su aversión a la formalidad, a la responsabilidad, a crecer y madurar como cualquier hombre de su edad, porque Andy ya no era un niño, era un hombre con sus treinta y cinco años según su documento de identidad, aunque físicamente no los aparentara. Lástima que tuviera síndrome de Peter Pan.

—¡Deberías irte! —dije deshaciéndome de su brazo—. Sabes que no nos hace ningún bien vernos tan a menudo.

—¿Por qué? —preguntó arrugando el entrecejo.

—¡Trae recuerdos! —Hice el amago de esquivarle, pero él volvió a sostener mi brazo y esta vez me guió sutilmente para acercarme a él.

—¿Y acaso no son buenos recuerdos? —Suspiré.

—¡¡Andyyy...!! —grité a la defensiva. Tiró con fuerza de mí hasta acabar sentada junto a él en el sofá.

—¡Míranos! —dijo señalándonos—. La guapa ejecutiva con zapatos de tacón, traje de alta costura... y el muchacho despistado, con camiseta de tirantes, bermudas y... —sostuvo el colgante de cuero negro, con un diente de tiburón que tenía atado al cuello— abalorios baratos. ¡No podemos ser más distintos! Sin embargo hay un lugar donde sí hacemos muy buena pareja, y no importan las diferencias de clases —me miró con picardía—. Desnudos en la cama... —sentenció mostrándome su atractiva sonrisa.

Solté una carcajada y le di un fuerte codazo.

—Sabes que no soy una ejecutiva —le corregí.

— ¡Shhhh, calla! No estropees mi fantasía.

Volvimos a reír.

—Eres imposible —me aparté y él aprovechó el movimiento para colocar tiernamente su cabeza contra mi hombro. Una de sus manos se deslizó por mi vientre e intuí sus deshonestas intenciones. La retiré de inmediato.

—No vayas por ahí, Andy, te lo advierto...

Una hora y veinte minutos después permanecíamos desnudos sobre la cama tras un polvo maratoniano.

—¡Joder! Tenemos que dejar de hacer esto —me culpabilicé por no haberme mantenido firme y haber llegado tan lejos, otra vez.

—¿Por qué? —preguntó mirando al techo, colocando sus manos bajo la cabeza en actitud satisfecha.

—Porque ya no tengo dieciocho años, no quiero esto..., busco a un hombre hecho y derecho, al que no le asuste envejecer conmigo —contesté enfadada.

—¡No digas tonterías! Nadie quiere envejecer.

Miré a Andy boquiabierta, siempre que quería evitar un tema soltaba alguna perogrullada por el estilo.

—¿Ves? Eso es exactamente lo que quiero decir, eres incapaz de tomarte nada en serio, para ti todos los días son Navidad.

—¿Y qué hay de malo? —preguntó girándose en mi dirección—. Ya lo dijo Wayne Dyer: "*Deja de actuar como si la vida fuera un ensayo. Vive este día como si fuera el último. El pasado ya se ha ido. El futuro no está garantizado*". ¡Así que perdona por no querer hacer lo mismo que hace todo el mundo! Trabajar, formar una familia que me absorba todo el tiempo, llenarme de deudas e hipotecas, consultar cada minuto del día las redes sociales en busca de *likes*, y ese tipo de cosas para sentir que todo lo que hago merece la

pena... Perdóname por querer ser libre, por seguir viviendo en mi barco y comer comida de lata todos los días. Soy así... —terminó encogiéndose de hombros, aceptando su condición.

El calor recorrió todo mi cuerpo como si me hubiera sumergido en un pozo de lava hirviendo, estaba al límite de mis fuerzas, me sentía como una madre intentando hacer entrar en razón a su hijo adolescente. Solo que Andy no era mi hijo, y mucho menos adolescente.

—Pero bien que te gusta venir a mi casa, robar mi cerveza, dormir entre mis sábanas y utilizar el agua caliente de mi baño —observé molesta.

—No soy idiota, Alex, me gustan las comodidades, pero a diferencia de ti, no las necesito para vivir. —Me senté bruscamente en la cama.

—Oye... descerebrado, ese discurso no te va a servir conmigo. He estado mucho tiempo de aquí para allá, ganando lo justo para pagar el alquiler, si no llega a ser por mis padres hubiera muerto de inanición mucho antes, y ahora que por primera vez en mi vida he tenido un golpe de suerte, no pienso dejar que arruines mi momento haciendo juicios de moral.

—Ya estamos otra vez...

Andy se levantó y empezó a vestirse mientras me soltaba sandeces.

—No puedes simplemente dejarte llevar, tienes que tener todos los aspectos de tu vida bajo control, incluso nuestra relación, ¿verdad? ¿Por qué no puedes conformarte únicamente con esto? —preguntó señalando la cama—. Formamos una pareja cojonuda entre las sábanas, ¡joder!, me gustas Alex, pero hay cosas que no comparto.

Cansada de escucharle, me levanté y me dirigí al armario. Rebusqué entre los cajones una cajita de metal, con cigarrillos que guardaba para las emergencias. Había dejado de fumar, pero en momentos de mucha ansiedad deseaba hacerlo, y el trabajo, Andy y todo lo demás me estaba desbordando.

—¿Qué haces? —preguntó mirándome con el interrogante grabado en sus ojos avellana.

—¿No es evidente? —Coloqué el cigarrillo entre los dedos e hice el amago de encenderlo con el mechero. Andy se apresuró a retirarlo de mi alcance con rapidez.

—Nada de adicciones, solo yo. —Sonrió con regocijo.

—¡Oh, vamos! —protesté molesta—. Te recuerdo que ya no estamos juntos y puedo hacer lo que quiera.

—Lo que quieras excepto esto... —me enseñó el cigarro y lo partió en

dos.

—Tú no sabes el día que he tenido, ha sido horrible; y lo último que necesito es llegar a casa y tener una discusión de esta índole contigo.

—¡De acuerdo! —Se paró delante de mí y empezó a acariciarme los brazos— ¿Quieres hablar de ello?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡¡No!!

Suspiró y me abrazó con fuerza. Mi cuerpo se quedó rígido, negándose a aceptar sus muestras de cariño, pero... la carne es débil, tanto que al final no pude evitar corresponder su abrazo.

—¡Está bien! —susurró transcurridos unos minutos cerca de mi oído—. Ahora debemos separarnos con muuuucho cuidado, sin hacer movimientos bruscos, un segundo más y no podré evitar follarte —me eché a reír.

—¡Andy!

Se separó sonriente y colocó las manos en su entrepierna mientras se dirigía hacia la puerta.

—Estás buenísima, Alex, puede que el trabajo y las relaciones te vayan como el culo, pero tienes un cuerpo hecho para el pecado —le lancé una zapatilla al vuelo que esquivó con gracia, antes de desaparecer de mi habitación.

Cuando salí al comedor él ya no estaba. Se había ido, aunque sabía que no era para siempre. Andy tendía a aparecer en el peor momento y de nada servía que intentara evitarle, siempre volvía y yo siempre caía en sus redes.

¡Qué le iba a hacer! Él también tenía un cuerpo hecho para el pecado.

5. Momentos difíciles

Llegué una hora antes a la oficina, antes de que todo el mundo lo hiciera, temiendo que no me diera tiempo a abarcarlo todo. Llevaba su traje oscuro en una mano y el café de *Vaner* en la otra, ya había planeado recalentarlo en el microondas antes de que llegara. Por si acaso, tuve la prudencia de llamar a la puerta de su despacho, pero al no obtener respuesta, abrí sin más.

Entré sigilosa y puse su traje en el sofá de cuero marrón que había bajo la ventana central de la habitación, luego coloqué su café humeante sobre la mesa, no sin antes echar un vistazo a los papeles que tenía sobre ella, cotillear era mi segunda naturaleza. Desde ese momento el orden y la meticulosidad serían cualidades que, sin duda, debía atribuir a mi jefe.

Una de las puertas de su despacho se abrió y me quedé atónita, congelada. Salió una nube de vapor y apareció él, sin nada más que una toalla a la cintura.

«¡Oh, Dios!»

Él también se quedó helado al verme. Nos miramos un par de segundos, incrédulos por estar el uno frente al otro en esa embarazosa situación.

Bajé un poco la vista y vi gotitas de agua resbalando por sus abdominales, apreté una sonrisa.

No tardó en recobrar la cordura, fue como si en ese instante una ola chocara contra él devolviéndole a la vida, se giró agarrando con fuerza el nudo de la toalla para impedir que se cayera al suelo. Pensé en lo divertido que sería que ocurriera eso y sin querer, se me escapó una risilla infantil.

—¡Joder! ¿Qué haces aquí? Llegas muy pronto.

—Bueno, al parecer no soy la única —le miré con atención ¿Qué demonios me pasaba? ¿Por qué la vergüenza por estar frente a él de esa manera, no hacía que me despidiera rápido y saliera de su despacho a toda prisa, concediéndole la intimidad que pedía sin palabras? Algo me retenía, tal vez fuera la... curiosidad.

«¡Qué coño! ¿Cuántas veces tengo la oportunidad de ver el perfecto cuerpo de un tío semidesnudo?! Mirar es gratis».

—Le he traído lo que me ha pedido —señalé con la cabeza.

Se fijó en el traje y el café y asintió con rapidez, deseando deshacerse de mí.

—¿Por qué no has llamado a la puerta?

—Lo he hecho, pero no me ha escuchado —me excusé.

—Es evidente que estaba ocupado, para otra ocasión espera a que responda —espetó en tono de reproche.

Asentí y me di media vuelta dispuesta a regresar a mi sitio y concederle espacio; me costó disimular una sonrisilla socarrona al sentir que, de algún modo, había ganado este asalto dejándolo descolocado. Pude sentir el calor de su mirada en la espalda mientras me alejaba.

Su picardía hizo que se diera cuenta de ese ínfimo detalle de satisfacción e intentó volver a recuperar el control de la situación.

—¡Alexandra! Ahora que estás aquí... —me volví a medias, abriendo mucho los ojos, con fingida inocencia. En esta ocasión hice un esfuerzo hercúleo por no sucumbir a la tentación y mirar más abajo del implacable mar azul que eran sus ojos—, esos documentos que tienes ahí son contratos antiguos, debemos escanearlos y guardarlos en la base de datos, una vez hecho puedes eliminarlos en la trituradora. —Asentí— Eso te llevará toda la mañana, pero debes sacar tiempo para llamar a los números que he dejado en tu mesa y concertarme citas de reunión con esas personas, también te he dejado mi agenda. Apunta todos los compromisos vigentes para no solapar ninguna reunión, y devuélvemela enseguida. —Asentí una vez más e hice amago de irme, pero volvió a impedírmelo— Puedes ir a comer en cuanto acabes todo eso, a mí pídemela ensalada con pollo del bar de la esquina. Que me la sirvan a las dos en punto.

«¿Del bar de la esquina? ¿Por qué no comía en el bufet de la empresa como todo el mundo? La comida era inmejorable, además de asequible».

—De acuerdo —respondí sin más.

Achinó los ojos, mirándome con perseverancia, esperando a que dijera algo, sin embargo no le di el placer de protestar por sus abusivas demandas y salí rauda de su despacho para que no me ordenara nada más.

Una vez en el pasillo di rienda suelta a mis emociones y me reí a gusto.

—¡TE ESTOY OYENDO! —gritó desde el interior de su despacho, aunque me pareció intuir algo de buen humor en sus palabras.

—¡Perdona, ya paro! —Me disculpé en voz alta. En esta ocasión reí amortiguando las carcajadas con la mano, mientras me sentaba en la silla, frente a mi mesa, volviendo a la realidad.

Pasada la diversión inicial me resultaba violento estar en el vestíbulo,

junto a la pared que conducía de su despacho a los lavabos de planta. Era inevitable que otros compañeros me miraran al pasar, preguntándose por qué Oscar me había desterrado al inframundo. ¿Qué podía decirles? Me limitaba a agachar la cabeza e intentaba cumplir con mi cometido de la mejor manera posible, centrándome únicamente en el trabajo.

Obedeciendo a su deseo, la ensalada llegó a las dos en punto a la oficina. Hice bien en recalcar la hora al empleado, de lo contrario la culpa del retraso hubiese recaído sobre mí. Eché el papeleo a un lado y desenterré el teléfono para anunciar la llegada del repartidor.

—Puede entrar —respondió secamente por el teléfono.

Suspiré; no hacía falta verle para que me hiciera sentir incómoda.

Las horas se sumaban en el reloj y era incapaz de terminar de escanear los dichosos contratos, a ese paso me tendría que quedar a dormir en el pasillo.

Estaba peleándome con el escáner cuando Óscar salió del despacho. Eran las siete de la tarde, pero eso no le impidió venir hacia mí, exhibiendo un fajo de papeles en la mano.

—Quiero que estos números de teléfono los agregues a la ficha de los clientes antes de irte, procura no equivocarte en ningún dígito, son de vital importancia.

—Vale —respondí sin dejar de teclear en mi ordenador.

—Por cierto, Alexandra, ¿has comido?

Cerré los ojos un instante para recuperar fuerzas. ¿Realmente no recordaba mi nombre o se había propuesto decirlo mal adrede?

— ¡No! —Indiqué con fastidio.

—Por desgracia te esperan muchos días así, tal vez deberías optar por traer la comida de casa, serás más productiva si no haces una pausa para comer y te limitas únicamente a picotear —le dediqué una mirada repleta de furia.

—Con el debido respeto, señor..., no necesito consejos respecto a mi dieta, pero gracias por su interés —respondí con retintín.

—Solo ha sido una sugerencia —me miró de arriba abajo—. Te recuerdo que puedes dejar el trabajo en cualquier momento. No hace falta que

des los quince días, he hablado con Mäkinen y estaríamos dispuestos a pagarte el mes entero de todos modos, por las molestias... —le miré destilando todo mi odio en su persona.

—¡No pienso irme!

—Está bien... —levantó las manos en señal de rendición, poniendo a su vez su mejor cara de póker— En ese caso mañana a primera hora debes pasar por el notario, te entregará unos documentos. ¡Ah! Y no olvides mi café —sonrió con maldad.

6. Trabajar sin descanso

El primer mes fue horrible; hacer copia de las facturas y llevarlas a contabilidad, ordenar y clasificar documentos, contactar con clientes, concertar citas, asistir a reuniones, tomar nota de las reuniones, escanear contratos, ir al notario, citar al notario, programar las reuniones de Óscar, elaborar su horario, poner al día su agenda personal, ayudarle a redactar los contratos, seleccionar clientes, contestar e-mails, recoger sus trajes de la tintorería, ir a por su café, hacer el pedido de su comida y... por si no fuera bastante, esa mañana decidió encomendarme nuevas tareas.

Salió de su despacho con una bolsa en la mano y la depositó al lado de mi mesa, junto a mis pies.

—¿Has acabado de hacer las copias de los contratos que te di? —rugió con voz arrolladora.

—Sí. —Desvié la vista de la bolsa a sus fríos ojos.

—¿Has podido contactar con los clientes? —Asentí otra vez.

—Estaba a punto de enviarle el horario de reuniones previsto para la semana que viene.

—Bien, ya harás eso luego. Ahora necesito que lleves esta bolsa a la tintorería y recojas otra que te entregarán allí mismo. Llévala directamente a mi casa, déjala sobre la mesa del comedor y ya que estás ahí, aprovecha a regar las plantas —una mínima sonrisa se dibujaba en su rostro mientras me daba esa inconcebible orden.

—¿Cómo?! —Parpadeé incrédula— ¿Está diciendo que tengo que llevar la ropa a su casa y regar sus plantas? —Arqueó las cejas con indiferencia.

—Muy bien Alexandra, veo que me has entendido sin necesidad de que te haga un croquis —contestó sarcástico.

Hizo ademán de irse.

—¡Espere un momento! —Le llamé con el rostro encendido— Dudo mucho, señor... White, que regar sus plantas sea algo que entre dentro de mis funciones como trabajadora de MYTV.

Su rostro se ensombreció de repente. Se dio la vuelta y retrocedió sobre sus pasos para volver a encararme.

Al estar de pie y yo sentada, su superioridad se hacía mucho más notable.

Tragué saliva temiendo un inminente ataque verbal.

—¿Cuándo acabas tu jornada laboral?

—A las seis – me apresuré en responder.

—Bien, pues faltan unas cuantas horas todavía —me recordó condescendiente—. Que yo sepa, el horario de la semana que viene es lo único que te queda por hacer y, como bien sabes, tengo que coger un vuelo a Madrid en dos horas y no tengo tiempo de ir a casa, así que si sigues siendo mi secretaria, no creo que sea mucho pedir que vayas a mi casa, y lo dejes todo bien atado para que pueda irme tranquilo de una maldita vez. ¿Es demasiado eso para ti, Alexandra? ¿Crees que me estoy extralimitando en tus funciones?

Lo contemplé con severidad, valorando hasta qué punto podía ser arrogante.

«Te has tragado un palo, ¿no, Óscar?»

Me miró como si me hubiera leído el pensamiento.

—Mañana a las doce estaré de vuelta en la oficina, procura tener mi café caliente para entonces. Espero no tener que recordártelo —sonreí con tirantez.

—No señor, se hará como usted quiere.

—Pues entonces no tenemos nada más que hablar hasta mañana. La dirección y las llaves de mi casa están en el sobre que hay dentro de la bolsa.

Fueron sus últimas palabras antes de irse y cerrar la puerta de su despacho con brusquedad para dejar claro que no quería que nadie le molestara. Suspiré intentando calmar los nervios.

«Muy bien, Alexia, tú tranquila, piensa en que vas a tener una plácida tarde sin el capullo de tu jefe y mañana solo deberás aguantarlo medio día».

En cuanto terminé de redactar el horario y enviarlo por correo interno a mi jefe, salí de la empresa dispuesta a acatar sus últimas órdenes. Mientras iba en metro pensé lo que estaba a punto de hacer y me concentré en la parte positiva; tal vez esto era un voto de confianza, ir a su casa era algo demasiado personal que no solo me ayudaría a conocerle más, además me permitiría la posibilidad de curiosear un poco en su modo de vida, encontrar alguna justificación para su manera de ser...

Deseaba con todas mis fuerzas saber más cosas acerca de mi jefe, era un hombre demasiado extraño, distante y por lo poco que había podido observar, casi no se relacionaba con nadie. Precisamente fue su hermetismo lo que siempre me produjo mucha curiosidad.

Recogí la ropa de la tintorería y dejé la que llevaba en la bolsa para que la tuvieran a punto el día siguiente. Caminé lentamente intentando poner en orden mis pensamientos, la verdad es que tenía muchas ganas de fisgonear por su casa, aunque debía ser sumamente cuidadosa o de lo contrario se daría cuenta.

Su apartamento estaba en el *Eixample*, próximo a la Gran Vía, el edificio era sobrio, de fachada renacentista y había sido reformado por dentro, creando un vestíbulo luminoso donde predominaba el mármol y los adornos dorados.

Descarté la idea de subir en ascensor. Vivía en un tercero pero quería seguir admirando las paredes venecianas y los peldaños que creaban dibujos en mármol de diferentes colores, mientras pasaba mi mano por la antigua barandilla de latón dorado. Los barrotes se doblaban creando flores y hojas que se entrelazaban marcando el ascenso. Nunca había tenido la oportunidad de entrar en un edificio así, yo vivía en uno mucho más austero.

Al entrar en su casa no pude más que admirar los altos techos y los espacios amplios y despejados. Sin duda relajaba vivir en un entorno así. Todo era blanco, algo frío tal vez, pero también daba sensación de limpieza; Había una cocina americana en la esquina de un comedor enorme y todo estaba excesivamente ordenado, parecía como si nadie viviera allí.

Caminé hasta llegar a la mesa de cristal que había en el centro y deposité la bolsa que había recogido de la tintorería. Luego fui hacia el sofá que había frente al gran televisor de pantalla plana y me senté en él. Fui recolocándome hasta acabar recostada en la *chaise longue* al tiempo que acariciaba la suave y aterciopelada tapicería con las manos.

Me parecía increíble estar en el mismo lugar donde Óscar se habría sentado infinidad de veces, cerré los ojos e imaginé lo que sería para mí vivir en un lugar como ese. Reí de lo absurdo de mi ocurrencia y me levanté de un salto, al hacerlo vi que algo alteraba mínimamente la superficie blanca, me aproximé un poco más y descubrí que la *chaise longue* se abría como un canapé.

Lo levanté. Había mantas en su interior, una de ellas sobresalía un poco por los lados. Aunque eso no fue lo que realmente llamó mi atención; escondidos bajo las mantas pude ver unos cartoncitos meticulosamente ordenados, los cogí para ojearlos. Eran postales. Postales con fotos de mascotas o paisajes de hace mucho tiempo.

«Querido Óscar, hoy me he acordado mucho de ti. Desde que te fuiste esto no es lo mismo, te echamos de menos. Espero que volvamos a vernos pronto. Un beso, Fani».

«Hola Óscar, he recibido tu regalo ¡gracias por acordarte de mi cumpleaños, nunca me decepcionas! Un beso enorme, Fani».

«Buenos días Óscar. Se hace duro seguir aquí, no sabes la suerte que tienes, podríamos quedar alguna vez y rememorar viejos tiempos. Un fuerte abrazo, Fani».

«Una vez más, miles de gracias. Creo que eres la única persona que se acuerda de mí. Que sepas que tus regalos siguen sacándome una sonrisa. Un beso muy fuerte, Fani».

Leí unas cuantas postales más, todas eran de la misma persona y parecía agradecer a Óscar sus detalles. Nunca hubiera dicho que mi jefe pudiera tener detalles con otro ser humano, hasta ahora lo que había podido averiguar de él, es que era un engreído.

La última postal era de dos mil uno, en la cubierta había un dibujo de las jirafas en llamas de Dalí y en la parte posterior otro breve mensaje de agradecimiento. Me pregunté si mi jefe seguía manteniendo contacto con esa mujer por otro medio, o lo que tenían se acababa ahí. ¿Sería una novia del pasado? ¿Algún familiar? Nuevas dudas acaparaban mi pensamiento prometiendo tenerme entretenida unas cuantas semanas.

Lo dejé todo tal y como lo había encontrado, sin más demora salí a la terraza y miré las hermosas vistas de la ciudad, se podía divisar el edificio de la empresa en la lejanía, a unas cuantas manzanas. Dejé de deleitarme con las vistas y llené la regadera de agua para regar su colección de geranios, que dicho sea de paso, estaban tan cuidados como el resto de la casa. Sus flores eran vivaces y les había retirado las hojas secas para que quedaran perfectas.

Al concluir la tarea, cerré la terraza y deambulé un poco más por la casa. No era tan grande como me había parecido en un inicio, tan solo tenía un gran comedor con la cocina integrada, dos habitaciones y un baño bastante amplio con ducha y bañera.

El dormitorio era la segunda habitación más grande de la casa, el

edredón de la cama era blanco y los muebles grises. Al abrir la cómoda vi que toda su ropa estaba muy ordenada, me dio escalofríos tanta meticulosidad, la verdad.

Cerré la puerta y di una rápida ojeada a la última habitación. Parecía un despacho. Entré y revisé los cajones y los armarios como una auténtica espía, no sabía exactamente qué quería descubrir, tal vez sacar a relucir sus trapos sucios, pero resultó que Óscar no tenía trapos sucios. En la pared lateral había unos marcos de fotos colgados en las paredes, pero en lugar de fotografías había objetos enmarcados. Uno exhibía una pulsera de punto con unas iniciales tejidas "O&F" No me hizo falta ser Sherlock Holmes para saber que esa "F" era la inicial de Fani. En el otro marco había unos cromos de jugadores de fútbol de hace años.

Salí al pasillo un poco decepcionada, a excepción de la misteriosa Fani, no había descubierto nada más. Su vida era tan opaca como su personalidad.

La tarde sin Óscar fue amena y tranquila. Aproveché para hacer un poco de limpieza y a seguir familiarizándome con los programas tomándome las cosas con mucha calma.

Al día siguiente, la mañana amaneció soleada, me desperté con esperanzas renovadas. Como el día era más templado me puse una blusa escotada de color azul oscuro y un pantalón negro que dejaba al descubierto mis tobillos. Sobre unos bonitos tacones, me hacían parecer estilosa y alta.

Llegué a la empresa un poco antes, contenta de poder disponer de toda la mañana para trabajar sin presiones y poder ir a la cafetería y relacionarme con la gente. Ansiaba tener contacto con otras personas para poder desconectar del arduo trabajo que suponía ser la secretaria personal de Óscar White.

No bien llegué a la mesa, me puse cómoda y estiré las piernas mientras encendía el ordenador. Lo primero que vi fue un mensaje en mi bandeja de entrada que me hizo incorporarme para leerlo con atención:

»Llegaré a las diez, he cogido el vuelo de antes, ve a por mí café ahora«.

No pude evitar que mis esperanzas se disiparan tan rápidamente como una nube de humo. Me levanté de la silla con una mueca de hastío infinita, y cogí mi bolso de mala gana para ir a *Vaner*, a por su dichoso café.

Esa mañana fue especialmente dura. Óscar había dormido poco por lo que su irritación le convirtió en un ser todavía más despreciable de lo que ya

era habitualmente. No se ponía de acuerdo en lo que quería, me mandaba realizar una tarea tras otra y luego las interrumpía alegando que lo último que me había pedido era más urgente.

Esa fue la primera vez que me entraron ganas de estrangularle.

7. El último café

Desde entonces los días empezaron a acumularse, apoderándose de mí unas crecientes ganas de cometer un asesinato. Enseguida descubrí lo fácil que me resultaba recrear en mi mente los distintos escenarios del crimen para dar a mi jefe una humillante muerte:

»Óscar abre la puerta de su despacho y tropieza con la papelera que estratégicamente he puesto en la entrada, da una serie de traspiés y cae irrefrenablemente sobre mi mesa, con tan mala suerte que se clava un lápiz del bote en la frente.

»Un poco de matarratas en el café, una dosis letal que le deja KO en la mesa de su despacho antes de acabar la mañana.

»O mi favorita... entrar en los lavabos, abrir la puerta de un brusco empujón a lo *karate kid* y antes de darle tiempo a levantarse del retrete decir: "Me llamo Alexia, capullo", seguidamente descargar toda la munición de mi metralleta sobre él.

—¿Me estás escuchando, Alexandra?

Parpadeé aturdida y regresé de inmediato a la realidad.

—Perdona, andaba distraída, ¿qué has dicho?

—Que necesito otro café ¡para ahora!

Asentí, de repente la hipótesis del envenenamiento cobraba fuerza. Me levanté e instintivamente miré hacia la ventana. Me sobrecogió la cortina de agua que hacía imposible ver el edificio de enfrente.

—¿De *Vaner*? —Quise asegurarme.

—Exacto —confirmó, impasible.

Empalidecí ¿Iba a dejar que saliera y recorriera dos manzanas bajo la lluvia por un estúpido café, pudiendo tomar el de la oficina? No le hizo falta responder, volvió a encerrarse en su despacho y con eso acabó de confirmar mis sospechas.

«¡Esto no puede estar pasando, es surrealista!»

Compungida, descolgué mi chaqueta del respaldo de la silla y me la puse, como si esa fina prenda de ropa pudiera resguardarme del aguacero que había en el exterior.

Caminé a paso ligero mientras el agua recorría mi cuerpo calándome

hasta los huesos.

No había nadie más que yo en la calle en ese momento, así que aceleré el paso, prácticamente corrí calle abajo cuando resbalé y aterricé de rodillas contra la acera. Me levanté y miré hacia abajo. Junto al agua se abría paso un reguero de sangre que se perdía en el suelo arrastrado por la corriente. Apreté fuertemente la mandíbula y seguí caminando sin detenerme hasta llegar a *Vaner*.

Llegué casi una hora después a la oficina, empapada y herida tras la caída. La rabia más absoluta, junto a la impotencia, recorrieron mi cuerpo que a punto estuvo de echar chispas.

Con la mandíbula fuertemente encajada abrí con brusquedad la puerta de su despacho. Óscar alzó la vista desconcertado, pero algo en mi rostro debió advertirle que no estaba para formalismos, porque no osó reprender mi brusca intrusión.

Caminé decidida hacia su mesa, disimulando el dolor de la rodilla, y deposité el café sin delicadeza. Lo carbonicé con la mirada unos segundos, preguntándole sin palabras si realmente era necesario hacérmelo pasar tan mal por un mísero café.

Su silencio me hizo más fuerte.

—¡Aquí tienes tu jodido café, que te aproveche! —Salí de su despacho malhumorada y me encerré en el baño.

Tras asegurarme que estaba sola, me dejé llevar y lloré agarrándome con fuerza al lavabo. Mi rostro estaba desencajado, la ropa completamente mojada, tanto que se me transparentaba el sujetador a través de la blusa.

Cogí papel del dispensador e intenté recomponer poco a poco lo que quedaba de mí. Me sequé la cara, borrando las marcas de rímel que había bajo mis ojos. Cogí una goma que llevaba atada a la muñeca, y me recogí el pelo en una cola. Después me desabroché la blusa para colocarla bajo el secador de manos.

En ese momento la puerta del baño se abrió, y como acto reflejo me cubrí el pecho.

«¡Joder! Había olvidado que los baños eran mixtos».

—¡Perdona...! —Se disculpó Óscar dándose rápidamente la vuelta para concederme algo de intimidad. Emití un bufido de desprecio.

—Te he traído esto... —Llevó su mano hacia un lado para que pudiera ver una camisa blanca perfectamente doblada.

Depositó la camisa con cuidado sobre el mármol moteado del lavabo. Seguía dándome la espalda, así que dejé de cubrir mi pecho y cogí la camisa con rapidez.

—Es de hombre —confirmé.

—Es lo único que tengo.

—¿Te das cuenta de lo que van a pensar, si nos ven salir del mismo baño y con tu camisa puesta? —conjeturé.

—Me da igual lo que piense la gente, tú y yo sabemos la verdad —respondió con contundencia.

Suspiré con resignación, colocándome su camisa con rapidez. Ajusté mi falda por encima, dejándola un poco holgada.

—También te he traído esto —volvió a extender una mano y pude ver que sostenía un botellín de agua oxigenada.

Lo cogí, dudando si agradecer o no el detalle. Finalmente pudo más mi educación y respondí con un casi imperceptible "*gracias*".

Con cuidado, Óscar se dio la vuelta, se quedó absorto mirando como aplicaba el agua oxigenada sobre la herida.

—¿Qué? —inquirí, desafiante.

—¿Por qué sigues? ¿Realmente vale la pena pasar por todo esto? ¡Solo es un trabajo!

Su pregunta me hizo arrugar el entrecejo. ¿Por qué ese desmedido afán por hacer que desistiera? ¿Por qué ese trato? ¿Qué ganaba él si yo dimitía? ¿Se trataba de una apuesta, tal vez? ¿O simplemente era que le había caído mal desde el principio por algo que no llegaba a comprender?

—Te estás haciendo la pregunta equivocada, la pregunta que deberías hacer es... ¿por qué yo no valgo para el puesto? ¿Por qué has querido que lo dejara antes de empezar, y demostrar que puedo hacerlo? —pregunté desahogada. Óscar tragó saliva, nervioso, eso me extrañó muchísimo.

—Tú no... no... no tienes la formación adecuada —acusó señalándome con desprecio—. Sé que nunca podremos llevarnos bien y eso me hace desconfiar. Como imaginarás, necesito a mi lado a alguien que me inspire confianza, en quien pueda delegar...

Un pinchazo me atravesó el corazón en cuanto pronunció esas palabras, que no hicieron sino echar más leña al fuego de mis ya alteradas emociones. Que te digan a la cara que no sirves es muy duro. Pero lejos de desmoralizarme recordé que la decisión de mi contratación no era suya,

Mäkinen era quien pagaba, quien había decidido que yo era válida y por lo tanto su opinión no contaba.

—En ese caso no alarguemos más este sinsentido, hablemos con el jefe y que me reubique. ¡Nada me gustaría más que dejar de trabajar para ti! —le dije sin eufemismos.

Negó con la cabeza, en su rostro se reflejó una sonrisa afectada.

—Ya lo he hecho y no hay más vacantes en la empresa.

Me mordí el labio inferior.

—En ese caso... estoy condenada a seguir trabajando contigo, porque no pienso irme. Si no vas a poder soportarlo, vete tú —sugerí a bocajarro. Su rostro se crispó, se abstuvo de decirme nada y dio media vuelta para irse.

—¡Espera! —Le llamé. Nuevas dudas pugnaban por salir de mi mente—
¿Por qué me haces salir bajo la lluvia para comprar un café... y luego me dejas tu camisa y me traes desinfectante? ¡No tiene sentido!

Se giró con lentitud, sus expresivos ojos azules parecían tristes; hasta ahora nunca le había visto así.

—¿Me perdonarás si te pido disculpas por este hecho en particular? —pidió con un atisbo de humildad.

—¿Te refieres al hecho en particular de hacerme salir de la oficina, bajo la incesante lluvia, para traerte un triste café del todo innecesario? —Quise asegurarme.

Asintió con firmeza.

De pronto le tenía frente a mí, intentando disculparse por su desconsideración. Sabía lo mucho que le costaba hacer eso, el esfuerzo inmenso que le suponía abandonar su consabida rigidez y reconocer que se había equivocado ante mí, posiblemente la persona que más detestaba en el mundo. Me permití recrearme un poco más en esa insólita situación, tal vez nunca volviera a repetirse.

—Puede... si te disculpas de corazón —insté con recochineo—. Y... prometes no hacerlo otra vez —reprimí una sonrisa tras comprobar su evidente crispación. Pero pronto relajó su expresión, pareció captar el trasfondo de la burla en mis palabras y sus ojos brillaron con repentina astucia.

—Entonces te pido disculpas. No se volverá a repetir —aseguró, parecía sincero—. Aunque para mañana anuncian día soleado; espero mi café a primera hora, como siempre —reprimí una sonrisa.

—¿Ves, Óscar? No ha sido tan difícil disculparse —entrecerró sus ojos, dio media vuelta para desaparecer sin volver a mirar atrás.

Me observé un rato en el espejo. La camisa era enorme. Me llevé un brazo a la nariz y aspiré el cautivador aroma a limpio que desprendía la tela.

«Bueno, bueno, bueno Alexia... hoy hemos dado un primer pasito hacia el deshielo. No está nada mal».

8. Desconexión

El tiempo pasaba casi sin darme cuenta. De punto miraba el calendario, con los días tachados en rojo y me asombraba de lo rápido que había transcurrido el primer trimestre.

Los días se amontonaban con sus subidas y bajadas dependiendo del humor de Óscar, del que estoy cien por cien segura que padece un trastorno grave de bipolaridad. En ocasiones parecía relajarse un ápice y mostrarse más natural y comprensivo conmigo, pero tan pronto se producía un pequeño gesto de consideración, dejaba al descubierto su peor cara y volvía a exigir, recalcando su superioridad. Ya me había acostumbrado a su forma de ser, mi carácter se había moldeado en las últimas semanas para hacer mi estancia en la empresa soportable. Claro que ese cambio no se produjo por sí solo, Andy tuvo mucho que ver en mi transformación.

—Eres perfecta, Alex. Hasta sentada en el retrete eres excepcionalmente hermosa, pero te recuerdo que he comido nachos con habichuelas y voy un poco suelto, ¿puedes darte prisa, por favor? —Me eché a reír y alargué el brazo para alcanzar la toalla, arrojándosela a la cara.

—¿Quieres hacer el favor de dejarme mear tranquila? ¡Siempre haces igual! ¡Te entran ganas de cagar cuando estoy usando el baño! —Le recriminé, casi riendo.

Me limpié, me levanté con toda la tranquilidad y tiré de la cadena; Andy entró como un huracán y sin molestarse en cerrar la puerta se sentó en el retrete. Un monstruoso estruendo de pedos acuosos me sobresaltaron. Aguanté la respiración y cerré la puerta para que no me apestara la habitación.

—¡Maldita sea, Andy! ¿No puedes hacer eso en tu barco? ¡Siempre tienes que dejar aquí tus regalitos!

Oí su risa en el interior del baño.

—Sabes que mi cisterna no funciona, intenté arreglarla pero con ello solo conseguí estropearla del todo —emití un bufido.

—Típico. Si es que no sé por qué te esfuerzas, eres un inútil —constaté dada la evidencia.

—No soy un completo inútil —discrepó—, pues soy el ejemplo a no seguir. —Se me escapó la risa.

Cuando Andy salió del baño, con el alivio reflejado en su rostro

aniñado, negué divertida con la cabeza.

—¡Eres de lo que no hay!

Con gesto travieso, vino hacia mí reproduciendo una especie de caminar felino.

Me puse en guardia y retrocedí hasta chocar de espaldas contra el armario. Siguió caminando de forma divertida y cuando estuvo a punto de alcanzarme le esquivé, pero él se abalanzó sobre mí y me tiró sobre la cama.

Llenó mi cuello, mi mandíbula y mis labios de sonoros besos mientras sus manos me hacían cosquillas en las costillas.

—¡No! —le imploré riendo— ¡Para... para! —siguió besándome, obviando mi resistencia— ¡Acabas de cagar, joder! No puedes haber escogido un momento menos erótico para tener sexo.

—¡Pero me he lavado las manos! —Alardeó como si con eso bastara para borrar el recuerdo de sus sonoros pedos.

Las risas se hacían cada vez más fuertes, más insistentes y, con cada carcajada, mi fuerza menguaba. Andy aprovechó el momento para quitarme la camiseta y besar mis pechos, esta vez de una forma delicada, menos ruidosa.

Enredé los dedos entre su alborotado cabello dorado. Sin saber muy bien cuál fue el detonante, empecé a excitarme. Respiraba de forma errática mientras sus manos recorrían el interior del muslo, buscando mi sexo.

Andy se separó de mí, lo justo para adentrarse en mis ojos verdes.

—Esta... —dijo sosteniendo mi rostro con delicadeza—. Esta es *la* Alex que no debe perderse el mundo. La chica alegre, divertida y despreocupada. No dejes que nadie te agrie el carácter, ¿me has oído...? —Terminó con sus ojos fijos en los míos.

Sabía que con ese "nadie" se refería a mi jefe. Le había explicado algunos sucesos, pequeños fragmentos de mi día a día lidiando con el insufrible señor White. Y él me había escuchado, y no solo eso, además había hecho que me olvidara de mis "problemas".

—Me gustaría conocerle... —comentó al percibir mi abstracción—, no entiendo cómo alguien puede hacerte la vida imposible, solo mirarte inspiras ternura, como un cervatillo —me reí a mandíbula batiente y le di un pellizco del que se quejó cómicamente.

—¿Ternura...? —Parpadeé aturdida— Por cierto, ¿acabas de compararme con un cervatillo?

—¡Uno muy, muy sexy! —confirmó acariciando mi pezón con su dedo

índice. El escalofrío que me produjo su contacto me erizó el vello.

Mientras esbozaba una sonrisa, cogí impulso para rodar en la cama y colocarme a horcajadas encima de él. No bien finalicé la maniobra sentí su erección contra mi sexo.

—Así que uunnn... inofensivo cervatillo, ¿eh? —susurré, dedicándole una traviesa sonrisa de medio lado, al tiempo que me pegaba a su torso desnudo, lo justo para que percibiera la ligera presión de mis senos sobre él. Con perversión me acerqué decidida a sus labios, pero en lugar de besarle pasé mi lengua por ellos de forma provocativa.

Su cuerpo se agitó debajo del mío preso de la excitación, pero le inmovilicé sosteniendo sus manos por encima de la cabeza, impidiéndole que me tocara, mientras orientaba mi rostro para morderle el cuello.

—¡Ay! Retiro lo de cervatillo —se quejó, divertido.

—No basta con retirarlo, vas a pagar las consecuencias de tu ofensa de todos modos —él miró al techo con resignación.

—¡Así sea! —aceptó con solemnidad su destino, dejando su cuerpo a mi entera disposición.

Andy era increíble. La única persona en el mundo capaz de hacerme desconectar de las preocupaciones. No pude evitar soltar una nueva carcajada al ver lo serio que se había puesto, pero pronto cesó. La pasión me embriagó de tal forma que le hice el amor dos veces antes de desplomarme inerte a su lado.

«Me arrepentiré de esto, seguro, pero al menos hoy nadie me quita lo "bailao"».

9. Desahogo

Me desperté a la luz de un nuevo día. Andy permanecía soldado a mi cuerpo desnudo como una cadena que me oprimía. Me deshice de él con cuidado, intentando no despertarle; me levanté de la cama y estiré los brazos para desperezarme.

—¡Que visión tan hermosa! —Ronroneó incorporándose ligeramente en la cama.

Reí porque Andy no sólo hacía que me sintiera como la chica de sus sueños, sino la de los sueños de todos los hombres.

—¿Por qué te levantas tan pronto? —preguntó emitiendo un bostezo.

—Los hay que tenemos que trabajar, ya sabes... —colocó los brazos debajo de la cabeza, manteniéndola erguida.

—Es una pena, nada me apetecería más que pasarme el día en la cama, contigo —gruñí.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? —preguntó sin entender.

—¿Vivir tan despreocupado, sin un céntimo en el banco, sin que nada te altere lo más mínimo?

—Bueno... es cuestión de actitud... mentalizarte de que nada dura eternamente y que por mucho que planifiques tu día a día, hay cosas que escapan a tu control. Debes dejar que la vida te sorprenda —afirmó doctoralmente.

—¡Menudo filósofo de pacotilla! ¿De qué libro de autoayuda has sacado eso? —Bufé, harta de que siempre dijera ese tipo de sandeces.

Me senté en la cama para ponerme los zapatos y él aprovechó para rodear mi cintura con sus brazos.

—Mmmm... Alex, hueles de maravilla. —Reí y le empujé hacia un lado.

—Quita, tengo que ir a trabajar. Pero antes debo pasar por el notario y el maldito café de Óscar.

—¿Por qué le haces caso? —Le miré atónita.

—¿Por qué hago caso a mi jefe...?

—Me refiero a que juegues con ventaja.

—Con ventaja —repetí mirándole como si acabara de perder el juicio.

—Habla con el personal de *Vaner*, cómprales un montón de esos vasos de plástico tan pijos que utilizan para el café, y al llegar a la oficina, llena el

vaso con el café de la empresa. ¿Crees que notará la diferencia? —Le contemplé embobada.

—¡Por supuesto que notará la diferencia! ¿Sino por qué me pediría un café de ese sitio en particular?

—Por putearte nena, por eso. A muchos hombres les gusta la idea de que las mujeres hagan cosas absurdas por ellos.

Le contemplé escéptica barajando esa remota posibilidad; la verdad es que empezaba a cobrar sentido. Me encogí de hombros.

—Probaré, supongo que no tengo nada que perder; ¡creo que has tenido una buena idea! —Sonreí.

—Suelo tenerlas, aunque no te lo creas.

Me alcé de la cama y corrí hacia el baño; me peiné y volví a salir a toda prisa. Miré una vez más la hora en mi teléfono móvil, asegurándome que no era demasiado tarde.

—¡Eh! —Andy se levantó y me cogió una mano para que le prestara atención—Tranquila, no te estreses, es solo un trabajo. —Suspiré... Andy y yo jamás caminaríamos en la misma dirección.

—Hasta luego... —Me despedí dándole un pequeño beso en la mejilla —. Por cierto, supongo que antes de irte harás la cama, fregarás los platos y esas cosas, ¿no?

—¡Ya me estás imponiendo responsabilidades! —Se quejó, riendo.

—¡Uy! ¡Ya ves! La vida del mundo libre depende de ello, así que, por favor, no nos falles; además es lo mínimo que puedes hacer después de llevar dos días de okupa en mi casa —sonreí con malicia.

—¿Ya han pasado dos días? —Asentí.

—¡Contigo se me pasa el tiempo volando, nena!

Recogí las llaves del mueble y corrí por el pasillo hasta salir de casa.

De camino a la oficina llamé a mis padres, hacía días que no sabía nada de ellos y empezaba a preocuparme. De repente hacían planes, excursiones, salidas, escapadas... no era lo habitual. Por un lado me alegraba que quisieran hacer cosas nuevas, por otro me extrañaba que no encontráramos ningún hueco para vernos. Hacía más de un mes de la última vez que vi a mi madre; a mi padre, quien al parecer se había aficionado a las cartas con los amigos, bastante más. Algo raro también, pero decidí no darle mayor importancia porque la verdad era que se hacían mayores. Por primera vez no tenían a nadie a quién mantener, mi trabajo iba viento en popa y podían permitirse el lujo de

relajarse un poco. ¿Quién era yo para impedirselo?

No contestaron a mi llamada, todavía era demasiado temprano. Guardé el teléfono en el bolso y aceleré el paso para no llegar tarde.

Una vez en la oficina proferí un enorme suspiro. Prometía ser un día difícil, como todos los anteriores.

El teléfono de mi mesa sonó antes de que tomara asiento, me afané en descolgar.

—Buenos días señor White.

—¿Has pasado por el notario, como te pedí?

—Sí, tengo los documentos en la mano.

—No hace falta que me los entregues, guárdalos en el archivo, pero antes escanéamelos y envíamelos a mi correo.

Colgó y volví a sentir esa sensación, como de vacío. Era increíble como evitaba verme a toda costa, era impresionante el esfuerzo que invertía en tener el mínimo contacto conmigo, y eso que teníamos que trabajar codo con codo. Después de darle vueltas llegué a la conclusión de que todo se reducía a que Óscar White era un completo gilipollas, no había más explicación que esa. Jamás he conocido a alguien como él y una parte de mí, la que busca dar sentido a su manera de proceder conmigo, me dice que tal vez todo forma parte de alguna prueba, algo por lo que debo pasar y demostrar que soy capaz de trabajar de forma eficaz bajo presión. Claro está, esa posibilidad perdió fuerza no bien encontré un hueco en mi apretada agenda para hablar con Raquel.

—No puedo creerme que esta sea la primera vez que bajas a la cafetería desde que empezamos a trabajar aquí.

—Yo tampoco. Óscar no me deja tiempo ni para respirar; parece que disfruta teniéndome ocupada.

Raquel negó con la cabeza, apenada.

—¡No sé por qué te hace esto! La gente empieza a cuchichear...

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen...? —quise saber.

Miró a ambos lados, asegurándose de que nadie anduviera lo bastante cerca para escuchar nuestra conversación.

—Lanzan hipótesis, acerca de lo que has debido hacerle al señor White, para que te trate así —dijo en apenas un susurro.

Mi mandíbula se descolgó por la impresión. Pero pronto mi rostro dio

paso a la rabia.

—¡Qué típico! ¿Ahora soy yo la culpable? Un hombre trata como una mierda a una mujer, y la gente piensa que es porque ella se lo ha buscado?

—¡Shhh! ¡Baja la voz! —imploró—. No se trata de eso. El problema es que todos aquí conocen a Óscar, y jamás se ha comportado así con nadie. Su última secretaria se jubiló, estuvieron juntos más de cinco años, nunca vieron nada extraño en su relación —miré a Raquel con la duda grabada en mis ojos.

—¿Qué le he hecho? Que alguien me lo explique porque yo no lo entiendo —dije compungida.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Puede que no esté pasando por un buen momento y simplemente lo pague contigo —bufé exasperada; tenía que descubrir la raíz de su odio, aunque fuese lo último que hiciera en la vida.

—Te lo juro, Raquel, algún día de estos no podré contenerme... ¡y le diré un par de cosas! Acepto que me dé órdenes, sé que está por encima de mí, ¡pero hay cosas que no puedo consentirle!—afirmé con los puños apretados.

—Tienes razón, todo tiene un límite. Podrías denunciarle.

—¿Y qué iba a exponer en la denuncia? ¿Que en lugar de Alexia me llama Alexandra? ¿Qué me da más faena de la que puedo terminar? ¿O que mis funciones como su secretaria personal abarcan cometidos fuera de la oficina, como recoger sus trajes o llevarle café? Suena ridículo; objetivamente no puedo alegar nada más.

—Pero esto debe parar—insinuó Raquel.

Suspiré, y sin hacer caso a su último comentario continué, necesitaba desahogarme ahora que tenía la oportunidad.

—Creo que sigue creyendo que si se comporta así conmigo acabaré dimitiendo.

—¡Estarías loca si lo hicieras!

—Lo sé, no creo que vuelva a tener otra oportunidad como esta... —miré a mi amiga, obligándome a dejar mi asunto a un lado—. Por cierto, ¿cómo te va a ti? —Sonrió.

—¡Oh! Todo es maravilloso. Marc y yo hemos hecho un buen equipo, tiene mucha paciencia conmigo y siento que puedo preguntarle cualquier cosa, siempre intenta ayudarme.

—Así que lo mío es solo una cuestión de mala suerte —corroboré decepcionada.

Ella se encogió de hombros.

—A ti te ha tocado el guapo y a mí el bueno, ¡qué le vamos a hacer!
Nunca llueve a gusto de todos.

Reímos al unísono.

—No es tan guapo, digamos que Óscar es normalillo...

—¿Normalillo? Pero ¡¿le has visto bien?! ¡Es un jodido Adonis!

—Estás chiflada —contesté, riendo— ¿Lo sabías?

—Que sepas que el sector femenino de la empresa coincide en que el señor White es, sin lugar a dudas, el soltero más guapo de todo el edificio. ¡Dios ¿has visto que ojazos tiene?! ¿Existe un azul más claro en el mundo? — alabó mirando al cielo.

Reprimí la risa, se le estaba yendo la cabeza por momentos.

—Lo cierto es que no lo sé, nunca me he atrevido a mirarle directamente a los ojos, por miedo a convertirme en estatua de sal.

Raquel rompió a reír con ganas.

—¡Oh, vamos! —me dio un codazo cómplice—. Será lo capullo que quieras, pero seguro que te has fijado en que es un auténtico bombón —negué con la cabeza.

—Cuando lo veo, lo único que me viene a la cabeza es una frase de *Bridget Jones*.

—¿A sí? ¿Cuál?

—"Tanto gilipollas para tan poca polla".

Rompimos a reír a mandíbula batiente, en ese momento no éramos conscientes de que nuestra felicidad se evaporaría tan rápido como una gota de agua en el desierto.

—Me alegra ver que lo pasáis tan bien en horas de trabajo —nos giramos con rapidez y fue inevitable, mis mejillas adquirieron un rojo intenso. Raquel me dedicó una mirada de arrepentimiento y se fue dejándome sola ante el peligro; no pude más que afrontarlo.

—Ahora iba hacia mi mesa, pero me encontré a Raquel en la cafetería y da la casualidad que las dos empezamos a trabajar el mismo día, así que... — Óscar hizo una mueca de disgusto.

—Por favor, ahórrate las explicaciones, ha sido lamentable escuchar vuestra conversación.

«¡Madre mía qué vergüenza!»

—¿Has escuchado... todo...todo? —quise asegurarme, a lo que él bufó desquiciado.

Bien... ese resoplido era una afirmación. Ya no había vuelta atrás, había sido partícipe de toda la conversación, aun así los remordimientos me jugaron una mala pasada al intentar arreglarlo:

—En realidad no quería decir eso... —hice un gesto con la mano—, ya sabes, lo de que tienes poca po... —su rostro se cubrió de crispación—. Bueno, es algo que, obviamente, no sé —cerré los ojos avergonzada—. Con eso no quiero decir que quiera saberlo, simplemente me da igual, no me concierne lo más mínimo —me puse nerviosa, y seguí hablando atropelladamente—. Además, personalmente creo que el tamaño está sobrevalorado, aunque claro, va a gustos, aunque puede que no sea tu caso, es solo que...

—¡Por el amor de Dios, Alexia! ¿Quieres dejarlo ya? —Aguanté estoicamente la tentación de soltar una carcajada.

—¡Sabes mi nombre! —exclamé ilusionada y di una palmadita de entusiasmo que acabó por desconcertarle— ¡Lo sabía, solo me llamas Alexandra para desquiciarme! —Mi euforia hizo que un grupo de trabajadores alzara la vista para mirarme, Óscar presionó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar, parecía avergonzarse de mi espontaneidad.

—¡A mi despacho, ahora! —ordenó inflexible— Y... haz un favor a la humanidad y no hables, no digas nada, ¿crees que podrás hacerlo? —Asentí dedicándole una resplandeciente sonrisa que él correspondió poniendo los ojos en blanco.

—¿Ya has acabado de rellenar los últimos papeles que te di? —Asentí.

—Pues ahí tienes más —me señaló su mesa y caminé trotando delante de él para recogerlos, al darme la vuelta topé de bruces contra su imponente cuerpo.

Me moví hacia la derecha intentando esquivarle, pero él tuvo el mismo pensamiento y nos bloqueamos el paso. Rectifiqué y ambos nos movimos hacia el lado opuesto; negué divertida con la cabeza.

—¿Qué haces? —pregunté extrañada.

—Te miro y... no, definitivamente no soy capaz de convertirte en estatua de sal, ¡es una lástima! —chasqueó la lengua— Quedarías muy bien en la recepción del vestíbulo como advertencia a la osadía —solté una pequeña carcajada y me encaminé hacia la salida.

—Esto sí es una sorpresa señor White, cuando ya había abandonado toda esperanza de que quedara un atisbo de naturalidad en usted, me sorprende

con su irónico sentido del humor —me mofé, siguiéndole el rollo mientras añadía la información al inventario que inconscientemente había comenzado a elaborar sobre mi jefe.

Antes de salir vi de reojo como la comisura de sus labios se curvaba hacia arriba, y ver esa media sonrisa, la primera desde que llegué, me llenó el corazón de alegría sin saber muy bien por qué.

10. Trabajo en equipo

Dicen que las cosas nunca suceden por azar; tal vez esa despreocupada conversación que mantuve con Raquel, era algo que tenía que suceder para que se produjera el cambio. No estaba segura de si Óscar, desde su lugar secreto, había escuchado nuestra conversación completa o solo fragmentos, en cualquier caso sirvió para amansar su temperamento.

Seguía exiliada en el pasillo, con escaso tiempo para comer y hasta arriba de papeles, pero había conseguido algo, algo insignificante y carente de valor para muchos, pero que yo aprendí a apreciar. Tres palabras que lo cambiaban todo: "gracias" y "por favor".

Los días empezaron a ser más fáciles en cuanto hice un cambio de "chip", como me había recomendado hacer Andy en infinidad de ocasiones, era una mera cuestión de actitud. En cuanto miré las cosas con objetividad descubrí que Óscar no daba tanto miedo. Era solo un hombre, un hombre cabreado, pero más allá de eso no había nada.

¿Qué le había pasado para que actuara de ese modo, para que me tratara de esa forma tan dura los primeros días? ¿Era por despecho hacia el género femenino? Esa teoría cada vez cobraba más fuerza, puede que le recordara a alguien que le había hecho daño en el pasado, pero que generalizara de ese modo me parecía muy poco profesional.

Esas incógnitas sin resolver me reconcomían por dentro, aumentando a cada día que pasaba. Sabía que las resolvería, pero todavía no era el momento, antes debía ganarme su confianza, demostrarle que se había formado una idea equivocada de mí, que podía sorprenderle y hacer que nos lleváramos bien, costara lo que costara. Para mí se había convertido en un reto personal.

—¡Maldita sea! ¿No hay nada que pueda hacer? —Óscar deambuló de un lado a otro de su despacho mientras hablaba por teléfono, vi su sombra a través del cristal mate de la puerta. Parecía nervioso.

Salió malhumorado poco después sin tan siquiera reparar en mí. A los pocos minutos, regresó con un fajo de papeles en la mano.

—Tengo que revisar estos contratos, uno por uno —aclaró mostrándomelos—. Hay algunas cláusulas que no están bien redactadas y por

ese motivo hemos perdido algunos clientes —le observé, sin decir nada—. Es tarde, puedes irte a casa, mañana revisaremos los que no me haya dado tiempo de acabar hoy —asentí sin dejar de mirarle.

Volvió a encerrarse en su despacho y yo me levanté de la silla y cogí mi bolso; pero algo me impidió avanzar.

Inspiré profundamente, cargando mis pulmones de oxígeno y, sin vacilar, llamé a la puerta de Óscar. Entré sin esperar su respuesta.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañado. Sonreí.

—Venga, Óscar, dame la mitad de esos papeles.

Frunció el ceño, pero por la mueca de sus labios intuí que estaba de buen humor.

—Acabaremos antes si lo hacemos entre los dos —le aclaré.

Su expresión confusa me desató una carcajada, le arrebaté más de una veintena de contratos y di media vuelta para regresar a mi mesa.

—¡Espera! —Me detuvo— No... no hace falta que te vayas —desvió la vista hacia la silla que había frente a su mesa y un nudo se me atascó en la garganta, para nada esperaba ese ofrecimiento.

¿Qué debía hacer? Por primera vez desde mi llegada me estaba otorgando un sitio a su lado. Era algo inesperado y no sabía cómo reaccionar, así que me quedé congelada, sopesando los pros y contras de trabajar tan cerca de él.

—Aunque si prefieres puedes ir a... —procedió cortado.

—¡No! —Le interrumpí— Prefiero quedarme aquí, es solo que me ha pillado por sorpresa, por lo general no me quieres a menos de un radio de dos metros de ti —comenté sin darle importancia mientras tomaba asiento frente a él.

Óscar frunció el ceño y dejó caer su gélida mirada azul, esquivándome. Nunca me había atrevido a hablarle con tanta claridad, mostrando abiertamente mis pensamientos. Por lo general solía protegerme tras un escudo de acero, manteniendo una actitud taciturna cuando estaba a su lado. Me había encerrado en las sombras, en el lugar al que él me había desterrado y justo ahí aprendí a sentirme segura. Aunque sabía que teniéndole cerca, hablándole sin tapujos y sin nada que me impidiera estudiarle con atención, me pondría nerviosa, y cuando eso ocurría la verborrea era imparable. No hacía más que meter la pata, eso era precisamente lo que le gustaba a Andy de mí. Dudo mucho que mi jefe comparta los mismos gustos que mi ex.

—¿Qué es lo que tenemos que encontrar en estos papeles exactamente?
—pregunté dándoles un rápido vistazo.

—Justo aquí —me tendió uno y señaló el párrafo con su bolígrafo azul. Se levantó de la silla, reclinándose hacia delante para acercarlo más a mí—. Tiene que ver con el tiempo de vigencia al que está ligado el cliente a este contrato, debería poner con claridad un periodo de dos años como mínimo.

Le presté atención, pero mi cabeza estaba en otro lugar. Mis sentidos habían tomado el control de mi mente, bloqueándola. Su olor, el sonido aterciopelado de su voz —no estaba acostumbrada a escucharle hablar sin gritar— y el fugaz contacto de su pulgar cuando rozó el mío al entregarme el documento, fueron demasiado para mí. Navegaba en un desconocido mar de sensaciones, a la deriva, adentrándome en un lugar a donde no quería llegar.

Le arrebaté rápidamente el contrato para estudiarlo, corriendo así un tupido velo que ocultara mis desconcertantes emociones.

—Vale —asentí, tragando saliva para intentar recomponerme.

—Necesito que anotes los nombres a los que hacen referencia esos contratos y los cites conmigo lo antes posible. Ahora es tarde para eso, pero mañana... —alcé la mirada y me topé con sus ojos de acero.

—Mañana a primera hora los llamaré sin falta, no te preocupes —me sonrió ligeramente.

Seguí revisando contratos en un inquebrantable silencio, no sabía qué hora era, pero lo cierto es que no me importaba. Me encontraba extrañamente a gusto trabajando en su despacho. Solo escuchábamos el sonido de las hojas o la fricción de la punta del bolígrafo sobre el papel hasta que mi cuerpo reaccionó por su cuenta con un evidente rugir de tripas. Recordé entonces que no había ingerido nada desde la mañana.

—¿Tienes hambre? —me preguntó con un deje de preocupación en la voz.

—No, de verdad, no te preocupes —seguimos trabajando, pero él no quiso abandonar el tema.

—Voy a llamar y que nos traigan algo, ¿qué te apetece?

—Nada —contesté.

—Alexia, por favor... —que me llamara por mi nombre era un gran progreso. Sonreí y volví a focalizar la vista en su perfecto rostro.

—¿Una pizza, tal vez...? —pregunté arrugando el entrecejo. Me miró con los ojos desorbitados.

—¿Una pizza? —preguntó como si hubiera pedido una bandeja de ratas para cenar. Me encogí de hombros.

—¿Qué hay de malo?

—Estaba pensando en sushi o algo así.

—¡Oh! —Me eché a reír— Entonces, si lo tienes claro... ¿por qué me preguntas? —Se ruborizó y eso me hizo desatar una nueva carcajada—. Con lo guay que es comer con las manos y tener los dedos pringados de aceite... —me mofé—, unos palillos no tienen gracia. Así que voy a pedir una pizza —me levanté decidida, contemplando su expresión turbada.

No estaba acostumbrada a llevar las riendas estando con él, entre orden y orden me dejaba poco espacio para la improvisación, pero en esa ocasión me había armado de valor para hacer lo que realmente me apetecía y él no estaba por la labor de prohibirme nada.

Óscar no daba crédito. Cuando vino el repartidor y depositó la caja de pizza sobre la mesa, su rostro mostró una mueca de repugnancia que me hizo reír sin parar.

Aparté cuidadosamente todos los papeles y la abrí. El olor a tomate y orégano invadió toda la habitación.

—¡Adelante! Haz los honores —le animé señalándole la pizza.

—No tengo cubiertos.

—¡Dios mío Óscar! —Resoplé exasperada cogiendo un trozo con las manos— ¿Cuántos años tienes, noventa y nueve?

—No como una pizza desde la adolescencia —di un enorme bocado a mi porción y negué con la cabeza.

—Ahora entiendo muchas cosas... —comenté con la boca llena. Se le escapó una apretada sonrisa y sorprendiéndome, cogió un trozo de pizza con las manos.

—¿Qué has querido decir con eso? "*Entiendo muchas cosas...*" —Entrecomilló con la mano que le quedaba libre.

—Por qué siempre pareces estar cabreado, has eliminado la parte alocada, inocente e infantil de la ecuación, convirtiéndote en un ser recto y frígido —fingí estremecerme—. Eres un "*viejoven*", un viejo atrapado en un cuerpo joven —Especifiqué. Me miró con incredulidad.

—¡Sigue, sigue...! —Me animó— Te estás quedando a gusto —aseguró sonriendo sarcásticamente.

—No voy a negarlo, lo cierto es que sí. Te debo muchas...

Negó con la cabeza, incrédulo de que por primera vez me atreviera a hablarle así. Ni yo misma daba crédito a lo fácil que me resultaba dejarme llevar, eliminar el filtro de mi cabeza propiciando que los pensamientos fluyeran sin tapujos.

—No soy recto y frígido; soy serio en el trabajo —disintió pasados más de diez minutos. Descolgué la mandíbula, aturdida.

—¿¿¿Qué demonios ha sido eso???—inquirí asombrada.

—¿El qué? —preguntó sin entender.

—¡No puedes rebatir un argumento transcurridos más de quince segundos! ¡Treinta como mucho! Eso solo demuestra tu poca capacidad de reacción y refuerza mi hipótesis sobre la vejez prematura —negué con la cabeza.

Su risa se desató con más fuerza de la que esperaba.

—¿Y en qué manual se supone que está eso?

—En el de la vida, Óscar, en el de la vida —volvió a reír.

—¿Qué haces para divertirte? —pregunté a bocajarro.

Parpadeó aturdido. Seguidamente volvió a reír.

—¡De acuerdo, soy un *viejoven!* —Me concedió la razón sin entrar en detalles— Dejémoslo ahí.

Su respuesta no me dejó indiferente.

—Ahora en serio... ¿qué haces después del trabajo?

—Oh, pues... —pensó durante un rato—, pádel y gimnasio para descargar tensión y... leo novela histórica —rió de mi cara de incredulidad—. No es algo tan terrible —alegó en su defensa.

—¡Madre mía, es horrible ser tú! —Su risa volvió a sorprenderme, no estaba acostumbrada a que se produjera con tanta frecuencia.

—¿Qué haces tú? —Inquirió.

—Bueno, antes de empezar a trabajar aquí disponía de más tiempo para hacer manualidades, soy una experta en restauración de muebles antiguos y *decoupage* —Alardeé—. Salir con los amigos, hacer excursiones en bici, ir a la playa, quedar con mis padres y preparar míticas barbacoas en el jardín...

Su humor cambió drásticamente tras revelar mis aficiones y su rostro volvió a cubrirse con el manto de la indiferencia. Depositó el último pedazo de pizza que tenía en la mano en una esquina de la caja, antes de levantarse y limpiarse con una servilleta. ¿Había dicho algo inapropiado?

Dejándome con la palabra en la boca, se encerró en el lavabo de su despacho sin decir nada.

Cuando salió, reconocí al capullo de siempre. Se sentó en su silla y cogió los papeles para seguir con el trabajo poniendo punto final a la conversación.

Su gesto me obligó a hacer lo mismo. Retiré la caja de pizza de la mesa y fui a lavarme las manos. Cuando regresé a su mesa él permaneció con la vista fija en los papeles y poco dispuesto a dirigirme la palabra.

Tragué saliva, molesta por su cambio drástico de actitud. ¿Qué había hecho mal? ¿Cómo podía retomar la conversación amistosa y distendida que habíamos iniciado?

Ni idea.

Me limité a ocupar el sitio que me tocaba. Cogí los papeles e hice lo mismo que él.

De vez en cuando me entregaba algún documento, me decía algo y volvía al trabajo sin tan siquiera alzar la vista de la mesa. El silencio volvió a hacerse insoportable y los gestos, los olores y el fugaz contacto que se producía entre nosotros tomó relevancia.

Me sentía nerviosa e impotente, no tenía ni idea de cómo manejarle, a veces se relajaba un poco pero de pronto algo volvía a bloquearle, convirtiéndole en el hombre impenetrable de siempre. Pero ese era un detalle menor, el que sí pude apreciar esa tarde fue algo mucho más desconcertante. ¿Óscar me intimidaba? ¿Era eso lo que me ocurría? Hasta ahora nunca lo había hecho, por muy alto que alzara la voz, por mucho trabajo que me impusiera o muchos desplantes que me hiciera, jamás había conseguido intimidarme de esa forma... Sin embargo, ahora que lo tenía a escaso medio metro de mí y podía verle con claridad, mi percepción de él había cambiado hasta el punto de despertar unos sentimientos mucho más confusos.

Seguimos revisando los contratos, apartando los defectuosos sin dirigirnos la palabra. De vez en cuando alzaba el rostro y descubría a Óscar mirándome, pero cuando nuestras miradas se encontraban, él la apartaba súbitamente de mí.

—Creo que este es el último —constató poniéndolo sobre el montón de "no defectuosos".

Miré rápidamente la hora en mi reloj, de repente tenía prisa por salir de ahí. Eran las nueve de la noche y en la empresa ya no había nadie salvo el

personal de limpieza.

—Hora de irse —anunció leyéndome el pensamiento.

—Pondré estos contratos sobre mi mesa —dije dirigiéndome rápidamente hacia el exterior.

Sin duda estaba deseando salir de la oficina porque, entre otras cosas, tenía mucho en lo que pensar.

Me colgué el bolso al hombro y me dirigí hacia el ascensor a toda prisa, pero no subió lo bastante rápido y Óscar se colocó a mi lado en cuestión de segundos. El ambiente empezó a cargarse de electricidad y la tensión entre ambos siguió creciendo.

—¿Cómo...?

—¿Has...?

Los dos quisimos romper el silencio al mismo tiempo.

—Tú primero —me concedió.

—No, no era nada importante. ¿Qué querías decir? —Le cedí el turno.

Se puso tenso, dudoso desvió la mirada hacia las puertas del ascensor mientras estas se abrían. Entramos y pulsó el botón de la planta baja. En mi fuero interno rezaba por llegar pronto a nuestro destino, me encontraba en horas bajas, más sensible de lo habitual porque todo se había juntado; estaba a punto de venirme la regla, todo el día con Óscar, y además, me encontraba muy cansada; literalmente agotada. Todo ello hacía una mala combinación, capaz de jugarme malas pasadas.

—Te iba a preguntar cómo pensabas ir a casa —parpadeé aturdida.

—¡Ah! Pues... me gusta caminar —le aclaré.

—Es tarde para eso —objetó.

—Hace una noche agradable —le rebatí.

Permanecimos en silencio unos segundos.

—Podría acercarte, si quieres, he venido en coche —le miré extrañada y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero; ni muerta me subo en un coche con él.

—No creo que sea una buena idea señor White.

Negó con frustración pero pronto se le pasó ese sentimiento, en sus ojos nació una perversa diversión.

—¿He vuelto a ser el señor White...? Llevas toda la tarde llamándome Óscar —apuntó.

—Señor White me gusta —afirmé sin darle mayor importancia. Óscar

continuó mirando al frente, inexpresivo.

Llegamos a la planta baja y salimos del edificio. Hacía una noche apacible, lo cual me vino muy bien para declinar su invitación, que me parecía fuera de lugar. Lo que no pude prever fue que Óscar decidiera acompañarme a pie hasta mi casa.

—¿Qué haces? —pregunté atónita.

—Creo que tienes razón, hace una noche agradable...

—¿Me estás siguiendo? —indagué a la defensiva.

—No es eso, lo que ocurre es que casualmente vamos en la misma dirección —rió para sí.

—¿Y tu coche?

—En el garaje de la empresa, a buen recaudo —refunfuñé y caminé despacio. Sus pasos acompasaron los míos sin dificultad. De forma inexplicable, los nervios se alojaron en el interior de mi estómago.

—Tengo una pregunta —recordé vagamente una conversación a medias que había tenido con Raquel aquella misma mañana— ¿Qué es eso de "*empresAventura*" que comenta todo el mundo?

—Es otra más de las teorías de Mäkinen —señaló—, cada año guarda un porcentaje de los beneficios obtenidos para gastarlos en una actividad colectiva con sus empleados. Es prácticamente obligatoria la asistencia, porque forma parte del horario laboral y su finalidad es crear vínculos y relaciones saludables entre los empleados.

—¿Como esas cenas que organiza puntualmente?

—No, esto es algo más serio. Entra dentro de las horas de formación que especifica nuestro contrato. El año pasado nos llevó a California a practicar escalada.

Le miré impresionada.

—¿A California, en serio? —Asintió.

—Sí, nos dividió en dos equipos que eligió previamente. El objetivo era subir a la cima y plantar la bandera de la empresa. Luego nos llevó de ruta al Gran Cañón del Colorado, y nos preparó más juegos cooperativos. Como siempre acabamos haciendo algo de turismo por la ciudad y relajándonos en los hoteles de lujo que suele elegir para la ocasión.

—Vaaaya... ¡Suena divertido! —comente entusiasmada.

—Lo es —corroboró—. La verdad es que funciona, fomenta la motivación y... todo eso.

—¿Dónde es la salida de este año?

—Nunca lo sabemos. Es sorpresa. Solo informa de la ropa que debemos incluir en nuestro equipaje y a partir de ahí los trabajadores barajamos hipótesis, hacemos apuestas... —di una palmada de entusiasmo.

—Me muero de ganas de hacer algo divertido, además, yo nunca he salido de Europa, si elige un destino más exótico... —reí ilusionada— ¡Seré la mujer más feliz del mundo!

Sonrió, enternecido.

—Ese es su objetivo; felicidad del trabajador, igual a productividad. Todo está estudiado, nunca deja nada al azar.

—Pues me parece una buena forma de aumentar la productividad —él asintió—. Mäkinen es un hombre singular. Dicen que detrás de sus contrataciones hay intereses mucho más profundos que un simple currículum —continuó.

—Él da prioridad a otros aspectos, además, tiene buen ojo con la gente. Es muy... —enfaticó con las manos—, espiritual.

—¡Sí! —coincidió—. ¿Por qué crees que te contrató a ti?

Óscar rió de mi pregunta.

—Creo que no fue por mí en particular, supongo que dentro de su plantilla era una pieza más que favorecía el engranaje de la máquina. Cuando llevas un tiempo aquí analizas a las personas y te das cuenta de que hay de todo, está el despreocupado pero que siempre ofrece un cable a los demás, está el responsable, el extremadamente puntual, el gracioso, el positivo, el que todo lo cuestiona... pero por muy diferentes que seamos, el trabajo sale, todo el mundo tiene su lugar y nos llevamos bien. Se podría decir que entre todos nos complementamos.

—¡Hasta ahora! —enfaticé reparando en nosotros.

Él desvió la mirada, pero se abstuvo de hacer un comentario para desmentir o confirmar ese hecho, lo que me llevó a pensar que él también creía que nosotros éramos incompatibles por algo que todavía no sabía.

—Pero no me has contestado, ¿por qué crees que te contrató a ti? —insistí.

—Esa fue la pregunta que me realizó Mäkinen en la entrevista: "¿Por qué crees que debería contratarte?"

—¿Y bien?

—Le dije algo como que los grandes logros no se obtienen por las

capacidades de las personas, sino por el trabajo duro. No puedo alegar más valía que una entrega total al trabajo y bla, bla, bla... ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué crees que facilitó tu contratación? —Sonreí desviando la mirada de sus ojos de hielo al suelo.

—Pues conocí a Edmund en un accidente ferroviario y supongo que le gustó mi actitud frente a las adversidades, porque esa misma mañana hice la entrevista y... —reí—, imagina mi cara cuando descubrí que el hombre que estaba a mi lado en el metro ¡era el mismísimo Edmund Mäkinen! —sonrió.

—Sí, él es así. Tiene coches de lujo pero prefiere relacionarse con la gente de a pie y utilizar el metro.

Asentí, pensando en cómo nos conocimos.

—Bueno... ya hemos llegado —me detuve en el portal de mi casa.

—Lo sé —respondió pillándome desprevenida—. Nos vemos mañana —se despidió.

—Sí... claro —respondí aturdida.

11. Oferta de "compromiso"

—¿Haciendo horas extra, Alex?

Me giré sobresaltada. Como de costumbre Andy había entrado en mi apartamento sin informarme.

—Tienes que dejar de hacer eso, o me vas a matar de un susto —sonrió y se acercó para abrazarme con fuerza, la euforia le hizo incluso levantarme en el aire y no pude reprimir una carcajada al sentirme su prisionera.

—Antes de que se me olvide, han llamado tus padres: dicen que te quieren mucho y esperan tu llamada, al parecer están buscando un día para que vayas a comer, pero están saturados de compromisos este mes. Han mencionado algo de la fiesta de cumpleaños de tu tía, en Jaén —suspiré. No me sorprendía nada lo que acababa de decirme.

—Bien, gracias por ponerme al tanto.

—Está todo en el contestador —sonrió de medio lado—, por cierto, hoy estarás orgullosa de mí, me he comportado como un hombre y he previsto que después del trabajo tendrías hambre, así que he preparado unos sándwiches.

—Ah —fue lo único que pude decir; no tenía hambre, pero no podía decirle que ya había cenado pizza con mi jefe, era demasiado raro. Menos después de que se hubiera tomado las molestias.

Me senté en la silla, frente a mi sándwich, lo cogí con las manos y le di un gran mordisco.

—¡Muy bueno! —aprobé.

—¿Quién era ese hombre tan apuesto que te ha acompañado hasta casa? —preguntó suspicaz.

Entrecerré los ojos.

—Elimina esa cara —le dije señalándole con el dedo.

—¿Qué cara? —rió.

—Esa que dice que he estado haciendo cosas deshonrosas a tus espaldas —rió con fuerza.

—Además —continué mostrando indignación—, ¿ahora te dedicas a espíarme?

—¡No te espío! —Se afanó en responder sin un ápice de culpabilidad— Estaba mirando por la ventana, esperándote, era tarde y...

—¡A otra con ese cuento! —le reproché—. Esto es espionaje en toda regla —acusé.

—Es curiosidad en todo caso, normalmente me lo cuentas todo y, estratégicamente, has omitido el pequeño detalle de que hay alguien que se preocupa lo suficiente de ti como para acompañarte hasta casa —alzó los brazos—. No me importa en absoluto, solo que es un detalle que se te ha olvidado mencionar... —prosiguió con su reproche.

—¡No le des vueltas! —le corté rápido—. Solo me ha acompañado a casa porque, en cierto modo, se sentía en deuda conmigo.

Frunció el entrecejo.

—Pero ¿quién es?

—¡Mi jefe! —enfaticé ante la evidencia.

El interrogante se cinceló más si cabe en su rostro aniñado.

—¿El mismo jefe que te hace trabajar sin descanso, recoger sus trajes de la tintorería, que pide que le traigas un café de *Vaner* o que le riegues las plantas? ¿El mismo capullo desalmado que, según tú, te desprecia con toda su alma? —preguntó contundente.

«¿Y ahora qué debía decirle?»

—¡El mismo! —confirmé sin más.

Parpadeó, incrédulo.

—Vaya... —me dedicó un "vaya" cargado de dobles intenciones; me molestó.

—No saques las cosas de contexto, solo ha sido un acto aislado de cortesía —me burlé.

—También omitiste decir que era bastante guapo.

—Porque no lo es.

Andy alzó una ceja.

—Cuando mientes se te hincha la vena del cuello —me tapé la garganta con rapidez.

—¡Aaaarrrggg! —grité—. ¡Eres desesperante...!

Rió despreocupado de mi impotencia, se levantó de su silla para venir junto a mí. Se puso en cuclillas, para estar a la altura de mi rostro y acariciarme la mejilla. Sus ojos me estudiaron en profundidad. Sabía que si aguantaba sin rehusar su mirada y no parpadeaba, podía llegar a hipnotizarle.

—¿Qué responsabilidades debería asumir si decidiera... —desvió la mirada un segundo antes de volver a fijar sus ojos avellana en mí— formalizar

nuestra relación? —expresó muy serio.

«¡¿Cómo?!» Le miré descuadrada. «¿He oído bien?».

—Me refiero a que tú siempre me acusas de no querer crecer y madurar, y puede que últimamente haya estado dándole vueltas... ¿Qué diferencia habría de esto a salir juntos?

No pude reprimir una carcajada. Andy acababa de perder el juicio.

—¡Oh, Dios mío...! —me tapé la frente con la mano al tiempo que me levantaba de la silla para salir del comedor. Él me siguió—. Lo dices en serio, ¿verdad? —En el fondo tenía la esperanza de que fuera una broma.

—Sí... —dudó— o eso creo...

Se me escapó la risa.

—Andy..., no sé cómo decírtelo... —mi mente repasó una a una las palabras para no hacerle daño, pero su reveladora oferta no podía ser rechazada con tiento; debía ser sincera.

—Ya hemos salido juntos antes —me recordó—, al principio todo iba de maravilla, hacíamos planes y lo pasábamos bien. Me gustaría volver a lo que teníamos, salir un poco de esta casa y hacer otras cosas —alegó con ilusión.

—La única diferencia es esa, tú lo has dicho, antes hacíamos planes y ahora ya no. Ahora simplemente te cueles en mi casa, por lo demás, sigue todo igual —negué divertida con la cabeza.

—¡Parece igual, pero no lo es, falta algo! ¿Tengo que convertirme en tu novio para que dejes de ignorarme y volver a hacer planes? ¿Es solo cuestión de poner una etiqueta a nuestra relación? —Le miré con lástima; hablaba en serio, su diversión se había esfumado y estaba proponiéndome un "compromiso", o lo máximo a lo que estaba dispuesto a comprometerse con alguien. Era todo un halago, más viniendo de él, pero ambos sabíamos que teníamos aspiraciones diferentes y eso nos haría chocar, como ya lo hizo en el pasado.

Era fácil dejarse llevar por el día a día sin esperar nada concreto de la otra persona. Eso se nos daba fenomenal, hablar despreocupados de todo y luego meternos juntos en la cama. En ese aspecto nuestra "relación" no podía ir mejor. Pero Andy no entendía el significado de compromiso, el contribuir en las tareas, pagar juntos las facturas, pensar en un futuro más allá del mañana... Eso fue lo que nos hizo fracasar la primera vez y por más que deseara que se produjera el milagro, y salir con él de verdad, algo me decía que volvería a

ser una pérdida de tiempo, pues jamás cambiaría. Precisamente su despreocupación era lo que hacía que me sintiera a gusto con él, pero a largo plazo no era factible compartir mi vida con alguien así. Yo quería seguir lo comúnmente establecido: casarme, tener hijos, ir de camping con toda la familia... Andy nunca sería feliz así y yo tampoco con lo que sabía que él esperaba de mí.

Pero ¿cómo encontrar las palabras apropiadas para decírselo sin que eso afecte a nuestra amistad?

—¿Qué quieres de mí, Andy?—investigué con cautela.

—Pues... —divagó— me gustaría verte todos los días, y no porque me cuele en tu apartamento. Me gustaría que saliéramos juntos en mi barco, ver una película, fumar algún que otro porro esporádico... hacer cosas. Solo eso —sonreí con ternura.

—¡Ahí lo tienes! Tú no necesitas una novia, sino una compañera de viaje. Si nos hubiésemos encontrado antes tal vez te hubiese seguido en tu locura sin dudar, pero ahora, en el punto en el que estoy, ¡quiero más! Busco un proyecto en común con otra persona.

Sus ojos mostraron decepción.

—¿Tengo que volver a enamorarte para que me tengas en cuenta? Porque veo que me has borrado completamente de las posibilidades. ¡Podemos iniciar un proyecto juntos Alex! —Me eché a reír— ¿Buscas un caballero que te lleve a cenar de etiqueta y te regale flores? ¿Buscas un proyecto de continuidad con una sola persona? Porque si es eso lo que quieres, puedo hacerlo —insistió.

—Eso y... —sonreí con maldad— Quiero un par de docenas de hijos, ya sabes, me gustan las familias numerosas, tal vez porque he sido hija única. También necesito una casa más grande, con un guardarropa para mí sola. Unas vacaciones organizadas, en un buen hotel con jacuzzi en la habitación, e ir a clases de Pilates con regularidad para eliminar el estrés que me produce la familia numerosa. Esa sería una vida perfecta, ¡un buen proyecto! —Asentí con ironía.

Me dedicó una mirada escéptica.

—¿Un par de docenas de hijos? —frunció los labios—. Solo Dios sabe lo que un par de docenas de hijos podrían hacerle a ese cuerpo que tanto adoro.

Rompí a reír y él correspondió a mi risa. Me atrapó con fuerza y empezó

a besarme por todas partes a modo de juego.

Con la euforia del momento me levantó en volandas y corrió hacia mi habitación para a continuación, tenderme sobre la cama con delicadeza.

—No hallaremos nunca un equilibrio, ¿no? —susurró rozando mis labios.

—Eso me temo —corroboré.

Suspiró y empezó a acariciar la base de mi mandíbula con sus cálidos labios.

—Tenía que intentarlo, pero solo tú consigues bajarme la libido cada vez que hablas del futuro y de tus "proyectos" —mi cuerpo se agitó bajo el suyo a causa de la risa—. Suerte que luego te miro... —dijo haciendo una pausa en sus besos mientras su mano se colocaba en la parte trasera de mi rodilla y acomodaba mi pierna a su cadera— y logro desterrar rápidamente esos malos pensamientos —le miré con ternura.

El sexo era el puente que nos unía, el lugar en el que siempre nos encontrábamos. Por muchas diferencias que nos separaran, al llegar la noche nos reencontrábamos de nuevo en la cama y nos convertíamos en una sola persona. Él también podía sentir esa fuerte conexión, sin duda era lo único que le ataba a mí.

Sonriente, alcé la mano y la pasé por su hermoso cabello alborotado, podría quedarme horas tocándolo, abriendo los rizos con mis dedos, estirándolos... Tras esa conversación comprendí que Andy podía atraerme de muchas maneras, pero no era amor lo que sentía hacia él, nunca lo había sido.

12. EmpresAventura

Me despertó la luz de un día soleado. Yacía con el brazo sobre los ojos, grogui y confusa. Algo, el atisbo de un sueño digno de recordar, pugnaba por abrirse camino en mi mente. Me giré y topé con el rostro aniñado de Andy, sin duda la última conversación que mantuvimos era algo que podía hacerme sentir confusa, pero no era él quién me perturbaba, sino Óscar.

Me levanté con cuidado y me metí bajo la ducha, solo el agua caliente consiguió devolverme la paz que ansiaba, pero no le resté importancia al hecho de que el primer pensamiento de la mañana fuese para mi jefe. Pasábamos muchas horas juntos, y el día anterior habíamos tenido más contacto que en los últimos tres meses; no obstante, no era motivo para acaparar mi pensamiento. Tenía mucho que asimilar y no disponía de tiempo. Estaba ansiosa frente a la perspectiva de volverle a ver y tenía la certeza de que no podría aguantar otro rechazo, no cuando parecía que empezaba a relajarse en mi presencia.

Me puse mi crema favorita con olor a frambuesa de la colección de *Anna's line*. El olor afrutado me hacía sentir de maravilla. Elegí para la ocasión un vestido blanco con rayas azules que realzaba mis curvas. Me calcé unos zapatos de tacón y regresé a la habitación para ponerme los pendientes. Andy seguía dormido.

Una vez en la empresa corrí hacia el office y preparé café, utilicé uno de los vasos de cartón de *Vaner* para engañar a mi jefe y me dirigí como cada mañana a su despacho.

—Buenos días, señor White —sonriente, me acerqué para depositar el café sobre la mesa.

—Buenos días... —me devolvió el saludo sin apenas mirarme.

—Como quedamos ayer, voy a realizar las llamadas de...

—Luego —me interrumpió—, tenemos una reunión en la sala de juntas. Estamos todos convocados.

Le contemplé extrañada. Al parecer seguía teniendo un humor de perros.

Nos dirigimos hacia la sala sumidos en un silencio impropio. Mi ánimo mejoró en cuanto vi a Raquel, aceleré el paso dejando atrás a mi jefe para ir a

su lado.

—¿A qué se debe todo este alboroto? —Le pregunté.

—*¡EmpresAventura!*—Contestó con incredulidad de que no lo supiera.

—¡Oh!

—Tienes que bajar más a la cafetería —me reprendió—, hace semanas que no se habla de otra cosa, este tema siempre genera máxima expectación.

—¿Qué hipótesis se barajan?

—Hay de todo, pero el Sáhara está cobrando mucha fuerza. Lo que es seguro es que será algo digno de recordar.

Nos sentamos juntas en la gran sala. Raquel estaba a la derecha de su jefe, quien de tanto en tanto le hacía alguna aclaración en voz baja que ella se encargaba de retransmitirme a mí. Óscar se había colocado junto a otros compañeros de trabajo, lo más alejado posible de la tarima de presentaciones.

Nuestro jefe ascendió los peldaños, le miré con mucha atención, vestía con ropa casual, unos simples vaqueros y un polo verde. Había descartado para la ocasión el atuendo hindú con el que le conocí; siempre impredecible.

—¡Bienvenidos a todos y gracias por la puntualidad! —Mäkinen sonrió al grupo, era obvio que disfrutaba teniéndonos desinformados de sus planes—. Esta reunión no se alargará demasiado, lo justo para comunicaros que la aventura de este año se llevará a cabo del seis al quince de julio, el tiempo al que nos enfrentamos es de unos diez grados las mínimas y unos veintitrés de máximas, aunque aconsejo escoger ropa de abrigo impermeable. Está todo dispuesto para una buena experiencia en equipo, espero que sea del gusto de todos. Como cada año, a la llegada a nuestro destino os daremos las pautas a seguir, el reto a superar.

Como había mencionado, su discurso duró poco. Aprovechó para decir que antes de la aventura debíamos dejar cerrado el calendario de vacaciones y poco más. Miré en la dirección de Óscar, que estaba hablando con un compañero, pero tan pronto sintió la fuerza de mi mirada desvió su atención hacia mí. Tragué saliva. Poco más podía hacer para tratar de ser, además de su secretaria, su amiga. Lo poco que habíamos avanzado se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos. Debía resignarme y admitir mi propia derrota, en otras palabras: dejar de perseguir quimeras.

Edwin Vergara escribió una vez: *"Aunque duela, llega un momento donde se debe dejar que todo siga su camino, donde es mejor no forzar nada. Donde se tiene que entender que aunque con tanta fuerza se desee,*

hay cosas que sencillamente jamás serán".

Y eso hice. O al menos... lo intenté.

Localicé una a una a las personas que había en los contratos, explicándoles el motivo de mi llamada y preguntándoles si podían reunirse con mi jefe para mejorar sus condiciones laborales. Cuando acabé de revisar las horas de reunión asegurándome que no se solapaba ninguna, llamé con decisión a la puerta de Óscar.

—Pasa —procedió con prisa.

Entré y su rostro cambió en el acto. Obviamente no me esperaba a mí porque hasta la fecha todos los asuntos relacionados con la empresa los tratábamos por e-mail, pero me parecía absurdo redactarle un escrito estando a dos pasos de él y después de comprobar que sí podíamos trabajar juntos, como habíamos hecho el día anterior.

Cerró los ojos un momento y siguió al teléfono, intentando disimular la sorpresa por mi intrusión. Permanecí a la espera.

—Sí, quedamos esta noche en el pub Vai Moana, el mismo de la última vez, y me cuentas —emitió un suspiro cansado y me indicó con el dedo que esperara mientras se daba la vuelta y hablaba en voz más baja, evitando en vano que le escuchara.

—Ahora no puedo hablar, estoy en el trabajo —se hizo el silencio y se puso en tensión—. Mira Fani, hablamos luego, tengo que colgar.

Ese nombre no me pasó inadvertido y agudicé mi oído.

—Yo también, ya lo sabes. Un beso —se despidió.

Colgó y se giró en su silla para mirarme con su habitual cara de pocos amigos.

—¿Qué problema tienes? —Demandó.

Su brusquedad me estremeció.

—He cuadrado el horario y quería consultarlo contigo, temo haber colocado demasiados compromisos el mismo día y no...

—¿Eso es todo...? ¿Vienes a mi despacho para enseñarme un cuadrante, que bien podías haberme enviado por e-mail? —Protestó irritado.

—Es mucho más rápido si lo revisas en un momento y me dices qué te parece —argumenté.

—Pues resulta que ahora no tengo tiempo para esas memeces, así que envíamelo y cuando tenga un hueco lo reviso.

Encajé fuertemente la mandíbula y asentí sin mediar palabra. La leona que había en mí hubiera saltado sobre él dejándole su perfecto cutis a rayas, pero entonces me obligué a repetirme, una vez más, que era mi jefe y debía sosegarme.

Cogí aire y regresé a mi puesto. No me moví hasta que acabó mi jornada.

13. Mata Hari

Había escuchado lo suficiente. Sabía que Óscar tenía una cita esa misma noche en el bar musical Vai Moana, situado en Avenida Litoral. Ahí iba a encontrarse con la misteriosa Fani.

Tenía que hacer algo. Sabía que era una locura pero debía intentarlo aunque mis motivos no fueran nada del otro mundo. El primero era que estaba aburrida; una razón de peso si te paras a pensar. El segundo era la curiosidad por conocer a una persona que mantenía un vínculo afectivo con Óscar; si el sieso de mi jefe podía relacionarse con otro ser humano se iba al traste la teoría de que era una máquina programada estratégicamente para crispar. El tercero era pura y llanamente cotilleo; no lo voy a negar, y el cuarto... no había cuarto. Ni tampoco excusa para lo que iba a hacer, espíarle era un ataque directo a su intimidad se mirara como se mirara, pero ¿qué podía perder?

Me vestí con una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros oscuros, luego me recogí el pelo en un moño y me puse una gorra azul marino. Me coloqué las gafas de sol antes de situarme frente al espejo poniendo cara de pocos amigos; sí, definitivamente era imposible reconocermé.

Por último me calcé unas cómodas deportivas fucsias; vale, no eran demasiado discretas, pero no tenía nada mejor, así que debía bastar.

Salí al exterior y miré a ambos lados por si me encontraba a alguien conocido; me daba vergüenza que algún vecino me descubriera de esa guisa.

—¿Qué tramas? —Esa voz que sonó a mi espalda, me hizo dar un respingo y se me escapó un chillido de rata.

—¡Joder Andy! Un día de estos me va a dar un ataque al corazón, te lo juro —empezó a reír de mi vestimenta sin dejar de recorrer mi cuerpo con su inescrutable mirada.

—¿Me puedes decir qué estás haciendo vestida así?

Extendí las manos, como si fuera obvio.

—¿A ti qué te parece? ¡Voy de incógnito! —Le aclaré— ¿Y qué haces tú aquí? Estás muy lejos de tu casa flotante.

—Venía a verte, pero ahora que te veo... —empezó a reír—, me puede la curiosidad —emití un resoplido de hastío.

—Está bien, te lo diré, pero no te rías —le advertí.

—Lo intentaré —prometió apretando los labios.

—He decidido seguir a mi jefe. Se reúne hoy en un pub con una chica y quería ver cómo se desenvuelve, qué clase de vida tiene después del trabajo, porque parece tan amargado siempre, tan... —hice un gesto de disgusto con la mano.

—¿Y crees de verdad que con esas pintas no te va a reconocer? —Cruce los brazos sobre el pecho en actitud chulesca.

—Pues claro que no me va a reconocer.

—Discrepo. Se ve a leguas que ese culito es tuyo —rió por lo bajo.

—¡Andy! —protesté— Será mejor que te vayas, me distraes de mi objetivo.

—¡Ni hablar, yo quiero acompañarte! No me perdería esto por nada del mundo.

—No es buena idea, si vamos dos llamaremos la atención.

—A mí no me conoce —alegó encogiéndose de hombros.

—De acuerdo, serás mi coartada por si algo sale mal, pero si me acompañas te prohíbo hacer bromitas, esto es un asunto serio.

Frunció el ceño y asintió con convicción, intentando darme la razón.

—¡A sus órdenes Mata Hari! —gemí arrepintiéndome de dejarle venir conmigo, era más que evidente que lo estropearía todo.

Caminamos a paso ligero por la ciudad sin decirnos nada. Una capa de humedad cubría el capó de los coches y las aceras haciéndolas brillar, en esa fina película de agua se reflejaba la tenue luz ámbar del alumbrado eléctrico. Me gustaba esa imagen, aunque las temperaturas no eran las más favorables para caminar por la calle, la visión compensaba con creces ese pequeño inconveniente.

Subimos al metro prolongando el inquebrantable silencio en el que nos habíamos sumido, y cuando al fin llegamos al lugar de encuentro, me agazapé en la parte trasera del local, tras unos setos. El perímetro del pub estaba remarcado por jardineras ornamentadas con plantas de diferentes tipos, pero lo suficientemente frondosas como para mantenerme oculta. Tiré de la manga de Andy, para que se agachara a mi lado. Así lo hizo.

—¡Míralo, ahí está! —Señalé en su dirección.

Estaba sentado frente a la barra, junto a una chica joven de una larga melena rubia. Me quedé embobada mirando a través de la ventana. Hacían buena pareja y se notaba que había complicidad entre ambos. La chica cogía

su mano con familiaridad y se acercaba para abrazarle, él la correspondía sin rehusar su contacto y parecía que le dedicaba palabras reconfortantes. Entorné la mirada; eran una pareja, como las de las películas.

—Desde aquí no podemos oír nada, tenemos que entrar y escuchar lo que dicen —me animó Andy en mi locura.

—Eso es arriesgarse demasiado, podría verme —cuchiheé.

—¡Oh, vamos! Vas de incógnito —me recordó guiñándome un ojo— Yo quiero verle de cerca, me muero de ganas en realidad.

—De acuerdo —me animé poniéndome en pie—, pero debemos actuar con mucha naturalidad y sigilo para que no se nos note.

Me puse recta como un palo y estiré bien el cuello intentando mostrar indiferencia, Andy se reía de mí por lo bajo, pero no me importó. Caminé despacio por la acera sin dirigirle la palabra, tan solo centrada en mi obstinación, decidida a ir un poco más allá y saltarme todas las normas.

Antes de entrar en el pub, Óscar se levantó del taburete y acompañó a la chica tomándola de la cintura y exhibiendo una gran sonrisa.

—¡Escóndete, se van! —Le increpé a Andy empujándole.

Corrí nerviosa dando pequeños saltitos hacia la esquina y justo en el momento en el que Óscar iba a cruzar la puerta acristalada del local, no lo pensé más y salté tras la jardinera que había a mi derecha, cayendo sobre unos cactus de puntas afiladas.

—¡Aaaayyy! —Andy me miró desde las alturas dudando entre reír a carcajadas o prestarme su ayuda.

Óscar miró en nuestra dirección, alertado por el estruendo, pero Andy logró mantener el tipo. Le dio la espalda y mirando hacia mí no se le ocurrió otra cosa que agacharse para ocultar mi presencia mientras susurraba en voz baja:

—Gatito, gatito... ven, gatito... —moviendo los dedos al mismo tiempo. La pareja pasó por nuestro lado sin reparar en nosotros, solo entonces, él tiró de mí y me ayudó a recomponerme entre sonoras carcajadas.

—Me duele mucho la espalda... —Andy se giró y nada más verme rompió a reír de nuevo.

—¡Dios mío, Alex, pareces un puerco espín! —gemí dolorida— Esto me pasa por meterme donde no me llaman —Admití lloriqueando, el dolor empezaba a ser insoportable.

—Venga, vamos a casa. Es hora de dejar la persecución y curar las

heridas, Mata Hari.

—¡No me llames así! —Le rogué entre lágrimas— ¿A quién pretendo engañar? No soy una buena espía, soy patética —me apoyé en él para sobrellevar la cojera.

—En realidad sí te pareces a ella —le miré entrecerrando los ojos—, aunque es la más célebre de las espías, en realidad espío poco y mal. Fue su fusilamiento lo que la convirtió en leyenda —cerré los ojos, derrotada.

—Muchas gracias, ahora me siento infinitamente mejor.

Volvió a reír mientras me acompañaba en silencio hasta casa. De tanto en tanto me arrancaba alguna púa y el dolor volvía a expandirse por todo mi cuerpo.

—¡Me cago en la puta, Andy! Me estás haciendo polvo y estás disfrutando a lo grande, ¿eh?

Escuché su ominosa risa sin necesidad de alzar la vista y mirarle. Permanecí con la cabeza enterrada en la almohada mientras me arrancaba los pinchos con unas pinzas. Fue el momento más humillante de toda mi vida.

—Bueno, esto ya está. Ahora voy a darte un masajito con aloe vera para calmar la irritación de la piel.

Gemí de gusto por la refrescante sensación que me producían sus manos embadurnadas en crema, presionando, amasando y estirando la piel con un cuidado exquisito. Casi pude olvidar el incidente y dejar la mente volar, y digo *casi* porque él no pudo evitar volver a recordármelo.

—¡Oh, Alex! —rió a carcajadas— Estabas tan graciosa vestida de negro y con gafas de sol en plena noche, tendida sobre una jardinera de cactus...

—Ja, Ja, Ja —correspondí a su risa con sarcasmo—. Tú también lo estuviste tratándome como si yo fuera un gato.

—Pues gracias a eso hemos despistado a tu jefe.

—¡Dios mío qué vergüenza! —Amortigüé mi voz contra la almohada— No pienso salir de casa nunca. —Se acercó a mi espalda desnuda y me dio un beso fugaz.

—Saldrás, así que no digas tonterías. Nadie te ha visto hacer el ridículo excepto yo.

—Y con eso tengo bastante. Me lo vas a recordar todos los días de mi vida, ¿verdad?

Rió y se tumbó a mi lado, pasando tan solo la yema de sus dedos por las

líneas de mi espalda. Un escalofrío me recorrió entera.

—No hablaremos de ello nunca más si no quieres, aunque debes admitir que es una buena anécdota —suspiré, tal vez con el tiempo lo viera desde otra perspectiva, pero en ese momento me sentía como una completa idiota.

La mañana siguiente me puse un vestido holgado de color salmón, no podía llevar nada ajustado porque todavía tenía la piel irritada. Andy se levantó antes para prepararme café.

—Gracias —dije dando el primer sorbo.

—¿Cómo te encuentras? —Ladeé la cabeza.

—Igual que si hubiese estado retozando en una cama de agujas —rió con discreción.

—¿Quieres que te acompañe al trabajo?

—No —arrugué la nariz—, creo que puedo caminar sola —sonrió.

—En ese caso iré un rato a navegar —asentí y me acerqué para darle un besito en la mejilla.

—Gracias por encubrirme ayer.

—No me las des, pienso cobrarme el favor —me guiñó un ojo y cogió una manzana del frutero—. Hasta pronto Alex.

Me despedí con un movimiento de cabeza y acabé de tomar el café en un reparador silencio.

Una vez en la oficina nada había cambiado; Óscar seguía igual de hermético y de capullo que siempre. Ni siquiera la tal Fani había conseguido arrojar algo de luz a ese hombre tan oscuro.

El teléfono sonó en el momento en que terminaba de escanear los últimos documentos.

—Buenos días señor White, ¿qué desea?

—Necesito que envíes un ramo de flores a la dirección que te dé. ¿Anotas? —Parpadeé.

—Claro, dígame...

—Fani Cruz, calle Verdaguer ciento cuarenta edificio sur, quinto primera. ¿Has apuntado?

—¡Sí! —Me apresuré en contestar— ¿Y qué tipo de flores quiere? —Se lo pensó.

—Me da igual..., margaritas— Respondió sin demasiado entusiasmo.

—Vale... —ignoré la quemazón de mi pecho— ¿Qué quiere que diga la tarjeta?

—¿La tarjeta?—Estaba desorientado.

—La de las flores.

—Mmmm... De Óscar —arrugué la nariz, la romántica que había en mí se sentía ultrajada.

—¿Eso es todo...? —dije asombrada.

—¡Sí! —Me respondió impaciente por abandonar la conversación. Pese a todo, tenía la fuerte necesidad de seguir insistiendo en un intento desesperado de seguir tirando del hilo.

—¿No cree que debería ser un poco más romántico?

—Enviar flores a alguien, ya es un concepto romántico de por sí, ¿qué más necesita?

—Está bien... —Era poco específico, pero...— Solo digo que en la tarjeta podía poner algo más personal.

—Yo no escribo cosas personales —y cortó.

Suspirando, colgué el teléfono y contemplé la nota que me había dictado para las flores. Sabía que era algo ofensivo meterme donde no me llamaban, pero a veces hay que hacer algo ofensivo para conseguir algo bueno. Sonreí y descolgué para pedir las flores a la florista.

Por fin acabó el día y no quedaba nadie en mi planta. Me cuadré frente a la puerta del ascensor. Antes de que se abrieran escuché el timbrazo del teléfono de mi mesa, gemí desolada. Me apresuré a cogerlo al quinto tono.

—¿Sí? —Contesté distraída.

—No te vayas. Tenemos que hablar.

Me senté en la silla con aplomo esperando a que se abriera la puerta de su despacho y me entregara un fajo de papeles, como hacía siempre.

«A ver qué faenita absurda tiene preparada para mí que no admite demora...».

En cuanto le vi salir con el rostro crispado todo mi cuerpo languideció, a la espera de saber el motivo de su evidente cabreo.

—¿Qué demonios pusiste en la tarjeta?

—¿La tarjeta? —Le pregunté, como si nunca hubiera roto un plato. Su ira era asesina.

—Acabo de hablar con Fani y me ha preguntado si esa tarjeta significa algo, o ha malinterpretado el mensaje —tragué saliva intentando recordar, en realidad no había puesto gran cosa, pero ver a Óscar tan cabreado me estaba

poniendo nerviosa.

—Bueno... Solo pensé... Bueno..., creí que sería más bonito escribir algo más íntimo —le sonreí esperanzada.

—Alexia... —Me advirtió.

—Solo puse: “*Fani, espero que te guste este regalo hecho del corazón. Óscar*”. Y..., puede que pusiera un besito al final —traté de cerrar los ojos a pesar de que esperaba la peor de las reacciones.

—¿Qué? —Echaba humo por las orejas.

—Una «X», ya sabes... un inocente besito.

Sin previo aviso, Óscar puso las manos en los brazos de la silla y me arrastró fuera del escritorio para poner su cara al mismo nivel que la mía. Estaba tan cerca que distinguía las líneas verdosas del iris sobre el fondo azul. Y la boca..., la tenía a apenas dos centímetros de la mía.

Contuve el aliento, conmocionada por su brusquedad y cercanía.

—En primer lugar... ¿te parezco la clase de hombre que pondría una «X» al final de un mensaje? —dijo entre dientes, con los párpados entornados. No necesité meditar la respuesta.

—En realidad, no.

—En realidad, no. —Asintió y se acercó más, intimidándome. Su aliento acarició mis labios y tragué saliva.

—En segundo lugar: si vuelves a entrometerte en mi vida privada, ¡te aniquilo! ¿Te queda claro?

—Bueno, la aniquilación es bastante definitiva —dije en apenas un susurro. Echaba chispas.

Ignoré mi reacción física a su proximidad para tratar de darle una explicación.

—No pensaba que algo tan inocente pudiera desencadenar esta reacción, no era mi intención, te lo aseguro.

—¡Pues la has jodido bien! —espetó alterado— Fani es solo una amiga de la infancia, una amiga con la que me he criado y la considero como una hermana, siempre estoy ahí para ella. El problema es que Fani cree que entre nosotros puede haber algo y no es así. Hoy es su cumpleaños y siempre le regalo algo pero he estado tan ausente estas semanas que no me ha dado tiempo. Pensaba que unas flores le gustarían, pero no pretendía, ni mucho menos, convertirlas en una declaración —me puse nerviosa de repente.

—¡Oh, Dios! Perdona, Óscar, verás, puedo hablar con ella y explicarle

que... —Cerró los ojos y contuvo el aliento.

—Ya has hecho bastante. —Cuando volvió a abrirlos nos sostuvimos la mirada. ¿Por qué no se separaba?

Por un momento olvidé dónde estaba y quién era él. Mis ojos se posaron en su boca. Estaba ahí. Justo delante de mí. Aparté la vista enseguida, quise asegurarme de que no había notado mi deseo, pero para mi sorpresa encontré su mirada concentrada en mis labios también. Los separé.

Sus ojos volvieron a los míos y sentí mucho calor por todo mi cuerpo.

—No vuelvas a hacerlo —me dijo suavemente, con la voz ronca. Asentí convencida de que nunca más volvería a entrometerme en sus asuntos. Esta vez me había pasado de la raya.

Se apartó de mí de golpe y yo recuperé un necesario aliento. Cuando regresó a su despacho sin mirar atrás, me dediqué a contar hasta diez pausadamente en el interior de mi cabeza, entonces, me sentí lo suficientemente entera como para levantarme de la silla e ir a casa.

14. Encontronazo

—Hola papá, he recibido vuestro mensaje, parece que últimamente no nos ponemos de acuerdo. Ahora voy de camino a la oficina, solo llamaba para ver cómo estabais, os echo mucho de menos. Un beso enorme.

Dejé el mensaje en el contestador cuando iba hacia el trabajo. Les llamé el día anterior pero para variar, el teléfono no dio señal; no acaban de atinar con las teclas del nuevo móvil que les regalé, a veces incluso se olvidaban de cargarlo.

Entré en el edificio de MYTV y subí a mi planta, me dirigí al cuartito del café y abrí el último cajón para coger un vaso de plástico de *Vaner*.

«¿Dónde coño están?»

—¿Buscas esto...?

Tragué saliva y me giré con lentitud. Óscar estaba recostado en el marco de la puerta, con una pierna cruzada sobre la otra. En la mano derecha sostenía la pila de vasos que había comprado en la cafetería.

—Puedo explicarlo.

—Adelante... —me animó condescendiente—, estoy deseando escucharlo —me mordí el labio inferior, ¿qué podía decirle?

—¡Oh, vamos! —Me quejé— Llevo engañándote con el café desde hace semanas y hasta ahora no te habías dado cuenta de que no eran de *Vaner*. ¿Por qué haces esto? ¿Qué sentido tiene ponérmelo difícil?

—Esa no es la cuestión —abandonó la puerta y caminó hacia mí desafiante—, la cuestión es que me has desobedecido, no eres capaz de acatar una simple orden y me has tomado por tonto —me crucé de brazos y arqueé una ceja.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a hablar con Mäkinen para que me despida alegando que te he servido el café de la empresa?

Su rostro se encendió por la rabia. Avanzó dos pasos más en mi dirección y se plantó a escasos centímetros de mí, era la segunda vez que le tenía tan cerca y no pude evitar que mi corazón latiera con fuerza, traicionándome.

—Cuidado, Alexia, no sabes con quién estás tratando. Recuerda que yo

también puedo jugar sucio.

—¿Esto es una amenaza? —Sus labios se curvaron en una sonrisa de medio lado, pero sus ojos recalcaron la advertencia: soy más corpulento, más alto y doy más miedo que tú, era el mensaje.

—No me gusta que me tomen el pelo —declaró amenazante. Me armé de valor, lo justo para dar un pasito más y chocar sus pies con los míos. Le miré a los labios.

—¡Pues a mí tampoco! —Me fijé en sus ojos; tras su cólera ardía otra emoción, pero no me detuve a averiguar de cuál se trataba, retrocedí para esquivarle y salí de la habitación.

Me dirigí hacia mi mesa y empecé a trabajar sin hacer caso a nada más, él hizo lo mismo y se encerró en su despacho.

No supe de él en toda la mañana y aunque era un alivio disponer de cierta tranquilidad, me alteraba sobre manera no saber qué estaba haciendo o de qué sería capaz a partir de entonces.

Me convertí una vez más en una máquina de trabajo infalible rellenando formularios y clasificando información, tan enfrascada estaba en mi faena que no advertí una presencia muy cerca de mí, esperando paciente a que acabara de teclear para intervenir.

—Tan guapa como de costumbre —dijo una voz familiar y alcé súbitamente la mirada.

—¡Andy! —Me quedé en shock.

—Te he traído bombones —me enseñó una pequeña caja roja adornada con un lazo plateado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirí, sin dar importancia al detalle.

—Lo cierto es que no hemos tenido demasiado tiempo para hablar de lo nuestro, la última vez con tus juegos de espionaje y demás, no pudimos tratar el asunto que venía a...

—Al grano, no tengo todo el día —le interrumpí.

—Quería sorprenderte, y de paso ver si después de estos días, con la cabeza fría, te habías replanteado seriamente lo de las dos docenas de hijos —le sonreí con ternura; era su manera de decir si había tomado una decisión respecto a su propuesta. Es de locos, ni tan solo había vuelto a pensar en ella, porque ya di por zanjado el tema; al parecer él no lo veía así.

—¡No tenías que haber venido hasta aquí por eso! Mira, ¿por qué no me esperas en casa y lo negociamos? —Sugerí con humor, guiñándole un ojo.

Sonrió divertido.

—Además, no te voy a engañar, también estoy aquí porque me pica la curiosidad, quería conocer tu lugar de trabajo y... ¡vaya! —chasqueó la lengua — Es peor de lo que me habías contado, ¿en serio pasas en el pasillo todo el día?

—Bueno, no es tan malo cuando te acostumbras, ver a la gente pasar en dirección al baño y ser testigo de sus caras de alivio cuando salen, me relaja —sonreí con ironía—. Pero ahora deberías irte, estoy trabajando —alegré, poniéndome seria.

—¿Has visto esto? —me exhibió una tarjeta que llevaba colgada del cuello—, me han dado un pase de visitante para poder entrar, me siento importante y todo.

Me levanté de la silla y le empujé levemente hacia la salida.

—Me alegro, ahora vete, todavía no he acabado mi jornada y podrías meterme en un buen lío, en casa hablamos de lo que quieras, pero aquí...

—De acuerdo, pero ya que he venido me gustaría saber si tienes permiso para salir a comer conmigo, me apetece —entrecerré mis ojos.

«¿De todos los días que deseé que me invitara a comer tenía que ser justo este?»

—¡Sabes que no puedo! —Susurré mirando hacia los lados, asegurándome que nadie nos estaba viendo.

—Oh, Alex, ¡Mírate! Pareces una colegiala con miedo a que la pillen fumando en los lavabos, ¿de los dos no eras tú la adulta?

—Ahora no tengo tiempo para una guerra dialéctica, así que si no te importa, la retomamos en mi casa.

—Está bien —extendió las manos disculpándose.

Andy miró más allá de mí y me puse rígida al intuir que teníamos público. Me volví hacia atrás y allí estaba Óscar, cuya dureza de aspecto no invitaba precisamente a la cordialidad.

—¿Quién es usted? —preguntó mirando con mucha atención a mi ex.

—¡Oh! —Andy sonrió y le tendió la mano—, ¿es el señor White? He oído hablar mucho de usted.

Me puse roja como un tomate. Juré que me las pagaría por esto.

Óscar miró la mano tendida y por un momento temí que no se la estrechara. Suspiré aliviada cuando lo hizo.

—No me ha respondido, le he hecho una pregunta —continuó con

severidad.

—Pues soy... —me miró y sonrió con maldad, estaba temiéndome lo peor— Soy el novio de esta hermosa señorita —me señaló como si fuera un trozo de carne.

—¡De eso nada! —Discrepé alterada— Será mejor que te vayas —le advertí muy seria.

El aire crepitó peligrosamente a su alrededor. Se le dilataron las aletas de la nariz mientras nos observaba.

—Será mejor que salga de aquí inmediatamente o llamaré a seguridad. En primer lugar mi secretaria está en horas de trabajo y en segundo, este no es sitio para tratar los problemas de pareja —Rodeó a mi ex y se acercó a mí, bajo la atenta mirada de Andy. Cuando estuvo lo bastante cerca añadió en voz baja:

—Por tu bien, cuando salga de mi despacho espero no volver a ver a este tipo —esta vez sí, su amenaza me estremeció.

Una vez nos quedamos solos miré a Andy enfadada; él sonrió por lo bajo y se acercó a mí con paso vacilante.

—¿Estás contento? —pregunté al borde de la desesperación— ¿Querías enfrentarme con mi jefe? ¡Pues lo has conseguido!

—Alex... —Andy se aproximó y me acarició los brazos con las manos, intentando disminuir mi ansiedad—. Ya me voy, pero quiero que sepas que mi única intención era invitarte a comer, hacer algo juntos. Aunque he visto más de lo que deseaba ver —Rió con amargura.

—¿Qué? —pregunté con los ojos centelleantes.

—Tienes razón en todo lo que has dicho de ese tío, salvo una cosa que no has visto —fruncí el ceño—. Al tal White le gustas... y lo jodidamente exasperante es que él tiene las de ganar contigo, es justo lo opuesto a mí: serio, responsable, con clase... en cuanto sea capaz de reconocer sus sentimientos, su gilipollez será tan solo una mera anécdota —resumió dejándome estupefacta.

—¡¿Qué dices?! ¡¿Estás loco?! —Me enervé y le cogí del brazo, tirando fuerte de él mientras le acompañaba a la salida— ¡No vuelvas a insinuar algo así en tu vida! ¿Me oyes? —Estaba roja de la rabia.

Andy se deshizo de mi brazo y empezó a caminar sin ayuda.

—Y lo que es peor, a ti te atrae. No tengo nada que hacer —inspiré profundamente para templar mis nervios; no quería montar un numerito.

—Hablamos en casa. Por favor... no me lo pongas más difícil — prácticamente supliqué.

—No hay nada de qué hablar —se aproximó lo justo para besar mi cabeza con gesto paternalista— Hasta luego, Alex.

Su despedida me dejó sin aire en los pulmones y un mal sabor de boca. Parecía un *adiós* definitivo y el miedo se apoderó de mí. No podía perder a Andy, era una pieza fundamental en mi vida.

Vi como desaparecía tras la puerta acristalada y me prometí hablar con él en cuanto tuviera oportunidad.

Regresé hacia mi mesa pensando en Óscar, en cómo se había comportado, pero sobre todo en Andy. Me asustaba la forma que tenía de analizar a las personas y dar sentido a sus actos, porque muchas de sus conjeturas resultaban ser ciertas con el tiempo. Desterré esa idea de mi mente, pues Óscar no sentía más que un profundo desprecio hacia mí; desde el primer día que nuestras miradas se encontraron, me odió con todas sus fuerzas.

15. Papá y mamá

Esa noche Andy no me esperó en mi apartamento, ni las siguientes tampoco; había perdido su rastro y de repente me sentí más sola que nunca. No disponía de un número de teléfono dado que él no era partidario de las nuevas tecnologías, ni una dirección fiable en la que pudiera encontrarle.

«Tal vez si voy al puerto y busco su barco...»

La sola idea de tener que recurrir a eso me hastiaba. Finalmente decidí que lo más sensato sería dejar pasar un tiempo, luego, intentaría dar con él costase lo que costase.

En el trabajo todo siguió igual. Óscar jamás sacó a relucir el tema de Andy, pero no volvió a mostrarse cortés conmigo. Nuestros diálogos se redujeron estrictamente a lo profesional y debo confesar que eso me desmoralizó bastante. Se hacía todo mucho más llevadero si el ambiente entre los dos era agradable. Por desgracia, en los días siguientes a la visita de mi ex no hallamos ni un mísero momento de paz.

Al llegar a casa me tiré en el sofá, agotada tras el día estresante que había tenido en la oficina. Con un movimiento perezoso guié mi mano hacia la mesita que había junto al sofá y activé el botón del contestador para escuchar los mensajes.

—Hola cariño, sentimos mucho no haberte cogido el teléfono las últimas veces, pero hemos estado muy ocupados —menuda novedad—. A finales de julio volveremos a esos balnearios que te comenté, los que están cerca de los Pirineos, a tu padre le encantaron, así que ¿por qué no? Pero tenemos que vernos antes de que te vayas de viaje con los del trabajo, ¿qué te parece venir a comer el domingo? Te esperamos cariño, avísanos si no puedes venir. Un besito enorme.

Suspiré y me hundí en el sofá, colocándome el cojín sobre la cara. También tenía que prepararme para un viaje del que no sabía nada y todo se me estaba haciendo cuesta arriba.

La casa de mis padres estaba en pleno corazón de Castelldefels, una ciudad a poco menos de veinte minutos en tren desde el centro de Barcelona.

Me apeé del vagón y recorrí las calles en dirección a la playa, ahí había una vieja urbanización de casas adosadas, pequeñas y estrechas pero orientadas estratégicamente hacia el Mediterráneo. El olor a salitre formaba

parte de mis recuerdos de aquel lugar, así como sus paseos repletos de gente, turistas y comercios abiertos casi veinticuatro horas al día.

Accedí a los jardines privados de la urbanización por la parte trasera, un lugar mucho más tranquilo que el centro, lo cual era de agradecer teniendo en cuenta la superpoblación que había en la ciudad los meses de verano.

Entré en casa y un fuerte olor a eucalipto me hizo arrugar la nariz. Mi madre tenía una obsesión casi patológica por los ambientadores de incienso. Prácticamente disponía de un olor para cada ocasión y lo que era aún peor, creía que tenían propiedades mágicas que ayudaban a purificar el ambiente y el espíritu de una persona. Así aprendí a convivir entre olores y anticipar por ellos el estado de humor de mis padres. El ámbar, por ejemplo, es un afrodisiaco para ambos sexos, el almizcle limpia y purifica —muy renovador tras una pelea—, aloe vera para concretar proyectos, benjui para limpiar las energías negativas, canela ayuda a aclarar las ideas, pero el eucalipto... el eucalipto era algo diferente. Se utilizaba para fortalecer el cuerpo y la mente, así que se utiliza en caso de enfermedad.

—¿Holaaa? —Saludé en voz alta esperando una respuesta— ¿Papá, mamá?

—¡Alexia! —Mi madre sonrió de oreja a oreja y bajó las escaleras con premura— ¡Mi niña! —Me cobijó en un enorme abrazo, que yo correspondí.

—¿Por qué...? —Iba a preguntar por el incienso cuando ella me interrumpió.

—Oh, mi vida, tenía muchas ganas de verte. Tenemos que hablar de tantas cosas... —me acompañó hacia el sofá del comedor, junto a la ventana que daba al jardín— ¿Qué tal en tu nuevo trabajo? He pensado mucho en ti, puse incienso a la Virgen para que tuvieras suerte en la entrevista —me sostuvo la cara con una mano, dejándome boca de pez—, ¡mírate! Lo has conseguido. —Reí y retiré las manos de mi rostro con cuidado.

—Como te conté, no fue la intervención divina, sino una serie de casualidades que me ayudaron a hacerme con el puesto.

—¡Qué más da! El medio es lo de menos, lo que cuenta es el objetivo alcanzado —me guiñó un ojo—; No obstante, no te engañaré, sigo muy preocupada por ti... —suspiró mirando al suelo.

—¿Por qué?

—No deberías estar sola, según mis cálculos ya deberías estar con alguien... —exhalé abatida.

—¡Mamá! Déjalo ya, por favor, sabes que no comparto tus supersticiones. Para serte sincera me dan algo de repelús.

Hizo un puchero, fingiendo que se sentía triste por mis palabras, pero en realidad yo sabía que se cocía algo mucho más profundo en esa mente de alcahueta.

—Me harías muy feliz si...—No la dejé terminar.

—¡No! —Me apresuré a responder sabiendo lo que me iba a proponer — ¡Ni pensarlo!

—¡Oh, vamos! ¡No seas así! Me siento frustrada porque tuve una premonición respecto a tu vida sentimental y veo que no se ha cumplido, me gustaría volver a probar y ver qué ha cambiado.

—¿Podemos dejarlo, mamá? —Le imploré—. He venido a veros, pero siempre me haces estas cosas... ¿No te has parado a pensar que tal vez no quiera conocer mi futuro? Puede que busque que la vida me sorprenda sin más —Citó una frase que me había dedicado Andy en una de nuestras discusiones, esperando que hiciera efecto en mi madre.

Arrugó su frente. Apuesto a que no entendía nada de lo que acababa de decirle.

—¿Pusiste en casa el incienso de opium que te di?

—Sabes que no —sus cejas se alzaron por la incredulidad.

—¡Ahí está! Te dije que el incienso de opium era para atraer la pareja, para evitar la soledad —recosté la cabeza contra el respaldo del sofá y cerré los ojos, agotada de que siempre, desde que tengo uso de razón, achaquemos todos los cambios de mi vida a una cuestión puramente mística y supersticiosa en lugar de aceptar una posible casualidad de acontecimientos que desencadenan una situación concreta.

—No acabaremos con esto hasta que no me tires las dichas piedras, ¿verdad? —Soltó una carcajada, mejorando su humor. Se sentía vencedora de una batalla que creía perdida.

—Son runas cariño, no piedras, ya lo sabes.

—Está bien —acepté por complacerla—, adelante, ilumina mi camino madre — contesté con sarcasmo.

Ella volvió a reír y se levantó para ir en busca de las piedras negras ancestrales.

—Muy bien, ahora inspira profundamente, cierra los ojos y tíralas sobre la mesa.

Hice lo que me pidió, como tantas otras veces. A mi entender, las runas eran igual de fiables que leer tu horóscopo en la revista de moda, solían ser predicciones generales y a veces se acercaban a la verdad, otras no, pero era imposible discutir ese detalle con ella. Mi madre siempre decía que el destino de cada uno de nosotros es algo que ya está escrito, pero existen pequeñas variaciones que pueden conducirte más rápido o lento hacia él; caminos alternos, atajos y demás que aceleran o acortan. A veces las interpretaciones son erróneas, una buena lectura solo se consigue con la práctica, pero aun así, dar con el significado exacto es virtud de unos pocos. Cuando mi madre se equivoca en alguna predicción, siempre inventa una excusa para aclarar por qué lo había mal interpretado, buscando un paralelismo entre su visión y lo que había ocurrido en realidad. Mi padre y yo solemos reírnos y tomarle el pelo cuando esto ocurre.

Lancé las piedras sobre la mesa y esperé a que viera en ellas todo lo que había acontecido en el tiempo que no nos habíamos visto, como si con ello pudiera dar un rápido vistazo al fondo de mi alma y ver, además, lo que estaba por venir.

—Bueno, bueno, bueno... —me dedicó una sonrisa traviesa y alzó una ceja mientras estudiaba la posición de las piedras.

—¡Alexia María Airis Gala! Te lo tenías muy calladito... —comentó acusándome de Dios sabe qué.

—¿Qué ves? —pregunté intrigada.

—Mis predicciones no han sido tan malas, te vi junto a alguien y aquí dice que has recibido una proposición, pero la has dejado correr... —sonreí por lo bajo, pero asentí dándole la razón. Ella continuó:

—Veo también que es una persona que no conoces —la miré extrañada, Andy era transparente como el agua.

—Conozco bien a Andy —discrepé.

—Pero aquí veo secretos —especificó señalando las piedras, como si yo también pudiera ver lo "obvio".

—Andy no tiene secretos, al menos para mí —negó extrañada.

—¿Te refieres a Andy tu ex novio?

—Sí —confirmé.

—No, no es él, creo que las piedras se refieren a alguien que no conoces, que todavía no se ha cruzado en tu camino.

—Vaya...

De pronto arrugó el entrecejo, preocupada, y volvió a mirar las runas con interés.

—Hay cosas que no entiendo, confusas. Te sigo viendo con alguien, cielo, pero algo se interpone y ya no puedo ver nada más. Es como si algo bloqueara el futuro que puedes tener con él —me contempló con intensidad—. Te voy a dar incienso de romero y quiero que lo enciendas cuando estés en casa, ¿me has oído?

—¿Ahora necesito protección? —pregunté al recordar para qué servía el romero.

—Es solo por si acaso...

Permaneció reflexiva durante unos minutos, no quise interrumpirla.

—¿Qué has cambiado, cariño? —preguntó dejándome de piedra—. Has alterado las cosas, y parece que se está escribiendo un nuevo futuro para ti, algo que no estaba previsto va a suceder, y esto me recuerda a tu padre cuando... —Enmudeció y eso despertó mi curiosidad.

—¿Papá? ¿Qué le pasa a papá? —Sonrió, pero percibí la preocupación en su expresión.

—Nada, no le pasa nada —hizo un gesto con la mano—, ya sabes que a veces me equivoco, hice mal una lectura. Eso es todo.

—¿Y crees que estás cometiendo el mismo error conmigo? ¿Leíste mal mi futuro la última vez?

—Puede ser —suspiró—, en cualquier caso quiero que lleves siempre contigo un ramillete de romero —se levantó, cogió una ramita seca del cajón de la cómoda y me la entregó—. Te dará buena suerte.

Asentí para dejarla un poco más tranquila, pero su cara emanaba preocupación, así que opté por quitarle hierro al asunto.

—Eres consciente de que si vivieras en el siglo dieciocho ya te hubiesen llevado a la hoguera por bruja, ¿no?

Rió y tomó mi mano para acariciarla.

—Por eso me alegro tanto de estar en el siglo veintiuno —reímos al unísono.

—Por cierto, ¿dónde está papá?

—¿Me llamabas cuchufleta? —Me incorporé de un salto para ir a abrazarle.

—¡Vaya, parece que tu dieta para mantener a raya el colesterol está funcionando! —Le miré de arriba abajo— ¿Cuántos quilos has perdido?

Mi padre se echó a reír tocándose la inexistente barriga.

—Ocho —alardeó orgulloso.

—Pues creo que ya es suficiente, o vas a quedarte en los huesos.

Mi madre se acercó para rodear a mi padre con los brazos y darle un beso en la mejilla.

—Tu padre también ha tenido gastroenteritis estos días, por eso he puesto incienso de Eucalipto.

—Pero ¿estás bien? —Quise asegurarme.

—¡Perfectamente! —aseguró—, ahora venga, vamos a comer y a ponernos al día.

Nos dirigimos hacia el jardín. El fuego de la barbacoa ya estaba listo y mientras hacíamos la carne les expliqué en qué consistía mi trabajo. A mis padres les gustaba escucharme, preguntaban acerca de todos los aspectos de mi vida y seguían dándome consejos como si todavía fuera una niña pequeña.

Durante la comida, intenté proyectar el foco de atención en sus vidas.

—¿Y estos viajes repentinos, las quedadas con los amigos, las fiestas...? Hasta ahora nunca habíais estado tan ocupados y hace que me preocupe. ¿Todo va bien?

Mi padre se acercó por detrás, depositó la última bandeja de carne sobre la mesa y besó mi cabeza.

—Todo va bien —repitió mostrando una leve sonrisa—. Desde que te independizaste todo ha cambiado, ya no hay nadie a quién cuidar, tenemos más tiempo libre del que deseáramos y necesitamos mantener la mente ocupada, ya sabes...

—Podría venir a veros más a menudo, si os sentís solos puedo...

Mi madre rió y cogió mi mano para apretarla con fuerza.

—Tú concéntrate en vivir una vida como una chica de tu edad, conoce a chicos, diviértete un poco y de entre todos ellos escoge al que te acompañe el resto de tu vida, las runas no mienten y dicen que anda cerca —me guiñó un ojo cómplice.

—¡Alto ahí! —Intervino mi padre en un cómico tono irritado— Cuando tu madre dice que te diviertas con los chicos, se refiere a que juegues con ellos a las cartas y cosas así...

Rompimos a reír a mandíbula batiente.

—¡Agustín! —Mi madre le dio un discreto codazo—. ¡Tendrá que probar la carne antes de comprarla, digo yo!

Mi padre la miró impresionado.

—¿Acaso tú probaste mucha carne antes de comprar la mía?

Volvimos a reír.

—Eran otros tiempos.

—¡Oh, Dios! No estoy preparado para mantener este tipo de conversación con una hija —mi padre se tapó los ojos para esconder su propia vergüenza—, iré a por el postre.

Se levantó, dejándonos solas.

Mi madre no dejó escapar la oportunidad y volvió a insistir, algo le rondaba por la cabeza desde hacía un buen rato y decidió desvelarlo justo en ese momento.

—Alexia, ahora que tenemos un momento... verás... —cogió aire, le costaba encontrar las palabras apropiadas para expresar lo que realmente le preocupaba—, vi una cosa más en las runas...

—¿Qué?

—Hay algo que se ha quedado a medias, que no está solucionado y de alguna manera nos afecta a todos. Las runas muestran que te vas a reencontrar con esa parte olvidada del pasado pero no aclaran si eso será bueno o malo para ti, estoy preocupada —cerró los ojos con pesar.

—Mamá —coloqué las manos en sus brazos, acariciándolos—, no te preocupes por nada. Sea lo que sea lo que me depare la vida podré con ello, soy más fuerte de lo que crees.

—Ya lo sé, cariño, pero si algo te pasara, si te sucediera algo, yo...

—¡Para! —Le di un fuerte abrazo— ¿Ves por qué no quiero que predigas mi futuro? Siempre que lo haces te preocupas, y no merece la pena ese malestar por algo que tal vez nunca ocurra. Tú lo has dicho antes, pueden haber cosas de mi día a día que me hagan tomar nuevas decisiones y cambiar el rumbo, nada más.

—Tienes razón, pero no puedo evitarlo.

Sonreí y acaricié su mejilla.

—Sea lo que sea que has visto, estoy convencida de que tiene que ver con Andy. Él forma parte de mi pasado, ha estado viviendo conmigo las últimas semanas y me ha hecho una proposición. Lo principal encaja. Así que no tienes de qué preocuparte, sabré manejarlo.

—Ojalá tengas razón... Y ahora, dejemos el tema. Por ahí viene tu padre con el postre.

Me giré para verle aparecer con una tarta helada en una mano y los platos y el cuchillo en la otra.

Mientras tomábamos el postre seguimos conversando, esta vez de temas triviales, de anécdotas del pasado, críticas cinematográficas y discrepancias políticas. Sentía que con ellos podía hablar de todo sin apenas tabús.

Pero al volver a casa no pude evitar pensar en la conversación que había tenido con mi madre. Inexplicablemente, intentaba poner sentido a las predicciones que había lanzado sobre mi futuro, ordenarlas dentro del caos, pero me faltaba información. Suspiré desmoralizada; una parte de mí creía que sus divagaciones no eran más que tonterías expuestas sin fundamento alguno, pero también había un pequeño lugar dentro de mí reservado para el "y si...": ¿Y si no son tonterías? ¿Y si tiene razón y algo malo está por suceder? ¿Y si Andy no tiene nada que ver en esa predicción y todavía tengo que conocer a otra persona?

Odiaba con todas mis fuerzas sentirme de esa manera: expectante y preocupada por cuestiones que me sobrepasaban, ya tenía suficientes cosas terrenales en las que pensar como para dedicarle tiempo a eso.

Sin duda, Andy era una de esas "cosas" que no me podía quitar de la cabeza. Llevaba días sin saber nada de él y eso me tenía bastante preocupada. No podía ocultar que echaba de menos su desorden, sus comentarios picantes o las continuas adulaciones hacia mi físico. Era el único capaz de cambiar mi humor solo con tenerlo cerca.

Un sabio dijo una vez: *"La vida es irónica. Se necesita la tristeza para saber qué es la felicidad y la ausencia para valorar la presencia"*.

Eso era exactamente lo que me estaba pasando a mí.

16. El viaje

Nos reunimos en el aeropuerto de El Prat a las seis de la mañana. Me acerqué a Raquel con la idea de no separarme de ella en todo el viaje. El resto de compañeros llegaron poco a poco y todos la saludaron e intercambiaron diálogos, por desgracia desde mi llegada no había tenido oportunidad de hacer amistades, así que me sentía aislada en algunas conversaciones. Intenté sobreponerme, pensando que a partir de esas vacaciones las cosas en la empresa cambiarían, tenía aproximadamente una semana para ganarme el afecto de todos. Sin duda estar alejada de Óscar era la clave para interactuar con otras personas.

Edmund Mäkinen llegó media hora después. Estaba radiante, su sonrisa iluminaba toda su cara. Se había vestido con ropa deportiva, verle tan informal le hacía mucho más cercano.

Un clamor se extendió en el grupo cuando anunció el destino al que nos dirigíamos: Canadá. Raquel me agarró fuerte de las manos, presa de la alegría.

—¡Qué pasada! Me muero de ganas de llegar.

Reímos. No podíamos estar más contentas.

El viaje en avión se hizo muy largo tras el transbordo en París. Pasamos la mayor parte del tiempo durmiendo o viendo películas hasta llegar a nuestro destino.

Un autobús se encargó de llevarnos al hotel, donde teníamos reservadas habitaciones dobles.

—¿Qué lado prefieres? —pregunté a Raquel mirando la enorme cama de matrimonio.

—Pues me gusta el izquierdo —se tumbó sobre el colchón con los brazos extendidos —esto es como estar en el cielo.

—Lo es —corroboré tumbándome a su lado.

Permanecimos unos minutos en silencio, contemplándolo todo.

—Deberíamos intentar dormir —intervino Raquel mirando la hora en el reloj de la mesilla—, hemos quedado para cenar en el restaurante del hotel, pero debemos hacer caso a Mäkinen y dormir un poco, mañana nos espera un día lleno de sorpresas.

Nos desvestimos, dejando solo la camiseta interior a modo de pijama y nos metimos entre las suaves sábanas, era una sensación maravillosa. La paz, tranquilidad y serenidad que me envolvían sería algo que jamás podría

olvidar.

Nos despertamos cinco horas después e iniciamos una cómica competición para ocupar antes el baño.

Ducha, secador, maquillaje, vestidos... una hora y media más tarde nos miramos frente al enorme espejo de la habitación. Estábamos radiantes, nuestro estado de ánimo se reflejaba en nuestra ropa, el pelo... en todo lo que llevábamos. Raquel se giró para sonreírme.

—Estás increíble —anunció mirándome de arriba abajo.

Llevaba un vestido rojo ajustado hasta la cintura, luego caía con sinuosidad hasta los pies. Me había dejado el pelo suelto y ligeramente ondulado, acomodado hacia un lado con los dedos. Raquel recolocó un poco el vestido por detrás y volvió a darme la vuelta para reparar en mi espalda desnuda.

—¡Bua! Si fuera hombre... —sonrió de forma pícaro y yo estallé en carcajadas.

—Tú estás estupenda, te favorece el blanco —constaté sosteniendo la falda con vuelo de su vestido.

—Pues entonces creo que ya podemos bajar a cenar.

Enhebramos nuestros brazos y nos dirigimos al comedor.

Me fijé en el alto techo abovedado y en las lámparas de cristal que pendían de él. Había largas mesas con mantel negro llenas de entremeses y copas de champán en un extremo de la habitación. Una escultura de hielo de un cisne adornaba orgullosa el centro de la mesa. La sala estaba decorada con sencilla elegancia, pero todo relucía. La orquesta de cámara estaba en el otro extremo, delante de una cristalera que daba a los jardines del hotel; nunca había asistido a un evento tan distinguido como aquel.

Con lentitud fueron llegando todos los compañeros y se situaron junto a las mesas que habían preparado.

Raquel aprovechó para presentarme, y pronto, me sentí aceptada dentro del grupo. Era increíble lo fácil que resultaba hablar con personas de verdad, bromear, reír y comentar pequeñas anécdotas producidas entre pasillos. Todo resultó tan sencillo que no podía creer que hubiese estado tanto tiempo apartada sin intentar relacionarme. Claro que Óscar no me dejaba tiempo para eso.

«¡Óscar!» No me había acordado de él en todo el viaje. Inevitablemente, di un rápido vistazo a la sala intentando encontrarle.

Lo localicé un minuto más tarde recostado en una retirada columna de la sala. Su presencia me impactó. Vestía un esmoquin negro que le quedaba a la perfección. Recorrí con los ojos su intolerable hermosura y el anhelo me abrumó. Me sentí abatida porque justo en ese instante, pese a todo lo que me había hecho, deseé estar cerca de él. Pero no era mutuo, cuando nos miramos sus ojos no dijeron nada.

No parecía haberle impresionado ni siquiera el imponente vestido. Sostenía una copa de vino en la mano y por su expresión supe que llevaba ahí un buen rato, observándolo todo desde la distancia. Raquel me miró y cuando se percató de quién había llamado mi atención, me susurró en la oreja:

—Lleva mirándote desde que hemos entrado.

—¿Óscar? —pregunté, incrédula— No me hace ni caso.

—Sí —discrepó—, ya lo creo que te hace caso.

Chasquéé la lengua.

—Es un hombre tan raro... —enfaticé negando con la cabeza—, jamás le entenderé.

Raquel se encogió de hombros.

—Es lo que tienen los hombres, pertenecen a otra especie.

Reí de su comentario.

—¿Sabes? He oído que Óscar no quería venir, estuvo hablando con Mäkinen de la posibilidad de cerrar unos negocios que tenía pendientes, de hacer horas extra.

—¿Por qué? —pregunté escandalizada.

—Mi jefe dice que a nivel personal no está atravesando por un buen momento, precisamente por eso Mäkinen no ha querido que se quedara en Barcelona, y ha insistido para que postergara sus asuntos y pudiera acompañarnos.

Un compañero se acercó a Óscar desde atrás, le dijo algo y ambos rieron, en ese momento perdí su atención. Miré nuevamente a Raquel, con indiferencia.

—¿Nos sentamos? —sugerí, viendo que todo el mundo tomaba asiento.

Los camareros empezaron con el desfile de platos. Las conversaciones fluidas, las risas, el buen humor... todo era perfecto. Había conocido más de mis compañeros en una noche que en cinco meses de trabajo. No podía negar que los métodos de Mäkinen funcionaban y hacía que todos nos relajáramos, de alguna manera nuestro positivismo debía favorecer la productividad, de eso

no tenía dudas.

Esa noche me propuse pasármelo bien de verdad, dejar a un lado las preocupaciones, desinhibirme y pensar únicamente en mí. Bailé con Raquel y otros compañeros que no dudaron en acompañarme a la pista de baile, estaba distraída cuando sin querer choqué de espaldas contra alguien y me giré instintivamente para disculparme. Las pupilas se me dilataron cuando vi que había chocado contra Óscar. Él también estaba bailando con una chica de otro departamento, algo bajita para mi gusto pero muy guapa. No había hablado nunca con ella, pero sí habíamos coincidido alguna vez en el ascensor.

—¡Alexia! —Me reclamó mi pareja.

Sonreí y volví a centrarme en el baile, como si nada hubiera ocurrido.

Óscar y yo no volvimos a coincidir en toda la noche. Nos dedicábamos discretas miradas de soslayo, pero no hubo ningún acercamiento por parte de ninguno de los dos. Tampoco sabíamos qué decirnos, él se había encargado de que reinara el hielo en nuestros corazones y había alejado todo lo bueno que podíamos haber cultivado si hubiésemos podido conocernos más. Ahora no sabía qué decirle, cómo intentar entablar una conversación con él fuera del ámbito laboral.

Al terminar el día, me tumbé en la cama y miré a Raquel. Dormía como si llevara un siglo sin hacerlo; en cambio, yo era incapaz. Pensaba en todo como si ese fuera el único instante en el que pudiera hacerlo. Mis padres llenaron gran parte de mis pensamientos; algo me había dejado intranquila la última vez que los vi, pero era incapaz de saber qué me perturbaba. Luego estaba la incógnita: ¿qué nos depararía el día siguiente? ¿Qué juegos había previsto Mäkinen para el grupo? Sin duda esos interrogantes eran capaces de quitarme el sueño, pero había algo mucho más profundo y ese "algo" tenía que ver con Óscar. Estaba presente en casi todo lo que me rodeaba, su imagen aparecía sin cesar en mis pensamientos y eso me inquietaba.

Cuando conseguí cerrar los ojos era demasiado tarde, las dos de la mañana, nada menos. Intenté relajarme, dejar la mente en blanco y abandonarme al descanso que tanto ansiaba mi cuerpo. No recuerdo el momento exacto en el que el milagro al fin se produjo.

17. Rio Magpie

"En veinte años estarás más desilusionado por las cosas que no hiciste que por las cosas que hiciste. Así que suelta amarras. Aléjate de la seguridad del puerto. Atrapa los alisios en las velas. Explora. Sueña. Descubre". Mark Twain.

Esa fue la frase que citó Mäkinen para alentar al grupo a aceptar su desafío. Una cita meticulosamente escogida para la ocasión. Nos incitaba a ser valientes, a arriesgar, no solo en el juego que nos proponía, también en la vida y el trabajo.

Habíamos ascendido en hidroavión hasta el Rio Magpie. Anduvimos una hora y media hasta llegar a un claro donde nos esperaba un senderista contratado por la empresa, quien nos ofreció agua fresca y algo de comida.

Mäkinen nos distrajo con un interminable monólogo acerca del compañerismo y la importancia del trabajo en equipo. Tras su discurso depositó unas mochilas sobre una roca plana y procedió a darnos las instrucciones de nuestro viaje.

—Este año emprenderemos la mejor aventura que he programado hasta la fecha. Haremos grupos y cada grupo tendrá una de esas mochilas —las señaló con la mano—. En ellas hay comida, botiquín de primeros auxilios, mapa, walky talky y las instrucciones paso a paso de la ruta que emprenderemos hasta llegar a la meta, alcanzando el objetivo que hemos marcado.

Hizo una pausa para mirarnos a todos antes de proceder con la explicación:

—En los mapas encontraréis el camino que deberá hacer cada grupo ya que iréis por senderos diferentes. Cada uno de vosotros llegará a un tramo del río en particular, allí os espera una balsa y un monitor especializado en rafting. Bajaréis por el río hasta mitad de recorrido, antes de que los rápidos crezcan en dificultad. El equipo ganador será el primero que llegue al destino, aunque no olvidéis que lo importante es concluir el recorrido más que la posición que ocupéis. Luego, el hidroavión nos llevará de vuelta a la ciudad y daremos por concluido el reto. En el hotel nos espera una gran cena y los días siguientes, los dejaremos para el relax, si os parece bien.

Unas risas de júbilo se abrieron paso entre los compañeros.

—Esta excursión nos llevará todo el día, así que espero que cada equipo se tome en serio el reto y no se desvíe del camino marcado. En caso de emergencia utilizad el walky, habrá uno de nuestros expertos al otro lado por si necesitáis orientación —concluyó Mäkinen.

El grupo empezó a hablar progresivamente, despreocupado, divertido frente a la experiencia. Yo hice lo mismo con Raquel y le comuniqué mis nervios por empezar el juego; era lo más emocionante que había hecho jamás.

Mäkinen también se había asegurado de que, pese a la dificultad, fuera una experiencia agradable. Explicó que había personal cualificado situado en los puntos estratégicos para ayudarnos si no sabíamos interpretar las señales de nuestros mapas. Todo estaba bien atado.

El silencio se produjo casi en el acto cuando nuestro jefe empezó a nombrar los grupos. Miré extrañada a Raquel porque, en esta ocasión, Mäkinen había decidido hacer equipos formados por parejas, algo diferente respecto a años anteriores.

Por desgracia, no tuve mucho tiempo para asimilarlo cuando, de improviso, anunció mi nombre, que fue uno de los primeros al seguir el orden alfabético.

—Alexia Airis y Óscar White formarán el segundo equipo.

«Tierra trágame».

—¿¿CÓMO?!

En ese instante sentí como si una apisonadora me pasara por encima. El jefe siguió leyendo uno a uno los nombres de la lista, asignando parejas previamente estudiadas, pero no presté ninguna atención, mi mente estaba en otro lugar.

Cuando conseguí reaccionar, sentí unas enormes ganas de llorar al asimilar lo que acababa de suceder. Me iba a explotar la cabeza y empecé a marearme, todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor y tuve la sensación de que en cualquier momento me podría caer. Raquel me cogió de las manos, intentando que recobrara la vida. Ella había corrido mejor suerte y su pareja era una simpática chica de contabilidad.

—Esto no puede estar pasando... —musité todavía incrédula.

—Habla con Edmund, no te preocupes —intentó tranquilizarme.

Se me atascó la voz en la garganta, impidiéndome hablar.

—¡Alexia! ¿Me oyes?

Miré a Raquel con el rostro desenchajado.

—¿Por qué ha hecho esto? ¿Cómo ha podido...?

—¡Eh! —Me cogió de las manos todavía más fuerte, reclamando una vez más mi atención— Lo solucionaremos, ¿de acuerdo?

Tiró levemente de mí para acompañarme a hablar con Edmund. Mientras caminaba mi mente era un hervidero de pensamientos, pero uno resonaba más fuerte que los demás en mi cabeza: "¡cualquiera menos él, no puede ser él!"

Llegamos lo bastante cerca como para ver que Óscar ya estaba hablando con el jefe. Era fácil interpretar por sus reacciones el motivo de su protesta. Al igual que nosotras, había ido a persuadirle para que nos asignara cualquier otro grupo dada nuestra incompatibilidad.

—No voy a discutir esto, Óscar. He estado observando demasiado tiempo y no entiendo por qué no sois capaces de hacer algo juntos, ni siquiera os conocéis y eso repercute en vuestro día a día.

—Nuestros problemas no han sido obstáculo para el trabajo, siempre hemos cumplido con...

—Ya lo sé, no te preocupes por eso —le tocó el hombro intentando tranquilizarle—. No puedo reprocharos nada. Pero Alexia es tu secretaria, tal vez si estáis juntos en esto, será más fácil la vuelta a la oficina.

—Pero...

—No, Óscar —sentenció Edmund dando el tema por acabado—. Podéis negaros si queréis, vendréis conmigo al punto de encuentro a esperar al resto. Pero las parejas se quedan tal y como están, así que vosotros decidís si os veis capaces de participar o preferís manteneros al margen. No hace falta que te diga que decidáis lo que decidáis no habrá ninguna repercusión.

«¿Está dispuesto a dejar pasar la oportunidad de participar en el juego por el desprecio que siente hacia mi persona?»

Me dolía tanto su trato, su poca consideración... pronto las lágrimas salieron de mis ojos sin previo aviso, fruto de la más profunda impotencia.

—Está bien —aceptó de mala gana—, como usted quiera —claudicó.

Dio media vuelta y se fue. Al pasar por mi lado me dedicó una de sus glaciales miradas de acero y golpeó ligeramente mi cuerpo con su hombro.

Respiré hondo y traté de calmarme. Según se desvanecía la ira, empecé a sentir algo distinto.

Me llevó unos instantes admitir por qué había agachado la mirada, por qué me había ruborizado, por qué se me había revuelto el estómago, por qué

tenía los ojos húmedos y por qué de pronto quería salir corriendo en dirección opuesta.

Era por aquella reacción tan poderosa e instintiva. Por su rechazo. Realmente me dolió más eso que el hecho de que nos hubiesen asignado como pareja.

Podía seguir hacia delante, disimular y hacer ver como que no había presenciado nada. Pero jamás olvidaría la cara de Óscar al aceptar, contra su voluntad, que pasaría el día conmigo. ¿Tan terrible era tenerme de compañera? ¿Tan grandes eran nuestras diferencias como para no poder ponernos de acuerdo tampoco en esto?

18. Complicaciones

—Joder Alexia, me sabe fatal —Raquel tragó saliva antes de mirarme apenada—. Piensa que solo es un día y ya no tendrás que hacer nada más con él. A partir de mañana yo me encargo de que olvides esto, nos iremos de compras, al spa...

Le dediqué una sonrisa carente de emoción. No tuve fuerzas para contestarle, me concentré en reservar mis escasas energías para protegerme de Óscar y su hostilidad. Iba a ser un día horrible, todo conducía a ello, y necesitaba reponerme para no caer al primer asalto.

Óscar repasó en silencio el contenido de la mochila, yo permanecí abstraída dejándole hacer. Mis pensamientos iban de aquí para allá, intentando buscar consuelo y positivismo en algún recóndito lugar de mi mente. Necesitaba algo a lo que aferrarme, algo que me diera fuerzas para no derrumbarme en su presencia.

—Tenemos que ir por allí —espetó sin mirarme.

Me mordí la lengua y me puse en pie. Él hizo lo mismo. Vi que nuestra diferencia de altura era aún más evidente al llevar zapatillas en lugar de los habituales tacones. Me dio la espalda y emprendió el camino colina arriba sin esperarme, íbamos detrás de otro grupo que reía y bromeaba acerca de los insectos que se encontrarían por el camino. Poco después, el grupo tomó una bifurcación y nosotros continuamos hacia delante, siguiendo nuestra ruta.

Pasadas unas horas no aguantaba más ese silencio insoportable que se interponía entre nosotros como una pared de hormigón. Necesitaba romperla y pasar al otro lado porque me había cansado de estar en las sombras. Renuncié con decisión a la amarga ira que se había estado apoderando de mí y me agarré con fuerza a mi espíritu combativo.

—¿Es que de entre todos los días del año has tenido que escoger precisamente este para hacer voto de silencio? ¡Estamos solos en mitad de la nada! —enfaticé extendiendo los brazos.

—El silencio me relaja, además, fuera de lo oficina no tenemos nada que decirnos —replicó mordaz.

Bufé exasperada.

—Está bien, hagamos una pausa, por favor, estoy cansada.

—¿Bromeas? Quiero acabar esta maldita excursión cuanto antes — siguió avanzando—, así que no perdamos tiempo.

Corrí hasta alcanzarle y ponerme delante de él, impidiéndole continuar.

—¡Basta ya, joder! ¿Crees que a mí me gusta vivir contigo esta mágica experiencia...? ¡Era la oportunidad de mi vida! Había puesto todas mis esperanzas en este viaje y por lo visto es algo que piensas estropear también.

Su rostro se relajó un instante y aproveché esa pequeña fisura para intentar calmar la subyacente tirantez entre ambos.

Me senté en el suelo bajo su atenta mirada y tiré un poco de su pantalón hacia abajo para que me acompañara.

Emitió un sonoro bufido, pero finalmente cedió e imitó mis movimientos hasta acabar junto a mí en el suelo.

Sonreí por dentro al ver que me había salido con la mía.

Óscar se quitó la mochila y de ella extrajo un par de zumos y barritas energéticas de almendra.

—Así me gusta —aprobé—, los hombres son más amables con el estómago lleno.

Aguantó una sonrisa mientras abría su barrita.

—En realidad lo hago porque mientras tengas la boca llena dejarás de hablar, lo que será un alivio para mis oídos.

Rompí a reír.

—¿Y crees que la comida en la boca puede conseguir que me calle? — contesté asestando el primer bocado y masticando ruidosamente con la boca abierta— Eso es que no me conoces.

Óscar lo intentó, pero finalmente se relajó lo suficiente como para ofrecerme su primera sonrisa sincera desde que salimos.

Comimos en silencio la barrita energética, él seguía reticente a hablar y yo era una máquina imparable.

Empecé a contarle historias de la oficina —el único lugar que los dos conocíamos—, pequeños e inofensivos chismorreos que me había explicado Raquel acerca de nuevos embarazos, bodas o relaciones que empezaban entre compañeros. Nada de lo que dije pareció interesarle lo más mínimo, así que hice una pausa y pensé nuevos temas de conversación en los que tuviera que intervenir.

—¿Por qué no tienes pareja? —pregunté de repente.

Sus ojos se volvieron rápidamente para encontrarme, parecían crispados.

—Y ¿cómo sabes que no la tengo?

—Lo sé —respondí sin más—. Como tu secretaria creo que me daría cuenta de que mantienes una relación con alguien. Además, por si mi intuición no fuera bastante, en la oficina no se habla de otra cosa, eres uno de los solteros más deseados, por si no te habías dado cuenta...

Negó asqueado con la cabeza.

—En la oficina se dicen demasiadas cosas...

Asentí dándole la razón.

—¿Eres gay?

Su ceño se frunció y por un momento me pareció que iba a cabrearse de verdad.

—¿No tener pareja implica ser gay? ¿Solo existen esas dos opciones?

Me encogí de hombros.

—No es natural que alguien como tú esté soltero.

Negó con hastío.

—A mi modo de ver no hay nada "natural" hoy en día.

—Eso es verdad —asentí, reflexiva.

Dejó los brazos descansando sobre las rodillas, mirando al frente. De tanto en tanto le asestaba un bocado desganado a la barrita energética.

—¿Dónde conociste a Fani? —continué, alterando deliberadamente la quietud de su rostro.

Óscar me lanzó una mirada cortante, pero no me dejé intimidar y se la retuve hasta que volvió a apartarla de mí, con la mandíbula apretada.

—Nos conocimos siendo niños, en el centro donde me crié. Desde entonces siempre nos hemos tendido una mano y nos hemos tratado como hermanos.

—¿Te criaste en un centro?

—¿Importa mucho?

—Supongo que no. Pero me genera curiosidad.

Sonrió de medio lado, sin ganas.

—Pues ya sabes lo que dicen de la curiosidad, ¿no?

Sonreí.

—Al principio creí que Fani y tú erais...

Su mirada de advertencia hizo que dejara la frase inacabada.

—Fani no es más que una amiga —repitió—, y me gustaría que dejaras de preguntarme sobre ella, no te concierne.

Suspiré sonoramente; acababa de toparme con su inquebrantable hermetismo. Si quería continuar con la conversación debía buscar otros temas que no fueran tan personales.

Cogí aire para recargar mis pulmones y lo exhalé con lentitud mientras pensaba en algo.

—Si pudieras pedir un deseo, ¿qué sería? —Quise seguir indagando.

Se volvió enérgico en mi dirección.

—¿En serio quieres saber la respuesta a esa pregunta? —espetó mirándome con intencionalidad.

Su comentario pretendía molestarme, sin embargo no lo conseguí. Empecé a reír sin control y más cuando su rostro se tornó impertérrito intentando adivinar el motivo de mi reacción.

Me enjugué las lágrimas y cuando fui capaz de controlar la risa, se lo hice saber:

—Mira Óscar, voy a decirte una cosa que creo que debes saber —me esforcé por ponerme muy seria—. Lo cierto es que estás hasta guapo con él, pero tienes un trozo de almendra entre los dientes.

Rompí a reír nuevamente y él se giró hacia el lado opuesto para retirárselo con discreción. No pude evitar regodearme un poco por lo que le había ocurrido, eso dio lugar a que su humor se suavizara un ápice.

—Ahora que ya te lo has pasado bien a mi costa, deberíamos continuar —sugirió poniéndose en pie.

Asentí sonriente.

—No me lo estaba pasando bien a tu costa, sino contigo. Es curioso —continué siguiéndole de cerca—, por más que intentas hacérmelo pasar mal, hay momentos que consigues el efecto contrario.

Extendió el mapa delante de él de mala gana, aminorando el paso para estudiarlo.

—Si no es mucho pedir, deja de taladrarme con tu superflua palabrería, necesito algo de concentración.

Suspiré, cansada de combatir contra su distanciamiento y me separé unos pasos de él extendiendo los brazos mesiánicamente.

—¡Me rindo! —proclamé a los cuatro vientos con un tono de humor—

¡No puedo con este hombre tan irascible!

Habían transcurrido dos horas desde la última vez que paramos. El recorrido se me estaba haciendo demasiado largo y cuando conseguí acompañar el paso ligero de Óscar, procedí a hablar:

—¿Puedes darme el walky, por favor? Lo llevaré yo de ahora en adelante.

Se giró para mirarme con el interrogante grabado en su rostro.

—¿Por qué?

—Ahora estamos completamente aislados y temo que el odio que me tienes te nuble el entendimiento y acabes descuartizándome y tirándome entre la maleza para que los osos devoren mis restos.

Se lo pensó durante un rato.

—No hay osos en esta zona —confirmó muy seguro de sí mismo.

Nos miramos en silencio un par de segundos. Su comentario no pretendía hacerme reír, era una rotunda afirmación sin más pretensiones. Pero sin saber por qué, desató en mí una carcajada que no pude refrenar.

Él también rió por lo bajo.

—Tampoco tengo intención de descuartizarte —me tranquilizó, comprendiendo el motivo de mi risa.

—Es un alivio escuchar eso.

Asintió, distraído aún en algún punto de la conversación.

—Según esto tenemos que ir por ahí —confirmó señalando el camino con la cabeza.

—¿Puedo verlo?

—¿Es que no te fías de mí? —preguntó a la defensiva.

—Mmmm... a ver cómo te lo digo... ¡NO! —Le arrebaté el mapa de las manos— Estamos aquí —señalé con el dedo.

—No, estamos aquí —colocó mi dedo unos centímetros más abajo.

—Entonces tenemos que subir más. Por ahí —señalé un sendero despejado.

—Si vamos por ahí iremos en dirección contraria al río, tenemos que seguir recto.

Miré hacia el punto que indicaba, la maleza era tan abundante que por ahí no había pasado una persona en años.

—Creo que te equivocas.

—La que se equivoca eres tú —rebatí, ofendido.

—De acuerdo —suspiré— tregua. Llamemos por walky y que nos orienten.

—En primer lugar, todavía no hemos visto un letrero para poder facilitar nuestra posición y en segundo lugar, no me estoy equivocando.

Arrugué el entrecejo.

—¡Muy masculino, Óscar! Negarse a pedir orientación, qué típico —critiqué en tono ominoso.

Mi comentario le molestó más de lo que pretendía.

—Mira, Alexia, he nacido para esto, ¿vale? —respondió destilando todo su orgullo—. Tengo más sentido de la orientación que tú en tu mejor día, así que dejemos de perder el tiempo hablando y pongámonos en marcha porque cuanto antes lleguemos, antes te librarás de mí.

En eso tenía razón, librarme de él era mi principal objetivo porque no podía haberme tocado un compañero más pelmazo. Arqueeé las cejas y me crucé de brazos, aceptando sin rechistar que volviera a asumir el mando.

Seguimos caminando y pronto perdí la cuenta de los kilómetros que habíamos recorrido sin ver un solo letrero que nos confirmara que la ruta que estábamos tomando era correcta, entonces, como una señal divina, empezamos a escuchar unas voces que provenían del walky que había en el interior de la mochila.

Nos sentamos en unos salientes de roca. Óscar abrió la mochila con premura y buscó en su interior.

—Se informa que todos los grupos deben abandonar la excursión y regresar inmediatamente al punto de partida.

Óscar y yo nos miramos.

—¿Por qué?

—¿Sucedo algo? —preguntó activando el botón rojo del walky.

—Estamos en alerta naranja por fuertes lluvias, no las esperábamos hasta dentro de dos días, pero meteorología ha registrado cambios. Cambio y corto.

—Bien, regresamos —confirmó sin mirarme.

—¿Fuertes lluvias? ¡Pero si el cielo está despejado! —constaté mirándolo.

—Da igual. No vamos a discutir a los expertos —impelió poniéndose en pie—. Pero antes déjame un minuto, necesito orinar.

Oír eso despertó mis ganas.

—Yo también. Iré por ahí —señalé una zona retirada—. Y ni se te ocurra mirar, pervertido —advertí en broma.

Un par de minutos más tarde nos reencontramos junto al saliente de roca. Óscar ya llevaba la mochila puesta y en cuanto me vio aparecer, reanudó la marcha de inmediato.

Llevábamos más de media hora andando en silencio cuando decidí intervenir.

—No me suena haber pasado por aquí —mencioné mirando a mi alrededor.

—Sí, hemos venido por aquí —constató.

—Muy bien, si es así dime en el mapa dónde estamos, porque yo veo todos los árboles iguales.

Suspiró y se quitó la mochila de los hombros con desgana. Abrió la cremallera y empezó a rebuscar.

No sabía cómo ponerme, al detenernos sentía como si la planta de los pies quemara y estaba segura de que me saldrían ampollas de tanto caminar.

—¡Joder! —dijo y le miré.

—¿Qué?

—No encuentro el mapa ni el walky.

—¿¿¿Qué??? —Empecé a hiperventilar.

—Nos los hemos dejado arriba.

—Bromeas...

Me miró muy serio y supe que no se trataba de ninguna broma.

—Tenemos que volver, el walky es importante por si necesitamos ayuda.

—¡Dios mío Óscar! ¿Cómo coño vamos a encontrarlo?

Los mismos árboles se alzaban sobre nuestra cabeza y la misma maleza se enredaba en nuestros pies, era prácticamente imposible reconocer el camino por el que habíamos pasado sin un rastro que seguir.

—Tendremos que darnos prisa, no quiero que nos pille la lluvia aquí.

—¡Pero no sabemos dónde estamos!

—Yo sí —aseguró.

—¡Basta de una vez! —grité alterada— ¡¿Cuándo vas a reconocer que te has perdido?! Llevamos caminando sin rumbo desde que perdimos al grupo que iba delante de nosotros.

—¡No estamos perdidos! —repitió, pero no sabría decir si pretendía con su afirmación convencerme a mí o a él mismo.

Miró al suelo y pasó sus manos por la cabeza. ¿Estaba nervioso? Su indecisión me aterrorizaba.

—Este es el plan: volvemos a por el walky y regresamos al punto de partida lo antes posible, sin detenernos.

¿Qué podía hacer? Acepté su propuesta y juntos volvimos a ascender la ladera.

Miraba hacia arriba, rezando para que las lluvias se retrasaran, pero el cielo no atendió a súplicas y empezó a cubrirse de nubes negras que no pintaban nada bien.

Pasó una hora más y éramos incapaces de recordar el camino exacto por el que habíamos ascendido. Todo nos parecía igual y tuve el mal presentimiento de que en nuestra búsqueda no habíamos hecho más que alejarnos, y nos iba a resultar imposible localizar el camino de vuelta antes de que anoheciera. Óscar pareció leerme la mente porque ralentizó la marcha hasta detenerse. Estaba tan cerca que colisioné contra su dura espalda cuando lo hizo.

—Estamos caminando en círculos, creo que ya hemos pasado por aquí.

Un calor abrasador recorrió mi cuerpo entero, tenía ganas de decirle que era un pésimo guía, incapaz de reconocer que necesitaba ayuda y que por su orgullo masculino nos hallábamos en esa situación. En lugar de eso, cogí aire, recordándome mantener la calma y con esa aparente serenidad, pregunté:

—¿Y qué hacemos ahora?

Emitió un suspiro, bloqueado.

—Bajaremos, siguiendo la dirección del río, seguro que veremos una indicación o algo que nos sirva de ayuda para encontrar el camino.

Estaba muy cabreada. Cabreada con él, con el mundo, con el señor Mäkinen, con todo lo que tenía que ver con esa experiencia del demonio, pero no disponía de un plan B, una sugerencia o un camino alternativo, así que hice caso a Óscar, a sabiendas de que lo único que haríamos sería perdernos más.

El agua se escuchaba cada vez más cerca. Habíamos caminado hasta llegar al borde de un desnivel desde el que se veía el río. No tardamos en descubrir que este seguía unos metros más bajo nuestros pies, podía verse entre los huecos del entramado de raíces que pisábamos.

—No... te... nuevas —pronunció cada palabra seguida de una pausa contundente. Me quedé muy quieta, a la espera que me comunicara lo que le había preocupado.

—¿Ocurre algo? —pregunté con un hilo de voz.

—Estamos pisando un terreno inestable —señaló las raíces de los árboles que sobresalían del suelo—. Tenemos que alejarnos y volver al bosque. Las precipitaciones podrían ocasionar desprendimientos, ¿ves cómo están los árboles?

Miré hacia los pinos, sostenidos en el aire a punto de caer sobre el caudaloso río, tan solo anclados al suelo por sus robustas raíces que se enredaban formando gruesas trenzas aferrándose a la vida con desesperación.

—Dame la mano —extendió la suya y la cogí con firmeza.

Contemplé nuestras manos unidas y cómo una fina llovizna acariciaba levemente nuestra piel expuesta. Miré a Óscar presa del pánico. Su mano apretó la mía con más fuerza, tirando de mí para acercarme.

Retrocedió sin mirar atrás, con tan mala suerte que uno de sus pies cedió, colándose en un hueco entre las raíces. Escuché un fuerte crujido de ramas seguido del desgarró de la tela de la mochila al rajarse. Mis ojos, desorbitados, le buscaron con desesperación.

El peso propició que la tierra se deshiciera bajo sus pies y algunas raíces se partieran cayendo hacia abajo, dejando su cuerpo suspendido gracias a la mochila, que se había enganchado en unas ramas rotas impidiendo el fatal desenlace.

—¡Óscar! —Di un salto hacia delante y cogí una de sus manos. Tiré con fuerza, pero la mochila seguía enganchada y no podía moverse. Le di un decisivo tirón y las asas acabaron de romperse permitiendo que Óscar quedara a salvo.

—¡Mierda! —exclamó estirando su mano para coger la bolsa. Antes de que pudiera alcanzarla, cayó por el agujero. Vimos en silencio como era arrastrada por el caudal del río sin poder hacer nada para recuperarla— Allí estaban nuestras provisiones, nuestras... Oh, mierda —golpeó con fuerza su cabeza.

El estruendo de un trueno en la lejanía nos recordó que no podíamos perder más tiempo a la intemperie. De repente daba igual la mochila, el mapa y nuestras diferencias, a los dos nos movía un interés común: encontrar la salida.

Caminamos a paso ligero colina abajo, sorteando los obstáculos lo más rápido que podíamos. En esta ocasión Óscar estaba a mi lado, se esforzaba en mantener mi ritmo pese a que sabía que podía ir más rápido y era mucho

menos torpe que yo.

La fina llovizna apenas perceptible fue convirtiéndose en una lluvia de aguja, fina y dura. La intensidad fue aumentando progresivamente, junto a los truenos y los rayos que iluminaban el cielo por momentos.

De repente sentí miedo, miedo al estar aislados de todo, en un entorno desconocido y sin nada que nos sirviera para orientarnos por ese bosque inmenso que parecía no tener fin.

Sin darnos tregua, descendimos la pendiente que parecía hacerse más pronunciada a cada paso. Nuestra velocidad era imparable al sentirnos empujados por el viento que procedía de las zonas más altas. En cuestión de segundos la tierra fue convirtiéndose en escurridizo lodo y cuando quise frenar por temor a caer, un traspié propició que mi cuerpo resbalara y cayera rodando a gran velocidad. Noté como las uñas se aferraban a la tierra con desesperación, buscando algo a lo que agarrarme, pero cuanto más empeño ponía en detenerme, más velocidad adquiría arrastrada por el fango. No logré frenar a tiempo y mi cuerpo colisionó contra unas rocas afiladas que detuvieron bruscamente mi descenso.

Grité al sentir que algo me había desgarrado el muslo, pero ese dolor no era nada comparado al mareo que me obligaba a permanecer en el suelo por temor a volver a caer. Óscar vino hacia mí lo más rápido que pudo y se agachó para ayudarme.

—¡Dios mío, ¿estás bien?! —preguntó con el rostro desencajado.

—Sí —mentí con un hilo de voz.

—Vamos, levántate, iremos por aquí.

Una de sus fuertes manos se soldó a mi cintura atrayéndome hacia él, mientras que la otra estrechaba la mía con firmeza. Para entonces la lluvia se había convertido en un aguacero infernal que nos impedía ver el horizonte con claridad. Eso nos obligó a detenernos unos segundos.

Perdidos como estábamos, Óscar escaneó el terreno con la mirada hasta encontrar un refugio provisional, una amplia brecha en el tronco de un enorme alerce que nos permitía guarecernos mínimamente de la lluvia. Nos sentamos en el húmedo suelo y estuvimos abrazados largo rato esperando a que amainara, era la única forma en la que podíamos estar los dos protegidos de las inclemencias del tiempo.

Entre sus brazos perdí la noción del tiempo. Mirábamos el agua y el torrente que arrastraba hojas, piedras y ramas ante nuestros ojos. Sostuve con

fuerza sus manos, haciendo un nudo con ellas bajo mi pecho, su cuerpo desde atrás envolvía el mío como una manta y por una vez, agradecí estar a su lado.

Al poco tiempo empezó a oscurecer. Con la incesante cascada de agua y la llegada de la noche las posibilidades de volver al punto de partida se reducían. Tampoco podía venir nadie a buscarnos por lo que deduje que pasaríamos la noche a la intemperie.

Oculté a Óscar mi aflicción y dejé que las lágrimas corrieran rápidas por mis mejillas, aprovechando que podían confundirse con el agua de la lluvia.

—No parece que vaya a parar —percibí el temblor en la voz de Óscar, estaba tan congelado como yo y no era de extrañar, teniendo en cuenta que teníamos el cuerpo calado hasta los huesos y las temperaturas habían descendido bruscamente con la llegada de la noche—. Tendríamos que movernos y encontrar un techo o moriremos congelados. Ya no me siento los dedos —asentí; tenía los músculos entumecidos y me castañeteaban los dientes, pero sabía que tenía razón, andar era lo único que podría hacernos entrar en calor.

Me moví para liberar sus brazos y un dolor punzante se extendió a lo largo de mi pierna. Grité sin poder evitarlo.

—¿Qué ocurre?

—Nada —me afané en contestar.

Me mordí el labio inferior y con todo el cuidado del mundo me puse en pie. El dolor se hizo insoportable entonces y me tambaleé. Óscar me sostuvo para que no cayera.

—¿Qué va mal? —preguntó preocupado por mi estado.

—Nada, es solo que me duele la pierna por la caída, pero nada más —le resté importancia.

—Está bien —aceptó mi excusa, aunque no parecía muy convencido—
¿Crees que puedes caminar?

Asentí.

Caminamos despacio bajo la incesante lluvia cuando un rayo impactó delante de nosotros impidiéndonos avanzar. Gritamos al unísono por la impresión de la asombrosa descarga de electricidad estática. En toda mi vida había visto uno desde tan cerca, ese destello luminoso que por un instante te ciega y te deja en shock, seguido del sonoro trueno que hace vibrar tu cuerpo entero. Sin darnos tregua se produjo un segundo rayo que atravesó el cielo a

gran velocidad como un fogonazo de luz hasta enterrarse en la tierra a escaso medio metro de nuestra posición, el ensordecedor estruendo vino poco después, poniéndome los pelos de punta.

—Es peligroso estar aquí, estamos rodeados de árboles.

—¿Y dónde vamos? —pregunté extendiendo los brazos con desesperación, señalándole que todo estaba repleto de vegetación.

Cogió mi mano sin contestarme y me guió por el camino. Se había dado cuenta de lo enormemente patosa que era y no pensaba soltarme. Agradecí la ayuda porque no podía dejar de tropezar. La pierna derecha seguía doliéndome de forma inimaginable y con cada paso que daba, el dolor se hacía más intenso. Intenté ignorarlo, concentrarme en cualquier otra cosa, ser de ayuda a Óscar en lugar de un lastre que debía soportar. Pero de nada sirvieron mis intentos, el dolor se hizo tan fuerte que tuve que detenerme para recuperarme.

—¿Qué haces? —preguntó sin entender el motivo de mi parada.

—Es que... —el dolor volvió a azotarme y sentí como me mareaba.

—¡Alexiaaaa!

Lo siguiente que recuerdo fue el frío más insoportable en cada centímetro de mi piel. Estaba tumbada en la tierra húmeda, en una especie de guarida excavada en la roca. Desde mi posición podía ver la cortina de agua en la entrada. No era un espacio demasiado grande, pero al menos no nos mojábamos. Parpadeé intentando ver más allá de la negrura de la cueva, pero me fue imposible. El frágil reflejo de la luna no ofrecía suficiente claridad como para permitirme ver dónde me encontraba.

—Eh... —susurró Óscar al ver que acababa de despertar— ¿Estás bien?

Intenté incorporarme y al hacerlo, no pude evitar mostrar una mueca de dolor.

—Tranquila, te has desmayado. He encontrado este sitio por casualidad y estaremos aquí hasta que pase todo. ¿Cómo te encuentras?

Volví a arrugar la nariz, cada vez que me movía sentía ese fuerte pinchazo en la pierna...

—Lo cierto es que no lo sé —admití sentándome con dificultad— ¿Puedes ayudarme?

Se acercó a mí sin dudar.

—Claro, ¿qué necesitas?

Volví a incorporarme, esta vez para llegar hasta el tobillo de mi pierna derecha y con dedos trémulos empecé a arremangar el pantalón de senderismo.

Óscar captó mis intenciones y me ayudó. Subió el pantalón cuidadosamente, dejando al descubierto mi pierna blancuzca y fría. Al llegar a la altura del muslo su cara adquirió una nueva expresión.

—¡Joder, Alexia! ¿Por qué no me lo has dicho?

Miré en la misma dirección en la que lo hacían sus ojos y yo también me sobrecogí. Una brecha abierta, de un centímetro de grosor, separaba en un corte limpio la carne del muslo en dos mitades. La sangre había sido arrastrada por el agua de la lluvia, pero era un corte tan profundo que parecía haber sido producido por la hoja de un hacha.

Sentí que volvía a marearme.

—No puedes continuar así, esto es... ¡Oh, Dios! —pasó los dedos por su cabello con frustración—. ¡Todo es culpa mía!, no debería haber continuado, tendría que haber admitido que estaba perdido y dar marcha atrás.

Reí sin ganas.

—Así que era verdad, no tenías ni idea de dónde estábamos.

Apartó el rostro para ocultarme su dolor.

—¿Qué puedo hacer, Alexia? —Volvió a mirarme con desesperación.

Debía tranquilizarle, decirle que pese al espantoso aspecto de la herida me encontraba perfectamente.

—No pasa nada Óscar, esto no es nada...

—¡No digas eso, maldita sea! —gritó colérico— ¿Te has visto bien? Necesitas puntos de sutura como mínimo. No puedes quedarte aquí con una herida abierta hasta que nos encuentren ¿Y si te desangras? Si no hubiera sido tan orgulloso, esto no habría pasado.

Ladeé la cabeza, aceptando su argumento.

—En eso tienes razón —puse todo el empeño en que mi voz sonara divertida, quería quitar hierro al asunto—, si no hubieras querido hacerte el *machirulo* y me hubieras dejado tomar las riendas a mí, tal vez la situación sería otra.

Suspiró, resignado.

—¿Podrás perdonarme?

Le miré con mucha atención.

—¿Otra disculpa? ¡Vaya! Esto se está convirtiendo en una costumbre.

Me dedicó una fugaz sonrisa.

—Tienes razón, esto empieza a ser un patrón que se repite.

Sus ojos se centraron en los míos largo rato, tuve la sensación de que

cuando me miraba así me faltaba el aire. Su cabello húmedo caía hacia delante, liberando pequeñas gotas de agua que resbalaban por su perfecto rostro hasta perderse en el suelo arenoso. Me concentré en la perfección de su nariz, la sinuosidad de sus labios, sus largas e hipnóticas pestañas... Las sombras nocturnas también le favorecían, bajo esa débil luz, sus rasgos eran todavía más hermosos.

Aparté la mirada avergonzada. Avergonzada de que en un momento como aquel me concentrara en aspectos tan superficiales en lugar de estar pensando en una solución a nuestros problemas.

—Tenemos que intentar cerrar la herida. Has perdido mucha sangre y además, podría infectarse.

Asentí con firmeza.

Óscar suspiró y empezó a retirar su cinturón con movimientos rápidos.

—Voy a utilizar esto para cerrar la herida todo lo que pueda. Espero que mañana, cuando nos encuentren, traigan botiquín y antiséptico para curarte.

Tenía el rostro compungido. Cuando le vi extender el cinturón supe que me iba a doler, cogí aire y lo exhalé lentamente dos veces.

—Adelante.

Me miró con dulzura, pidiéndome permiso sin palabras antes de coger mis manos y colocarlas a ambos lados de mi muslo para cerrar la brecha. Con precisión apretó mis manos y la sangre volvió a emanar.

—¡Ahhhh! —Chillé por el dolor.

—Tienes que aguantar así —las apretó un poco más fuerte, cerrando la herida todo lo posible.

Entonces se desprendió de la cazadora, el jersey y quitó su camiseta interior con rápidos movimientos. El dolor me estaba haciendo perder las fuerzas y tuve que concentrarme al máximo para mantener la brecha cerrada con mis propias manos. Óscar dobló su camiseta interior y la depositó cuidadosamente sobre mi herida, luego pasó el cinturón por debajo del muslo y lo estiró con fuerza, manteniéndola de esa forma cerrada.

—No puedo apretarlo más o no circulará la sangre.

Asentí y recosté la cabeza contra la dura piedra que había a mi espalda, derrotada.

—Me estoy mareando.

Óscar se colocó rápidamente el jersey y la cazadora, se puso a mi lado y sostuvo mi cabeza. Orientó mi cuerpo para que reposara cómodamente sobre

el suyo. El calor que emanaba era agradable. Sin querer, pasé la mano por su abdomen y toqué levemente parte de la piel desnuda. Su cuerpo dio un respingo al percibir mis dedos congelados. Con decisión, sostuvo mis frías manos con las suyas y las abrió permitiendo que abrazara su cintura hasta detenerlas en las lumbares, entre la piel y el jersey. Ajustó la cazadora a mi alrededor creando un pequeña parcela caliente y consiguió que mis dedos, adormecidos, volvieran a recuperar la sensibilidad poco a poco.

19. Perdidos

El gélido contacto de una gota de agua me hizo abrir lentamente los ojos. Parpadeé al no reconocer el lugar en el que me encontraba. Moví la pierna y ahogué un grito de dolor. Recordaba vagamente lo que había sucedido el día anterior, pero las imágenes acudían a mi mente como fogonazos, no tenía una perspectiva clara.

Me incorporé como pude y busqué a Óscar con la mirada. Mi aliento se congeló en el pecho cuando descubrí que él no estaba. En ese momento el miedo recorrió mi cuerpo y me puse a hiperventilar.

¡Me había abandonado!

Miré hacia el exterior de la cueva y vi que ya no llovía. Entumecida como estaba me costaba moverme; no obstante, logré arrastrarme hacia la salida y poco a poco ponerme en pie ayudándome de las altas rocas que había a ambos lados.

Sentí ganas de vomitar, la cabeza me daba vueltas. Me apoyé en las rocas y miré el imponente paisaje verde y marrón que se abría ante mis ojos. En la lejanía algunas montañas teñían sus cimas de blanco, aún quedaba nieve por derretir.

Cerré los ojos, permitiéndome un minuto de reflexión, recargando al mismo tiempo mis pulmones de oxígeno.

¿Qué iba a hacer ahora? No era lo bastante fuerte, inteligente o ágil como para apañármelas sola en un bosque como aquel. Era una chica de ciudad, nunca me habían llamado la atención el senderismo o los deportes de riesgo y ahora debía ingeniármelas para sobrevivir el tiempo suficiente hasta que alguien me encontrara.

¿Y si me caía, me adentraba más en el bosque o no hacía más que andar en círculos gastando mis pocas energías? ¿Era mejor seguir o permanecer quieta en el mismo lugar?

—¡Alexia! —Me giré esperanzada al escuchar mi nombre.

—¡Óscar! —Exclamé presa de la alegría liberando unas lágrimas de alivio al verle.

Vino hacia mí y no lo pude evitar. Cuando lo tuve cerca di un salto para abrazarle con todas mis fuerzas, ignorando el dolor que seguía latente en mi muslo.

—¡No te has ido! —constaté emocionada.

Intentó separarme pero no se lo permití, en su lugar le abracé todavía más fuerte.

—Alexia... —pronunció con dificultad—, Alexia no puedo respirar.

—¡UY! —le dejé ir en el acto— Lo siento, es que... —le miré otra vez, con incredulidad—, no te has ido...

Me contempló extrañado.

—Por supuesto que no.

Sonreí y volví a apresararlo entre mis brazos, esta vez sin emplear tanta fuerza.

—Por un momento pensé que me habías dejado, que...

—Préstame atención —me retiró cuidadosamente de él para poder estudiar mis ojos—. Soy un capullo, un completo gilipollas en muchos aspectos, pero no voy a dejarte.

Escucharle hablar así propició que mis ojos se humedecieran de nuevo.

—Sé lo difícil que es para ti estar conmigo, no te caigo bien y por un momento pensé que...

Sin previo aviso me abrazó, esta vez él tuvo la iniciativa y confieso que ese brote de espontaneidad convirtió mi cuerpo en piedra, tal vez a la espera de un inminente rechazo.

—Eso es lo de menos ahora. Lo importante es que los dos salgamos de aquí cuanto antes —volvió a separarme, pero sus brazos seguían sosteniendo mis hombros—. ¡Juntos! —enfaticó—, vamos a salir juntos, ¿me has oído?

Sonreí y me retiré con timidez, recolocando el pelo revuelto tras la oreja. Su contundencia me había abrumado.

—He estado buscando algo para comer —me dedicó una sonrisa de medio lado—, solo he dado con una especie de bayas rojas que tienen toda la pinta de ser venenosas, pero... —se separó unos metros, se agachó y vino con una corteza de árbol en forma de cáscara—, tenemos agua.

Me entregó la corteza y bebí el agua que había en ella tras la lluvia.

—Eso nos da una esperanza de vida de tres semanas —constaté. Óscar arrugó el entrecejo sin captar la dirección en la que iban mis pensamientos—. Dicen que podemos sobrevivir una media de tres semanas sin comer si tenemos agua —le aclaré.

—Espero que nos hayan encontrado antes de tres semanas. De momento no llueve y he pensado que podíamos intentar ir hacia un lugar más despejado

y seco, aquí estamos demasiado ocultos —seguidamente miró hacia mi pierna—. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno —ladeé la cabeza—, creo que sobreviviré.

Sonrió.

—Me alegra escuchar eso.

Le dediqué una mirada escéptica.

Cuando llegó el momento de movernos me armé de valor. Oculté el dolor que sentía y empecé a caminar siguiendo sus pasos. Óscar me esperaba, seguía mi ritmo sin importarle que fuese despacio. Sus manos me sujetaban cuando el terreno se volvía irregular, impidiendo que cayera. Confieso que estar tan cerca de él, sentir su olor a húmedo tras la lluvia del día anterior, hacía que mi corazón palpitará más rápido de lo habitual. Me sentía protegida y ese nuevo sentimiento empezaba a confundirme. Jamás hubiera dicho que ese hombre de hielo pudiera preocuparse por alguien que no fuera él mismo, y sin embargo ahí estaba, tendiendo su mano, ofreciendo la calidez de su cuerpo y dándome agua para evitar que volviera a desfallecer, sin importar el rencor que existía entre nosotros y la multitud de problemas que todavía no habíamos podido resolver. Poco a poco estaba cambiando mi visión de él, no era el monstruo que creía, lo que me llevó a preguntarme que, si esa no era su manera habitual de proceder, ¿por qué se había comportado tan mal conmigo tiempo atrás?

Le miré sin que se diera cuenta, analizando sus movimientos, la perfección de su cuerpo... todo en él era un baile sensual.

—Mira ahí —dijo señalando el río.

Habíamos topado con una pequeña charca de aguas limpias y cristalinas, caminamos hasta tenerla justo delante.

—Deberíamos hacer una parada aquí, beber, asearnos y... limpiar tu herida.

Tragué saliva y le seguí sin atreverme a decir nada.

Me senté en la orilla para contemplar mi reflejo. Estaba horrible. Mi pelo parecía un almiar y mi rostro estaba ennegrecido a causa del barro y la tierra. Cogí agua ahuecando la mano y bebí hasta estar saciada. Óscar hizo lo mismo. Luego se lavó la cara con energía y las manos hasta los codos. El agua estaba helada, por lo que apenas me atreví a asearme. Permanecí un rato abstraída, contemplando la charca, debatiendo conmigo misma por dónde empezar.

—¿Qué ocurre?

Alcé el rostro y me di cuenta de que llevaba un rato observando mi semblante serio.

Me encogí de hombros.

—Nada importante.

—Aun así, quiero saberlo —insistió.

Rehusé su mirada.

—Supongo que debería tener miedo. Estoy en un lugar desconocido y, no te ofendas —hice un gesto con la mano—, no es precisamente que tú y yo seamos amigos del alma. Además, existe la posibilidad de que no nos encontren, o de caer en un agujero y que nos trague la tierra, podría haber animales peligrosos o... —le miré y sonreí un ápice—, digas lo que digas todavía no he descartado la idea de que pueda haber osos —rompió a reír—. Hay tantas cosas que deberían preocuparme en este momento... sin embargo no es eso lo que acapara mis pensamientos.

Me miró repentinamente más interesado.

—Entonces, ¿qué es?

Suspiré y volví a contemplar mi reflejo en el agua.

—¿Esa persona que se ve ahí realmente soy yo? —pregunté señalando mi reflejo— ¡Mira que pelos! Y toda esa suciedad... Jamás en toda mi vida me había mirado y sentido repugnancia, no me reconozco, no...

Sonrió y se acercó a mí con una nueva expresión grabada en el rostro, ¿era comprensión?

—Eso tiene fácil solución —estiró con la mano la manga de su jersey hasta ocultar los dedos y lo mojó en el agua para, a continuación, pasarlo por mi pómulo como si fuera un algodón.

Mis ojos le estudiaron largo rato mientras lo hacía, luego negué con la cabeza para salir del embrujo de sus caricias.

—Es lamentable que en un momento como este esté más preocupada de mi imagen que de cualquier otra cosa —empecé a lavar mis manos sin mirarle—. Seguramente estás pensando que estoy loca, pero no es así, todo tiene una explicación —cerré los ojos un instante, buscando las palabras que me ayudaran a destapar mis sentimientos—. Supongo que por primera vez en mi vida me veo desprovista de mi seguridad, me siento a la deriva sin saber qué pasará, sin que haya nada en este momento que pueda controlar, ni siquiera algo tan simple como tener la cara lavada o estar bien peinada depende de mí.

Me siento una completa inútil incapaz de salir adelante por sus propios medios y eso es algo que no había experimentado jamás. Me hace ser vulnerable.

Óscar asintió y dejó de mirarme.

—Sé bien cómo te sientes.

—¿Ah, sí? —pregunté dudosa.

—Yo también me he sentido así a veces, pero en esta ocasión es diferente.

—¿Por qué?

—No estás sola, somos dos y eso facilita las cosas. Podemos ayudarnos.

Reí sin ganas.

—Yo no puedo ayudarte —dije señalando mi pierna—, no soy más que un lastre.

—Si no me equivoco me has salvado la vida —me recordó—, has impedido que cayera.

Desvié la mirada con tristeza.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Óscar colocó la mano bajo mi barbilla y orientó mi rostro para centrarse en mis ojos.

—Vamos a salir de esta, ya lo verás, solo ten algo de paciencia. Deben estar buscándonos ahora mismo —aseguró.

Asentí queriendo creer en sus palabras.

—Bueno —suspiró liberando mi barbilla—, ahora que lo hemos aclarado todo ha llegado el momento, ¿me dejas verla?

Mi respiración se agitó no bien capté sus intenciones.

—En realidad estoy muy bien —mentí—, creo que podemos continuar sin problemas. Es mejor no tocar la herida ahora y dejarla tal y como está.

—Tenemos que asegurarnos de que se está curando bien.

Intentó poner la mano en mi pierna y yo la aparté. Tenía miedo del dolor que me ocasionaría al retirar el cinturón y descubrir que la palpitante brecha tenía mal aspecto.

—No quiero.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Y crees que puedes seguir a pie un rato más? Puede que no encontremos otro sitio como este y no podamos lavarla.

Tragué saliva, nerviosa. Me entraron unas fuertes ganas de llorar. Pero

no tuve alternativa, asentí y con cuidado fui subiendo el pantalón bajo su atenta mirada. A la altura de la rodilla descubrimos que estaba amoratada, algo de lo que no nos habíamos percatado el día anterior.

—Bien —se cuadró frente a mi pierna— ¿Preparada?

Óscar puso las manos sobre el extremo del cinturón, lo apretó un poco más para aflojarlo posteriormente y me retorcí de dolor. Luego lo retiró con cuidado. La camiseta que tapaba mi herida estaba empapada de sangre. Vi como las aletas de su nariz se dilataban, estaba haciendo serios esfuerzos por ocultar sus reacciones ante mí. Retiró la camiseta y cuando topó con la realidad se cubrió la frente con una mano. No tuve valor para mirar, me bastó ver su rostro crispado, envuelto en una máscara de indecisión y pena al mismo tiempo, para saber que algo no andaba bien.

Tragó saliva y me miró a los ojos con gran intensidad.

—Se está infectando y no tengo ni idea de qué debo hacer.

Con timidez desvié la mirada hacia mi pierna y observé que tenía mal color. La sangre era morada y la herida estaba demasiado roja.

Óscar se alejó lo suficiente para que no pudiera escucharle, pero apuesto a que se fue lejos a maldecir nuestra suerte. Como pude, me acerqué al agua y cogí un poco con las manos para dejarla caer sobre la herida. El frío me produjo un leve efecto anestésico, pero no duró mucho. Repetí la maniobra varias veces y paré un minuto a descansar.

Óscar apareció poco después y se arrodilló frente a mí.

—Déjame a mí —sin pensárselo dos veces, me lavó la herida con delicadeza, presionando lo justo para no hacerme daño.

Miraba sus lentos movimientos, su cuidado y dedicación y no me parecía el mismo hombre que había conocido en MYTV hacía unos meses. Cuando terminó lavó la camiseta a conciencia, frotó hasta haber eliminado cualquier rastro de sangre antes de volver a ponérmela sobre la herida. Abrochó el cinturón y bajó muy despacio mi pantalón.

En ese momento entendí que dependía de él. Si no nos encontraban pronto no podría continuar caminando por mi propio pie.

—Mira eso —intervine mirando a nuestro alrededor.

El cielo se había vuelto a cubrir de nubes negras, mucho más oscuras que las del día anterior y amenazaban con liberar otra tromba de agua. Óscar sabía que ese silencio impropio y esa apacible calma era solo un receso de lo que estaba por venir. Si seguíamos alejándonos a ciegas, quién sabe dónde

podíamos acabar. Seguramente ya deberían haber enviado a alguien en nuestra búsqueda, pero el temporal y las fuertes precipitaciones que se avecinaban, dificultarían el rescate una vez más.

Los dos miramos al cielo al mismo tiempo cuando las primeras gotas empezaron a caer. Eran gordas y discretas al principio, pero en cuestión de segundos fueron haciéndose más y más intensas hasta desencadenar un aguacero descomunal.

No era habitual que lloviera de esa manera en esa época del año, todo se debía a un impredecible infortunio, pero cada hora que pasábamos a la intemperie, bajo la incesante lluvia, más miedo tenía de que no nos encontraran jamás.

Nos detuvimos para descansar guarecidos bajo las copas de los árboles. Ambos estábamos exhaustos y muertos de hambre, aunque no lo pusimos de manifiesto.

—Si me llegan a decir hace una semana que acabaría aquí con semejante cabezota... —reí de lo absurdo.

Óscar escondió su sonrisa de mí.

—Dímelo a mí, no hubiese imaginado algo así en toda mi vida.

—Me pregunto si esto es algún tipo de señal.

—¿Señal? —Frunció el ceño.

—Sí. Puede que pese a nuestra reticencia, el destino quiere que nos llevemos bien, y qué mejor manera que dejarnos solos en un escenario tan inverosímil como este, donde tenemos que convivir a la fuerza.

Aceptó mi argumento con un asentimiento de cabeza.

—Supongo que podemos darnos una tregua, dadas las circunstancias.

Eso me confundió. Le busqué con la mirada pidiéndole que aclarara ese comentario.

—¿Significa eso que volveremos a llevarnos mal en cuanto logremos salir de aquí?

Óscar cerró los ojos e inspiró profundamente. El agua caía por nuestros cuerpos, pero ya habíamos aprendido a soportar esa incomodidad y apenas le dábamos importancia.

—Alexia, tú y yo jamás podremos llevarnos bien —su rotunda afirmación produjo otro pellizco en mi corazón.

—¿Por qué? —exigí saber.

—Es... complicado. Preferiría no hablar ahora de esto, ya es bastante

duro estar aquí como para hurgar más en la herida, ¿no te parece?

—¡Pero merezco una explicación! Un motivo que me ayude a entender...
¿Qué te he hecho?

—Por favor... —sus ojos tristes se cerraron con lentitud, dándome a entender que estaba al límite de sus fuerzas—, deja el tema, no tenía que haber dicho nada.

—¡Muy bien! —zanjé intentando hacerme la fuerte.

Empleé todo mi esfuerzo en mover la pierna y ponerme de pie, quería continuar caminando, alejarme todo lo posible de él.

—¿Qué haces?

—Me voy, estoy cansada de estar perdiendo el tiempo, pienso caminar y no detenerme hasta encontrar algo que me lleve de vuelta a casa.

Se afanó en seguir mis pasos bajo la lluvia.

—Está oscureciendo, deberíamos dejar el "senderismo" por hoy y encontrar un lugar para...

—Tú haz lo que quieras. Yo seguiré adelante, si no te importa.

Caminé aguantando el insoportable dolor del muslo; lo importante era no rendirme y dejar atrás toda esa hostilidad.

Óscar me siguió de cerca y tuve que detenerme para dejarle claro que esta vez continuaba en solitario.

—No te acerques a mí, no tienes por qué hacerlo.

—¿No me has oído antes? No te voy a dejar —repitió, convencido.

—Yo no quiero que me acompañes, es más, en este momento te libero de cualquier deuda que creas tener conmigo.

Intenté volver a caminar, pero él siguió acompasando mis pasos.

Le empujé con toda la rabia de mi ser hasta casi hacerle caer de espaldas.

—¡Vete! —grité— ¿Por qué lo has hecho? —Me giré enérgica para mirarle— No logro entenderlo. Todo hubiese sido más fácil para ti si me hubieras abandonado en esa cueva tras la caída, ¿no? Ahora no te verías obligado a cargar con una lisiada a quien además odias. Si crees que te salvé la vida y por eso me debes un favor, te repito que no es así. No espero nada de ti.

Achinó los ojos.

—¿Crees que te estoy ayudando porque me compadezco de ti, porque moralmente estoy obligado a ello o porque me siento en deuda contigo?

—Sé que es así —contesté con rapidez—, pero no entiendo por qué lo haces. Es tu oportunidad para deshacerte de mí, podías hacerlo y nadie te lo reprocharía porque estamos en este jodido bosque de mierda. Cualquiera podría pensar que es un accidente, una mera cuestión de supervivencia, así que ¡vamos! —Extendí los brazos— ¿Por qué no te vengas y acabas con esto de una vez? No tendrías que volver a soportarme.

—¡Eres una completa estúpida! —gritó encarándome desde muy cerca. Por un momento creí que me iba a morder, no obstante, no le di la satisfacción de retroceder un paso—. No quiero hacerte daño y para nada me arrepiento de ayudarte, de estar a tu lado. Si nos encuentran, será a los dos porque en ningún momento he tenido el pensamiento de seguir adelante sin ti.

—¿Cómo puede alguien mostrar consideración hacia la persona que detesta con todas sus fuerzas? No haces más que demostrar que no te caigo bien, entonces, ¿por qué haces todo esto?

—¡El problema es y siempre ha sido que yo sé quién eres, Alexia Airis! Empalidecí.

¿De qué podía conocerme? ¿Quién era yo o quién creía que era? Estaba convencida que fuese lo que fuese lo que creyera de mí, se equivocaba.

—Y ahora deja de hacer gilipolleces y permíteme ayudarte.

Sin esperar respuesta, me cogió del brazo y lo pasó por encima de sus hombros mientras que con la otra mano aprisionaba mi cintura atrayéndome hacia él. Sentí el duro hueso de su cadera clavándose en mí mientras me conducía a toda velocidad bajo la cascada de agua. Caminamos media hora sin parar hasta encontrar otra cueva en la que refugiarnos. Era aún más pequeña que la del día anterior, un mero toldo que apenas nos resguardaba del temporal, pero bastó para no seguir mojándonos.

El sonido del aguacero era ensordecedor, pero lo peor era la ropa mojada que se adhería a nuestro cuerpo como una capa de licra congelada.

—Me debes una explicación —dije tiritando.

Óscar me miró colérico y apretó los puños.

—¡No te debo nada!

—¿De qué nos conocemos? ¿Cuál es la razón de todo esto, de tanto rencor?

Emitió un bufido de hastío.

—No nos conocemos —reconoció.

Esperé a que procediera, parecía perdido en algún hecho del pasado que

se resistía a compartir conmigo, pero no iba a rendirme, era el momento de saberlo y no podía esperar ni un minuto más. No aparté la vista de él ni un segundo, presionándole.

—No vas a sacar nada de mí hoy, Alexia. Mira donde estamos —señaló las paredes de la cueva—, creo que hay cosas más importantes por las que preocuparnos que pasar el tiempo discutiendo aspectos que no podemos solucionar.

—Pero... —protesté.

—Sin embargo —me interrumpió mostrando las palmas de las manos a modo de STOP—, te lo contaré en otra ocasión. Lo prometo.

Confíe en su palabra porque no me quedaba otra. Aplazaría mis dudas, dominaría mi curiosidad y me concentraría en salir de esa pesadilla. Había conseguido mucho en realidad, no esperaba que Óscar pudiera ser claro conmigo alguna vez y haber obtenido la promesa de desvelar los misterios con los que había convivido hasta la fecha, era mucho más de lo que podía desear.

Observamos la lluvia en silencio, sumidos en nuestros pensamientos mientras el termómetro caía en picado. Un viento gélido y punzante atravesaba las capas de ropa que llevábamos. ¿Cómo podía hacer tanto frío? ¿Cómo podían bajar tanto las temperaturas? Tendría que parar alguna vez, ¿no?

Miré mis temblorosos dedos temiendo que alguno hubiese desaparecido sin darme cuenta.

—¿Estás muy enfadada? —preguntó mirando al frente.

—Dddddepende para qqqué —puntualicé castañeteando los dientes.

Óscar emitió un profundo suspiro y se acercó mucho a mí, abrió las solapas de su cazadora y me abrazó con sus fuertes brazos. No tuve fuerza de voluntad suficiente para mantenerme firme y alejarme de él, necesitaba su proximidad más que la comida o respirar.

Como ya había hecho en una ocasión, cogió mis manos desprovistas de toda sensibilidad a causa del frío y las depositó sobre su caliente vientre, cubriéndolas al mismo tiempo con el jersey.

Gemí al sentir algo de calidez en esa noche especialmente fría y abrí lentamente las manos para que mis dedos también pudieran impregnarse del calor que irradiaba su cuerpo.

Óscar se encogió cuando mi piel fría volvió a entrar en contacto con la suya y yo sonreí con cierta satisfacción vengativa.

20. Juegos en la niebla

Vi una deslumbrante luz nívea al abrir los ojos. Estaba en una habitación desconocida de paredes grises. Me encontraba recostada en una cama dura y desnivelada, una cama con el colchón lleno de bultos. Un molesto pitido atravesó mi oído izquierdo, lo presioné con la mano para mitigar la molestia hasta que parara. Pese a todo, era buena señal, significaba que seguía viva. La muerte no podía ser tan incómoda. Al otro lado de la habitación había un ángel esperándome. Su mirada de cristal recorrió mi cuerpo de arriba abajo, pareció percatarse de mi desvelo y caminó el par de metros que nos separaban hasta quedar a mi altura. Su acendrado rostro aturdió mis sentidos, más aún cuando me dedicó una amplia sonrisa. A su espalda se encontraba la luz nívea, envolviéndole e impidiéndome ver el Olimpo al que pertenecía.

Tardé un tiempo en comprender que no me encontraba en una habitación, que las paredes no eran grises, sino formadas de roca y la cama en la que me encontraba era de tierra y piedras. Tampoco había ninguna luz, solo la densa neblina que nos obligaba a permanecer recluidos en esa gruta oscura. Óscar tampoco era un ángel, pero mirarle me reconfortaba y a juzgar por la alegría que mostraban sus ojos, él también se sentía aliviado de tenerme cerca.

Sonreí demostrándole que me encontraba bien, después de todo.

—Has estado desvariando durante un buen rato —noté su mano fría sobre la frente, luego descendió por la mejilla dándome una suave caricia—, tenías fiebre, pero creo que he conseguido bajarla.

Miré hacia donde se centraban sus ojos y vi los harapos húmedos, provenientes del forro de su chaqueta, que había utilizado para bajar mi temperatura.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—¿En esta cueva?

Fruncí el ceño.

—Sí... —dudé.

—Un día.

Abrí desmesuradamente los ojos por la impresión.

—¿Cuántos días han pasado desde...?

—Tres.

—¿Tres?! —pregunté escandalizada, ni me había percatado de que ya habían pasado tres días.

—No ha dejado de llover y ahora con esta niebla... —suspiró—. Y lo peor es el hambre...

Reí.

—¿Tienes tanta hambre como para considerar el canibalismo? —pregunté destilando mi buen humor.

Entrecerró los ojos y sonrió por lo bajo.

—Lo he considerado, sí, pero en tu caso no es factible. Tienes pinta de ser indigesta.

Rompí a reír.

—Seguro que ahora matarías por comer una pizza con las manos —comenté haciendo alusión a nuestra primera cena juntos.

Se recostó contra la pared sin dejar de reír y cruzó las piernas con despreocupación.

—Mataría por mucho menos, créeme.

Asentí. Los dos lo haríamos.

—¿Qué echas de menos? —pregunté de imprevisto.

—¿Qué quieres decir?

—De tu rutina, de tu día a día. Además de la comida.

—Pues... echo de menos el agua caliente.

Suspiré, el calor era algo que los dos ansiábamos, tal vez por eso estábamos tan cerca, nos atrevíamos a cogernos de la mano o a abrazarnos sin que pareciera algo inmoral, osado o intencionado. Era pura necesidad. Casi podíamos sentir que estábamos completos al percibir el calor en el cuerpo del otro, era el motor que nos hacía continuar, relajarnos y pensar que todo saldría bien, nada malo podría ocurrir si nos teníamos el uno al otro.

—¿Y tú? ¿Qué echas de menos?

—El tiempo —contesté sin dudar.

—¿El tiempo?

—¿No tienes la sensación de que aquí es como si no existiera? Un día se enlaza con el siguiente sin haber nada que los diferencie, simplemente ves tu vida pasar, sin que cada día tenga un principio y un final. Es triste.

Asintió comprendiendo mi argumento, pero no sabría decir si realmente entendía a lo que me refería.

—En eso tienes suerte. Para mí todos los días son exactamente iguales,

vacíos. Siempre he tenido la sensación de que me falta algo, una motivación más allá del trabajo, un objetivo en la vida. Así que mi tiempo está regido por una absoluta monotonía, en cierto modo, se parece un poco a esto.

Su respuesta me dio lástima. Miré al frente y cogí su mano, que descansaba a mi lado.

—Eso tiene fácil solución. Imagina tu vida de aquí a unos años, pongamos... quince. ¿Cómo la ves?

Sonrió y colocó la mano que le quedaba libre encima de las dos unidas y sentí el contacto gélido de las yemas de sus dedos sobre mi dorso.

—Quince años es mucho tiempo.

—Aun así, ¿cómo la imaginas?

—Pues supongo que me habrán salido unas cuantas canas. Viviré en una casa más grande, con una mascota.

—¿Una mascota? —Reí.

—Un gato, tal vez. Dicen que son bastante limpios —aclaró—. Supongo que para entonces habré conocido una compañera de vida...

—¿Ahora se llama así? "¿Compañera de vida?" —pregunté arrugando la nariz.

—Bueno —se encogió de hombros—, no sé si alguna vez llegaré a casarme para llamarla mujer, eso no se planea, surge sin más...

—Surge sin más...—repetí.

—No es algo que anhele especialmente, me da igual —me miró y sonrió ante mi cara de ensimismamiento—. Si es alguien importante para mí y desea formalizar la relación, no tendría problemas en pasar por el altar, por así decirlo. Pero para eso debo encontrar a *la mujer*, algo difícil teniendo en cuenta que poca gente me aguanta en el terreno sentimental.

—Y... ¿por qué crees que ocurre eso?

—Me cuesta... relajarme —confirmó con aire preocupado—, hace años que vivo con un nudo en el pecho y no soy capaz de sobreponerme. Tengo épocas malas y muy malas, eso dificulta las relaciones largas.

—¿Dirías que ahora estás viviendo una de esas épocas muy malas?

Me miró dedicándome media sonrisa traviesa.

—Esta es especialmente mala.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida— ¿Parte de la culpa de que estés viviendo una *época especialmente mala* es mía?

Soltó una discreta risita.

—Alexia, para. Sé lo que intentas y no voy a picar.

—¿Yo? No intento nada —respondí con fingida inocencia.

—Te dije que hablaría de ello, pero no ahora. ¿Creías que iba a caer con tanta facilidad? —preguntó con un deje de indignación en la voz.

Suspiré con resignación antes de dejar caer la cabeza sobre su hombro. Fui recolocándome hasta conseguir que abriera su brazo para darme cobijo. Me acurruqué en la calidez de su cuerpo, aspirando su aroma corporal. Casi y solo casi conseguí obviar la humedad que nos envolvía.

—Bueno —me conformé con indiferencia—, torres más altas han caído en mis trampas —susurré—, no perdía nada por intentarlo.

Mi comentario le divirtió y su cuerpo se agitó debajo del mío a causa de la risa.

—Entonces tendré cuidado.

Los dos nos quedamos en silencio, abstraídos en nuestros mudos pensamientos. Ladeé el rostro para mirarle, él correspondió mi mirada y frunció el ceño de forma cómica para hacerme reír. Tal vez fuesen imaginaciones mías, pero nunca le había visto así, tan... humano. Si no fuera por el consabido odio hacia mi persona diría incluso que me había cogido cariño.

—¿Sabes lo que pienso, Óscar? —pregunté retóricamente— Que ya tienes un objetivo en tu vida, sin darte cuenta lo has construido y aunque no te lo creas, tener una visión de futuro hará que orientes tus pasos en esa dirección hasta alcanzarlo.

—Supongo que en el fondo, todos ansiamos algo.

De forma involuntaria su mano gélida rozó mi pómulo. Me estremecí ante ese fugaz contacto. Sin vacilar, tiré de ella lo suficiente para tenerla a la altura de mis labios y calentarla con exhalaciones de mi aliento.

—Estás congelado —constaté.

—Tú tampoco te quedas atrás —detuvo el castañeteo de mis dientes tocando mi barbilla—, ven aquí.

Me ayudó a tumbarme sobre la tierra húmeda y él hizo lo mismo frente a mí. Ambos nos colocamos en posición fetal, mirándonos fijamente a escasos centímetros el uno del otro. Podía sentir su respiración sobre mi rostro y como sus manos me envolvía apretándome contra él. Enterré el rostro en su cuello para preservar el calor.

Nuestro acercamiento fue gradual, movido por el instinto de

supervivencia, pero ahora que habíamos roto todas las barreras permitiendo que se produjera, no imaginaba tener que alejarme de él.

—¿Crees que en Barcelona también estará lloviendo?

Mi pregunta le descuadró.

—No lo sé, ¿por qué?

Me encogí de hombros bajo su abrazo.

—¿Quién va a regar tus plantas si no llueve?

Su risa agitó nuestros cuerpos.

—Y ¿qué más da eso ahora?

—No lo sé —respondí con indiferencia—, son importantes para ti —enfaticé.

Rió.

—Ya están muertas, nunca me acuerdo de regarlas —ladeé el rostro para mirarle—. Las compré el día antes de hacer mi viaje a Madrid —aclaró.

—¿Solo para hacer que te las regara?

Apretó los labios.

—No es algo que me haga sentir especialmente orgulloso...

—¡Oh, Dios! ¿Cómo puedes ser tan capullo? ¿Era una forma maquiavélica de humillarme?

—Ehhh... ¿podemos dejar el tema, por favor?

—Pero para mí es importante saber por qué te comportas así, no tiene ninguna lógica.

—Ya, bueno. Supongo que, visto así, nada de lo que he hecho hasta ahora tiene ninguna lógica.

Negué con la cabeza; cada vez me resultaba más difícil comprenderle, su mente funcionaba al revés de cuantas había conocido. Lo que veía ahora de él no tenía nada que ver con el hombre esquivo y autoritario que demostró ser en la oficina, ¿cómo podían dos personalidades tan distintas coexistir en un mismo cuerpo? Supongo que era uno más de los misterios que debía sumar a la interminable lista de Óscar White.

El tiempo pasaba lento en brazos de mi enemigo. Estaba muy cansada y solo me apetecía dormir. La falta de alimento hacía imposible permanecer despierta mucho rato, pero me resistía a dejarme vencer tan pronto, si lo hacía daría por concluido el día y empezaría otro exactamente igual que el anterior. Me convencí de que tenía que hacer algo para distraernos, despertar su interés y ver si por medio de un juego conseguía hurgar un poco más en su mente.

—¿Jugamos a algo? —Susurré alzando mínimamente el rostro.

—No estoy seguro. ¿De qué se trata?

Sonreí.

—Es un juego de ingenio. Consiste en decir una palabra poco usual y el otro debe adivinar su significado. El objetivo es que el contrincante no lo adivine y la única regla es que las palabras deben existir, no se pueden inventar. Si tuviéramos un diccionario sería mucho más fácil asegurarse, pero eso no es posible, así que debemos confiar en que ninguno de los dos hará trampa.

Óscar arrugó la frente, no pareció muy entusiasmado con la idea.

—Es divertido —le aseguré.

—Está bien —aceptó—, empieza tú, así entenderé mejor de qué va todo esto.

—De acuerdo, empezaré por una palabra fácil —carraspeé—: estepicursor.

Su rostro se contrajo en un extraño rictus.

—¿Qué cojones es eso?!

Rompí a reír.

—Prueba, ¿qué te sugiere?

—Pues... puede que sea el nombre de una tecla del ordenador.

Su definición volvió a provocarme una sonora carcajada.

—No es eso.

—¡Oh, vamos! —protestó— Dijiste que empezarías por una palabra sencilla.

—¡Es sencilla! Es el nombre que recibe la típica bola de hierba seca del desierto, esa que se ve en los dibujos animados.

—¡Por Dios! Eso ha sido un golpe bajo y lo sabes.

—Bueno, pues ahora te toca a ti. ¡Adelante!, dame otro golpe bajo.

Se lo pensó durante un rato.

—Etéreo.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer?

—Es que así, de repente.... me quedo en blanco. En cualquier caso, ¿sabes lo que significa?

—Se refiere a algo delicado, fuera de este mundo.

—Bien —aceptó mi triunfo con un suspiro—, te toca.

Le miré suspicaz.

—Inefable.

—Está bien, me rindo. Este juego se me da de pena. ¿Qué significa?

Reí.

—Se refiere a algo tan increíble que no se puede expresar con palabras.

—De acuerdo, me la guardo en el disco duro, pero por favor, dejemos ya este juego, merma mi autoestima.

Sonreí enterrándome nuevamente en su cálido cuello.

—¿Y adivinar frases míticas de películas?

—Intuyo que tampoco podré ganarte en eso, pero vamos a probar. Esta vez empiezo yo.

Me separé lo justo para observarle.

—"Sayonara, baby"

Me eché a reír.

—Terminator dos, mil novecientos noventa —respondí sin dudar—. Me toca —me apresuré con impaciencia—: "Que la fuerza te acompañe".

Y así, sin darnos cuenta, empezamos a repasar todas las películas que habíamos visto a lo largo de nuestras vidas, frases que perdurarán para siempre en nuestra memoria, desde "corre Forrest, corre", hasta "A Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre". Resultó ser un juego más revelador de lo que creía en un inicio, pues a Óscar sí le gustaba el cine. Uno de los momentos más divertidos fue cuando citó a Buzz Ligthyear con su mítico: "hasta el infinito y más allá". Jamás hubiera imaginado que conociera esas películas infantiles y es que en realidad, había pocas cosas que sabía de él. Me había formado una idea preconcebida de su personalidad pero eso solo era la superficie, dentro había mucho más y una peligrosa parte de mí, deseaba adentrarse todavía más en el alter ego que mantenía recelosamente oculto al mundo.

Las risas resonaban entre las paredes de la gruta, era fácil dejarse llevar y olvidar que en realidad tendríamos que estar aterrados. Llevábamos días sin comer, empezábamos a perder peso y ese frío constante en el cuerpo podía hacernos enfermar, pero por alguna razón, en aquel paraje inexistente para el resto del mundo, conseguimos ser nosotros mismos, entretenernos y esperar pacientes la ayuda que estaba por venir.

A veces tenía la sensación de que Óscar empezaba a verme con otros ojos, cada vez le costaba menos hablar conmigo. Tal vez fuera mi persistencia o mi impredecible sentido del humor lo que le hacía relajarse hasta el punto de

abrirse a mí más de lo que nunca hubiera imaginado.

Ni siquiera recuerdo el momento en el que nuestros ojos al fin se cerraron a causa del cansancio. Pasaron horas hasta que los dos nos abandonamos a los brazos de Morfeo, pero en todo ese tiempo, en todas esas largas horas en las que habíamos bromeado y reído ajenos a todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor, no dejamos que un milímetro de espacio se interpusiera entre nuestros cuerpos, que permanecieron soldados formando uno solo, recibiendo el calor del otro. En esa posición, nos sentimos más seguros y protegidos que nunca. No solo nos hacíamos compañía, éramos dos personas luchando juntas por sobrevivir, por encontrar una salida. Ése era el objetivo común que nos había unido y pesaba más que cualquier rencilla o rencor que pudiéramos albergar de tiempo atrás, tiempo que, por otra parte, parecía lejano.

21. Una oportunidad

Al despertar me topé con el impertérrito rostro de Óscar. Había amanecido y en el exterior tan solo se oía una leve llovizna. Con la luz de la mañana y desde tan cerca podía estudiar cada facción, cada pequeña peca, cicatriz o lunar. Una leve sombra de barba empezaba a despuntar, pero eso no había hecho descender su atractivo. Tampoco su cabello despeinado o las manchas de barro sobre su pómulo, Óscar seguía siendo muy guapo.

Sonreí al sentirle tan cerca. Con la yema de los dedos acaricié sutilmente sus párpados y no se produjo ningún cambio, siguió profundamente dormido. Entonces me atreví a repasar la línea de su nariz con el dedo, muy lentamente, desde el entrecejo hasta acabar sobre sus labios. Su rostro se estremeció y con delicadeza, empezó a abrir los ojos.

—Bienvenido al cuarto día —anuncié con alegría.

Sonrió levemente y emitió un gemido al sentir todos los músculos de su cuerpo agarrotados. Apenas podía moverse, así que volvió a cerrar los ojos y se concentró en recuperar la movilidad de los brazos.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

—No... —musitó con pereza.

—Tu nariz.

—¿Mi nariz? —Sonrió.

—Es absolutamente perfecta. Recta, no demasiado grande y simétrica. Eso es algo difícil, normalmente hay dos tipos de narices: normales y feas. Pero la tuya no pertenece a ninguna de esas categorías porque es perfecta.

Su cuerpo se agitó por la risa.

—Me siento halagado —respondió con sorna—, creo que eres la primera persona que se fija en mi nariz.

—Bueno —me encogí de hombros—, eso se debe a que estoy en un entorno poco estimulante, no hay televisión, ni revistas, solo estás tú. He tenido tiempo de sobra para memorizarte al detalle.

Consiguió sentarse y estirar sus extremidades que emitieron un chasquido de huesos.

—Creo que el aburrimiento, mezclado con la falta de alimento está empezando a afectarte.

—Eso es verdad, tengo mucha hambre.

—He estado pensando... creo que hay una cosa que abunda en estas tierras y está a nuestro alcance...

—¿Qué?

—Las babosas. He visto caracoles, lombrices y cosas así. Son pura proteína y nos ayudarán a aguantar.

—¿Babosas? ¿Estás loco? —intervine alterada.

—Es mejor eso que nada. Los caracoles se comen en nuestro país —me recordó.

—Pero así, crudos y babeantes... —me estremecí—, solo de pensarlo me entran arcadas.

—A mí tampoco me entusiasma la idea, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Sin decir nada más, se dirigió hacia la salida de la gruta. La fina llovizna no tardó en humedecer su cabello dejándolo caer hacia abajo por su propio peso. Movié unas piedras y recogí algo del suelo, cuando volví a entrar vi que llevaba en la mano unas cuantas lombrices de tamaño considerable. Nunca había visto lombrices tan largas y gordas como esas, e imaginar que debía masticar esa cosa blanduzca y escurridiza hizo que mi estómago se retorciera.

—No puedes hablar en serio...

Se sentó frente a mí, con los gusanos atrapados en su mano. Salían parte de sus cuerpos alargados entre los dedos, retorciéndose en distintas direcciones.

—¿Debemos matarlas antes de comerlas o da igual?

Le miré con incredulidad.

—¿De verdad vas a comértelos? No imagino algo más asqueroso.

—No tenemos alternativa. Ha amainado y tenemos que salir ahí fuera, hacernos visibles y buscar ayuda. Seguro que pasado el temporal habrán reanudado las misiones de rescate. Si tenemos que caminar, debemos estar fuertes, no podemos dejarnos vencer por el cansancio.

—No creo estar preparada para hacer eso...

No me dio tiempo a continuar, Óscar inspiró profundamente, cogió una lombriz entre los dedos y se la llevó a la boca sin vacilar. Esta seguía viva cuando la devoró, cerró los ojos con fuerza, intentando borrar las asquerosas sensaciones de masticar un gusano aún con vida. Seguidamente tosió y se apartó con la intención de vomitar, pero consiguió controlar las arcadas y

serenarse.

—Es asqueroso —confirmó estremeciéndose—, pero es soportable.

Movió la mano en mi dirección, esperando a que cogiera una.

—Creo que voy a pasar.

—No tienes más opciones, Alexia. Si te desmayas una vez más no sé si podré cargar contigo hasta encontrar otro refugio. Me estoy quedando sin fuerzas.

En eso tenía razón.

Encajé fuertemente la mandíbula, intentando encontrar la valentía que me faltaba. Sin pensármelo demasiado estiré la mano y retiré una lombriz que se retorció entre sus dedos, la observé un rato y me entraron ganas de llorar. Jamás imaginé que me vería tan desesperada como para hacer algo similar, pero Óscar tenía razón, necesitábamos comer. Las escasas hojas y hierba que habíamos ingerido hasta la fecha, solo por probar, eran insuficientes y solían producir retortijones.

—Vamos —me animó.

Cerré los ojos y con movimientos torpes llevé el gusano hacia mi boca. El primer mordisco desató una explosión de vomitivos jugos. Sabía a óxido y a tierra, la arcada vino poco después. Hice lo propio y la tragué con rapidez, lo último que quería era seguir saboreando esa asquerosidad.

Óscar me sonrió y volvió a ingerir otra, esta vez no la masticó, la tragó prácticamente entera, así fue más fácil. Le imité y comí un par más sin pensar realmente en lo que estaba haciendo. Mirar el sereno azul de sus ojos me ayudaba a seguir adelante con esa locura. Cuando terminamos, desatamos una descontrolada carcajada por lo que acabábamos de hacer. No estábamos seguros de si el hecho de comer lombrices, tendría o no consecuencias en nuestro organismo, pero ya era demasiado tarde para cuestionárnoslo.

Empezamos a caminar por el bosque. El paso era lento y errático, ambos estábamos cansados y entumecidos, pero para mí fue todavía más duro. Algo no andaba bien. Hacía días que no veía la herida pero sabía que la infección se había extendido y ahora el dolor llegaba hasta la rodilla, que a duras penas podía rozar con un dedo. Omití ese detalle a Óscar, no quería que se preocupara, tampoco sabíamos qué más hacer, carecíamos de formación y medios, ponernos nerviosos por algo que se escapaba a nuestro control haría la situación todavía más ardua. Caminé arrastrando la pierna un par de metros por detrás de él, casi no podía levantarla y el dolor se hacía más insoportable

cuando tenía que ascender por una pequeña cima o esquivar alguna roca.

El clima tampoco parecía darnos un respiro. Siguió el mal tiempo, la fina lluvia de la mañana empezó a convertirse en chuzos de punta a medida que el cielo iba tornándose gris oscuro. El viento rugía entre los árboles, esta vez era más fuerte de lo habitual y eso complicaba las cosas. Debíamos invertir el doble de esfuerzo para seguir adelante y cansados como estábamos, podíamos caer en cualquier momento.

Como un soplo de alivio, el sonido de las hélices de un helicóptero nos hizo mirar al cielo con desesperación.

—¡Nos están buscando! —exclamó Óscar ilusionado, como si alguna vez hubiera dudado de ello—. Tenemos que subir más alto.

Mi pierna sana se quedó atascada en el barro y me desplomé sobre el suelo cuando intenté avanzar, tardé un tiempo en darme cuenta de que debía levantarme.

—¡Alexia! —El grito de preocupación de Óscar me hizo mirar al cielo, intentando buscarle, pero no vi nada. Todo era demasiado blanco, tal vez estaba a punto de perder la conciencia de nuevo.

—¡Estás ardiendo! —espetó zarandeándome.

Podía sentirle, estaba a escasos centímetros de mí, pero le oía lejos, muy, muy lejos, como si estuviera hablándome desde un lugar mucho más alto.

—El helicóptero —susurré.

—Lo encontraremos, tú aguanta, ¿vale?

La lluvia se había convertido en una densa cascada que caía con aplomo sobre nuestros cuerpos cansados, parpadeé varias veces intentando mantener los ojos abiertos, pero era difícil ya que cada vez pesaban más.

Noté cómo levantaba mi cuerpo con sus brazos y entonces el dolor se expandió como un latigazo por toda mi pierna. El aullido obligó a Óscar a depositarme con cuidado en el suelo, bajo una espesa arboleda que a duras penas nos resguardaba del temporal.

—No te preocupes, nos encontrarán, ya lo verás...

Agudicé el oído todo lo que pude pero cada vez me costaba más reconocer los sonidos, apenas podía distinguir las palabras de consuelo que me dedicaba Óscar, aunque lo que llevaba peor era que había dejado de escuchar el helicóptero. Era nuestra única esperanza. Tenía miedo de que las condiciones climatológicas y el fuerte viento le hicieran regresar alargando un día más esta agónica situación.

Recostada contra el tronco del árbol, me esforcé en abrir los ojos y vislumbrar a Óscar, que estaba hablándome desde muy cerca. No le escuché. Estaba teniendo esa sensación... esa epifanía de lo que podía ocurrir si no tomaba una rápida decisión. El dolor de la herida, la fiebre que acudía a mí de forma persistente y esas enormes ganas de dejarlo todo y descansar... comprendí entonces que era demasiado tarde para mí. No saldría de esta. La infección se había extendido y ya no tenía ninguna posibilidad. En cambio él sí podía correr y alejarse, podía subir lo bastante alto como para llamar la atención del helicóptero, así que debía librarle de la pesada carga que se había propuesto arrastrar consigo.

—Óscar... —musité enfocándole con la mirada.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —mentí—, solo necesito descansar.

—No hay problema, podemos quedarnos aquí un rato hasta que...

El rugido del aire se filtraba entre las ramas agitándolas con fuerza sin darnos tregua, mientras la lluvia nos golpeaba con más virulencia al venir desde todas direcciones.

—No.

—¿Cómo?

—Yo me quedo aquí, ¡tú no! —enfaticé elevando la voz todo lo que pude.

—No te voy a dejar, ya lo sabes—gritó por encima del sonido del aire.

—Ya lo sé —aseguré, asintiendo—, no te pido que lo hagas, solo que vayas a buscar ayuda. El helicóptero anda cerca y con la pierna así no puedo seguirte. Tú irás más rápido si vas solo.

—No quiero ir más rápido, Alexia, estamos juntos en esto.

—Si no me haces caso y te quedas aquí conmigo, puede que ninguno de los dos viva lo suficiente para contarlo. Tienes que encontrar un lugar alto y pedir ayuda.

Se lo pensó durante un rato, pero una última mirada a mis ojos bastó para desterrar esa posibilidad de su mente.

—Ni hablar —zanjó haciendo aspavientos con las manos—. No puedo dejarte aquí tirada. Si no nos encuentran hoy, lo harán mañana.

El viento volvió a rugir y una nueva cortina de agua impactó sobre nuestras cabezas.

—No lo entiendes Óscar, estoy muy débil. Si vas solo tal vez logres

pedir ayuda para los dos, de lo contrario me temo que...

—¡No lo digas! —rogó con los ojos brillantes, agarrándome de los hombros con fuerza.

—¡Pero es la verdad! Apuesto a que tú también eres consciente de que acabará pasando.

Se frotó la frente con fuerza, parecía enfadado, pero ya era hora de llamar a las cosas por su nombre.

—No voy a salir de esta —reconocí tras la evidencia—. Ya apenas te oigo y tengo mucho frío pese a que siento mi cabeza arder... En este momento solo me apetece dormir.

Cerré los ojos en un intento de hallar la paz, pero seguía sintiendo el dolor lacerante de la pierna, el dolor más agudo que había experimentado jamás.

—Escúchame bien, no te rindas. No puedes dormirte ahora, no puedes...

—Vete, Óscar —le imploré empujándole sin fuerzas.

Lo consideró durante un rato.

—Está bien. No me alejaré demasiado, iré a por ayuda y regresaré a por ti —prometió convencido.

Asentí, exhalando un suspiro de alivio.

—Ahora préstame toda tu atención —sostuvo mi rostro entre sus manos, asegurándose de que seguía consciente para escucharle—, no te rindas, volveré a por ti cueste lo cueste. Te prometo que todo saldrá bien, ahora prométeme tú que no te quedarás dormida.

—¿Cómo? —Parpadeé aturdida.

—Prométemelo o no me moveré de aquí —amenazó.

—Está bien, te lo prometo.

—Bien —aceptó no muy convencido—, no estarás sola mucho tiempo, recordaré este lugar y regresaré a por ti con ayuda —repitió sellando así su promesa.

Sonreí, recostando mi cabeza contra el pino que había tras mi espalda.

Óscar tomó aire y se levantó con energía. Pasaron pocos minutos cuando le perdí de vista adentrándose en el frondoso bosque.

En ese momento tuve claro que no podría cumplir mi promesa, empezaba a tener escalofríos y mi cabeza estaba tan embotada que por un momento temí que fuera a estallar. Lo único bueno de aquel día era que Óscar tenía una oportunidad de sobrevivir a ese infierno; había hecho bien dejándole

marchar.

Con cuidado me arremangué el pantalón. Retiré el rústico vendaje que me había hecho y me deshice del cinturón que mantenía la brecha unida. No tuve valor para mirar la herida, tan solo dejé que la lluvia la lavara mientras me concedía un minuto de muda reflexión. Me pareció un buen momento para poner las cosas en orden y despedirme de todo lo que me importaba, pues no sabía si más adelante tendría un momento para eso.

El viento me ensordecía, prácticamente no podía escuchar más allá del chasquido de ramas y el vapuleo de las hojas al ser agitadas con suma violencia. La lluvia era lo único que me mantenía despierta, sentía como caía sobre mi cabeza y descendía bañando todo mi cuerpo sin dejar un solo recoveco. En cuestión de minutos perdí la noción del tiempo.

Así que es esto lo que se siente cuando estás a punto de morir, esta sensación nostálgica acompañada de una gran desazón que brota del pecho, bloqueándote, paralizando el resto de los sentidos.

Transcurridos unos minutos, mi vista se nubló y pronto dejé de ver el bosque que me rodeaba. El frío ya apenas me molestaba; prácticamente no sentía ninguna extremidad. Sentí mi cuerpo flotar, en una sensación de serena ingravidez que me transportó a un lugar tranquilo y placentero, donde pude dejar mi mente a la deriva, lejos de esa experiencia infausta.

22. La cabaña

—¡Buenos días dormilona!

Emití un gruñido bajo. Mi cabeza daba vueltas y estaba desorientada.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —musité.

Intenté incorporarme, pero un dolor agudo en el muslo me hizo descartar la idea.

—No te muevas demasiado, ahora necesitas descansar —dijo una voz suave y tranquilizadora.

—¿Qué...?

Me toqué la frente, me sentía exhausta, pero no por falta de sueño ya que tenía la sensación de que había despertado tras una hibernación.

—Shhhh, tranquila —noté el fugaz contacto de unos cálidos dedos sobre mi mejilla y me giré para buscar al responsable de ese furtivo roce.

—¿Óscar? —Intenté enfocarlo pero no acababa de verlo bien.

—Bienvenida al quinto, casi sexto, día —matizó, divertido.

Entonces, al fin, le vi. Volvíamos a estar juntos y por un instante eso me llenó de alegría, luego mi rostro pasó a la confusión.

—Pero... no lo entiendo —me palpé la cabeza— ¿Qué haces aquí? ¿Qué es este sitio?

—Fui a por ayuda, como te prometí —se justificó—. El temporal empeoró bastante por lo que no pude dar con el helicóptero, aunque sí encontré este sitio —señaló a su alrededor—, es una cabaña forestal que llevará abandonada unos treinta años. Tiene goteras, el tejado parece estar a punto de ceder y la vegetación ha reclamado este lugar invadiendo cada rincón, casi hay más bichos dentro que fuera, pero al menos, y esto es lo importante, hay zonas secas y evita que nos mojemos. Tengo el presentimiento de que aquí será más fácil que nos encuentren, además, debemos estar cerca de algún camino que nos lleve directamente a la civilización —sonrió eufórico—. Mañana, con la luz del día, todo será diferente —aseguró.

—Ah —fue lo único que conseguí articular, seguía confusa.

—¿Qué tal tu pierna?

Instintivamente la toqué con la mano. Seguía molestándome, sobre todo si la movía, pero el dolor había remitido bastante desde la última vez. No

pude ver más porque estaba meticulosamente vendada.

—¿Qué has hecho?

Suspiró y negó con la cabeza.

—He encontrado herramientas y he aplicado el sentido común, como haría un buen médico —contestó jocoso.

—No sé qué quieres decir...

Me miró con sus impresionantes ojos azules, esos ojos que creí no volver a ver jamás y mi corazón dio un respingo al constatar que me había equivocado.

—Tenías una infección bastante fea, además de fiebre, por lo que habías perdido la conciencia y empezabas a desvariar, otra vez. Tuve miedo de llegar demasiado tarde —admitió con expresión sombría—. Por suerte no ha sido así.

—¿Y qué le has hecho a mi pierna?

—Encontré un cuchillo en esos cajones de ahí —señaló hacia una cajonera de madera destartada que había en un rincón de la habitación y empalidecí—, quemé la hoja para eliminar las bacterias y aproveché que estabas inconsciente para limpiar la herida a fondo y extraer el pus.

Arrugué el entrecejo sin entender a lo que se refería.

—Había mucho pus —aclaró— tuve que retirar la costra que se había formado con el cuchillo y apretar hasta que la sangre volviera a salir limpia. No lo pasé demasiado bien haciendo eso —reconoció reproduciendo una mueca de disgusto—. Esos cajones me ofrecieron otro regalo, había algo de alcohol en una botella, parecía brandy y lo empleé para desinfectarla antes de...

—¿De...? —repetí expectante.

—Intentar cerrarla

—¿Cómo la has cerrado? ¿También has encontrado aguja e hilo en esa vieja cajonera?

Rió divertido.

—No —negó sin dejar de sonreír—, como te he dicho este debió ser un antiguo refugio forestal porque había un mapa de la zona, por desgracia está tan deteriorado que no se ve nada, un montón de documentos con gráficas y... algo de material de oficina.

Permanecí inquebrantable, con el interrogante grabado en el rostro.

—Encontré una grapadora con tres grapas. Tendrá que bastar —vio mi

cara de asombro y continuó—: sé que no es la mejor de las opciones, pero confío en que nos encuentren en poco tiempo y puedan curar mejor esa herida y administrarte la antitetánica como mínimo.

Sonreí.

—No sé cómo lo has conseguido, pero la verdad es que ahora me encuentro mucho mejor, aunque sigue doliéndome...

—No es para menos. He hecho lo que he podido, pero sospecho que te quedará cicatriz.

—Será como un tatuaje de esta experiencia. Algo que siempre me recordará que esto ha pasado de verdad.

Escuché crepitar algo a mi espalda y me giré en el acto. Había notado el reconfortante calor, pero no me había percatado de que Óscar había encendido una hoguera bajo una vieja chimenea de piedra.

—¿Y eso? —Quise saber señalando el fuego.

—Ah, sí —rió, dedicándome un guiño pícaro al mismo tiempo—. Habías olvidado mencionar que tenías un mechero.

—¿Yo?

—Sí. El abrigo estaba empapado, así que te lo quité y al agitarlo un poco salió un mechero que llevabas escondido en uno de los bolsillos interiores. Podrías haberlo dicho antes.

Me lanzó el mechero rosa de Hello Kitty y no tardé más de dos segundos en reconocerlo.

—¡Había olvidado que estaba ahí! —exclamé eufórica— Hace tanto que no utilizo esta chaqueta..., antes fumaba y... —hice una pausa para mirarle— lo siento, seguramente podríamos haber encendido una hoguera antes, si lo hubiese recordado...

—No te preocupes. Dudo que hubiésemos podido hacer algo, la leña mojada no prende y no hemos estado en un sitio seco en días.

Pese a las goteras, no podía negar que era un buen lugar para pasar la noche.

Óscar había desprendido las cortinas de sus barras, estaban rotas y llenas de polvo pero podríamos utilizarlas de mantas junto al fuego. Con la herida a medio curar y el calor proveniente de la chimenea, todo adquiriría un sereno cariz. Casi parecía un hogar de verdad. Claro que era una habitación prácticamente vacía, ni siquiera tenía una cama o un sofá, solo una mesa rota y una cajonera que, a juzgar por el vapuleo al que la había sometido Óscar, no

guardaba nada más. Me fijé en que había una habitación contigua, tal vez un aseo, pero el tejado se había desplomado sobre esta y era imposible entrar.

Aparte de eso no había más que grietas y fachadas que amenazaban ruina, pero lo curioso es que en ese escenario carente de lujos, me sentía muy cómoda, extrañamente feliz.

—Y he dejado lo mejor para el final... —anunció haciéndose el interesante—, si no estás muy empachada después del atracón de lombrices que te diste ayer...

Me revolví por el asco que me producía ese recuerdo.

—¡*Voilà!* —Con energía me mostró dos peces que guardaba en un cubo de madera con agua.

Mis pupilas se dilataron por la sorpresa, y la ilusión de poder ingerir algo tan exquisito como pescado fresco, había acelerado mi ritmo cardiaco hasta casi hacer saltar mi corazón del pecho. Cualquier cosa me parecía apetecible después de haber probado gusanos.

—¡¡Vaya!! —exclamé impresionada— Pues sí que has hecho cosas en mi ausencia.

—Llevas semiinconsciente prácticamente un día entero. Además, descubrí esta cabaña al poco de dejarte, así que regresé a por ti y lo demás ya lo sabes.

Sonreí agradecida.

—¿Dónde has pescado eso?

—En el río —contestó como si no fuera obvio—, resulta que la lluvia había arrastrado insectos y tierra a la superficie y los peces ascendían para comer, así que tuve que permanecer muy quieto y esperar a que uno de ellos se me pusiera a tiro —los miró orgulloso—, no sé qué son, posiblemente algún tipo de carpa asalmonada.

—Da igual, son comida.

Asintió y se dirigió con la pesca hacia la chimenea. El olor a pescado invadió la habitación en cuestión de minutos e instintivamente empecé a salivar.

—Mmmm... Esto está de muerte —cerré los ojos, deleitándome por la magnífica cena—, es como si hubiera resucitado y estuviera en el mismísimo cielo.

—Es curioso como echas de menos algo cuando no lo tienes.

Asentí. Era la primera comida de verdad que teníamos en seis días, pero no por ello la devorábamos. Ambos quisimos prolongar el momento tanto como fuera posible. De repente ya no importaba quedarnos atrapados en esa vieja cabaña olvidada, en diez metros cuadrados teníamos todo lo que podíamos necesitar: compañía, calor, agua y comida. ¿Se podía pedir más?

Aquella noche cenamos lentamente sobre el suelo, frente al calor de la chimenea. Comimos saboreándonos del mismo modo que la comida ante nosotros. Comenzamos a hablar sobre temas triviales, pequeñas anécdotas, gustos o preferencias de un tiempo reciente, pero que a la vez, parecía muy lejano. Era como si en seis días hubiésemos borrado de nuestra mente todo lo vivido con anterioridad a esa experiencia, centrándonos exclusivamente en el presente, como si los recuerdos solo fueran eso, recuerdos de un tiempo que a duras penas lográbamos recordar.

Estos seis días con Óscar habían sido los más intensos de mi vida, así que difícilmente podía pensar en otro momento que no fuese este. Como si todo lo demás no existiera. Como si no tuviera relevancia. En aquel instante éramos dos personas opuestas, en un rincón del mundo, que no necesitaban nada más.

Al terminar, me incorporé ayudándome de la pared. No quería moverme demasiado porque la pierna seguía doliéndome, aunque era el dolor propio de una herida reciente, debía tener cuidado si no quería soltar algún punto.

Me dirigí hacia la mesa y me senté cuidadosamente sobre ella.

—He descolgado esas viejas cortinas —las señaló apiladas en el otro extremo de la mesa—, deberíamos aprovechar el fuego para secar nuestra ropa. Tengo la sensación de que la llevo pegada al cuerpo como un traje de licra desde hace seis días. He pensado que tal vez, tú querrías hacer lo mismo y enfundarte un elegante vestido de cortina *Vintage*.

Desaté una sonora carcajada.

¿Me lo parecía a mí u Óscar estaba de muy buen humor? Hasta la fecha no le había visto tan feliz, era como si hubiese olvidado dónde nos encontrábamos y quién era yo para él. En cualquier caso, no quise decir ni hacer nada que pudiera estropear esa insólita circunstancia.

Óscar me dio la espalda y se quitó el jersey. Su piel blanca estaba algo magullada, las sombras de hematomas púrpura decoraban sus lumbares. También había restos de tierra que no dudó en barrer con la mano a tientas. Me obligué a reaccionar porque me había quedado prendada contemplando su

definida musculatura.

Retiré el jersey con relativa facilidad, el problema vino al querer desprenderme de la camiseta interior que llevaba soldada al torso. Me peleé con ella y sin querer, golpeé mi pierna herida con la mano.

—¡Joderrr! —Me quejé cerrando los ojos, esperando a que el dolor se disipara.

—¿Qué ha pasado?

—Me he golpeado sin querer. Soy algo torpe, por si no te habías dado cuenta.

Sonrió ante la evidencia y se acercó a mí. Su cuerpo era mucho más impresionante de frente. Reí para mí al constatar que no solo su nariz era perfecta.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó precavido.

Sin saber muy bien por qué, me puse nerviosa. Me había ayudado en infinitas ocasiones pero en ese momento, su ofrecimiento erizó el vello de mi cuerpo entero.

Óscar consideró mi silencio como un "sí" a su pregunta, se cuadró semidesnudo frente a mí y esperó a que volviera a mirar sus ojos.

Sus manos se acercaron peligrosamente a mi cintura y me puse en tensión.

—¿Puedo?

Tragué saliva, nerviosa por sentirme tan vulnerable frente a él; no era lo habitual. Ese hecho no hizo más que constatar que había perdido muchas cosas en ese viaje, la seguridad en mí misma entre otras.

Tenía el poder de detenerle en cualquier momento, podía decir "no, gracias" y las aguas volverían a su cauce, pero por alguna razón no quería que parara, necesitaba su proximidad más que cualquier otra cosa.

Asentí con timidez y mis mejillas se sonrojaron, por suerte no había más luz en la habitación que la que desprendía el fuego de la chimenea, por lo que estábamos en penumbra.

Me concentré en volver a ralentizar mi agitada respiración, intentando disimular mi nerviosismo.

Sus dedos sostuvieron los bajos de mi camiseta, ascendiendo lentamente por mi cuerpo hasta retirármela por la cabeza. Me re Coloqué la melena con los dedos hacia un lado, restando importancia al hecho de que acababa de quedarme en ropa interior frente a él.

—Gracias —susurré centrándome en la perfección de sus ojos claros.

Sonrió ligeramente y se separó dispuesto a concederme espacio, pero le detuve antes de que se alejara demasiado.

—¿Me ayudas con el pantalón? Con el vendaje no sé si voy a poder...

—Claro.

Me eché un poco hacia atrás en la mesa y procedí a desabrochar el botón de mis pantalones. Miré hacia el techo repleto de manchas de humedad y telarañas para parecer impasible frente a lo que estaba a punto de suceder.

—Apuesto a que lo que hay debajo no es ninguna sorpresa para ti —aventuré recobrando el sentido del humor—, seguro que al curarme me has bajado el pantalón y has visto mis sexys bragas.

Óscar apretó una sonrisa.

—No son tan sexys —alegó y los dos rompimos a reír.

Por fin sus manos tiraron de la cinturilla de mi pantalón y con todo el cuidado del mundo, fue abriéndolo hacia las caderas mientras lo deslizaba por las piernas. Alcé el trasero para que pudiera retirármelo con facilidad y así lo hizo. Pronto percibí como los muslos quedaban al descubierto, pero en ningún momento me hizo daño en la herida. Desató mis botas e incluso me quitó los calcetines para liberarme del pantalón con movimientos excesivamente lentos.

Me incorporé al rato y leí las señales de su rostro.

Puede que entre nosotros existiera cierto rencor, que siguiera considerándome su enemiga después de todo y que solo me ayudara porque era su deber moral hacerlo, pero en ese momento no vi nada de eso. Solo encontré a un hombre. Un hombre que miraba a una mujer que físicamente le atraía. Eso bastó para hacerme saber que el deseo que sentíamos era mutuo.

Sin darle tiempo a reaccionar, tiré de las trabillas de su pantalón acercándolo a mí al tiempo que abría mis piernas y lo encajaba entre ellas. Al estar sentada en la mesa nuestra altura era similar. Acaricié fugazmente su torso con mi mano mientras mis labios, vacilantes, se disponían a encontrar los suyos. Y permanecí ahí. Quieta. A escasos milímetros, acariciándole con el sutil roce de mi aliento que pretendía incitarle a que recorriera el espacio que faltaba entre los dos.

—¿Qué estás haciendo? —susurró con la voz engolada pero sin retroceder un ápice. Parecía que necesitaba una aclaración.

Alcé la mano que me quedaba libre para pasar los dedos por su nuca con suavidad, mientras mis labios se movían sobre los suyos sin tan siquiera

rozarlos.

—Óscar...—siseé sobre ellos con sensualidad.

Esa palabra cargada de erotismo bastó para destruir el fino tabique que se interponía entre nosotros. Sus labios, ávidos, se lanzaron en picado sobre los míos pillándome desprevenida. Me besó con una pasión desmedida, casi con rabia. No pude más que corresponder a su ardiente deseo que por otro lado, era un eco del mío.

Su olor, el calor de su piel, su sabor, ardiente e intenso... Todo eso me inundó cuando me puso una mano en la nuca y bajó la otra hacia mi vientre. La deslizó por la cadera y la infiltró por la parte posterior del muslo sano, dejándola aprisionada entre la mesa y mi piel.

Comprendiendo lo que quería, le devolví el beso con mayor pasión, asegurándome de no dejar el menor espacio entre nosotros. Mis brazos abrazaron su cuello mientras mi boca disfrutaba de la urgencia de la suya.

Sus manos se dirigieron a mi cintura, acariciándola. Noté cierta indecisión al querer descender por el bajo vientre y eso avivó mi deseo. Me separé ligeramente de él para morder mi labio inferior, provocándole.

—Tócame —susurré separando un poco más las piernas.

Óscar volvió a besarme y esta vez no lo dudó, sus dedos separaron el elástico de mi ropa interior y sentí el sutil roce sobre mi sexo.

Gemí de placer junto a su oreja rompiendo el silencio de la habitación. En mi búsqueda por alcanzar más profundidad, me recliné ligeramente hacia atrás, facilitándole el recorrido por el estrecho paso que le guiaba a lo más profundo de mi ser. Estaba fuera de mí y no pensaba parar. Me llevé las manos a la espalda y desabroché el sujetador para liberar mis senos.

—¡Joder...! —susurró, con expresión reverencial.

Ver el deseo que podía provocarle me excitó todavía más. Sus besos abandonaron mis labios para centrarse en otras partes de mi cuerpo y no pude más que estremecerme de placer mientras me ofrecía a él.

Con el corazón acelerado y la piel ardiendo en llamas, desabroché los botones de su pantalón y los bajé junto a su ropa interior para liberar su erección.

Sonreí al constatar que esa parte de su anatomía también era perfecta.

Mi sonrisa traviesa duró poco, Óscar volvió a besarme reavivando el calor en mi sexo. La pasión que nos embriagaba era desmesurada. Habíamos acumulado mucha tensión, no únicamente en estos últimos días, sino en los

últimos meses, y ahora ambos nos sentíamos como un volcán en erupción. Los preliminares quedaron en un segundo plano, no podíamos aguantar las ganas de sentirnos todavía más cerca. En un intento desesperado de sentirle ya dentro de mí, me retiré las braguitas con rapidez, deslizándome todavía más hacia el borde de la mesa para ponérselo fácil. Con decisión, llevé mis manos hacia sus caderas para guiar el camino que debía seguir.

—Espera... —susurró con voz áspera— no quiero hacerte daño, déjame a mí.

Mis manos cayeron a ambos lados de mi cuerpo, otorgándole el control.

Miró detrás de mí y alcanzó el gurrño de cortinas que había en la mesa.

—Túmbate —sugirió acompañando mi cuerpo con sus manos.

Noté la tela bajo mi cabeza, como si de una almohada se tratase.

Acarició mi cuerpo, deslizando la mano desde el cuello al vientre pasando entre los senos. Luego movió mi pierna buena, acomodándola hacia un lado al tiempo que ponía especial cuidado en no tocar la que estaba vendada.

—Intenta no moverte demasiado, todavía es pronto para...

Capté nuevamente su indecisión y me estiré para atraerlo súbitamente hacia mí. Prácticamente estaba tumbado encima de mi cuerpo desnudo, mantenía las palmas de las manos abiertas sobre la mesa para que no sintiera ni un gramo de su peso, pero sí podía apreciar su calor. Le besé una vez más, poniendo todo mi empeño en volver a desatar la lujuria inicial.

Nuevamente percibí su duda, algo le frenaba, así que me deslicé sinuosamente debajo de él hasta sentir la presión de su miembro sobre el pubis. Mis movimientos lentos pero precisos le incitaban a buscarme para enterrarse dentro de mí.

—No te resistas... —siseé sobre sus labios.

Sus jadeos se intensificaron y, movido por mi apremiante necesidad, finalmente acabó con mi sufrimiento haciéndome el amor como nunca nadie me lo había hecho.

Óscar se deslizaba dentro de mí con tanta ternura que me conmovió. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me sostuvo la mirada empujando suavemente, tomándose su tiempo. Fue intenso y conmovedor. Ahora sabía, mientras me observaba fijamente, mientras me hacía el amor, lo que su mirada escondía.

Lo sabía porque, mientras empujaba, cada vez más fuerte, llevándome al

orgasmo, me susurró un imperceptible "*te amo*" que no pretendía ser escuchado.

Se me escaparon las lágrimas antes de que pudiera detenerlas.

Óscar se movió un poco más fuerte, llegando todavía más profundo, hasta dejarse llevar inundándome de placer.

Terminamos exhaustos, jadeando tras el esfuerzo. No sabría decir si lo que nos pesaba era el cansancio propio después del sexo o la falta de alimento que arrastrábamos los últimos días, fuera como fuese había valido la pena, aunque ahora casi no nos sosteníamos en pie.

—Espero no haber sido demasiado brusco.

Se sentó sobre la mesa con cierta dificultad para a continuación, tumbarse a mi lado. No dudé en abrazarle mientras él colocaba las cortinas sobre nuestros cuerpos para preservar el calor.

—Tranquilo, no lo has sido.

—Pues no habrá sido por falta de ganas —me miró entornando los ojos—, eres preciosa, Alexia. Seguro que ya te lo habrán dicho un millón de veces.

Su halago me pilló desprevenida. Lo escruté para asegurarme de que no se trataba de ninguna broma.

—No viene mal escucharlo un millón uno —sonreí—. Gracias.

Me abrazó con fuerza, dejando que enterrara la cabeza sobre la piel desnuda de su pecho. La sensación me transmitió una inmensa paz.

—Lexi... —susurró.

Era la primera vez que me ponía un apodo que interpretaba como cariñoso, ni que decir tiene que ese gesto me encantó.

—¿Qué? —pregunté adentrándome en el mar en calma de sus ojos.

No obtuve respuesta, solo hechos. Sus dedos recorrieron mi rostro, acariciaron mi cuerpo por debajo de la cortina estudiándolo palmo a palmo mientras me besaba, como si quisiera retenerlo para siempre en su memoria. En esta ocasión, se había desvanecido toda urgencia. Lo hacía por el simple placer de seguir unidos, de alargar esos juegos previos que tuvimos que dejar atrás por nuestra impaciencia. Me encantaba que fuera así. Adoraba esa nueva faceta suya.

Óscar me miró sonriente. Besó mis párpados, la punta de mi nariz, olió mi pelo... De tanto en tanto me ofrecía un casto beso carente de necesidad sexual, lo cierto es que no nos quedaban fuerzas para más, pero ese mimo era

mucho mejor que el sexo en sí. Significaba que había algo más, un afecto inesperado que nos acercaba más allá de una mera atracción física.

23. Arrebol

El naranja con destellos rojizos podría pasar a ser mi nuevo color favorito. Era tan hermoso...

Con el amanecer el cielo pareció teñirse con unas rosetas de arrebol, como si estuviéramos en la mismísima boca de un volcán incandescente.

Sin embargo no era el inusual color del cielo lo que había llamado mi atención, era que por fin, desde nuestra llegada al bosque del río Magpie, había dejado de llover. Tras seis días soportando sobre nuestras cabezas un aguacero infernal, por fin se respiraba calma y parecía que todo volvía a su lugar.

Miré a mi alrededor y encontré a Óscar echando bolas de papel arrugado y madera apolillada al fuego para reavivarlo. Sus movimientos eran lentos y tranquilos.

—Mmmm... Como me gustaría desayunar un café con unas tostadas en este momento...

Óscar se levantó y me dedicó una fugaz sonrisa.

Intenté bajarme de la mesa para ir a su encuentro, pero el dolor de mi pierna se hizo insoportable y descarté la idea.

—¿Te duele mucho?

Se percató de mi mueca de dolor.

—Un poco más que ayer —reconocí.

—Déjame ver.

Se colocó a mi lado y empezó a retirar el vendaje con movimientos lentos, a medida que desenredaba la tela de la camiseta que había utilizarlo para realizar las curas, vimos que iba tiñéndose de un rojo intenso.

Óscar chasqueó la lengua con fastidio y se separó para regresar a la chimenea. Se apoyó con una mano en la roca, mientras que con la otra frotaba su frente con frenesí.

—¡Joder! —Dio un golpe de impotencia en la piedra— ¡Se está volviendo a infectar!

—No te preocupes, creo que deberíamos dejar que le diera el aire —sonreí—, si sirve de algo, al menos esta vez no tengo fiebre.

—¡Pero no es buena señal que se vuelva a infectar! —insistió— Creí que con el alcohol que encontré sería suficiente. ¡Dios! —Se tocó la cabeza

con desesperación— ¡Qué estúpido he sido! No tengo ni idea de curar a alguien, lo poco que he hecho lo he visto en las películas y... —suspiró.

—No te preocupes, de verdad, lo has hecho bien. Mírame —enfaticé para que lo hiciera—, me has salvado la vida.

Me miró a los ojos por primera vez esa mañana y detecté algo distinto. Era el mismo hombre de siempre, de eso no me cabía la menor duda, pero no sabría decir por qué cuando sus ojos me encontraron, identifiqué esa perturbadora señal que indicaba que algo no andaba bien. ¿Podía ser por mi herida o se debía a algo más?

Estiré mi mano para que la cogiera y así lo hizo. Volvió a suspirar, cerró los ojos con resignación y la besó largo rato en silencio, pensando, antes de colocarse frente a mí.

Necesitaba distraerle porque por primera vez en seis días, vi que estaba empezando a derrumbarse. Puede que en esa ocasión yo fuese la más fuerte de los dos.

—¿Sabes lo que creo? —pregunté acariciando su rostro cansado y triste — Creo que Mäkinen tenía razón después de todo, hemos conseguido conocernos en este viaje y a partir de ahora todo irá mejor entre nosotros, ya lo verás.

Esbozó una sonrisa carente de emoción y eso me escamó sobremanera.

—¿Qué ocurre?

Intentó deshacerse de mí, pero yo le agarré todavía más fuerte para que no lo hiciera.

—¿Qué crees que pasará cuando regresemos a Barcelona?

No supe interpretar por qué su pregunta parecía cargada de dolor.

—Eh...

Me quedé en blanco. Esperaba mucho en realidad y no sabía si estaba preparado para escucharlo, así que me decanté por decir algo neutral:

—Me gustaría que siguiéramos conociéndonos fuera del trabajo, no sé si después de esto podría volver a lo de antes sin más...

—Y ¿por qué no podrías volver a lo de antes?

Su pregunta me descolocó.

Mantuve mi expresión firmemente controlada mientras esperaba a que sus ojos me mirasen para evaluarlos y poder leer en ellos lo que me ocultaba, algo pasaba por su mente, algo que no quería revelar porque sabía que no iba a gustarme.

Cuando nuestros ojos al fin se encontraron, el silencio se hizo mucho más profundo y todo cambió. Descargas de electricidad comenzaron a cargar el ambiente mientras él contemplaba mis ojos de forma implacable. No me di cuenta de que no respiraba hasta que empezó a darme vueltas la cabeza. Cuando rompí a respirar agitadamente, quebrando la quietud, cerró los ojos.

—¿Qué intentas decirme, Óscar? —pregunté, impaciente— ¿Es que todo esto no ha significado nada para ti? Cada beso, cada caricia, cada vez que me cogías para que no cayera... ¿era simple cortesía? ¿No había nada más en esos gestos? Porque si eso es así, si durante todo este tiempo tú no has sentido nada, ayúdame a entender por qué cada vez que te tocaba percibía el mismo deseo reprimido que yo sentía.

—No se trata de eso Alexia, es... —se deshizo de mí y caminó en sentido contrario, intentando buscar las palabras que le faltaban, luego volvió a encararme y aprecié que estaba luchando consigo mismo—. No sé si alguna vez has sentido como miles de voces escondidas, susurrándote: "así eres en realidad, no puedes cambiarlo". Y luchas contra la presión, una creciente necesidad que te engulle como una ola perforando, provocando y obligándote a alimentarla. Los susurros aumentan hasta convertirse en gritos y son la única voz que oyes en tu cabeza, y estás a merced de ella, de esa sombra de ti mismo que hace años se apoderó de ti. He intentado dejarla atrás muchas veces pero siempre vuelve, el rencor se incrementa y siento que, si doy un paso al frente y olvido todo lo que ha ocurrido, les fallaré...

Fruncí el ceño.

—No comprendo qué intentas decirme.

Suspiró frustrado.

—¿Te suena de algo el trece de abril de mil novecientos noventa y siete?

Le miré confusa.

—No...

Descendió los párpados con pesar.

—Pues es el día que fallecieron mis padres y me quedé huérfano.

El aliento se me congeló en el pecho.

—Tenía doce años cuando ocurrió, pero me acuerdo perfectamente —continuó con la vista fija en el suelo—. Era un día especial porque mi madre estaba embarazada de cinco meses e íbamos al hospital a hacer una ecografía, teníamos muchas ganas de conocer el sexo del bebé. Así que aquella tarde, mis padres me recogieron a la salida del colegio y nos subimos al coche... —

hizo una pausa, mi corazón latía desaforado, esperando a que prosiguiera—. Había poco tráfico, la autovía estaba prácticamente desierta e íbamos escuchando la radio a todo volumen y cantando a vivo pulmón las canciones de moda. Nos pilló desprevenidos cuando un camión salió de la nada, invadiendo parte de nuestro carril y...

No pude continuar escuchando. Mi mente retrocedió veinte años en mi memoria y las piezas del rompecabezas empezaron a encajar, una a una.

Óscar hablaba, hablada sin parar pero yo estaba lejos, recordando un suceso que cambió para siempre el rumbo de nuestras vidas.

—¡Mira cariño! ¡Ahí está papá!

Ilusionada, miré por la ventanilla buscando el camión de mercancías azul y verde que solía llevar mi padre, al encontrarlo, me puse a gritar de júbilo.

—Parece que nos ha visto —dijo mi madre mirando a través del espejo retrovisor.

Bajé la ventanilla y saqué medio cuerpo fuera para hacerle señas con la mano.

—¡Toca la bocina, papá! —gritaba mientras él adelantaba por el carril izquierdo poniéndose a la misma altura que nuestro vehículo.

Desde el interior de la cabina nos sonrió y empezó a tocar la bocina. Di gritos de alegría mientras mi madre reducía la velocidad para que nos adelantara y se incorporara a nuestro carril.

Así lo hizo y circuló delante de nosotras.

—¿También va a casa? —Quise saber.

—Sí, regresa al fin.

—Lleva mucho tiempo fuera.

—¡Un mes! Nada menos —precisó mi madre.

Saqué el brazo por la ventanilla para saludarle, él puso los intermitentes de emergencia devolviéndome el saludo y empezó a jugar sobre la carretera, haciendo eses.

Reí sin parar, cada vez más fuerte, hasta que en uno de esos cómicos giros apareció un coche tras la curva y los dos reaccionaron instintivamente para evitar la colisión. El vehículo dio un golpe de volante para esquivar el camión de mi padre y, al hacerlo, perdió el control derribando el quitamiedos y descendiendo por el terraplén dando varias vueltas de

campana.

—*¡Dios mío...!*

Lo siguiente que acudió a mi mente fue la policía y las ambulancias, el sonido ensordecedor de las sirenas y... las camillas donde llevaban a personas ocultas bajo mantas de aluminio térmicas.

Tenía ocho años, pero las secuelas de aquel fatídico accidente también afectaron a mi familia, que jamás volvió a ser la misma.

Mi padre confesó a la policía todo lo que había pasado sin omitir un detalle. Pagó las consecuencias de su imprudencia, la sanción económica y dos años en prisión por conducción temeraria que le llevaron a abandonar para siempre su trabajo. En todo ese tiempo jamás dejó de pensar en la familia que había destrozado, las pesadillas acudían a su mente y la culpabilidad era algo con lo que tuvo que aprender a convivir desde entonces, pero jamás logró desprenderse de ella; seguía ahí, agazapada bajo la superficie, impidiéndole volver a ser el que era.

Obviamente no podía decirle a Óscar lo que supuso ese suceso para mi familia: las noches en vela, los llantos de madrugada, la irritabilidad que mis padres arrastraron durante mucho tiempo y les llevaba a discutir sin parar... No podía decírselo porque él había sufrido la peor parte quedándose sin sus progenitores. Yo al menos seguía teniendo una familia que, con el tiempo, curaría sus heridas.

Sus ojos vidriosos me conmovieron hasta el punto de no poder refrenar las lágrimas, que salieron a borbotones de los míos.

No tenía ni idea de que él fuera el niño al que transportaban en la camilla con un collarín en el cuello, el mismo niño a quien le tuvieron que administrar un sedante, para detener el ataque de ansiedad que estaba sufriendo. Sin más, había olvidado ese accidente, enterrándolo en el pasado para siempre y hasta ese momento, jamás volvió a aparecer en mi memoria.

—Pasé mi infancia en un centro de acogida hasta cumplir la mayoría de edad. Con el tiempo pude llevar una vida relativamente normal, pero ese odio, ese rencor en lo más profundo de mi pecho, seguía y seguirá existiendo hasta el día que me muera. Jamás podré desprenderme de él, de hecho me ha llevado a cometer muchas estupideces para buscar el alivio que tanto ansío.

Intenté decir algo para ofrecerle consuelo, pero fui incapaz. ¿Qué palabras podía emplear para intentar mitigar un dolor alimentado durante

tantos años, un dolor del que no era completamente responsable, pero formaba parte de él?

Por primera vez entendí su comportamiento, sus tácticas para hacer que me alejara de él... No era un rechazo hacia mi persona, sino hacia el desagradable recuerdo que yo le inspiraba. No podía cambiar las cosas, ni retroceder en el tiempo evitando que mi padre hiciera tonterías al volante para hacerme reír.

—Así que ya te puedes imaginar mi cara al darme cuenta que la nueva incorporación en la empresa, la chica que Mäkinen había contratado para que fuera mi secretaria, se trataba de la única persona en la faz de la tierra capaz de destapar la peor cara de mí.

»No podía permitir... —rectificó— no quería que te quedaras. Luché con todas mis fuerzas para hacer que te fueras, que abandonaras y volver a recuperar algo de calma en mi día a día. Pero tu jodida puntualidad, tu forma de acatar todas mis órdenes absurdas sin poner objeción... Dios, cada vez que pienso en todo lo que te he hecho hacer, en cómo te he tratado...

Presionó el puente de la nariz con los dedos y yo toqué su brazo, dándole a entender que nada de eso importaba ahora, que entendía su comportamiento y perdonaba su actitud. Pero mi contacto pareció quemarle, se retiró un par de pasos y apartó la mirada de mí.

—Jamás te diste por vencida y cuanto más intentaba alejarme de ti, el destino más insistía en juntarnos. ¡Míranos ahora mismo, por ejemplo! ¡Esto es una locura!

Alzó el rostro y me miró abatido, parecía estar al borde de un abismo.

—Así que ahora que lo sabes, te lo vuelvo a preguntar, ¿qué crees que pasará cuando regresemos a Barcelona?

Permanecí lívida. Por un momento creí que me había olvidado de hablar.

—Tal... tal vez con el tiempo... —tartamudeé, insegura.

Óscar suspiró.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho, Alexia? —Pareció ofendido — Tú y yo no podemos seguir juntos después de esto, ¡siempre serás la hija del asesino de mis padres!

Su contundencia me dejó helada. Sentí un dolor perforador en lo más profundo del pecho cuando se refirió a mi padre como "asesino", pero no quise contradecirle, mi empatía hizo que entendiera el motivo de sus duras palabras. No obstante, seguían habiendo incongruencias entre lo que decía y su

manera de proceder; no iba a dejarlo correr.

—¿Entonces por qué aquí...? ¿Por qué has hecho todo esto por mí? Si ese odio no se puede extinguir, ¿por qué tomarse tantas molestias en crear este clima entre nosotros?

—Pese a todo no te deseo ningún mal —su cara se contrajo en un extraño rictus—, puede que no siempre fuera así, me avergüenza reconocer que hubo un tiempo en el que deseé... —hizo una pausa—. Ahora ya da igual, la verdad es que no estoy dispuesto a consentir que te ocurra nada estando conmigo. Hasta mi rencor tiene un límite.

—Pero...

De pronto sentí la necesidad de decírselo, de dárselo a conocer, solo había una oportunidad para hacerlo y era esta. Armándome de un gran valor, me concentré en él y dejé que los sentimientos fluyeran sin barreras, era lo único que podía hacer para intentar conservar lo que había ocurrido entre nosotros, como si fuera un bote salvavidas en mitad del océano, me aferré a esa idea pensando que un par de palabras bastarían para curarlo todo.

—Óscar..., yo te quiero —musité.

Tras escucharme, la más negra furia cruzó por su expresión como nubes de tormenta.

—¿Qué cojones estás diciendo, Alexia? ¿Cómo puedes quererme después de todo lo que he hecho, después de lo que acabo de contarte?

—¡Es lo que siento —me reafirmé, segura— y no puedes hacer nada para evitarlo!

Se tambaleó.

—Oh, no. Esto no está bien —se alejó de mí todavía más, negando con frustración—. No pretendía que esto llegara tan lejos.

—Pues ya es demasiado tarde.

Sus cejas prácticamente se juntaron por la pena.

—Puede que te sientas confusa después de todo lo que hemos pasado, pero no puedes quererme, no soy bueno para ti porque siempre me faltará algo y habrá momentos de debilidad, esas voces que he mencionado antes, esos ecos del pasado no me dejarán en paz. Nadie puede querer eso en su vida y aunque así fuera —me miró con intensidad—, eres la última persona sobre la faz de la tierra con la que desearía estar.

Eso lo cambiaba todo.

Sus palabras cayeron a plomo sobre mi cuerpo, aplastando mi corazón

herido. Me faltó el aire y mi visión se comenzó a nublar. Las lágrimas no dejaban de brotar incansables, creando regueros transparentes en mis mejillas hasta caer al suelo.

No había experimentado nunca un dolor tan intenso como el de ofrecer tu corazón a alguien que no duda un segundo en destruirlo.

De repente ya no me importaba nada más; Óscar no me quería, simplemente me necesitaba en ese terreno hostil para no sentirse solo y tener una motivación por la que seguir adelante sin rendirse, pero no había nada más en sus sentimientos. El odio seguía existiendo después de todo y yo no hacía más que incrementarlo.

En un momento de lucidez recuperé las fuerzas para dejar de sentirme culpable por una situación que no podía controlar. Entendía los motivos de su angustia, pero él estaba siendo muy injusto conmigo. Mi orgullo emergió negándose a seguir siendo el *chivo expiatorio* de todos sus problemas.

Me puse en pie, tambaleándome por el insoportable dolor de la pierna derecha, sentí incluso como los puntos se abrían desgarrando la carne y la sangre empezaba a manar bajo el vendaje. Me abstuve de decirlo; lo único que deseaba era poner más distancia entre ambos.

—¿Sabes Óscar? Hasta ahora no podía imaginar la profundidad de tu vacío. ¡Me das mucha lástima!

Salí de la cabaña intentando disimular la cojera, sin prestar atención al dolor que se abría paso en mi muslo y parecía que iba a tumbarme en el suelo como en ocasiones anteriores.

—¿Dónde vas? —preguntó siguiéndome.

—No te acerques. Necesito estar sola —le aclaré.

—No seas así, sabes que tanto como dure este calvario, yo estaré contigo.

—¿Es que acaso no puedo decidir yo si quiero o no que estés a mi lado? Nos quedamos en silencio, retándonos con la mirada.

—¡Oh, vamos! —exclamó indignado pasados unos segundos— Deja de comportarte como una cría, casi no puedes caminar.

—¡No es asunto tuyo! —grité con todas mis fuerzas.

Su cerrazón jamás permitiría que emprendiéramos caminos distintos y menos estando yo en esas condiciones. Volvimos a encararnos; ninguno de los dos iba a rendirse en su propósito. Antes de poder decir algo más, escuchamos el sonido de las aspas de un helicóptero cerca de nuestra

posición.

Estábamos tan enfrascados en la discusión, que por un momento dudamos si dejarlo correr o hacer algo al respecto. Fue Óscar quién finalmente tomó la decisión acertada y empezó a chillar al cielo y hacer aspavientos con las manos intentando llamar la atención del piloto. No habría hecho falta que lo hiciera, el helicóptero nos localizó y empezó a buscar un lugar seguro para aterrizar.

24. El hospital

El humo de la chimenea fue lo que delató nuestra posición al servicio de rescate. Al parecer llevaban tiempo buscándonos, pero el temporal les obligaba a regresar a la base continuamente. No siempre pudieron salir en nuestra búsqueda y empezaron a temerse lo peor. Habían encontrado la mochila y el walky días atrás, así que sabían que, de seguir vivos, no teníamos provisiones ni forma alguna de comunicarnos.

Pero la pesadilla ya había acabado.

Al llegar a la ciudad, nos informaron del dispositivo de rescate que habían desplegado para dar con nosotros. No esperaban ese temporal producto de la ciclogénesis que les obligaba a alterar continuamente los planes. Las tormentas eléctricas, vientos huracanados y las abundantes lluvias durante una semana era una situación atípica para la época del año en la que nos encontrábamos. De haber tenido el mínimo indicio de que eso podía ocurrir, no nos habrían dejado emprender la excursión.

Para mí todas las explicaciones dejaron de tener relevancia, otro tipo de pensamientos daban vueltas por mi cabeza. Prácticamente no fui consciente del momento en el que el cansancio venció la barrera de la resistencia y me dormí mientras me trasladaban a un lugar seguro.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar con ternura, extendiendo el brazo lenta y concienzudamente para poner su mano fría como el hielo sobre la mía.

Miré primero su fría mano; luego, sus ojos preocupados, y después, otra vez la mano. Entonces, pausadamente comencé a seguir las líneas de su mano con las yemas de los dedos. Alcé la vista y le dediqué una sonrisa afectada.

—Escúchame bien, Alexia —apretó todavía más fuerte mi mano, transmitiéndome su seguridad—. Vamos a salir de esta. Puede que ya hayamos pasado lo más duro, o esté por venir, pero te prometo —se acercó con los ojos muy abiertos, como si pretendiera hipnotizarme— que no moriremos aquí, que encontraremos el camino de vuelta si no nos encuentran antes. Y también te prometo que no dejaré que te pase nada, estaré contigo, ¿me oyes? Hasta el final.

Intenté reprimir las lágrimas, pero en esta ocasión, no eran producto de la situación que nos desbordaba, el origen fue la fuerza de sus palabras.

Desde ese momento, decidí tomarme al pie de la letra su promesa; estando junto a él, nada malo podía pasarme.

Suspiré inmensamente más relajada. Cerré los ojos y me dejé llevar. No tenía ni frío ni calor y mi cuerpo parecía flotar en el espacio. Creí que no estaba sola, que esa sensación de confort se debía a que Óscar estaba a mi lado, tal y como había prometido, pero al mirar en su dirección para asegurarme, no encontré más que sábanas arrugadas ocupando su lugar.

—No... —me revolví inquieta—, no te vayas...

Sentí una presión cálida en la frente y parpadeé lentamente, intentando desperezarme. Cuando logré despertar, aturdida y con el dolor de cabeza más grande de la historia después del vívido sueño que había tenido, me topé con la mirada de alivio de mi madre a pocos centímetros de la mía. Sus manos acariciaron mi cabeza con mimo, como cuando era pequeña. Pese a lo insólito de la circunstancia, lo único que fui capaz de decir al despertar fue:

—¿Dónde está Óscar?

Mi madre intentó situarme. Me explicó que los dos habíamos sido ingresados en un hospital canadiense y Mäkinen pagó su vuelo para que ellos pudieran estar conmigo.

Hablaba atropelladamente, nerviosa y me costó mucho seguir su conversación, cuando hubo terminado, no dudé en volver a formular la pregunta.

—Pero... ¿Óscar está aquí también? —Quise asegurarme.

Mi madre sonrió con ternura, me besó la frente y se sentó en la cama a mi lado.

—Está en otra habitación, bien atendido por el personal del hospital.

Me toqué la cabeza y al mover la mano, vi que tenía puestas las vías.

—¿Cómo está mi pierna?

—Bastante mejor, curándose —sonrió—. Te han puesto quince puntos, además de un montón de antibióticos y otros medicamentos por vía intravenosa.

—Oh, vaya... —volví a frotarme los ojos— ¿Cuánto hace que estoy aquí?

Había perdido por completo la noción del tiempo.

—Dos días.

—¿¡Cómo?!

—Estabas agotada hija, así que has permanecido dormida la mayor parte del tiempo. Ahora os tienen en observación porque los dos presentabais signos de deshidratación y desnutrición cuando os encontraron. Si todo va bien en uno o dos días te darán el alta y podremos regresar a casa.

Fruncí el ceño.

—¿Dónde está...?

No acabé de formular la pregunta cuando mi padre salió del baño. En cuanto mis ojos se centraron en él me convertí en piedra debido a la impresión. ¿Qué le había pasado?

—¿Ya se ha despertado mi pequeña? —comentó acercándose a mí como si nada.

Avanzó con paso ligero ignorando mi reacción hasta estar lo bastante cerca como para ofrecerme dos besos en las mejillas.

—¿Papá? —pregunté, extrañada. Estaba muy distinto a la última vez que le vi; eso me preocupó.

—Tu padre no lo ha pasado bien últimamente —le excusó mi madre—, cuando se enteró de que habías desaparecido se puso muy nervioso, todos lo estábamos, pero ya sabes cómo reacciona él con el estrés, se le cierra el estómago y...

Le miré con incredulidad.

—¿Has perdido más quilos que yo! —espeté— ¿Cuánto pesas ahora?

Se echó a reír.

—No estoy seguro, lo único que puedo decir es que se me está quedando un *tipín* de adolescente...

Mi madre sonrió y le dio un beso. Yo no podía apartar mis ojos de él, por sus ojeras parecía que llevaba sin dormir desde que desaparecí, eso sin mencionar que su cuerpo era prácticamente la mitad de lo que recordaba.

—Pero ¿estás bien?

Volvió a besarme y antes de separarse me susurró en la oreja:

—Ahora sí.

Cerré los ojos e inspiré profundamente un poquito más tranquila. Al parecer, mis padres no tenían ni idea de quién era Óscar White, no se lo podían ni imaginar. Sin embargo, el problema vendría si viajábamos en el mismo vuelo. ¿Cómo reaccionaría Óscar al compartir espacio con mi padre? ¿Qué pasaría si mi padre le reconocía? Era algo improbable porque nunca tuvimos el mínimo contacto con él, pero si algo se torcía y llegaban a

reconocerse, no estaba segura de cómo se lo tomarían mutuamente.

Suspiré con resignación. Estaba en medio de un fuego cruzado y todo este asunto acabaría quemándome, estaba convencida de ello.

—Necesito ver a Óscar inmediatamente —dije de improviso, volviendo a ordenar mis prioridades.

—Ahora no puedes moverte, cariño.

—Pero lo necesito, vosotros no lo entendéis, hemos pasado mucho y...

Me incorporé en la cama, mis padres se afanaron en frustrar mis movimientos.

—Es imposible. Tendrá que esperar.

—No puedo —gemí angustiada—, o me ayudáis o lo haré yo sola.

No les dejé ninguna opción, sabían que cuando se me metía algo entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirlo.

Mis padres cruzaron sus miradas y no tuvieron más alternativa que ceder. Me ayudaron a sentarme en la silla de ruedas y, acompañando la barra de acero con ruedas donde estaban colgadas las bolsas de antibiótico, me dirigí hacia la habitación de Óscar.

Una vez en el pasillo me volví para mirarles.

—Será mejor que vaya yo sola, si no os importa. Es una situación un tanto delicada...

—Pero cariño, no creo que sea el momento de...

—Por favor, mamá —le imploré con la mirada—, es importante para mí.

A regañadientes cedieron a mi petición y regresaron a mi habitación sin intentar disuadirme. Respiré profundamente y conduje la silla con cuidado. Mientras me acercaba a mi destino, iba poniéndome más nerviosa. Las últimas palabras que le dediqué fueron dolorosas, de hecho pretendían ser una despedida, pero por alguna razón, me dolía dejarlo marchar, el recuerdo de sus caricias permanecía latente en mi subconsciente. Estaba convencida de que mentía cuando decía que para él no había significado nada lo que pasó entre nosotros. La verdad era bien distinta a lo que pretendía hacerme creer; desde mi punto de vista, Óscar se dejó llevar por los sentimientos, centrándose exclusivamente en el presente y en la realidad de nuestra circunstancia, y durante el tiempo que duró ese acercamiento, fuimos felices. Olvidamos. Sentimos. Vivimos. Construimos.

Iba a ser difícil, había muchos años de dolor acumulados, una herida todavía abierta y no podía olvidar el hecho de que cada vez que me miraba,

revivía ese recuerdo.

Estaba loca por creer que podía salvarle, ahora lo veo más claro, pero ya había demostrado que no estaba en mi naturaleza rendirme frente a los desafíos e iba a emplear todas las armas que estuvieran a mi alcance para conseguirlo.

Óscar era mucho más. Había una conexión muy fuerte ente los dos, pese a que él no lo admitiera. Un deseo oculto bajo capas de consabida hostilidad, un pésimo disfraz para enmascarar unos sentimientos emergentes de los que no teníamos control alguno, pues eran únicamente cuestión del corazón.

Al entrar en su habitación, encontré a Óscar tumbado sobre la cama con los ojos cerrados. Me di cuenta de que las maletas estaban hechas, por lo que iban a darle el alta antes que a mí. También me llamó la atención que estuviera completamente solo.

Aclaré sonoramente mi voz para descubrir mi presencia.

Se giró para mirarme, y con el ceño fruncido por mi inesperada intrusión, me evaluó de arriba abajo reparando en el grueso vendaje de mi pierna derecha y la silla de ruedas que utilizaba para desplazarme.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —contesté convencida.

Me preguntaba si sabía que mis padres se encontraban en la misma planta del hospital o no. Tenía miedo de que se vieran, de su reacción al estar frente a su mayor "enemigo".

—Me alegro.

—¿Y tú? —intervine con rapidez.

—He estado mejor —reconoció.

Cogí aire e hice rodar la silla hasta estar cerca de su cama.

—¿Qué haces? —preguntó, confuso.

—Tenemos que hablar.

—¿Todavía más? —Rió irónico.

Bufé, había decidido ponérmelo difícil, pero no voy a decir que no me lo esperara.

—Llevo dos días en la cama, teóricamente durmiendo, pero mi mente no ha dejado de dar vueltas pensando la forma en la que tú y yo...

—No empieces otra vez, Alexia, no puede haber un "tú y yo".

—Déjame terminar, por favor —continué ignorando su último comentario—. No he dejado de pensar en todo lo que nos ha pasado desde el

primer día que puse un pie en MYTV y he llegado a la conclusión de que estamos donde estamos, no importa cómo hemos llegado, sino qué hacemos a partir de ahora. Eso es lo único que cuenta. No puedes engañarme, sé que tú también has sentido cómo nuestros cuerpos se cargan de electricidad cuando estamos juntos. Para ti, todo esto también ha sido importante.

—Crees conocerme, pero no tienes ni idea —escupió las palabras con rencor—, no sabes cómo soy en realidad. Has visto un pequeño fragmento edulcorado de mí, pero eso no es suficiente para querer estar con alguien.

—Intentémoslo —propuse con seriedad.

Me miró como si hubiera perdido la cordura.

—Me pides demasiado.

—Mira Óscar, soy consciente de que no puedo cambiar tu pasado, ojalá pudiera, pero no es el caso; sin embargo, si me dejas, puedo darte un futuro. ¿No es suficiente?

Se quedó callado durante un momento, ¿barajando esa posibilidad? Nunca lo sabré.

—¿No dices más que tonterías! —respondió al fin, en tono alterado— ¿Pretendes que pase página sin más? ¿Que lo olvide todo? ¿Que olvide lo que les pasó a mis padres?

—¡No!, solo te pido que vivas una vida. Que me dejes ayudarte y pongamos punto y final a lo que tanto te atormenta.

—¿Pero tú te estás oyendo?! —espetó alterado—. Lo que propones, Alexia, es imposible. Dime cuál es exactamente tu plan porque no me ha quedado claro, ¿salimos juntos, nos acostamos, vamos al cine...? ¿Y qué pasará en Navidad o en tu cumpleaños? Dime, ¿cómo ves eso? ¿Una enorme mesa redonda conmigo al lado de tu padre, dándonos la mano, pasándonos la sal como si nada? ¿Has pensado por un momento lo que sería para mí tener que lidiar con tu familia? Perdona pero no lo creo. Tú no podrías vivir separada de los tuyos y yo no podría soportar que te apartaras de ellos por mí, ninguna de las dos opciones garantiza tu felicidad o la mía, así que no importa lo que queramos o lo que sintamos, no podemos hacer nada al respecto.

Los ojos se me nublaron por las lágrimas. Tenía razón en su argumento, no había analizado todos los pormenores que implicaban tener una relación con él, pero de lo único que estaba convencida era de que no quería dejarlo marchar. Ni siquiera sabría decir en qué momento se produjo el cambio y pasó a ser para mí más que un jefe quisquilloso. Puede que fuera antes de viajar a

Canadá, aunque hasta la fecha no había tenido oportunidad de analizarlo.

—No, Óscar, yo... —interrumpí mi diálogo para llorar.

Mi pecho se agitó inquieto, intuyendo que estaba tirando de un fino hilo que en cualquier momento podía romperse.

—Hay una cosa que no te he dicho —sus ojos, llenos de odio se centraron en los míos con crueldad—. ¿No te has preguntado cómo supe quién eras? Éramos unos críos cuando ocurrió todo, no tenía por qué saber nada de ti...

Me enjuagué las lágrimas con la mano, advirtiendo que lo que venía a continuación era importante. De pronto, sin dar tiempo a que me preparara, toda la verdad salió de él como una cascada cayendo por una presa abierta.

—Cuando cumplí los dieciocho años y fui a la universidad, estudié derecho porque quería aplicar todo el peso de la ley y más a personas como tu padre. Mi motor, por así decirlo, siempre fue la venganza. Quiso el destino que tras graduarme empezara a trabajar para la Policía Nacional, de esa forma tuve acceso a las denuncias y no me costó encontrar el expediente de tu padre. Leí atentamente toda su documentación, memoricé su nombre, su apellido y los de cada miembro de su familia, donde vivía, en qué trabajaba... Un día, ya no pude más y robé un arma de la comisaría antes de dirigirme hacia tu casa —su revelación heló mi sangre—. Vivías en una bonita urbanización de Castelldefels, junto al mar. Esperé agazapado entre los setos del jardín a tener una oportunidad, por pequeña que fuese, de tener a tu padre a tiro —me estremecí—. No me preocupaba la condena que me impusieran por asesinato, había estudiado y sabía que en poco tiempo cumpliría condena y saldría de la cárcel sin problemas —tomó aire y continuó—. Y de pronto lo vi, encendió la luz del comedor dándome un primer plano de él. Llevaba una vida perfecta, sentado en el sofá, leyendo el periódico y viendo la televisión. Confieso que esa escena cotidiana me enfureció. Apunté, sabía que le daría con la primera bala aunque posiblemente tendría que acercarme para rematarle, estaba todo calculado. Nada podía fallar. Pero justo antes de apretar el gatillo, te interpusiste en mi objetivo. Entraste en el salón y corriste hacia él para abrazarle, te sentaste a su lado en el sofá y... —hizo una pausa, sus cejas se juntaron por la pena que le producía ese recuerdo—, no pude continuar. Estaba dispuesto a acabar con tu padre, pero no lo estaba para hacer pasar a una chica inocente el mismo calvario por el que yo pasé, eso fue lo que frustró mis planes.

»Nunca más volví a intentar nada parecido. No sé si en realidad me hubiese atrevido a apretar el gatillo, tampoco puedo asegurar que su muerte me hubiese ofrecido consuelo, pero debes saber que había llegado lejos empujado por la ira y estaba dispuesto a hacerlo sin importar el precio que tuviera que pagar.

Hizo una pausa en su discurso para mirarme, era la primera vez que lo hacía desde que empezó a hablar.

—Como imaginarás, el origen de todos mis males reside en que jamás he podido olvidar lo que ocurrió. Ver a mis padres retorcidos, bañados en sangre por las contusiones en sus cabezas, ver incluso cómo mi madre yacía muerta en el asiento del copiloto rodeando su vientre con los brazos en un intento desesperado de mantener a salvo lo que más quería... esas imágenes nunca se olvidan, por más años que pasen me acompañan a donde quiera que vaya —se toma otro respiro y prosigue:

—Y luego apareces tú —me señaló con pesar—. Muchos años después, cuando ya había aprendido a convivir con el dolor, leo tu nombre en un documento. Lo primero que pensé era que se trataba de una coincidencia, pero cuando vi tu fotografía adjunta al currículum ya no tuve ninguna duda: habías venido expresamente para torturarme.

—Lo siento mucho... —fue lo único que pude decir, entre lágrimas.

—Pero eso no es lo peor, Alexia —puso una mano sobre las mías, suspirando al mismo tiempo. Eso me sorprendió, no creí que jamás volviera a tocarme.

Su silencio se prolongó en el tiempo y empecé a ponerme nerviosa. Nos miramos largo rato sin atrevernos a romperlo, solo estudiando nuestros ojos.

—Lo peor para mí... —continuó, cerrando los ojos con resignación—, es que te quise desde el primer momento en que te vi plantada frente a la puerta de mi despacho —mi cuerpo se tensó ante su abrupta confesión—. Y te deseé desde el momento en que pronunciaste mi nombre, saltándote a la torera lo de señor White —fue imposible evitar una frágil sonrisa ante ese comentario—. ¡Maldita sea! Si fueras cualquier otra persona, si tu nombre no fuera Alexia Airis, no hubiese dudado un segundo en estudiar la forma de pedirte una cita.

Los dos permanecemos en silencio analizando esas palabras. Mi intuición no fallaba ya que Óscar me quería, era evidente. Me avergüenza no haberme dado cuenta antes ya que pese a sus malos modos siempre velaba por

mí, cuando sentía que se excedía en sus demandas retrocedía un paso, dándome a entender que no era únicamente hostilidad lo que le inspiraba, había un sentimiento superior que no podía controlar. Ver ese enorme esmero en mantener a raya sus sentimientos, en luchar con todas sus fuerzas para que fuera yo la que me alejara de él, me conmovió el alma.

Yo no hubiese podido. Claro que mi situación era distinta, no empecé a sentir algo por él hasta que me mostró un pequeño atisbo de humildad.

Tragué saliva y cerré los ojos, resignada. Era evidente que ninguno de los dos podía desprenderse de una parte de sí mismo para seguir al otro, de manera que estábamos en un callejón sin salida, jamás lograríamos alcanzar un equilibrio para dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

—Lástima que sea la misma Alexia Airis que destruyó tu vida —dije aceptando mi rendición.

—Lástima que no sea capaz de desprenderme de los demonios del pasado —reconoció con tristeza.

—Estamos condenados, pues —concluí, aunque sin abandonar la esperanza de que él desmintiera ese hecho.

No fue así.

Separó su mano de las mías y sentí el frío de su distanciamiento recorriendo cada centímetro de mi piel. Había puesto todo mi empeño y no me quedaba nada más que ofrecer. Era el fin de una historia que nunca pudo ser.

No sé por qué, una vez de vuelta a mí habitación, me vino a la cabeza un fragmento de la célebre obra *Romeo y Julieta* de Shakespeare:

"La rosa no dejaría de ser rosa, y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo. De igual suerte, mi querido Romeo, aunque tuviese otro nombre, conservará todas las buenas cualidades de su alma, que no le vienen por herencia. Deja tu nombre, Romeo, y en cambio de tu nombre que no es cosa alguna sustancial, toma toda mi alma".

Como Romeo yo tampoco podía escapar a mi nombre, no podía ser otra persona más que una Airis, familiar directo del hombre que puso fin a la vida de sus padres. De nada servían las excusas, los lamentos o justificaciones, el daño estaba hecho y ese apellido pesaba más que el amor que los dos sentíamos.

25. Mi hogar

Estaba en casa.

Sentí la calidez del sol recorrer mi rostro, llenar de luz cada pequeño rincón de mi cuerpo y, a medida que esa fuente de energía era absorbida por los poros alcanzando mi interior, volvía a recargarme de vitalidad y esperanza...

Transcurridas dos semanas, me había recuperado completamente de las secuelas del viaje, regresando progresivamente a la normalidad, haciendo que todo lo acontecido no fuese más que un sueño, un recuerdo del que llegué a dudar si alguna vez se produjo de verdad.

Pese a que todo seguía tal y como lo había dejado, algo en mí había cambiado.

Tras esa experiencia la vida no era exactamente igual a como la recordaba, después de todo, las cosas que valoras son como las perlas de un collar, si se rompe el nudo se dispersan por el suelo y llegan rodando hasta rincones oscuros donde nunca podrán encontrarse, y con el tiempo olvidas cómo eran las perlas y lo mucho que significaban para ti.

Tenía al alcance de la mano todo lo que la vida moderna podía ofrecerme: comida en abundancia, agua caliente, distracción, calor... pero era como si hubiese aprendido a prescindir de esas comodidades y ahora necesitara otras cosas para ser feliz.

Óscar seguía siendo el centro de mi pensamiento, podría decirse que estaba obsesionada con él y eso no me traería nada bueno.

Cuando llegó el momento de volver a la oficina, necesité un tiempo para mentalizarme de todo lo que iba a encontrar a mi regreso.

De repente ya no era la desconocida Alexia Airis que apenas se relacionaba y trabajaba en el pasillo que conducía del vestíbulo a los lavabos de planta. Era la chica que había conseguido sobrevivir prácticamente a la intemperie, con una herida abierta en el muslo, sin alimentos y sin más compañía que su jefe, el mismo jefe que le hacía la vida imposible, en una tierra extraña.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Te duele la herida? ¿Ha quedado una cicatriz muy grande?

—¿Cómo lo hicisteis para guareceros de las tormentas? Tengo entendido que en las montañas son mucho más fuertes.

—¿Llegasteis a temer por vuestras vidas?

Intenté contestar a todas las preguntas, pero algunas simplemente no tenían respuesta. Desde fuera podía parecer que viví una situación estresante en condiciones extremas, en momentos sí fue así; pero había otros, momentos mágicos en los que conseguíamos aislarnos de todo, creando una burbuja en la que solo existíamos Óscar y yo.

Obviamente no mencioné eso a mis compañeros, me limité a describir la angustia de la desesperación a la que nos enfrentábamos cada día, esperando, rezando para que alguien nos encontrara. Todos permanecieron embelesados con los relatos de nuestro calvario, todos menos Raquel, que se había percatado de que había algo que guardaba recelosamente para mí.

Cuando por fin dejé de ser el foco de atención, Raquel se acercó a mí envuelta en una ola de misterio. Enhebró su brazo al mío, y tras asegurarse que nadie podía escucharnos, procedió a hablar.

—Muy convincente, casi me lo trago.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Todo ese rollo acerca del hambre, el cansancio... ¡Vamos Alexia, se nota a leguas que omitías hablar de tu relación con Óscar!

Me quedé boquiabierta.

—No sé de qué estás hablando, la verdad es que...

—Mira, escúchame bien —se cuadró delante de mí, más seria de lo habitual—. Ayer por la mañana vino Óscar a la oficina, vino un día antes porque quería pedir la cuenta.

—¿Cómo?! —Mi corazón empezó a latir desaforado.

—Estuvo toda la mañana hablando con Mäkinen en su despacho, al caer la tarde ya había recogido todas sus cosas y vino para despedirse de mi jefe. Ha alegado que necesita unas vacaciones y cuando Marc le ha preguntado cuándo piensa volver, él ha respondido...

Se quedó callada, calibrando mi expresión.

—¡Dios mío habla de una vez! Ha respondido...

—Que eran vacaciones indefinidas.

Tragué saliva, nerviosa. ¿Eso significaba que jamás volvería a verle?

—Así que por eso sé que algo más ha pasado entre vosotros, algo gordo para que Óscar decida dejarlo todo sin más. Según Marc, adora su trabajo y es

el mejor en lo suyo, así que no me creo que necesite "vacaciones indefinidas" —entrecomilló con los dedos— de repente.

Aguanté estoicamente las ganas de desatar el llanto.

—Mira, deberías ir a hablar con Mäkinen, tal vez él tenga más información al respecto, hasta donde yo sé, Óscar se ha ido para no volver.

La revelación de Raquel me había dejado el estómago revuelto, tuve la tentación de asegurarme y entré en su despacho. Todo estaba ordenado, algunas carpetas con papeles reposaban sobre su mesa, como siempre. Me dirigí cautelosa al baño, con el corazón en un puño, y nada más entrar, me temí lo peor. No había objetos personales, todo estaba recogido, incluso su armario, ese en el que guardaba algo de ropa limpia, estaba vacío, todo a excepción de una camisa blanca. La descolgué de su percha y me la llevé a la nariz para aspirar su aroma. Reconocí esa camisa en cuanto la vi, era la misma que me había prestado la tarde que me hizo ir bajo la lluvia a por su café, por algún motivo había renunciado a llevársela y ahora se había convertido en un objeto al que aferrarme y añorar su ausencia.

Respiré hondo varias veces, cerré las puertas del armario y me dirigí a la planta superior para ver al señor Mäkinen.

—Estamos buscando un sustituto para Óscar, pero hasta que lo tengamos, usted deberá encargarse de los contratos que tiene a medias. Mencionó que había dejado las instrucciones en carpetas sobre su mesa y que sería capaz de hacerlo sin problemas.

—De acuerdo —asentí.

—Esto nos ha pillado por sorpresa a todos, si no se ve capaz de abarcar todo el trabajo...

—No se preocupe por eso, podré con ello —le aseguré.

Sonrió.

Era mi momento para hacerlo, necesitaba respuestas y debía formular las preguntas adecuadas antes de que Mäkinen diera la conversación por finalizada.

—Tal vez me exceda, pero me gustaría preguntarle si sabe adónde ha ido el señor White y si... —dudé— si piensa volver.

Mäkinen dio media vuelta y con paso vacilante se sentó en la butaca que había junto a la mesa de su despacho.

—¿Puede sentarse, por favor?

Mi corazón volvió a bombear con fuerza mientras me acercaba a la butaca vacía que había frente a él.

—¿Puedo tutearla?

Asentí con rapidez.

—Bien —pensó durante un rato antes de proceder—. Intenté impedirselo —comentó en tono apagado—, le ofrecí todo tipo de argumentos para que reconsiderara quedarse y no hubo mucho que hacer, había tomado una decisión inamovible. Al final tuve que tirar de mi superioridad y decirle que por contrato estaba obligado a permanecer con nosotros un año más, así que conseguí que no tomara una decisión precipitada y le ofrecí una vía de escape. Era lo que necesitaba —aseguró—, Óscar tiene el alma atormentada desde hace mucho tiempo, así que llegué a un acuerdo con él.

Abrí la boca como para decir algo, pero no pude, las palabras se atascaron.

—Me ha contado lo que le pasa y entiendo perfectamente los motivos de su decisión, su necesidad de alejarse.

Eso me dejó desubicada.

— Si se ha ido por mi culpa, dígame que vuelva. Me iré yo en su lugar.

—Nadie más va a irse por ahora —concluyó, sereno—. Que Óscar se haya marchado no tiene nada que ver contigo. Necesita ver las cosas desde otra perspectiva, se ha dado cuenta de que no puede seguir como hasta ahora, albergando tanto dolor. Por ese motivo le he recomendado la India.

—¿La India?

Asintió.

—Es un lugar espiritual, repleto de contrastes. Un lugar en el que conseguirá tomarse un tiempo para él, para analizar las cosas. Allí encontrará a gente sencilla, sin muchas cosas pero rica en otros aspectos, su filosofía y modo de vida tranquilizará su alma.

—Entiendo...—dije haciendo un esfuerzo hercúleo por reprimir las lágrimas.

—No sé qué pasará luego —continuó—, le he prometido que si pasado un tiempo decide dejarnos definitivamente, puede enviarme su renuncia por e-mail sin necesidad de volver a la empresa y yo la haré efectiva. Pero creo que antes de tomar una decisión debe dedicarse tiempo, y con la cabeza fría, pensar qué es lo que quiere.

—Entonces esto es el final, nunca volveré a verle —acepté sin pensar

quién era la persona con la que estaba hablando, abriéndome a él como si se tratara de un compañero más.

—Eso no lo sabemos, Alexia. En la vida no hay un camino de ida y otro de vuelta, hay bifurcaciones, cambios de sentido, atajos... tú más que nadie sabes que eso es así, ¿si no, cómo habéis podido cruzar los vuestros? Ni viviendo en la misma ciudad teníais por qué haber coincidido nunca, pero el destino es algo caprichoso y hace que topemos con personas inesperadas que dejan huella y hacen que te plantees nuevas direcciones.

Fijé la vista en el suelo; todo lo que me decía me sonaba a chino y la única realidad, era que no había nada en mi mano que pudiera hacer para conseguir que volviera.

—Será mejor que regrese al trabajo, gracias por la información —me levanté y estiré las arrugas de mi falda.

Edmund me acompañó hacia la puerta.

—Hay un proverbio hindú que dice que cuando todo está perdido aún nos queda la esperanza. No la perderemos, ¿de acuerdo?

Asentí, no muy convencida. Me sentía aturdida, como si acabara de salir de una caja oscura en la que había permanecido recluida muchos años y todo me parecía impresionantemente brillante.

El día se hizo largo. Por primera vez desde mi llegada cogí la mesa del pasillo y la trasladé al despacho de Óscar sin ayuda. Se me hacía raro estar ahí, todo me recordaba a él, pero en ese momento decidí que era hora de empezar a superarlo. Me había aferrado a un imposible y no pensaba quedarme estancada sin más.

Por desgracia siempre fue más sencillo pensarlo que hacerlo; estando rodeada de su ordenador, sus bolígrafos y sus cosas se hacía difícil aceptar que todo había terminado.

26. "No hay árbol que el viento no haya sacudido"

Había pasado el primer mes tras la marcha de Óscar sin darme cuenta y en el trabajo todo se había convertido en un caos. Costaba encontrar a una persona capaz de realizar las mismas funciones que él, su trabajo era muy especial y nadie estaba a la altura; a ese paso mi puesto dejaría de tener sentido.

Regí los días por una inquebrantable monotonía que me permitía sobrellevar la situación sin desmoronarme, y me abrí a otras personas en un intento de distraer mi atención.

Raquel y yo nos convertimos en inseparables y, desde que íbamos juntas a la cafetería se había forjado una amistad, aún más fuerte, entre las dos.

—Manu Sanz, quédate con ese nombre: Manu Sanz —repitió con contundencia.

—Está bien, ¿Qué pasa con ese tal Manu Sanz?

—Hace una semana que está aquí, trabaja en logística y... no solo está como un tren, además es un buen chico con el que encontrar consuelo...

Le dediqué una mirada de advertencia.

—No empieces como siempre.

—¡Oh, vamos! Necesitas salir con alguien y hacer cosas.

—Ya hago cosas —rebatí.

Ella bajó los párpados con pesadez.

—"Hacer ganchillo" no es hacer cosas.

Me eché a reír.

—¿Es que acaso no te gustaron las bufandas que te hice?

—Son muy bonitas, pero estamos en septiembre.

—¿Y qué? Cuando menos te lo esperes llegará el invierno y me lo agradecerás.

—En cualquier caso —sacudió la cabeza—, necesitas algo de emoción, de alegría y...

—¿¿¿Y???

—Sexo —finalizó.

—¡Oh. Madre. Mía! Ya estamos otra vez... —me tapé la cara con las

manos.

—Pues da la casualidad que ese Adonis de nombre Manu ha preguntado por el tuyo hoy...

La miré entrecerrando los ojos.

—No se lo habrás dicho...

—¿Y qué querías que hiciera? —Dijo como si no tuviera elección—
¿Cuánto tiempo crees que tardaría en averiguar cómo te llamas? Trabajamos juntos.

—No estoy preparada.

—¿Por qué? ¿Tanto extrañas a Óscar o se debe a algún otro?

Le dediqué una mirada llameante, odiaba que lo incluyera en la conversación de ese modo. Ella solo nos había perdido de vista una semana, por lo que pensaba que no había significado nada. A mí me parecía mucho más, convivir tan estrechamente con una persona da para mucho, pero era incapaz de hacérselo entender, no podía ponerse en mi lugar.

—Ahora mismo tengo ganas de estar sola, me gusta la tranquilidad, el no hacer nada, vivir sin preocupaciones...

—Está bien —alzó las manos, rindiéndose—, no insistiré más, te doy por imposible.

Sonreí.

—Gracias.

—No hay de qué —replicó.

Cuando acabó mi jornada laboral cogí el tren de cercanías. Había decidido ir a ver a mis padres dado que llevaba un tiempo sin dar con ellos.

Abrí la puerta de casa y me quedé de piedra cuando vi que todo estaba revuelto, como si alguien la hubiese desvalijado.

—¿Mamá? ¿Papá?

Asustada, miré con frenesí en todas direcciones, hasta que unas voces en la planta superior me hicieron ascender la escalera con rapidez. Escuché quejidos, reproches y entonces entré. Abrí de un fuerte empujón la puerta del baño y juro que el alma huyó de mi cuerpo en cuanto le vi.

Mi padre vomitaba en el retrete mientras mi madre intentaba calmarle, pero él era incapaz de prestarle atención, su estómago se retorció con violencia, obligándole a deshacerse de todo lo ingerido.

—¿Qué está pasando? —exigí saber.

—Ahora no Alexia, déjanos solos, por favor...

Mi madre movió la mano indicando que cerrara la puerta al irme, pero no pensaba moverme de ahí.

—¡Vete! —rugió mi padre antes de que su vientre volviera a contraerse.

Con gran estupor, caminé hacia atrás hasta salir de la habitación.

Esperé en la planta baja con impaciencia, se me hizo una eternidad hasta que por fin mis padres vinieron a mi encuentro.

Observé de arriba abajo a ese hombre delgado de expresión torturada, ese hombre carente de fuerza, de cuerpo doblado y frágil. No parecía él.

Los dos se sentaron en el sofá frente a mí. Mi madre luchaba por contener las lágrimas mientras yo permanecía en silencio, intentando encajar todo lo que veían mis ojos.

—Supongo que ya no puedo seguir ocultándolo —empezó mi padre, mirándome con esos desconocidos ojos inyectados en sangre.

—¿Ocultar el qué?

Se deshizo de la mano de mi madre para unir las en el centro de sus rodillas.

—Hace un año que me detectaron cáncer. He estado luchando contra la enfermedad desde ese momento.

—Pero —pestañeeé aturdida— ¿qué estás diciendo, papá?

—Todos los viajes, las escapadas de fin de semana y las vacaciones de este último año no han sido del todo verdad —confesó, avergonzado—. Me he sometido a quimioterapia y cuando no estaba en el hospital me encontraba tan mal que no podía salir de casa. Yo obligué a tu madre a que no te dijera ni una palabra y a encubrir mi situación.

Al oír eso, el miedo se instaló muy dentro de mí, como un alfiler, fino y puntiagudo, clavándose hasta atravesar la piel y los huesos, perforando todo sin piedad para alojarse en un lugar oscuro, donde permanecerá oculto y acechante tanto tiempo como dure ese calvario. Parece algo increíble, pero hasta ese momento no supe lo que era el verdadero miedo. Ni siquiera perdida en el bosque con Óscar, lo había sentido con tanta intensidad.

—¿Por qué? —pregunté con lágrimas en los ojos— ¿Por qué no me lo dijiste?

—Eres una chica joven, tienes derecho a tener una vida, como la tuve yo a tu edad, sin tener que posponer tus amistades, relaciones o trabajo porque yo esté así.

—¡Pero papá...!

—Déjame terminar —me miró y un estremecimiento recorrió mi cuerpo—. Te veía feliz, estabas construyendo una vida y con tu nuevo empleo... no quise estropearlo eso, no quise que te preocuparas por algo que no estaba en tu mano poder solucionar y lo único que iba a conseguir si te lo contaba sería interponerme en tu felicidad —tras una mueca de dolor, siguió:

»Pensé que podía curarme, puse todas mis esperanzas en ello y luché con todas mis fuerzas para que así fuera, pero no he ganado esta batalla. La verdad que te hemos estado ocultando es que mi tiempo se agota. Los últimos análisis demuestran que he iniciado una cuenta atrás y pronto me ingresarán en cuidados paliativos.

Le miré, incrédula.

—¿Cuándo pensabas contármelo? ¿El día que recibiera una invitación para asistir a tu funeral?

Me levanté por la rabia de haber sido apartada tanto tiempo de la verdad, me sentí como si aún fuera una niña en quien sus padres no confían para revelarles los asuntos importantes. Estaba furiosa, dolida y la impotencia que me embriagaba estaba a punto de sepultarme.

—¡No hables así a tu padre! —Intervino mi madre con severidad.

—No, Clara, déjala. Está en su derecho de sentirse así —suspiró y cerró los ojos un instante, cuando volvió a abrirlos su mirada se había dulcificado—. ¿Qué hubiese cambiado si lo hubieras sabido antes?

—Habría entendido muchas cosas, habría estado a tu lado cuando más me necesitabas y no estarías solo, papá.

—Y no lo he estado...

—¡Ya sabes a lo que me refiero! —Me quejé.

—No estaba dispuesto a consentirlo. Siempre pendiente de lo que quieren los demás, pero ¿nadie ha pensado qué es lo que yo quiero? —Mi padre se alzó del sofá con toda su furia— ¡Estoy harto de todo esto! Harto de ir a los hospitales, harto de tener a tu madre pegada a mí todo el tiempo y lo último que necesitaba era que mi hija se uniera a sus desvelos. ¡Quiero morir en paz, maldita sea! Dios sabe que me lo merezco por muchos motivos, pero en esa muerte quiero estar solo. Así que perdóname, hija mía, por querer protegerte de esto.

El dolor más profundo volvió a azotarme. Por un momento temí que mi corazón no pudiera albergar tanto, pero entonces descubrí que era más fuerte de lo que creía.

Mi madre se retiró para llorar en otra habitación, dejándonos solos. Mi padre había herido sus sentimientos pero no podía culparle, solo él conocía el sufrimiento que estaba experimentando y la impotencia de ver a sus seres queridos tan afligidos.

Me recompuse como pude, estirando mi vestido hacia abajo para eliminar las arrugas y me mantuve firme sin dejar de mirarle.

—¿Qué es lo que quieres, papá? ¿Quieres que me vaya?

Suspiró y negó con la cabeza.

—No quiero que estés triste, no por esto.

No lo pude posponer por más tiempo y corrí los metros que nos separaban para abrazarle con todas mis fuerzas. El interminable abrazo me llevó a llorar con gran desesperación, me resultó imposible encontrar consuelo durante un buen rato. Por suerte mi padre no dijo nada, se limitó a acunarme.

—Y ¿qué vamos a hacer ahora? —Me retiré un poco de él esperando la respuesta.

—No haremos nada diferente, todos continuaremos con nuestras vidas, ¿me oyes? Especialmente tú, y cuando llegue el momento, iré al hospital para buscar la paz.

Solo yo conocía tanto a mi padre como para saber lo que suponía para él "buscar la paz". Intenté por todos los medios no volver a llorar, pero arrastraba la susceptibilidad de las últimas semanas y me resultó imposible.

—Vamos, pequeña, cálmate, no hay árbol que el viento no haya sacudido, esta vez me ha tocado a mí, pero no tiene porqué ser el final.

—¿Es que crees que puedes sobrevivir al cáncer? —pregunté enjugándome las lágrimas.

—No —sonrió—, me refiero a que tal vez haya un lugar después de este donde podamos encontrarnos llegado el momento.

Fruncí el ceño.

Mi padre llevó su dedo índice a mi corazón y lo presionó con cuidado.

Encajé fuertemente la mandíbula y volví a sus brazos, intentando impregnarme de esos momentos antes de que la enfermedad me los arrebatara.

27. Fosfeno

El cáncer llega a un cuerpo sano sin avisar, es un oscuro desconocido que se instala haciendo que su nuevo hogar se vuelva contra sí mismo. En ello reside el peligro, comienza como un invasor, pero pronto se alía al invadido obligándolo a autodestruirse. Es la posesión demoníaca de la ciencia y el único tratamiento es un intento de exorcismo científico, un exorcismo que mi padre llevaba un tiempo practicando sin éxito.

Estuve llorando toda la noche, cuando amaneció apreté con fuerza los párpados, como si quisiera borrar el recuerdo que me había estado atormentando. Al abrir los ojos permanecí unos segundos absorta en el fosfeno que dibujaba extrañas manchas de luz que iban juntándose y materializándose para crear la imagen del blanco techo que había sobre mi cabeza.

Estaba mentalmente destrozada.

Me giré para mirar el calendario que había sobre la mesilla. Estábamos a sábado y disponía de tiempo libre.

Tras levantarme, desayuné con parsimonia; necesitaba tiempo para meditar, había mucha información que asimilar y debía decidir qué haría a continuación. Seguir con mi vida tal y como había sugerido mi padre no era una opción ahora que había descubierto lo que me ocultaba.

En medio del caos, solo había algo que podía hacer, algo que había estado posponiendo hasta la fecha.

Caminé por el embarcadero hasta encontrar el barco de Andy. Como había imaginado, estaba igual que la última vez que lo vi. De proa a popa reinaba el color blanco, tan solo el casco estaba pintado de azul con una gruesa línea roja en el medio. En uno de los laterales estaban escritas dos letras que correspondían a su nombre *AY*. Era inconfundible.

Salté a cubierta y me dirigí hacia la cabina. La puerta estaba cerrada, así que llamé.

Transcurridos unos segundos se abrió una rendija, Andy tropezó con el marco y empezó a reír; cuando consiguió abrir del todo, su rostro abandonó el buen humor y me miró con el interrogante grabado en sus ojos avellana.

—¿Alex? —preguntó confuso.

Sonreí.

—Hola, Andy.

—¿Qué...qué estás...? —Arqueó las cejas y abrió la boca, impresionado — ¡Vaya!

—¿Puedo pasar?

—Eh... sí —miró instintivamente hacia atrás—, ¿ahora? ¿Quieres pasar ahora mismo?

Eso me extrañó.

—Andy... ¿quién es?

Una mujer morena le rodeó con los brazos desde atrás y enseguida lo entendí todo.

—Oh, vaya... —retrocedí un paso—. Siento molestarte, hubiese llamado de tener algún teléfono al que llamar pero... —hice un gesto con la mano—, ya me voy, no te preocupes.

—¡No! —Andy se afanó en detenerme— Quédate, por favor. Silvia ya se iba.

Miró a la chica que estaba a su espalda y esta descolgó la mandíbula, confundida.

—De verdad, Andy, ahora no es un buen momento, vendré en otra ocasión.

Él sujetó mi mano, atrayéndome hacia él.

—Entra, por favor.

La chica morena acabó de recoger sus cosas y se fue cabizbaja sin despedirse.

Entré tímidamente mientras Andy empezaba a recoger con prisa todo lo que había por en medio.

—Siento mucho haber fastidiado tu ligue... —me excusé.

Andy dejó lo que estaba haciendo y se acercó a mí para cogerme de las manos, guiándome con delicadeza me llevó hasta el sofá y nos sentamos ahí, mirándonos fijamente.

—Quiero que sepas que tú eres la primera —empezó escrutándome con la mirada—, lo de Silvia no es nada serio.

Reí sin ganas.

—¿Y lo nuestro sí lo fue?

—¡Por supuesto! —respondió con rapidez, ofendido— Eres la única persona con la que habría podido estar el resto de mi vida, contigo sentía que no necesitaba nada más, claro que tú nunca pensaste lo mismo.

—Sabes que eso no es cierto del todo, en cualquier caso, no estoy aquí para hablar de nosotros.

—¿Ah, no?

—Tengo algo importante que contarte. He venido porque tú me conoces, porque contigo me resulta fácil hablar y...

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Alex! —Sus manos buscaron las mías para sostenerlas con decisión — ¿Qué ha pasado? Puedes contarme lo que quieras, te escucharé.

Agradecí inmensamente sus palabras. Cogí aire y sin más dilación empecé a relatar mi historia, esta vez sin censura. Me descubrí frente a él como nunca antes lo había hecho, explicándole el cúmulo de sensaciones que había experimentado estos últimos meses. Él permaneció impassible, escuchando todo lo que le decía sin interrumpirme, nuestras manos también permanecieron unidas todo el tiempo y por extraño que parezca, ese contacto me animó a seguir.

Hablé del Río Magpie, de Óscar, el trabajo, el accidente de sus padres y la enfermedad del mío. Cuando sentí que ya no me quedaba nada por desvelar, cerré los ojos y me acerqué a él hasta sentir su frente contra la mía.

—Menuda putada, Alex.

Se me escapó la risa tras su comentario; no esperaba que dijera precisamente eso.

—Lo único bueno de todo esto es que puedo decir un "te lo dije" respecto a Óscar. Se veía a leguas que ese tipo estaba colado por ti, en cómo te miraba, cómo giraba en torno a ti como si fueras la tierra y él un satélite. Por no mencionar el día que te acompañó a casa. Sabía que no era un gesto casual. Y luego está lo del bosque ese en el jodido culo del mundo —negó sonriente—, ¡menuda historia! Entiendo perfectamente que después de aquello, te sientas rara, como si no pertenecieras a este mundo egoísta y superficial —suspiró y sentí el roce de su aliento sobre el rostro.

Permanecimos así un buen rato, sin atrevernos a separarnos.

—Y lo de tu padre... —ahora sí despegó ligeramente su frente de la mía, separándose para poder estudiar mis ojos—, no va a ser fácil, pero ahora debes estar con él, más que nunca. Nadie quiere estar solo en un momento así, necesita a gente a su alrededor para no caer en la desesperación.

—Lo intento, pero resulta que no quiere verme; me esquiva.

—¡No! —negó con la cabeza—, escúchame bien: da igual lo que diga o

cómo actúe, debes estar a su lado, lo necesita, Alex. Pero solo te dejará estar si lo haces desde la naturalidad.

—¿Desde la naturalidad?

—Debes ser fuerte mentalmente y borrar de tu cabeza que está enfermo, al menos cuando estés a su lado. Trátale como si no lo estuviera. Habla con él, hazle reír, aprovecha el tiempo que os queda para contarle todo lo que se te pase por la cabeza, porque el tiempo que dedique a ti, a tus cosas, es tiempo que le quita de pensar en su enfermedad. La parte más dura en esta situación, aunque no lo parezca, te la llevas tú porque debes mantener a buen recaudo las ganas de desmoronarte en su presencia.

Le miré con intensidad.

—¿Cómo sabes tanto de esto?

Inspiró una enorme bocanada de aire y la exhaló con lentitud.

—Hablo desde la experiencia.

—¿Cómo?! —Le miré confusa.

—A los seis años me detectaron leucemia —me confesó poniéndose serio—, estuve ocho largos años luchando contra la enfermedad y cuando conseguí vencerla, me prometí que mi vida sería diferente a partir de entonces. Era solo un adolescente pero tenía claro que no quería ser como el resto de la gente, no sabía si volvería a recaer, así que me juré que al menos el tiempo que estuviera vivo, fuera del hospital, lo aprovecharía haciendo lo que quiero, de esta manera si la enfermedad volvía a llegar de sopetón, no me arrepentiría de nada.

Le miré con dulzura.

—Y lo has conseguido —constaté, acariciando su rostro.

—Bueno —ladeó la cabeza—, no del todo, en realidad hay cosas de las que sí me arrepiento y otras de las que posiblemente me arrepienta en un futuro.

—¿El qué? —Quise saber.

—Pues me arrepiento de no haber sido capaz de retenerte, ni destilando todo mi erotismo he podido hacerlo —me eché a reír golpeándole el hombro tras su broma— y tal vez me arrepienta en un futuro de no poder tener hijos —se encogió de hombros con indiferencia—, nunca lo sabré.

—¿Por qué dices eso?

—La enfermedad me dejó secuelas, Alex, la esterilidad entre otras. Así que ya ves —aceptó abriendo las manos—, jamás podría darte las dos

docenas de hijos que deseas.

Sonreí con timidez, su sinceridad me había abrumado.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—¿Lo de que soy estéril? —preguntó reprimiendo una sonrisa.

—No, lo de la leucemia —le aclaré.

Suspiró.

—A ver... cuando pasas por algo así no te apetece compartirlo con la gente y que se compadezca de ti, o te mire con otros ojos. Tampoco es uno de mis mejores recuerdos, así que no lo creí necesario.

Entorné la mirada.

—Tal vez se debiera a que solo estaba de paso en tu vida...

Puso los ojos en blanco.

—Si pensara eso tampoco te lo habría contado ahora.

—En cualquier caso me hubiera gustado saberlo.

—¿Por qué? ¿Qué hubiera cambiado?

—Pues para empezar habría entendido muchas cosas acerca de ti, conductas y actitudes que te hacen diferente.

Suspiró.

—De nada sirve pensar en eso ahora, estamos aquí, es lo que cuenta.

Miré distraída a mi alrededor, analizándolo todo.

—Estoy perdida, Andy, creo que toda mi vida está patas arriba y no sé qué hacer para...

No me dejó terminar. Sus brazos me envolvieron con cariño, permitiéndome descansar sobre su pecho.

—Hagamos lo que hagamos a partir de ahora lo haremos juntos, ¿de acuerdo? Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. No sabes lo importante que es para mí poder contar contigo, me he dado cuenta de que en los momentos difíciles necesito a alguien a mi lado que vuelva a centrarme y me guíe para no perder el norte —me separé lo justo, para encontrarme con él de nuevo— ¿y qué pasa con Silvia? No quiero que estar conmigo te suponga un distanciamiento con tu...

—No te preocupes de eso ahora, además, Silvia deberá asumirlo, sabe que siempre hago lo que quiero y no hay nada que desee más que ayudarte en esto.

—¿Estás seguro?

Sonrió.

—Siempre lo estoy de las decisiones que tomo, aunque sean disparatadas.

Tomé aire y volví a enterrar la cabeza en su pecho, podría pasarme horas abrazándole.

Me quedé dormida mientras viajaba en el asiento de atrás del autobús que me llevaba a casa, acurrucada por el ruido y el movimiento que creaban una ilusión de serena ingravidez, me recordó a la sensación que experimenté en el bosque canadiense, cuando creí que ahí pondría fin a mis días.

Desde que llegué a Barcelona no me había sentido tan relajada y sabía a qué se debía esa extraordinaria circunstancia, Andy era el causante de que pudiera seguir adelante aceptando una realidad que no podía cambiar.

Aquella tarde aproveché para recuperar las horas de sueño que había perdido durante la noche, Andy estaba en mi apartamento, como había prometido me acompañaría y lo cierto es que era un gran alivio poder contar con él, si estaba junto a mí no dejaría que me derrumbara y todo sería más llevadero.

Al despertar me encontré con su ancha espalda, estaba de pie mirando por la ventana.

—Hola... —procedí con cautela.

Se giró en mi dirección.

—¿Has descansado?

Asentí estirazándome.

—Pues entonces vístete, tenemos cosas que hacer —me guiñó un ojo cómplice.

Le hice caso sin rechistar. Me puse una camiseta azul claro y unos vaqueros desgastados, en cuanto me vio aprobó mi elección con un asentimiento de cabeza.

—Mientras esté contigo debo recordar que ya no somos más que amigos, supongo que eres consciente de lo difícil que resulta para mí no hacer alusión al hermoso culo que te hacen esos pantalones, ¿no?

Solté una risotada.

—Echaría de menos si no lo hicieras, no serías tú.

Nos cogimos de la mano y salimos por la puerta. Por un momento olvidé que nos dirigíamos a casa de mi padre y debía estar nerviosa, pero las cosas junto a Andy se hacían mucho más llevaderas.

—Buenas tardes señor Airis.

Andy corrió a estrechar su mano y se dejó caer en el sofá a su lado.

—¿Y esto? No sabía que hoy teníamos visita.

—Y no la tenéis —confirmé—, venimos a buscaros, vamos a salir a cenar.

Mi padre arrugó el entrecejo.

—Creo que vosotros deberíais ir a cenar sin carabina.

—Oh, no —me negué a escuchar sus excusas de siempre—, vamos a hacer algo divertido juntos.

Andy comprobó la hora en su reloj de su muñeca y me miró con intencionalidad.

—Y debemos darnos prisa si queremos hacerlo —me recordó.

Reí y tiré del brazo de mi padre para que levantara el culo del sofá.

Mi madre apareció poco después sonriente en la habitación, Andy se apresuró a saludarla. Era increíble ver lo desenvuelto que era con mis padres.

Cogimos el tren y caminamos por el centro de Barcelona hasta llegar al embarcadero donde Andy tenía amarrado su barco.

—¿Vamos a navegar?

—¡Claro!

—Me marearé, Alexia —intervino mi padre, preocupado.

—Hoy hace buena mar —se apresuró en responder Andy.

—¿Y qué vamos a cenar? —preguntó mi madre al percatarse de que ahí no había nada.

—Lo que pesquemos.

Andy llevó su barco a una buena distancia de la costa; el mar estaba en calma, tal y como había asegurado. Sentados en los bancos de popa miramos cómo nos alejábamos de la orilla.

El color asalmonado que había adquirido el cielo al atardecer era hermoso, mi padre me cogió del hombro mientras admirábamos esa limpia belleza que se dibujaba ante nuestros ojos. Andy nos entregó unas cañas de pescar y estuvimos jugando durante un buen rato, riendo despreocupados de todas las pequeñas cosas que estábamos experimentando por primera vez.

—Esto es más difícil de lo que parece —mi madre volvió a tirar la caña como había visto hacer en las películas, todos reímos de su poca destreza porque a punto estuvo de enredar el cebo en su pelo.

—A este ritmo no cenaremos nunca.

Andy se descalzó y subió a la barandilla, caminó manteniendo el equilibrio para tensar las velas. Me quedé absorta admirando su agilidad, mi madre se percató de mi abstracción y me obligué a recomponerme rápidamente para que no pensara lo que no es.

—¡Eh! Algo ha picado —la caña de mi padre se tensó y Andy acudió rápidamente en su ayuda.

—¡Menuda dorada! —comentó alabándola.

—¡Aquí también hay algo! —exclamé emocionada.

Andy vino sonriente hacia mí y se colocó a mi espalda. Juntos tiramos de la caña mientras él iba enrollando el sedal hasta descubrir otra dorada de tamaño considerable.

Observé atentamente como quitaba el cebo y depositaba la pesca sobre una bandeja.

Después de haber pescado un par de peces más, mi padre insistió para encender la plancha y cocinar nuestra cena; no nos dejó opción. Prácticamente nos obligó a sentarnos frente a la mesa, bajo el cielo que empezaba a cubrirse con su habitual manto negro mientras hablábamos.

—Y dime, ¿de verdad vives aquí todo el año?

Mi madre tampoco podía apartar los ojos de mi ex, siempre le había inspirado mucha curiosidad su despreocupación y lo feliz que era con pocas cosas.

—Es un hogar como cualquier otro, con la diferencia de que no permite echar raíces, prácticamente te obliga a moverte de tanto en tanto, descubriendo nuevos destinos.

—¿Tienes pensado hacer un viaje en breve?

Se encogió de hombros.

—No tengo nada que me retenga para permanecer siempre en un mismo lugar, así que según como sople el viento... —movió su mano acompañándola por el aire—, así haré.

—Debe ser muy divertido poder cambiar de aires cuando se te antoje —alegó mi padre mientras venía hacia la mesa con el pescado hecho.

—Todos lo necesitamos de vez en cuando, aunque la verdad es que llevo en Barcelona unos cuantos años...

—¿Cuántos?

—Cinco. Cinco años que han pasado como si fueran cinco días.

—¿Y no has pensado en asentarte en algún lugar?

—¡Mamá! —Le reprendí dedicándole una mirada de advertencia, sabía dónde quería llegar.

—Bueno, cariño, solo digo que a lo mejor Andy topa con su serendipia, y eso hace que se replantee las cosas.

Andy rió.

—¿Serendipia? —preguntó mirándome.

—No hagas caso a mi madre, ha sacado esa palabra de un juego que a veces practicamos en casa.

—El de las palabras extrañas —corroboró mi padre.

Asentí.

—Serendipia es un hallazgo afortunado o inesperado.

—Entiendo —asintió mirando a mi madre—, supongo que nunca se sabe qué decisiones se tomarán en un futuro, todo depende de varios factores, así que no sé —se encogió de hombros—, no pienso en asentarme, pero tampoco es algo que descarte especialmente.

Mi madre asintió complacida.

—¿Puedo leerte el futuro, Andy?

—¡¡¡MAMÁ!!!

—Nadie va a leer el futuro de nadie hoy —zanjó mi padre—, vamos a cenar, no sé vosotros, pero yo tengo hambre.

—Gracias —susurré a papá en cuanto tomó asiento a mi lado.

La comida nos sentó de maravilla. Mientras retiraba las espinas de la dorada no pude evitar pensar en Óscar, ningún pescado del mundo me sabía tan bien como aquel y creo que ese pensamiento no fue mudo para Andy, a quien pillé observándome con mucha atención.

Le devolví la mirada, mis mejillas se sonrojaron y regresé a mi plato para acabar de comer.

Las risas fluían con facilidad, Andy era experto en hacer felices a los demás. Su manera de hablar, de dirigirse a mis padres o de encontrar siempre una fisura en la conversación para incluir una broma, hacía que te olvidaras por completo de todos los problemas.

Cuando regresamos ya era noche cerrada. Me despedí de mis padres y dejé que mi amigo me acompañara a casa.

—Ha ido muy bien, ¿no crees?

Sonreí.

—Mis padres se lo han pasado genial y en especial mi madre, creo que desde hoy se ha enamorado de ti.

Rió con más fuerza.

—Lástima, no pretendía que fuera tu madre la que se enamorara de mí.

Sonreí y le abracé dándole un casto beso en la mejilla.

—Eres genial. Gracias por hacer todo esto por mí.

—No te preocupes, lo hago encantado.

Alcé el rostro para mirarle; resultaba tan fácil estar con él... Me preguntaba por qué no era capaz de seguirle en su locura, de dejarme llevar y vivir junto a él sin complicaciones de ningún tipo, por qué no era capaz de escoger la opción fácil, aquella que tenía al alcance de la mano, e insistía en complicarme la existencia con personas que no estaban hechas para mí. Eso es algo que jamás entenderé: la poderosa atracción que sentimos hacia lo que está prohibido.

28. Distracciones

Pronto establecí una rutina en el día a día. De lunes a viernes trabajaba en MYTV sin descanso, por las tardes Andy y yo íbamos a ver a mis padres o hacíamos algo para evadirnos. A veces no tenía ganas de salir de casa y prefería simplemente llorar, y debo reconocer, que en todos esos momentos de debilidad él era el único que sabía cómo levantarme el ánimo.

Estábamos a viernes y me encontraba ultimando los detalles para el sábado. Había pensado que sería divertido ir con mi padre de picnic, los dos solos para variar. De esa manera no solo conseguía que nuestro encuentro fuese más íntimo y cercano, además liberaba a Andy, que aunque no se había quejado jamás, sabía que necesitaba momentos de evasión en su barco o con sus ligues. El sexo era importante para él y había entendido que conmigo ya no había nada qué hacer, no solo había cerrado esa puerta con él, la había cerrado para el resto del mundo, porque sabía que nadie podría hacerme sentir algo similar a lo que sentí con Óscar en aquella cabaña.

A veces tenía momentos nostálgicos en los que acudían a mi mente pequeños fragmentos de mi aventura. Detalles que pasaron inadvertidos cuando los viví, pero que ahora cobraban fuerza sacándome más de una sonrisa.

Estaba a punto de anochecer y llovía a cántaros. Encontramos una concavidad en las rocas lo suficientemente amplia como para hacer una breve pausa en el camino y esperar a que amainara, por lo que salir de ese improvisado refugio se me antojaba una locura. Solo Dios sabe por qué decidí mordisquear aquellas hojas verdes que me parecieron brotes tiernos de rúcula, pese a las advertencias de Óscar. Miré a mi alrededor y emitiendo un bajo suspiro me aproximé al borde. Mi rodilla chasqueó al ponerme en cuclillas, dispuesta a saltar. Extendí la mano dejándola al descubierto; el agua estaba helada, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué pasa?

Me puse la capucha sin atreverme a mirar a Óscar.

—Necesito ir fuera.

—¿Con la que está cayendo?

Ladeé el rostro y le miré con timidez.

—Voy al lavabo —le aclaré y me deslicé un poco más hacia la salida.

—Será mejor que te quedes aquí y hagas lo que tengas que hacer en ese rincón de ahí —señaló el lugar más alejado de nuestra posición—. No te miraré —aseguró.

Reí y negué con la cabeza. Me daba vergüenza solo de imaginármelo.

—Seguro que no piensas lo mismo pasado un rato, créeme, es mejor que vaya fuera.

Su sonrisa se expandió por su rostro, iluminándolo.

—Como quieras.

No lo pensé más, salté al vacío asegurándome de apoyar en el suelo únicamente la pierna buena y la lluvia cayó sobre mí como un jarro de agua fresca. Chillé mientras me alejaba cojeando hasta estar lo bastante oculta como para desabrocharme el pantalón, ponerme en cuclillas y...

—¡JODER! ¡NO TENGO PAPEL! ¡¿POR QUÉ TENGO QUE TENER TAN MALA SUERTE?! —proclamé a los cuatro vientos, enfadada con el mundo.

Caminé con el culo al aire, cogí unas cuantas hojas del suelo y me limpie como pude. El único punto a mi favor era que como mínimo había agua suficiente para eliminar cualquier rastro de suciedad. Subí con rapidez el pantalón, con tanta ímpetu que me tambaleé y di un traspié hacia atrás. Mi suerte empeoró considerablemente al constatar que había pisado mi propia mierda.

—¡Esto no puede estar pasando! —gemí, al borde de la desesperación.

Froté la suela de mi zapatilla contra una roca intentando limpiarla, luego repetí el movimiento sobre un pequeño riachuelo que descendía por la ladera de la montaña. Cuando me aseguré de haber eliminado las pruebas de mi torpeza, corrí lo más rápido que pude hasta refugiarme de nuevo en el agujero.

—¡Madre mía! Estás empapada.

Me quedé rígida un momento, tiritando.

Óscar me ayudó a desprenderme de mi chaqueta impermeable y la dejó extendida sobre una roca para que se secase.

—Nnno-no pppp-ppuedo mmmoverme...

No dudó ni un segundo en quitarse la cazadora y enfundármela al tiempo que me abrazaba contra él.

No quería separarme, pero una sonrisilla socarrona hizo que buscara

su mirada.

—*¿Qué pasa? —Quise saber.*

—*¿Al final has encontrado papel?*

Abrí la boca horrorizada.

—*¿Me has escuchado?*

Se encogió de hombros y volvió a abrazarme con fuerza.

—*No te has ido lo bastante lejos.*

Cerré los ojos y hundí mi cabeza en su pecho; ya no podía caer más bajo.

Tal vez esos fueron los momentos más duros de toda mi vida, pero también los más felices. Despertar rodeada por los brazos de Óscar, sentir cómo mi cuerpo entraba progresivamente en calor por estar tan cerca del suyo, o la seguridad que me infundía saber que si me caía él me levantaría o estaría ahí para ayudarme... Era indescriptible el cúmulo de sensaciones que me transmitían esos recuerdos. De hecho había olvidado por completo el dolor de la herida, el frío penetrante y el hambre, ahora solo quedaba lo bueno.

Emití un suspiro y entré en el cuartito del café. Encendí la cafetera y busqué una cápsula para poner en el dispensador de la máquina. Se habían terminado. Abrí las puertas de armario que estaban en la parte baja y me agaché para buscar una caja nueva en los estantes cuando la puerta del *office* se abrió.

—Si eso es así, seguro que se la habrá tirado. Yo lo hubiera hecho, te lo aseguro.

Entraron dos hombres que no advirtieron mi presencia y en lugar de descubrir mi posición continué agazapada, rebuscando en el estante mientras escuchaba su conversación.

—La verdad es que tiene un polvo...

—¡Unos cuantos! —Rió.

—He pensado en proponerle una cita, ¿crees que aceptará?

—No lo sé, supongo que todo es posible

—¿Estás seguro de que no tiene pareja?

—No creo.

Abrieron la nevera y destaparon un refresco en lata.

—¿Crees que es de las que folla en la primera cita o tendré que perderme con ella en algún bosque para conseguirlo?

Rieron al unísono.

—No es seguro que se la haya tirado, todos sabíamos que no se caían demasiado bien en la oficina.

—Pero son seis días solos, ¡joder! Yo no desaprovecharía esa oportunidad, por muy mal que me cayera estamos hablando de una mirada felina, unas tetas firmes y un culo de infarto. No le falta absolutamente nada.

Volvieron a reír y lo cierto es que su conversación estaba empezando a crisparme. Odiaba que los hombres hicieran eso, que trataran a las mujeres como simples trozos de carne que pueden morder cuando les viene en gana.

—Pues esta tarde lo hago. Llamo a la puerta de su despacho y le digo algo como: Buenas tardes Alexia —apreté fuertemente la mandíbula—, no nos conocemos, me llamo Manu y me gustaría invitarte a cenar antes de quitarte las bragas a mordiscos.

Los dos hombres rompieron a reír escandalosamente y ya no pude aguantarlo más, me puse de pie descubriendo mi presencia. El que estaba frente a mí cerró la boca en el acto, el otro, Manu de contabilidad, seguía riendo porque no esperaba que estuviera tras su espalda.

—Me parece lamentable —espeté entrecerrando los ojos—, vuestra misógina conversación no hace más que constatar que todavía existen especies de australopiteco camufladas en nuestra sociedad —se quedaron congelados por mi intervención—. Para empezar, un hombre y una mujer pueden estar juntos seis días sin que haya sexo, pero ya que estáis tan interesados en saber lo que ocurrió en ese bosque os diré que tenéis razón, hubo sexo, pero no fue Óscar quién me folló a mí, fue al revés ¡y lo hice con mucho gusto!

Les dediqué una sonrisa fingida y salí de la habitación conteniendo las ganas de desatar el llanto.

«Menudos idiotas».

Me encerré un rato en los lavabos para descargar a gusto. Echaba de menos a Óscar, su recuerdo estaba vivo en cada rincón de esa empresa pero por desgracia no disponía de demasiado tiempo para dedicarle, mi padre acaparaba casi todos mis pensamientos.

Me enjuagué las lágrimas por los dañinos comentarios de ese par de inútiles, pero lo cierto es que no serían los únicos que pensarían de ese modo, era un jugoso cotilleo que tendrían que explotar. Verme deambular por los pasillos como un alma en pena no hacía más que avivar esos rumores malintencionados.

«Bien, Alexia, céntrate en lo importante y recuerda lo que te ha dicho Andy: sé natural, saca temas entretenidos de conversación y pase lo que pase, no llores en su presencia».

Inspiré aire profundamente y fui en busca de mi padre.

—¿Adónde vamos? —Quiso saber.

—Ya lo verás —le guiñé un ojo—, es un lugar al que siempre he querido ir y no está lejos.

Cogimos el tren y el metro hasta llegar a uno de los parques más emblemáticos de Barcelona: *La rosaleda de Cervantes*. Había oído lo hermosos que eran los jardines, las impresionantes rosaledas que ascendían por las pérgolas decorándolas en una combinación mágica de colores. Era un lugar pintoresco, diferente a todos, por su sencillez y calidez.

Ya estábamos en otoño y era una época de cambios, aunque también de movimiento. Barcelona recuperaba el ritmo tras meses celebrando la omnipresencia del sol. Miré al cielo buscando la complicidad de un clima suave que nos hiciera más agradable el adiós estival.

No hay dos otoños idénticos en Barcelona, y mucho menos en sus parques. Cada año se depara una sorpresa en las mejores zonas verdes de la ciudad y estaba deseosa por descubrir qué nos depararía *La rosaleda* desde las alturas.

Paseamos en silencio por los caminos sin asfaltar. A lo largo del parque se podía disfrutar de unos diez mil rosales de dos mil especies diferentes. Esos rosales, de los cinco continentes, estaban repartidos en una superficie de cinco hectáreas.

Vimos las fuentes y las zonas de descanso, admirando las plantas, que pese a no estar en el momento álgido de floración, aún tenían alguna que otra rosa tardía, ofreciendo su particular toque de color en la mata verde.

—¡Es un lugar muy bonito!

—Lo es —corroboré—. En mayo debe ser una pasada.

Caminamos un poco más y extendí la manta sobre la hierba para, a continuación, sacar la merienda que llevaba en el cesto.

Algo de fruta, bebida y pastas recién horneadas deberían bastar para hacer ese momento inolvidable.

Nos sentamos sobre la manta y nos miramos con complicidad, sin saber

muy bien qué decir.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

Sonreí.

—Es curioso, yo tendría que preguntarte eso a ti y no al revés.

Mi padre se encogió de hombros.

—Soy observador y sé cuando algo te preocupa. No creo que sea solo mi enfermedad.

—Bueno... —vacilé—, la verdad es que hay más, pero no creo que quieras escucharlo... —sonreí.

Mi padre cogió una uva y se la llevó a la boca.

—Pues te equivocas, pequeña, sí quiero escucharlo.

Miré al cielo, pensando hasta dónde podía contarle. Finalmente me armé de valor y encontré las palabras apropiadas para explicar la verdad sin revelar demasiado.

—Canadá marcó un antes y un después en mi vida, no solo por lo que ocurrió en la montaña, sino por todo lo que mi compañero, Óscar, me hizo sentir esos seis días.

—Te gusta, ¿verdad?

Asentí.

—¿Es recíproco?

Me mordí el labio inferior.

—Es complicado...

—¿Qué lo hace tan complicado?

Descendí la mirada.

—Para empezar él tiene un pasado oscuro y eso le impide vivir el presente. Además, ya no tengo contacto con él, se ha ido a un retiro espiritual a la India y dudo que quiera volver.

Mi padre frunció el ceño.

—Supongo que a veces las personas que queremos no están a nuestro alcance, no siempre se puede ganar. Sin embargo, yo soy de los que piensa que si insistes y encuentras una vía para acceder a él, tal vez...

Negué con la cabeza.

—No sé cómo hacerlo, ya he descubierto mis sentimientos y no ha sido suficiente.

Sonrió esquivando mi mirada.

—¿Sabes que tu madre me rechazó cinco veces hasta que al final

conseguí el «sí»?

—Os conocisteis en la casa del abuelo, ¿no?

Asintió.

—Por aquel entonces yo hacía pequeñas reparaciones de mantenimiento para ganarme un jornal, todavía era un muchacho y en el pueblo no había mucho que hacer. Un verano fui a cortar el césped de tu abuelo y ahí estaba tu madre.

Le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

—Y te enamoraste —constaté.

—Ni por asomo —negó riendo—. Era la criatura más desdeñosa de cuantas había conocido. Siempre altiva y con esa chulería que me sacaba de mis casillas... Para tu madre no era más que un chico de campo, ella estudiaba en la ciudad y solo pasaba el verano en el pueblo.

—¡Vaya!—Parpadeé— Me cuesta imaginarme a mamá así, no le pega para nada.

—Pues le encantaba mandarme cosas: "cógeme eso de ahí, limpia la piscina, acércame el vaso de agua..." Era su forma especial de dejarme bien claro que estaba por encima de mí.

—¿Y cuándo cambió esa situación?

—Pues cuando me cuadré y le pregunté que por qué no resolvíamos nuestras diferencias en un lugar dónde estuviéramos en igualdad de condiciones, así que le pedí una cita en un bar de carretera cerca de su casa.

—Y ella te dijo que *no*.

—Ella me dijo que no, en efecto, pero nunca más volvió a pedirme nada. Optó por ignorarme, por hacer como si no existiera. Eso me motivó; conseguir que volviera a hablarme y me diera una cita, se convirtió en un reto personal.

»Cada día iba a su casa, la buscaba y le ofrecía un plan. Ella seguía rechazándolos, por supuesto, hasta que un día pensé algo distinto. Por lo que había visto, para conquistar a una mujer se regalaban flores. El dilema era acertar con el tipo de flor, sabía que una mujer como tu madre no se conformaría con unas simples rosas, era demasiado común, así que fui en busca de algo distinto para llamar su atención.

Crucé las piernas para obtener un mejor plano de mi padre y no perder detalle de su conversación. Él continuó:

—Entré en la floristería y me debatí entre girasoles, lirios, orquídeas... Todo me parecía insuficiente, no me convencía, hasta que reparé en los

tulipanes.

—¿Tulipanes? —constaté con incredulidad.

—Exacto. Tulipanes. Compré media docena de tulipanes amarillos rosados y blancos y se los llevé.

—¿Los tulipanes le gustaron?

—Se quedó impresionada, aunque no por el detalle.

Arrugué el entrecejo.

—¿Entonces?

—Porque de entre todas las flores que había a mi alcance escogí precisamente esa. Ya conoces a tu madre, y con los años me explicó que los tulipanes tienen un significado importante en una pareja: Significa enamoramiento, pasión, amor incondicional, puro y sincero, además de apego y cuidado. No te voy a engañar —confesó dedicándome una mirada cómplice—, no tenía ni idea de eso, los elegí porque me parecieron originales. Pero para tu madre fueron la señal de que yo era el hombre de su vida y entonces decidió darme la primera cita.

—Vaya... me imagino la cara de mamá al recibir los tulipanes, me pregunto qué hubiese pasado si en lugar de tulipanes fueran rosas.

—Pues que posiblemente no estaríamos aquí y ni siquiera hubieses nacido. Tu madre es muy supersticiosa y encuentra sentido a casi cualquier fenómeno o circunstancia del día a día —negó divertido con la cabeza—. ¿Quién me iba a decir a mí que la niña insufrible del final de la calle, se convertiría en mi esposa y llegaría a quererla con locura?

Sonreí y recosté la cabeza en el hombro de mi padre, permitiéndome un segundo para soñar. Era una boba, pero los finales felices seguían emocionándome, y más cuando se producían de verdad. Aunque el recuerdo de la enfermedad de mi padre acudió para borrar esa fugaz alegría, devolviéndome a la realidad. Sentí que empezaba a picarme la nariz y temí ponerme a llorar, así que agité la cabeza para desterrar los malos pensamientos.

—Ese chico, Andy..., no es tu tipo, ¿verdad?

Cerré los ojos un instante.

—Me gusta Andy —afirmé sin dudar—, pero no lo suficiente para dejarlo todo por él. Somos muy diferentes, papá. Buscamos de la vida cosas distintas.

—Eso creía yo, pero tu madre no está tan segura. Ansía tanto verte

comprometida, que se ha empeñado en que tiene que ser él.

Negué divertida con la cabeza.

—¿Y qué hay de malo si no quiero compartir mi vida con nadie? Podría vivir así para siempre, soy autosuficiente y me basto sola.

—Eso ya lo sabemos, pero a los padres nos da tranquilidad saber que alguien, aparte de nosotros, velará por nuestros hijos. Que encontrarás a alguien especial y cuando ya no estemos, no estarás sola.

Ladeé el rostro para contemplarle escéptica.

—Creo que mamá no espera cosas tan profundas, solo le interesa que le dé nietos.

Estalló en carcajadas.

—Eso es verdad.

Sentí su mano acariciándome la mejilla mientras reposaba la cabeza contra su hombro. Permanecimos unos minutos en silencio hasta que decidí intervenir.

—¿En qué piensas?

—En muchas cosas.

—Te escucho —insistí.

Respiró profundamente.

—Pienso en tu madre, pero sobre todo en ti. Pienso en todo lo que pasará cuando yo... —interrumpió su discurso y yo hice ademán de incorporarme para volver a mirarle a los ojos, pero su mano descendió de mi mejilla al hombro impidiendo que cambiara de postura—. Verás, Alexia, me gustaría dejarlo todo bien atado antes de irme. Necesito decirte unas cuantas cosas y quiero que me escuches sin interrumpirme. No hagas dramas, acepta simplemente que las cosas son como son y que tengo derecho a hacerlo a mi manera.

Hice acopio de valor y asentí con la cabeza, mordiéndome la lengua para no intervenir mientras mi padre hablaba atropelladamente.

—Mi testamento está en el último cajón de la cómoda, en la carpeta amarilla. También verás una caja de latón con dinero en efectivo. Es lo que me dieron cuando vendí mi camión y no lo he tocado, ahí está todo. Utilízalo para pagar mi entierro y no toquéis nada de la cuenta común. Esta mañana he pasado por el banco y me he borrado de ella para que no la bloqueen, la he dejado a tu nombre y al de tu madre exclusivamente. Ella no lo sabe, así que no se lo digas hasta que yo falte o se enfadará. Si puedo elegir, no quiero

perder el tiempo discutiendo, no merece la pena.

Cerré los ojos e intenté tener la mente fría para no desatar el llanto.

—¿Has acabado ya de decir tonterías?

Mi padre sonrió y besó mi cabeza.

—Me quedo más tranquilo si te lo cuento.

Hice una pausa, pensando en él. Podía entenderle, de hecho yo me sentí así cuando creí que iba a morir. Por encima del miedo estaba saber que los que querías continuaban sin ti, añorándote y sufriendo tu pérdida. Teniendo tanto tiempo como él para asimilarlo, yo también hubiese reescrito mi testamento y puesto las cosas en orden para hacerlo todo más llevadero. Por otro lado, me negaba a creer que su vida se apagaba. Me froté los ojos para impedir que las lágrimas salieran, recordándome una vez más, que debía ser fuerte.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Por supuesto —me animó.

—¿Hay algo que sientas que te queda por hacer?

Se lo pensó un rato, mirando los rosales que había más lejos.

—Hay una cosa que siempre he querido hacer, pero me ha faltado la fuerza necesaria para hacerlo...

—¿El qué?

Suspiró. Cambió de postura y me re Coloqué para obtener un primer plano de sus ojos.

—Quitarte el miedo.

Le miré como si hubiera perdido la cabeza.

—¿El miedo? ¿Qué miedo? ¡Yo no tengo miedo a nada!

Ladeó el rostro y sonrió sin ganas.

—Sí lo tienes —insistió.

Fruncí el ceño. ¿Dónde quería llegar?

—Papá, sé que crees que aún tengo miedo del hombre del saco, pero te aseguro que...

—¡Alexia! —Mi padre soltó una pequeña carcajada— Ya sabes que no me refiero a eso.

Le devolví la sonrisa.

—¿Entonces?

Mi padre se puso serio de repente.

—¿Cuántos años hace no subes a un coche?

Su pregunta esfumó cualquier atisbo de diversión de mi rostro.

—¿A qué viene eso ahora?

—¡Dímelo! —insistió—. Posiblemente hace los mismos años que yo... Siempre utilizas el transporte público, y esquivas el tema de subir a un coche. Nadie ha podido convencerte jamás para hacerlo, y hasta ahora te has defendido bastante bien, buscando la excusa perfecta para cada ocasión, prácticamente nadie se ha dado cuenta de lo que ocurre en realidad, el verdadero motivo por el que no puedes subirte a un coche o sacarte el carné de conducir es porque lo asocias al día del accidente, y tienes la sensación de que algo malo sucederá si lo haces. A mí me pasa algo parecido, de hecho no he vuelto a conducir desde ese día, pero lo que más me atormenta, es no haber podido conseguir que mi hija superara ese miedo que adquirió por mi culpa.

Se me inundaron los ojos de lágrimas. No sabía qué contestar a eso porque tenía razón. Hasta ahora nadie se había percatado de mi miedo oculto, ese que me impedía ir a cualquier sitio si tenía que subir al coche de alguno de mis amigos.

—Papá, de verdad, no debes preocuparte por eso, no tiene nada que ver con...

—¡Sí tiene que ver! —Sus ojos también brillaron— Toda nuestra vida se complicó desde ese fatídico día y créeme, no ha pasado un solo segundo que no me haya arrepentido de lo que ocurrió —liberó las lágrimas y fue inevitable, yo también empecé a llorar—. Tu madre reza cada mañana por esa familia que perdió la vida en la carretera, tú no puedes subirte a un coche y yo voy a morir pronto, pero tengo la sensación de que llevo muerto desde hace bastante tiempo. No hemos querido hablar de ello ninguno de los tres, pero no podemos ocultar que algo se ha quedado dentro de cada uno de nosotros y nos martiriza a nuestra manera —hizo una pausa y yo aproveché para tragar saliva—. Si me preguntas qué me ha faltado por hacer en mi vida, te diré que el único objetivo marcado que no he podido cumplir, ha sido el de ayudarte a superar tu miedo. No logré hacerlo porque tu miedo también es el mío.

Me quedé callada, observando la tristeza impresa en sus ojos castaños.

—No pasa nada, papá, de verdad...

Apreté los labios y me abalancé sobre su cuerpo para abrazarle con fuerza, mientras las lágrimas fluían sin control. Él me correspondió enterrando la cara en mi hombro y lloramos juntos. Nos lo habíamos dicho todo, aquello que siempre habíamos callado por temor a destapar dolorosos recuerdos, salió

de nosotros sin más, reabriendo una vieja herida que jamás llegó a cicatrizar.

Poco a poco recuperamos la calma y me esforcé en enjugar las lágrimas y sonreír para restar importancia al asunto, pero por dentro estaba hecha polvo, y más sabiendo que las secuelas de ese accidente no solo las padecíamos nosotros, sino también Óscar. Mi padre jamás podría enterarse que el chico que me había robado el corazón era el mismo niño que sobrevivió al accidente que él originó.

La situación no podía ser más delicada y sentí como si faltara poco para que el peso de los problemas acabara aplastando lo poco que quedaba de mí.

Cogí la mano de mi padre y la apreté con fuerza, dispuesta a hacer lo que hiciera falta para desviar su atención.

—¿Quieres que te cuente una anécdota curiosa que me pasó hace algún tiempo?

Mi padre asintió, aunque continuaba triste.

Sin dar importancia a ese detalle le conté la aventura de espionaje que viví con Andy, esa en la que acabé con el culo lleno de púas de cactus. Narré la historia con gracia y conseguí que se riera, olvidando por un momento el pesar que seguía presente dentro de nosotros.

Desde ese momento puse especial cuidado en formular las preguntas adecuadas y reconducir la conversación para que no hubiera nada que nos incomodara.

Me resultó extraño compartir con él ese momento de complicidad; pese a que podíamos hablar de cualquier tema, hasta la fecha no le había percibido tan vulnerable. Era como si se hubiese quitado la máscara dejándome ver sus pensamientos con claridad; todas sus emociones, sensaciones, sentimientos... emergieron de él como las burbujas del agua en ebullición.

Le escuché con atención y también le expliqué todo cuanto acaparaba mi mente en ese momento.

Tras una tarde relajante en el parque, dejé a mi padre en casa y no pude evitar pensar que tal vez esa fuera la última vez que estaría tan cerca de él. Un escalofrío descendió por mi nuca al intuir que el motivo de su sinceridad no era más que una despedida.

Llegué a casa agotada por el esfuerzo mental que había invertido, aunque también estaba satisfecha de todo lo que había logrado en poco menos de cuatro horas. Entré decidida en el comedor y Andy saltó del sofá para venir a mi encuentro.

—¿Qué tal ha ido la tarde?

Sonreí mientras me quitaba la chaqueta y la depositaba sobre el respaldo de la silla.

—Bien, pero ¿no has estado en tu barco hoy? Creí que tenías cosas que hacer.

—Tú lo has dicho —confirmó asintiendo—, *tenía* cosas que hacer, pero a fin de cuentas todo puede esperar. He aprovechado y he hecho la compra; nunca había visto una nevera más vacía.

Abrí los ojos impresionada.

Me dirigí hacia la cocina a paso ligero y abrí las puertas de la nevera con energía. Mi mandíbula se descolgó.

—¡Hay de todo! —vi carne, verdura, fruta, zumos, pescado...— ¿A qué se debe todo esto?

—Quería ahorrarte cosas en las que pensar.

—¡Estoy impresionada! —Confirmé cerrando la nevera.

Me dedicó una sonrisa de medio lado.

—No es para tanto.

Apreté los labios y recorrí los metros que nos separaban de forma graciosa para darle un abrazo.

—Gracias por ser tan atento, me siento tan afortunada...

Se echó a reír.

—¡No digas tonterías! —Se separó ligeramente de mí— Venga —me animó cogiéndome de la mano—, sentémonos y me cuentas qué tal te ha ido.

Le seguí hasta el comedor y le expliqué con todo lujo de detalle cada suceso de esa tarde. Era agradable tener a alguien esperándote, alguien preocupándose por ti y dispuesto a escucharte al llegar a casa.

Era peligrosa esa sensación, lo sabía, porque mis sentimientos estaban agitados. Me encontraba en uno de esos momentos de extrema vulnerabilidad por todo lo que estaba pasando con mi padre, el trabajo y mi vida sentimental, todo ello junto formaba una explosiva mezcla que podría llevarme a confundir la amistad que había logrado mantener con Andy.

Suspiré tranquila cuando conseguí meterme en la cama sin cometer ninguna estupidez; no podía permitirme el lujo de flaquear y complicar lo único de mi vida que estaba bien.

29. Sueños rotos

Vi que podía encontrar la energía... que podía encontrar el valor para continuar. He aprendido que la mente puede asombrar al cuerpo, si sigues diciéndote "puedo hacerlo... puedo hacerlo... ¡puedo hacerlo!"

Hice caso a Jon Erickson y seguí adelante gracias al poder de la mente. Necesitaba dejar los problemas a un lado, aislar lo malo y quedarme con lo bueno.

Lo bueno era lo siguiente: Tenía poco trabajo y el papeleo al día; aún a la espera de un jefe, seguía trabajando en antiguos contratos que me robaban poco tiempo. Pasaba muchos días con mis padres; ahora que había descubierto el gran secreto que me guardaban, no ponían excusas para vernos. Tenía a Andy; un amigo incondicional que lograba despejarme y sacarme una sonrisa en los momentos de bajón y, por último, había conocido a gente simpática en la empresa, personas con las que podía hablar y salir a tomar algo para despejarme.

Descarté pensar en los puntos negativos, que los había en prácticamente todos los ámbitos de mi vida, y aprendí a separar lo importante de lo imprescindible. Importante era el trabajo, cumplir con todos mis objetivos y lo imprescindible, aquello que no podía esperar, era mi familia. Me centré tanto en ellos que todo lo demás eran solo menudencias.

El tiempo dejó de contar para mí, y después de un invierno bastante crudo, empezó a despuntar una tímida primavera, y junto a ella, mi primer año en MYTV.

Estaba sentada en la silla revisando el papeleo mientras comía un palito de pan de pipas, cuando mi teléfono móvil empezó a vibrar. Me extrañó ver el número desconocido que parpadeó en mi pantalla, no obstante, lo descolgué con energía.

—¿Si?

—Alex, soy yo —reconocí la voz de Andy.

—¿Andy? ¿Qué haces tú con un...?

—Deberías venir —me cortó.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con el corazón en un puño.

—Tus padres han llamado por error a casa...

—¿Y bien?

—Van de camino al hospital.

No hizo falta nada más. Sabía lo que eso significaba y mi corazón empezó a latir embravecido.

Me puse en pie de un salto, contuve la respiración y empecé a recoger mi escritorio con frenesí.

Antes de salir, subí a la última planta y hablé con Mäkinen porque no sabía cuándo podría volver. Tal y como esperaba, no puso impedimento alguno en que dejara todo para estar con mi familia, entendía perfectamente que en esos momentos mi cabeza estuviera en otro lugar. Sin entretenerme a hablar con nadie más, salí apresurada de la empresa y dejé un mensaje a Raquel, poniéndole al tanto de lo que había sucedido.

Hasta que llegué al hospital el trayecto se me hizo eterno. Seguía nerviosa y eso me provocaba náuseas.

—¿Dónde está? —pregunté a Andy, que me esperaba en la recepción del hospital.

Me cogió de la mano y asintió una sola vez.

—Me estás poniendo nerviosa.

—No sé si ahora mismo estás preparada para entrar ahí, deberías tranquilizarte.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué quieres que haga?! ¡No puedo evitarlo!

Suspiró.

—Lo sé, pero tienes que calmarte. Tu padre ha tomado una decisión, Alex, ha llegado el momento.

Al escuchar esas palabras empecé a marearme. Andy me ayudó a no desfallecer pasándome un brazo por los hombros.

—No... —fue lo único que pude decir.

—Sabíamos que esto llegaría, lo ha alargado demasiado, pero últimamente los días estaban siendo demasiado duros, ya lo sabes.

—¿Lo han ingresado en paliativos?

—Sí...

Apreté con fuerza la mano que caía sobre mi hombro, buscando apoyo. Se acababa el tiempo, ya apenas le quedaban unos días y no sabía cómo afrontar las cosas a partir de entonces.

—Ahora está consciente —alcé el rostro esperanzada—. Pero yo de ti me recompondría antes de entrar en la habitación, no conviene que te vea así.

Tragué saliva, dispuesta a hacer un esfuerzo. Pero cada vez me resultaba más difícil no dejarme vencer por las emociones.

Cuando sentí que volvía a respirar con normalidad, dejé que Andy me acompañara hacia su planta; necesitaba verle.

Mi madre me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Vi a mi padre tendido en la cama, con la bata del hospital y conectado a varias máquinas. Sus ojeras estaban profundamente marcadas, signo inequívoco de que había pasado una mala noche.

Me acerqué vacilante y me senté en la cama a su lado. Andy esperó fuera.

—No pongas esa cara, hija, todavía sigo aquí.

Parpadeé, intentando centrarme.

—¿Cómo te encuentras? —intervine sin poder despegar mis ojos de él.

—Bastante bien, la verdad.

Dejó de hablar para toser. Su cuerpo se agitó con fuerza, retorciéndose al mismo tiempo. Tanto mi madre como yo nos miramos asustadas. Cuando mi padre al fin se recompuso, retiró su mano de la boca y vimos unas marcas de sangre que nos dejaron petrificadas.

—¡Dios mío cariño! —Mi madre se inclinó para apretar el botón rojo y alertar a la enfermera, pero él detuvo su brazo antes de que lo hiciera.

—Está bien así, no pasa nada. Si llamas me darán algo para que me duerma y ahora no quiero dormirme, quiero veros. A mis dos flores.

Se me escaparon las lágrimas.

Mi madre aceptó su deseo con un asentimiento de cabeza y cogió un pañuelo para limpiar su mano con delicadeza.

—Solo quiero daros las gracias por todos estos años, por tener tanta paciencia conmigo y no dejarme en ningún momento. Hemos vivido momentos difíciles y pese a todo, hemos permanecido unidos. Ahora os toca hacer lo mismo sin mí —nos miró con atención—. Espero que no os distancies, que nada se interponga en la familia.

Mi madre contuvo el llanto estoicamente, yo fui incapaz. Las lágrimas cayeron rápidas por mi rostro y me acerqué a él para abrazarle.

Estuvimos juntos todo el tiempo hasta que papá se quedó plácidamente

dormido.

—Tienes que irte, ve a casa y descansa un poco, yo me quedaré esta noche.

Miré a mi madre con reprobación.

—¡De eso nada, voy a quedarme!

—No podemos estar las dos —se apresuró en contestar—, tenemos que dosificar nuestras fuerzas. Cualquier cambio te lo haré saber —prometió.

Cedí no muy conforme, pero tenía razón, debíamos turnarnos para que él no estuviera solo en ningún momento.

Me encaminé hacia la sala de espera y descubrí a Andy de pie, frente al tablón de anuncios. A medida que me acercaba distinguí que no estaba leyendo los consejos médicos, sino hablando por teléfono. Eso me desconcertó.

—¿Andy? —pregunté dudosa.

Se giró con rapidez y se despidió de la persona con la que estaba hablando.

—¿Cómo ha ido? —intervino guardándose el teléfono en el bolsillo.

Me encogí de hombros.

—No sé qué decir, tengo la sensación de que no estoy preparada para lo que se avecina.

Andy me envolvió con sus brazos y me ofreció un amistoso beso en la mejilla.

—Nunca se está preparado para algo así. Vamos —me animó—, vayamos a casa a dormir un poco.

Sin rechistar dejé que me acompañara hacia la salida.

—Por cierto, ¿desde cuándo tienes teléfono?

Sonrió de medio lado.

—¿Te refieres a esta antigualla? —Sacó su teléfono del bolsillo y me lo mostró— Lo compré en el rastro, es de segunda mano. Pensé que tal y como estaban las cosas, me sería útil para comunicarme contigo o que tú lo hicieras si me necesitas y estoy fuera. Te he enviado un mensaje con mi número.

—Ah, no lo he visto —hice un esfuerzo por sonreír— ¿Significa esto que te has unido a la era tecnológica?

Sonrió.

—Ni por asomo —respondió sin dudar—, he hecho un contrato prepago para poder utilizar este chisme temporalmente, en cuanto agote el saldo lo tiro a la basura. Estas cosas no son para mí.

Rodeé su cintura con mi brazo y apoyé mi cabeza en su hombro, inspirando profundamente.

—¿Qué haría sin ti? —pregunté sintiéndome inmensamente afortunada de poder seguir contando con él.

Y pensar que quería dejarlo definitivamente atrás cuando nos separamos... Me alegro de que su insistencia haya logrado construir una amistad tan fuerte como la que tenemos ahora.

Andy rió y me apretó con delicadeza.

—¡Anda! No te vayas a poner sentimental ahora, sabes que no tengo escrúpulos y no dudaría en utilizar esa circunstancia para aprovecharme de ti.

Su comentario desató una nueva carcajada.

—No lo harías —afirmé entornando la mirada.

—Alex... no me tientes... —me advirtió con humor.

Continué el camino hacia casa en silencio, sintiéndolo cerca de mí, era un pilar fundamental en mi vida, ¿cómo no lo había visto antes?

30. La visita

Me miré en el espejo. Ahí estaba: un espectro de mí misma. Pálida, con las mejillas sonrosadas y los labios hinchados y rojos de tanto mordérmelos. El pelo lacio y ligeramente ondulado hacia las puntas caía hasta media espalda. Lo cepillé con ímpetu y lo re Coloqué con los dedos hacia un lado, seguidamente hice una trenza que quedó algo despeinada y me entretuve en disimular las marcas de mis ojeras. Con el corrector intenté difuminarlas un poco, pero finalmente lo di por imposible.

Me puse unos vaqueros azul claro y un jersey morado ancho, lo bastante corto como para descubrir mi ombligo si levantaba los brazos.

Andy madrugó mucho, alegando que había quedado con un técnico para arreglar unos problemillas de su barco e iría directamente al hospital en cuanto terminara.

Los momentos en los que estaba sola eran los peores. El miedo se adhería a mi cuerpo como la hiedra al tronco de un árbol, impidiéndome respirar y ver las cosas con claridad.

Salí de casa apresuradamente, no me di cuenta de que no llevaba el móvil ni la cartera hasta llegar al hospital.

Subí a la planta donde estaba ingresado mi padre, caminé por el pasillo a paso ligero y me cuadré frente a la puerta de su habitación.

—¡Alex!

Me giré enérgicamente. Andy recorrió los pasos que nos separaban con rapidez.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunté con el ceño fruncido— Creí que...

—Bueno, verás... he acabado lo que tenía que hacer y decidí venir ya para aquí.

Me cogió de la mano y tiró de mí con suavidad.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito un café. ¿Me acompañas?

Andy estaba muy raro. Inquieto. Le conocía demasiado bien para saber que había algo que le preocupaba y lo del café no fue más que la chispa que hizo saltar todas las alarmas. Andy no solía tomar café.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a mi padre? ¿Está bien?

Desvió la mirada, incómodo. Intentó coger mi mano de nuevo pero la retiré con rapidez.

—Voy a entrar, luego hablamos. Necesito verle y...

—¡Espera! —Volvió a sujetarme.

—Me estás poniendo de los nervios. ¡¿Puedes decirme de una vez qué pasa?! Tanto secretismo me altera.

Se quedó paralizado, sin saber qué decir. Su indecisión bastó para que me lanzara a abrir la puerta de la habitación de mi padre ignorando sus advertencias. Tardé unos segundos en comprender lo que estaba pasando. Todos se giraron súbitamente en mi dirección, expectantes tras mi intrusión. El corazón latió con fuerza contra las costillas, lo sentí incluso martillear en mi cabeza. La rabia creció dentro de mí, sentí la presión en el estómago, como si hubiera ingerido una bola de fuego que se expandió dentro de mí y se impulsó a través de las venas hasta encenderme como una antorcha. Las aletas de la nariz se dilataron y mis manos se cerraron en fuertes puños, dispuestos a golpear, sin compasión, a quien se me pusiera por delante.

—¡¡Fuera de aquí!! —rugí intentando controlar el tono de mi voz, aunque resultó imposible.

—Alexia, tranquila, no...

No quise escuchar las excusas de mi madre. Miré a Óscar, que permanecía impertérrito, escrutándome con el ceño fruncido como si no entendiera el motivo de mi reacción.

—¡¡No tienes ningún derecho, maldita sea!! ¡¡Lárgate!! ¡¡Déjale en paz y no vuelvas!!

Andy me cogió desde atrás, le costó conseguir que abandonara la habitación porque me esforcé en permanecer en ella con todas mis fuerzas. En cuanto lo logró, cerró rápidamente la puerta y prácticamente me obligó a bajar las escaleras y acompañarle a la cafetería.

—¿Qué cojones está pasando? ¡Oh, Dios, Andy! No me digas que tú tienes algo que ver. ¿Qué está haciendo él aquí?

Suspiró y me tendió una servilleta de papel para que me enjugara las lágrimas.

Me acompañó hacia unas retiradas butacas que había en una esquina y tiró de mí para que me sentara.

— Le he llamado yo.

«¡¿Cómo?!»

—¿Por qué...? ¿Qué has hecho?

La decepción más absoluta se reflejó en mi rostro. No esperaba esto de él.

—Te lo contaré todo, pero por favor, no te enfades.

—¿Que no me enfade?! —grité— ¿Pero tú estás bien de la cabeza?! ¿Cómo has podido hacerme algo así? Sabes lo que siente Óscar hacia mi padre, no podrá aguantar todo su despecho, no es justo que...

—Alex, tranquilízate, no va a pasar nada.

—¡No me pidas que me calme! ¡Te lo conté todo, confié en ti! ¿Por qué me has traicionado? ¿Crees que mi padre se merece esto, justo ahora?

—¡No es lo que piensas, maldita sea! ¡¿Quieres calmarte?!

Por primera vez desde que le conozco elevó la voz. Sus gritos hicieron que algunos de los clientes de la cafetería levantaran la cabeza para mirarnos. Me quedé paralizada por su inesperada reacción.

—Sabía que no debía inmiscuirme, ¡joder, lo sabía! Y al final toda esta mierda ha acabado salpicándome, pero lo he hecho por ti —me miró con intensidad—. ¿Es que no lo ves? Durante todo este tiempo te he escuchado, me lo has contado todo y sabía que eras demasiado cobarde para intervenir, así que decidí hacerlo yo por ti. Si salía mal no te enterarías y todo se quedaría tal y como está, si salía bien, te ayudaría y aunque no te lo creas, lo único que he buscado con todo esto es hacerte feliz.

Fruncí el ceño y contuve la respiración, esperando a que procediera.

—Fui a MYTV y hablé con tu jefe, me costó una eternidad conseguir que me atendiera, tuve que alegar que iba en nombre de Alexia Airis y Óscar White para que me dejara entrar.

—¿Qué hiciste qué? —Descolgué la mandíbula.

—Cuando me recibió hablé con él, resultó ser una persona más comprensiva de lo que me esperaba, pero no podía hacer gran cosa. Le pedí que me facilitara el teléfono de Óscar, para hablar con él acerca de lo que estaba pasando, tenía la intuición de que si lo sabía, haría algo al respecto pero... —torció el gesto— Mäkinen no podía facilitar ningún dato personal de sus empleados así que se le ocurrió darme el correo que utilizaba Óscar en la empresa, después de todo, era público y sabía que lo miraría pese a no seguir trabajando. Así que le escribí —hizo un gesto con la mano—. Tuve que hacerme una cuenta de esas, redactar un e-mail y cruzar los dedos para que me contestara.

—¿Qué pusiste en el mensaje?

—Poca cosa. Me presenté, dije que necesitaba hablar con él acerca de ti y si era tan amable de facilitarme su número de teléfono para hacerlo más fácil. A la semana perdí la esperanza de que contestara, hasta que una mañana vi un mensaje en la bandeja de entrada y me compré un teléfono, sería más práctico para hablar con él.

—¿Cuánto hace que te lo compraste?

—Casi un mes.

—Entonces hace mucho que tienes esto planeado.

—Hace bastante, sí —cerró los ojos un instante y retomó la conversación—. Le expliqué todo lo que estaba ocurriendo, la enfermedad de tu padre y cómo el peso de los recuerdos le había censurado toda su vida, ni siquiera en este momento era capaz de desprenderse de todo ese pesar... Le dije que tenía en su mano hacer algo para aliviar el sufrimiento de una familia, que dependía de él dar o no un paso hacia delante y que valorara todo lo que había vivido, lo que había hecho y si quería cambiar alguna cosa, era el momento.

—¿Para qué ha venido exactamente?

Andy dirigió la mirada detrás de mí.

—No me preguntes eso a mí, pregúntaselo a él.

Me giré y el rubor huyó de mis mejillas al ver que Óscar se acercaba lentamente hacia nosotros.

Andy se levantó, dejándonos solos.

Estaba cambiado. No sabría decir qué había en él que no me cuadraba, pero era diferente al hombre que acaparaba mis pensamientos, alimentaba mis sueños y avivaba mi deseo. Tenerlo cerca de nuevo no hizo que me sintiera mejor, al contrario.

—No tengo tiempo para esto —me puse en pie—, tengo que irme. —Le dejé plantado en la cafetería, ni siquiera me giré para mirarle mientras me alejaba. Subí las escaleras e irrumpí en la habitación sin previo aviso.

—Cariño... —la voz apagada de mi padre me hizo correr para estar a su lado.

—Papá, yo...

Sonrió forzosamente.

—Estoy muy cansado, cielo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, los de mi madre también.

—Lo sé... —musité y me acerqué para darle un beso.

—Pero estoy tranquilo, relajado. Ahora puedo dormir porque estoy en paz, pequeña, por fin estoy en paz.

—Siento mucho lo que ha ocurrido, papá. Siento no haberte contado lo de Óscar y...

—No te preocupes por eso. Lo entiendo. También ha debido ser muy difícil para ti.

Le abracé con fuerza, enterrando mi rostro en su cuello.

—Papá, por favor, papá...

—Shhh... no te preocupes por nada, todo está donde debe estar. Ojalá hubiese reaccionado antes; si le hubiera conocido, las cosas habrían sido diferentes para todos. Ahora ya da igual, todo ha terminado, cielo, he cerrado el círculo.

—No hagas eso, no te despidas todavía.

Sonrió y me retiró un poco de él para mirar a mi madre, que era incapaz de reprimir el llanto.

Sus ojos se encontraron y se hablaron en silencio, una sola mirada bastó para que se dijeran lo mucho que se querían.

Él sostuvo nuestras manos y abrió la boca para decirle algo, pero no pudo. Su cuerpo se retorció y empezó a toser agitadamente. Nos pusimos prácticamente encima de él, llamándole, intentando tranquilizarle hasta que una enfermera, acompañada del médico, entró en la habitación y cambió la botella del suero con premura.

No hizo falta que nos dijeran lo que pasaría a continuación. Mi madre y yo nos miramos y nos fundimos en un abrazo cargado de dolor.

Unas horas después trasladaron a mi padre de planta, a la que sería su última habitación, donde recibiría los servicios de atención al final de la vida, o lo que es lo mismo, donde le sumirían en un sueño profundo e inalterable hasta que su corazón dejara de latir.

31. Despedida

Alphonse de Lamartine lo dijo una vez:

"A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en el mismo ataúd".

Es imposible seguir adelante cuando falta una parte importante de ti. Pese a saber que este momento llegaría, no pude evitar sentir la desazón más indescriptible al ser consciente de que a partir de ese momento las cosas cambiarían para siempre.

Me coloqué una camisa y un pantalón negro y salí del baño para reunirme con Andy, que me esperaba en el comedor. Sus ojos tristes se deshicieron en lágrimas al verme.

Mi relación con él se había enfriado; después de enterarme de los hilos que había movido a mis espaldas, me cerré en banda impidiéndole volver a entrar. Él lo sabía. Era consciente de que mi actitud había cambiado, por eso se mostraba excesivamente prudente.

Nunca he dudado de sus buenas intenciones, pero que me ocultara algo así durante tanto tiempo me hacía desconfiar.

Mi madre me explicó que Óscar había hecho un gran esfuerzo para enterrar el hacha de guerra con mi familia. Se limitó a escuchar todo lo que mi padre llevaba dentro y deseaba decirle. Necesitaba hacerlo. Al parecer, Andy era el que había hecho de puente e intercedido entre mi padre y Óscar para que se produjera el encuentro. No solo se confesó conmigo esa tarde en el parque, también lo hizo con Andy y él, a diferencia de mí, sí hizo algo para intentar aliviar su dolor, facilitar que todo se aclarara y poder quitarle ese enorme peso de encima.

No me importaba que mi padre y mi ex tuvieran ese grado de complicidad, me molestaba que me hubiesen mantenido al margen.

Por otro lado, él era muy consciente de lo que Óscar significaba para mí y por ende, ahora también mis padres. No estaba preparada para revelarles eso, por lo que todo me parecía una macabra obra del destino.

No dije una palabra durante todo el trayecto, me limité a dejarme guiar por él hasta la iglesia para darle el último adiós a papá.

Fui recibiendo uno a uno el pésame de familiares y amigos, incluido el

señor Mäkinen y Raquel. A medida que todas esas personas me hablaban intentando ofrecerme palabras de consuelo, iba aceptando la realidad en la que me había visto inmersa: mi padre había fallecido, dejando para siempre un hueco en mi familia. Jamás volvería a verle, no podría volver a decirle lo mucho que le quiero, o saborear una más de sus barbacoas en el jardín, no volvería a caminar de su mano ni a confesarle alguno de mis secretos.

Andy me apretó con fuerza la mano cuando intuyó que estaba a punto de derrumbarme, le miré y asentí dándole a entender que podía controlarlo.

Tras la misa todos se fueron y los empleados de la funeraria se llevaron el féretro. Me quedé sola en la iglesia con mis pensamientos. No tenía fuerzas para ir al cementerio y aguantar más palabras de consuelo que me parecían vacías.

Me senté en uno de los bancos de madera y permanecí lívida, con la mente en otro lugar. ¿Podría recomponerme alguna vez? ¿Me olvidaría de la cara de mi padre con el tiempo? ¿Cómo sería mi vida a partir de entonces?

Una vez más, los cambios que debía afrontar me generaban inseguridad y ansiedad a partes iguales. También temía por mi madre, ¿qué haría sola en una casa tan grande? ¿Debería mudarme y vivir con ella? ¿Pasaría página alguna vez? ¿Reharía su vida con otra persona? Todos esos pensamientos, caóticos y desorganizados, se me cayeron encima a la vez, generando más dolor, aún si cabe, en la herida abierta. La única realidad era que no estaba preparada para afrontar todo lo que podía pasar a partir de ese momento. También era incapaz de ver que no hacía más que pensar en tonterías, pues las cosas irían viéndose más claras con el tiempo, sin necesidad de amargarme llegando a conclusiones precipitadas.

Emití un suspiro y sequé con el dorso de la mano las lágrimas de mis mejillas, tenía la sensación de que en ese último año había llorado más que en toda mi vida.

Percibí que alguien se acercaba por detrás, su lento caminar se hacía cada vez más fuerte, las pisadas resonaban entre las paredes de la iglesia, hasta que finalmente, cesaron y esa persona tomó asiento en el banco que había tras de mí.

—Lo siento de veras, Alexia.

Me giré conteniendo la respiración hasta situarme frente a Óscar, tenía la intuición de que también estaría ahí, pese no haberlo visto antes.

Cerré los ojos e inspiré profundamente devolviendo la vista al altar,

centrándome en la estatua de la Virgen María que podía transmitirme serenidad desde su elevado pedestal.

—Los dos sabemos que eso no es cierto, así que por favor, ahórratelo — comenté con calma.

—¿Crees que me alegro de lo que ha pasado?

Pareció ofendido, pero yo lo estaba todavía más por su presencia. Me giré enérgica, con la mandíbula fuertemente encajada.

—¡Deja de fingir! ¿Quieres? ¡Deja de actuar como si te afectase! Sé que te sientes aliviado porque el destino por fin ha hecho lo que tú no pudiste hacer en su día.

—¡Eres una mocosa estúpida! —gritó poniéndose en pie de un salto y rodeando el banco de madera para ponerse delante de mí, clavándome su felina mirada azul—. No me siento aliviado en absoluto, todo lo contrario, siento dolor porque sé por lo que estás pasando, yo también he perdido a mis padres.

Me levanté para encararle.

—¡Ya lo sé, Óscar! No lo he olvidado, igual que tampoco he olvidado que mi padre fue el único responsable y por eso se ha convertido en el hombre al que más odias sobre la faz de la tierra. ¡Pero se trata de mi padre y no pienso consentir que alguien venga aquí a deshonorar su memoria!

Su mandíbula se descolgó por la incredulidad.

—¿Crees que estoy aquí por eso?

Me crucé de brazos, enfadada.

—¿Y qué ibas a hacer si no? ¡Te has ido! Te has ido porque no podías lidiar con el dolor de los recuerdos, no podías soportar sentir algo por mí después de lo que pasó. ¡Me dejaste! —Le recordé con desdén— Te pedí que te quedaras a mi lado, y me dejaste sin tan siquiera despedirte, ¡después de todo lo que pasó entre nosotros, de lo que hicimos! —Contuve las ganas de desatar el llanto— No sentiste el más mínimo remordimiento por saber qué había sido de mí tras tu marcha. Así que ahora soy yo la que no te necesita.

Mis palabras fueron como latigazos para él, lo vi en sus ojos, pero no podía parar. Tenía mucha rabia dentro y sin darme cuenta le hacía responsable de todo lo ocurrido.

—No sabes lo que dices —concluyó con despecho.

—¿Ah, no? ¿Y qué esperabas que ocurriera? ¡Dime! ¿Qué me tirara a tus brazos en el funeral de mi padre? Has sido muy oportuno apareciendo justo

ahora, después de tantos meses sin saber nada de ti, regresas a mi vida en un momento como este, ¿y pretendes que crea que no has venido únicamente para hacer leña del árbol caído?

Su rostro expresó un dolor profundo, como si estuviera quemándole con una plancha al rojo vivo y no pudiera manifestarlo. Sentí pena de él, pero a esas alturas mi verborrea era imparable y sentía la necesidad de hacerle pagar cada uno de mis desvelos, cada una de mis lágrimas o mis pensamientos nostálgicos.

—Ciertamente no esperaba esto, pero ahora ya da igual, ¿no? Diga lo que diga no me vas a creer.

—Así es.

Descendió la mirada con pesar. Luego me esquivó, pero antes de alejarse definitivamente de mí, volvió a mirarme. Me giré en su dirección.

—No siempre me he portado bien contigo, soy consciente de ello. Debería haberte dicho lo que sentía por ti mucho antes, incluso decirte que me iba porque necesitaba aclarar las ideas, me encontraba en un callejón sin salida y no podía... —suspiró interrumpiendo su discurso, dio un tímido paso hacia delante, acercándose a mí—. He venido porque por fin he conseguido reunir fuerzas para hacer lo que debí haber hecho hace mucho tiempo.

—¿El qué? —exigí saber.

—Perdonar... —hizo una pausa en la que dejé de respirar—. He aprendido a perdonar para poder vivir en paz. De nada sirve estar siempre cabreado, buscar culpables, dejar que la tristeza sea el sentimiento dominante en mi vida... La prueba definitiva fue estar junto a tu padre, reunir el valor necesario para tenerlo cara a cara y poder decir, sin temor a recaer, que le perdonaba. Que por fin entendía que todo había sido un desafortunado accidente y que no le guardaba rencor alguno. Después de tantos años me sentía limpio de odio, en paz; y si yo podía estarlo, él también.

Irrefrenablemente se me escaparon las lágrimas. Me las enjuagué rápidamente.

—Tu perdón llega demasiado tarde —sentencié dándome la vuelta para esconderme de él.

—¿No lo entiendes, verdad? ¿Cómo podría hacer para que lo entendieras?

Emití un suspiro mirando fijamente al suelo, dispuesta a dejarle atrás para siempre.

—Espera Alexia —su mano me detuvo al pasar por su lado—, necesito que lo entiendas...

—No hace falta, no...

—¡Por favor...! —Vi la súplica en sus ojos y eso me conmovió, decidí escuchar aquello que quería decirme, aun sabiendo que nada me haría cambiar de opinión.

—Yo ya estaba aquí. Cuando leí el correo de Andy hacía unos días que había regresado. Yo mismo tomé esa decisión y lo hice por ti. Te... te echaba de menos —tragó saliva, avergonzado por su confesión—. No podía volver a ser el mismo, necesitaba cerrar de una vez por todas ese pasaje de mi vida para poder tener algo que ofrecerte —apartó la mirada de mí, a juzgar por sus reacciones le costaba mucho hablarme con tanta franqueza—. Entonces leí el mensaje y hablé con tu ex. Él me contó lo que ocurría y... me bloqueé. No sabía cómo acercarme a ti, tenía miedo..., estaba confuso y era el peor momento para confesar mis sentimientos. Pasó un tiempo hasta que lo vi claro: solo podía estar contigo si lograba perdonar de verdad.

»Hablé con Andy prácticamente todos los días desde que regresé. Él me informaba de todo, incluso del deseo de tu padre por dar conmigo. Al parecer lo había intentado en varias ocasiones sin éxito.

—¿Por qué no me avisaste de que habías regresado? ¡Ni siquiera me dijiste lo que te proponías!

—Hasta ese día no confiaba en poder conseguirlo, temía no ser lo bastante fuerte para pasar página. Me pareció más sensato que no fueras partícipe de ese momento hasta estar completamente seguro de que podía lograrlo.

Suspiré, desganada.

—No sé qué decir Óscar, ahora mismo estoy confusa, no pienso con claridad.

Me escabullí en cuanto vi la oportunidad y salí al exterior dejándole atrás. Miré a mi alrededor aturdida, esperando a que los ojos se me adaptaran a la luz del sol.

Óscar permaneció unos pasos detrás de mí, concediéndome espacio.

—Tengo que ir al cementerio a recoger a mi madre —le aclaré con prisa—. Seguro que sigue allí.

Descendí las escaleras de piedra y él se adelantó, extrayendo algo metálico de su bolsillo. Me puse blanca como la cal en cuanto vi lo que era.

—Tu padre me dijo que solo había una forma de saber si todavía tengo una oportunidad contigo...

—¿Que te dijo qué?

Exhibió las llaves plateadas de su flamante *Lexus* frente a mí.

—Hablamos de ti —le miré con los ojos muy abiertos—, no tuve alternativa, sabía que tú eras la razón principal por la que estaba ahí y me dijo que solo había una forma de saber si todavía sentías algo hacía mí. Todo dependía de si accedías a subir en mi coche o no —le contemplé perpleja—. Así que depende de ti.

—¡Ah, no! —Negué con la cabeza poniendo más distancia entre los dos — No, no, no... —le esquivé—. No voy a subir, y esa teoría es absurda. Que me suba o no a tu coche no demuestra nada.

Óscar pulsó el botón que abría automáticamente las puertas del vehículo, emitiendo un doble pitido que consiguió erizarme el vello del cuerpo entero.

—Yo he hecho las paces. He dado un paso importante por ti, ahora te toca hacer lo mismo y demostrarme que estamos en el mismo barco.

—Tú no lo entiendes, no puedo hacerlo, no... —cerré los ojos un instante, intentando ordenar las ideas—, me trae recuerdos, imágenes y...

—Razón de más para hacerlo, necesitas liberarte de tu propia carga.

Miré hacia su coche, estaba a escasos metros de mí; era el momento de ser valiente, pero no estaba preparada.

Óscar intuyó mi indecisión y se aproximó a su coche para abrir la puerta del copiloto, acto seguido hizo un gesto con la mano, animándome a subir.

—¡Ni hablar! —Retrocedí— Esto es una chorrada, no pienso hacerlo.

—No se trata únicamente de subir a un coche. Es una forma metafórica de constatar que iniciamos un nuevo comienzo. Sin miedos. Sin prisas. Sin secretos. Sin dudas. Solo tú y yo concediéndonos nuestro tiempo, siendo sinceros con nuestros sentimientos por primera vez.

—No, yo, no...

Mi corazón palpitó con fuerza. Una parte de mí deseaba coger la mano que me tendía, creer en la promesa que implicaba concedernos una oportunidad sin que ningún mal pensamiento interfiriera. Pero era precipitado tomar una decisión así, mi cabeza no estaba para decisiones en ese momento.

—No te estoy pidiendo compromiso, Alexia —pareció leer el rumbo que estaban tomando mis pensamientos—. Solo que me des la oportunidad de

ser un chico que pretende a la chica que le gusta. Como debió ser en la oficina, tras conocerte y darme cuenta que no quería separarme de ti, que ansiaba llegar pronto cada mañana para verte aparecer con prisa y cargada de papeles. Tras constatar que no podía apartar mis ojos de los tuyos y no hacía más que buscar pretextos absurdos para encontrarme contigo.

Me quedé en shock, analizando todo lo que me decía. Jamás hubiera imaginado que Óscar sentía tanto por mí al poco de conocernos. Enmascaró muy bien sus sentimientos.

—No sé qué tiene que ver todo eso con que suba a tu coche, no es necesario hacerlo para empezar de cero —constaté, esperando que mi excusa bastara para dejar una puerta abierta sin tener que demostrárselo de esa forma.

—Es un paso importante y más decisivo de lo que crees —abrió la puerta un poco más para mí—, ¡vamos! Tu madre nos espera —me recordó.

Gemí, sin saber qué hacer.

No me pedía un imposible, era una prueba sencilla, mucho más sencilla que la que había tenido que realizar él. Pero era algo que llevaba enquistado en mi alma desde hacía mucho tiempo, no podía desprenderme de ello sin más.

Un sudor frío empezó a descender por mi nuca y tragué saliva. Le miré a los ojos que me contemplaban sin perder detalle. Inspiré profundamente y me acerqué al coche con paso vacilante, sin rehusar su penetrante mirada azul turquesa. Mientras se acortaba la distancia entre los dos, iba armándome de valor, convenciéndome de que estaba haciendo lo correcto. No tenía claro lo que quería en ese momento, pero de una cosa estaba segura: no podría ser un buen futuro sin Óscar.

Me cuadré frente a la puerta abierta, con el corazón latiéndome a mil por hora.

Antes de subir mi mente jugó en mi contra trasladándome al bosque de Canadá. Junto a él tenía la certeza de que nada malo me podía pasar, tal vez podía extrapolar ese hecho a esta circunstancia. Inspiré hondo e hice acopio de valor para vencer mi miedo y, sin pensarlo demasiado, me senté en el asiento del copiloto y esperé a que Óscar cerrara la puerta.

Emprendimos el trayecto en absoluto silencio. No hacía falta que dijéramos nada, pues en esa ocasión, nuestros actos hablaban por nosotros y eran mucho más fuertes que cualquier palabra que pudiéramos dedicarnos.

No sabíamos lo que haríamos a continuación, qué pasaría entre los dos,

si realmente podríamos iniciar una vida en común, dejando a un lado un pasado que nos había unido de forma inverosímil, o todo estaba condenado al fracaso desde el principio. Pero lo importante era que decidimos apostar, dando un paso decisivo, aún sin garantías de éxito, por iniciar una relación apartando los remordimientos, prejuicios y malos pensamientos que nos habían asaltado con anterioridad. Eso debía contar, ¿no? Hasta ahora con ninguna de mis relaciones había tenido que tomar una decisión similar.

Cuando detuvo el coche en las inmediaciones del cementerio y apagó el motor, me sentí vencedora de una guerra que llevaba librando durante muchos años; lo había conseguido y no hubiera podido hacerlo de no ser por Óscar; él bien merecía la pena el esfuerzo. No podía ser nadie más quien me ayudara a superar mi fobia, ahora lo veía más claro.

Le dediqué una mirada de agradecimiento antes de salir del coche y emprender camino hacia la tumba de mi padre.

32. Punto de partida

"Nadie puede volver atrás y comenzar de nuevo, pero cualquiera puede comenzar hoy mismo y hacer un nuevo final". María Robinson.

Habían pasado tres meses desde la muerte de mi padre. Tres meses en los que había estado poniendo a prueba mi resiliencia para no venirme abajo. Las circunstancias hicieron que mi madre y yo nos uniéramos más, juntas guardamos en cajas los objetos personales de papá, pintamos las paredes y dimos un nuevo aire al hogar cambiando los muebles de sitio. Nos pareció importante crear un ambiente diferente para poder lidiar mejor con la pérdida, aunque las fotografías familiares seguían estando por todas partes y cada vez que reparábamos en alguna de ellas nos poníamos a llorar.

El cambio más significativo se produjo cuando Óscar volvió a la oficina y ocupó su lugar. No se me hacía extraño verlo ahí de nuevo, me pareció como si todo este tiempo sin él no hubiese tenido lugar.

A los pocos días pasamos a ser la "comidilla" de la oficina. Los rumores corrían por todas partes, entre otras cosas porque mi jefe había cambiado su actitud conmigo. Ahora trabajaba con él en su despacho, me trataba con educación y me dejaba espacio para ir a la cafetería o hablar con mis compañeros. Pese a los cambios, nuestra relación, por llamarla de alguna manera, estaba en punto muerto. Teníamos sentimientos hacia el otro, eso era innegable. A veces nos mirábamos y era como si estuviéramos dentro de una burbuja, ajenos a todo lo que pasaba fuera; pero yo estaba abstraída, llevando mi propio luto y me sentía como un hámster en una de esas ruedas que no hace más que dar vueltas sin saber cómo detenerla. Era difícil volver a acercarnos después de lo que había pasado, nos sentíamos cohibidos, como si en lugar de nosotros mismos fuésemos otras personas. Todo lo acontecido en los últimos meses provocó un desajuste en el engranaje de nuestros sentimientos.

Esa mañana parecía ser igual de monótona que las anteriores, pero había una ligera diferencia y es que era mi cumpleaños. No se lo había comentado a nadie, no estaba para fiestas ni felicitaciones, pero por alguna razón que desconocía, Óscar sí estaba al tanto.

—He estado pensando... —empezó desde su asiento detrás de la mesa

de escritorio— me gustaría que fuéramos a cenar.

No era la primera vez que me hacía una proposición similar, pero hasta la fecha, siempre había declinado sus propuestas porque debía resolver algo urgente o tratar un asunto familiar.

Alcé la mirada de los papeles y le encontré ahí: nervioso, inexpresivo, esperando impaciente cuál sería mi reacción.

—Verás, Óscar, creo que es pronto para eso. Además, hoy no es un buen día.

—Lo es —contradijo con seguridad—, ¿es tu cumpleaños!

Sonreí sin ganas.

—No es algo que me apetezca celebrar este año.

—Pues deberías, nunca más vas a cumplir treinta años.

Negué con la cabeza y desvié la mirada hacia los papeles que tenía entre manos.

—Me da igual.

Suspiró sonoramente y se puso en pie. Escuché sus pasos acercándose y volví a alzar el rostro para mirarle.

—Esta vez no me valen tus excusas. Solo vamos a cenar. Tendrás que hacerlo de todos modos, ¿no?

Froté mis ojos con una mano.

—Verás, no estoy para celebraciones y me temo que no voy a ser una buena compañía esta noche.

—De hecho... —miró la hora en su reloj de muñeca—, solo queda media hora para acabar nuestra jornada laboral, así que nos vamos a ir a cenar sin más, sin dar explicaciones a nadie.

Le miré horrorizada.

—¿A las seis de la tarde?

Se encogió de hombros.

—Es hora de cenar para los ingleses.

Apreté una sonrisa, ¿se le había ido la cabeza!

—Verás, lo cierto es que no me apetece nada cenar a las...

No me dejó terminar. Se dirigió al armario y cogió mi chaqueta y mi bolso.

—Apaga el ordenador, nos vamos.

—¿Pero qué dices?!

—Haz el favor de dejar de hacer preguntas y ponte en pie, todavía sigo

siendo tu jefe.

—Ya no te sirve eso conmigo, y lo sabes.

—No me provoque señorita Airis, le recuerdo que una de sus funciones es hacerme caso y si digo que es hora de cenar, lo es. Y punto.

Me cogió del brazo y me ayudó a incorporarme. Seguidamente me empujó sutilmente hacia el ascensor, sin darme opción a negarme.

—Esto que estás haciendo es ilegal —dejé patente—, estás usando deliberadamente la superioridad de tu cargo para coaccionarme.

—Y esto solo es el principio —replicó con humor—, no te puedes imaginar la de cosas "ilegales" que pasan por mi mente últimamente...

Se me escapó la risa.

Llegamos a la planta baja y me condujo a paso ligero hacia la zona de aparcamiento, donde estaba su coche.

Me frené en seco.

—¿Es realmente necesario subir a tu coche?

—Me temo que sí. Pero te recuerdo que esa prueba ya la has superado con éxito —rió.

—Aun así, me hace sentir incómoda.

Óscar soltó mi mano para abrir la puerta.

—Prometo ir despacio.

Era la segunda vez que iba a sentarme en su coche y seguía teniendo tanta o más inseguridad que la primera, aunque puede que ahora resultara un poco más fácil.

Entré con lentitud y me acomodé en el asiento.

«¡Vamos allá!»

Como me había prometido, condujo de forma tranquila todo el trayecto. Tras aparcar en un parking subterráneo próximo al barrio gótico, caminamos varios metros hasta llegar al restaurante que había escogido: "Estimar", un lujoso restaurante de cocina de autor muy popular entre la gente amante de la gastronomía.

—¿Me vas a llevar a ese restaurante vestida así?

Miré mi vestido beige, simple, sin ningún atractivo especial, el mismo que había elegido a primera hora de la mañana para ir a la oficina, el pelo suelto y sin gracia, por no mencionar el inexistente maquillaje, por todo eso, me daba mucha vergüenza entrar ahí.

—No importa lo que lleves puesto, estás guapa de todos modos.

Él llevaba un entallado traje azul oscuro que le quedaba perfecto.

Gemí y desterré los pensamientos negativos durante un rato para centrarme en lo que estaba a punto de hacer. Era la primera "cita" oficial que teníamos Óscar y yo, pues hasta ese momento nunca habíamos ido juntos a cenar a un restaurante y tenía la sensación de que era un paso importante. Por desgracia no estaba muy concentrada en saborearlo, y una parte de mí seguía sintiéndose culpable por continuar con mi vida tras la muerte de mi padre.

Me dejé guiar por él hacia una mesa reservada con su nombre y nos sentamos uno frente al otro.

Me puse nerviosa al tenerle tan cerca, mirándome con esos ojos claros que me observaban como si pretendieran atravesarme.

—¿Qué hay bueno aquí? —pregunté intentando desviar mi atención hacia otros derroteros.

—Dejaremos que el chef nos sorprenda —me guiñó un ojo—, hoy promete ser una velada llena de sorpresas —musitó.

—No me gustan las sorpresas —intervine con rapidez.

—Lo siento por ti, entonces.

Me sonrió y no supe por qué esa sonrisa me puso la piel de gallina.

El menú del día consistía en un exquisito pescado al horno elaborado con salsa de almendras expuesto sobre una base de patata y cebolla caramelizada. La verdad es que estaba muy bueno y mientras lo saboreábamos, no pudimos evitar hablar de nosotros. El pescado siempre nos recordaría a nuestra primera comida de verdad en el bosque canadiense. Todavía se me saltaban las lágrimas al recordar la felicidad que había en sus ojos tras haber conseguido algo de comer. Pese a la cantidad de problemas que teníamos encima, nada nos preocupaba ni afligía en exceso, ¿por qué ahora no podíamos hacer lo mismo? ¿Qué nos lo impedía?

Reímos al recordar algunas anécdotas, ahora teníamos una perspectiva diferente de todo aquello y mientras bromeábamos despreocupados, un nudo se me atascó en el estómago: estaba riéndome por primera vez en meses, estaba pasándomelo bien y un sentimiento nostálgico por lo que había perdido bloqueó esa felicidad haciendo que volviera a recomponer mi expresión retraída.

—¡Eh! —Óscar estiró una mano por encima de la mesa, para alcanzar la mía— No te culpes por sentirte feliz, es lo que tu padre quería.

—Ya lo sé —dirigí la mirada hacia la mesa— pero no puedo evitarlo,

me cuesta volver a ser yo.

Se esforzó por distraer mi atención.

—Tengo una sorpresa para ti, Alexia. Un regalo, algo que es importante para mí y nunca le he regalado a nadie.

—No hacía falta que te molestaras, además, no se me da bien recibir regalos.

—Pero este es distinto. Quiero dártelo.

Me dedicó una sonrisa de medio lado y a punto estuve de derretirme.

Con movimientos extremadamente lentos llevó su mano hacia el bolsillo del pantalón y extrajo una cajita rectangular de color negro. El aliento se me congeló en el pecho en cuanto la vi.

—¿Qué es eso? —pregunté con miedo.

—No te asustes, no me he gastado ni un euro.

—Pero... yo no... —suspiré— Que sea mi cumpleaños no quiere decir que tengas que hacerme un regalo, no es necesario.

—En realidad solo he aprovechado la excusa de que es tu cumpleaños para hacerlo, podría habértelo regalado cualquier otro día del año.

Depositó la caja frente a mí, sobre el mantel blanco.

Después de debatirlo un rato conmigo misma extendí la mano y la cogí. Tenía curiosidad por saber qué era.

Le miré a los ojos una vez más, en esa ocasión me parecieron impacientes y tanto secretismo estaba incomodándome.

Sin pensármelo más decidí abrir la caja poniendo fin de una vez por todas a esa incógnita.

Mis ojos expresaron la duda en cuanto reparé en su contenido.

—¿Qué es esto?

Cogí las llaves que había en su interior, atadas con una anilla plateada que llevaba una piedra plana de color gris a la que le habían hecho un agujero para poder utilizarla de llavero.

—Esa piedra la cogí del río el día que pesqué esos peces. Me pareció bonita y me la quedé como recuerdo. No quiero olvidar nunca lo que vivimos allí y cada vez que la miro, paso mis dedos siguiendo su forma redondeada y consigo trasladarme ahí de nuevo. No te puedo decir una cifra exacta de las noches que he pasado pensando en cómo actuaría si pudiera volver atrás en el tiempo, en lo que te diría, en lo que no haría, en cómo me dirigiría a ti...

Acaricié la piedra con las yemas de los dedos y casi podía sentir lo

mismo que él había expresado.

—¿Y las llaves? —pregunté sin darles importancia, porque lo que realmente tenía un valor incalculable en esa caja era la piedra desgastada que cogió del río.

—Son las llaves de mi casa.

Alcé el rostro y le contemplé atónita.

—¿Qué?

—Intento ser un hombre paciente, dejarte digerir las situaciones a tu manera, pero siento la necesidad de decirte que yo quiero estar ahí también. No quiero que sigas excluyéndome y me gustaría entregarte las llaves de mi casa para que tuvieras la libertad de venir cuando quisieras.

—No pretendes que vayamos a vivir juntos, ¿verdad? Espero que no me hayas regalado las llaves con esa intención.

—No me cierro a nada, Alexia, y te recuerdo que ya no somos unos críos. Podemos dar un paso y formalizar las cosas. No se trata de un contrato ni nada por el estilo, se trata únicamente de retomar la convivencia que iniciamos durante seis días en Canadá. Creo que podemos llevarnos bien, y además, ya no tendríamos que preocuparnos por la comida, gracias a Dios.

Sonreí fugazmente por su broma. Lo cierto es que no me esperaba algo así. Había deseado ese tipo de compromiso con un hombre desde que tengo uso de razón, y ahora que tenía a alguien como Óscar, deseando comprometerse conmigo, era incapaz de pronunciarme.

—Tú misma lo dijiste una vez —continuó—, lo que nos ha pasado es algo *inefable*, no deberíamos perdernos el uno al otro y yo estoy dispuesto a darlo todo esta vez, ¿lo estás tú?

Le miré repentinamente más interesada. ¿Era verdad todo lo que estaba escuchando? ¿Realmente estaba dispuesto a tanto por mí? ¿Tan ciega había estado para no darme cuenta de los sentimientos que reinaban en su interior? Me mordí con fuerza el labio inferior, pensando. Era pronto para tomar una decisión, seguía sensible por todo lo que había pasado y no tenía idea de cómo gestionar tantas emociones contradictorias.

Que citara la palabra "inefable" era la prueba definitiva que necesitaba para darme cuenta que recordaba todo lo que habíamos vivido juntos, y de algún modo, también era importante para él.

—Inefable... —susurré sonriendo de su ocurrencia.

—Algo tan increíble que no se puede expresar con palabras —definió

devolviéndome la sonrisa.

—Pero ¿qué pasa si de aquí un tiempo, te das cuenta que todo lo que crees sentir por mí no existe, si solo es un sentimiento idealizado que asocias a un momento concreto de nuestras vidas? Ahora no estamos perdidos en un bosque sin recursos, son otras circunstancias las que nos rodean y las cosas serán diferentes, igual la idea que crees tener de mí es errónea.

—Entonces me temo que los dos estamos en igualdad de condiciones. Tú también podrías ver que soy diferente al concepto que te has formado de mí, tal vez en esta ocasión tengamos una convivencia todavía más dura llena de conflictos domésticos —su broma me desató una pequeña carcajada—, pero creo que merece la pena intentarlo y lo que tenga que ser, será... —sentenció con rotundidad.

Inspiré profundamente, sosteniendo las llaves en la palma de la mano. No podía dejar de mirarlas.

—Puede que sea pronto para dar un paso así —dije con convencimiento—, pero prometo pensármelo.

Tras los postres, Óscar me acompañó a casa. Parecía algo decepcionado. Supongo que en el fondo pensaba que al ofrecerme las llaves de su casa, haría que huyeran las dudas de mi cabeza y aceptara su propuesta, dando botes de alegría. De hecho estaba convencida de que no existía mayor muestra de amor que esa. Pero él no había contemplado la posibilidad de que lo que menos necesitaba en ese momento, era un cambio radical en mi vida y que todavía estaba curando ciertas heridas que tardarían en sanar.

Sin embargo, ver todo lo que estaba dispuesto a hacer por mí, era mucho más de lo que hubiera imaginado nunca.

33. Arrebato

A veces creemos conocernos, estamos seguros de cómo actuaremos en determinadas situaciones, pero cuando se producen, resulta que todo es distinto a como habíamos imaginado. Simplemente puede que no sea el momento idóneo, que estemos lidiando una batalla interior, que hayamos variado los planes o las perspectivas, y es que las personas cambiamos, mutamos, aprendemos, rectificamos...

Pasé las manos por mi lacio cabello castaño, alborotándolo levemente. No podía dejar de caminar de aquí para allá, pensando, analizando cada palabra dicha, cada deseo reprimido, cada mueca, gesto o suspiro. Recordé todos los detalles de esa cena intentando buscar más información. Quería creer en que todo era posible, creer que las cosas entre nosotros podrían ir bien; después de todo, era lo que deseaba tiempo atrás. ¿Por qué ahora que había conseguido lo que tanto ansiaba, no era capaz de decir ¡sí! ¡SÍ! ¡SÍ QUIERO!?

Esa noche me metí en la cama con la cabeza embotada. Cerré los ojos e intenté dormir, pero me resultó imposible. Mentiría si dijera que no sabía lo que me pasaba.

Me levanté y me vestí rápidamente con lo primero que vi en mi armario. Eran antes de las doce así que aún podía coger el último metro. Corrí hasta alcanzarlo y solo respiré tranquila cuando las puertas se cerraron y emprendió la marcha.

Caminé a paso ligero por la calle y cuando llegué a mi destino respiré hondo. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué las llaves con la piedra que horas antes me había entregado Óscar.

Entré en su apartamento sin hacer el menor ruido. Todo estaba en el mismo lugar y tan ordenado como lo recordaba. Caminé sigilosa por el pasillo, como si fuera un ladrón. Me fijé en que las luces estaban apagadas y ni siquiera eso consiguió detenerme.

Giré el pomo de la puerta de su dormitorio con cuidado y abrí lentamente. Había un bulto sobre la cama tapado con la sábana. Entonces tuve un arrebato; iba a darle un susto. Me subí despacito a la cama y me sorprendió que no advirtiera mi presencia, pero no me importó, riéndome por dentro por lo que estaba a punto de hacer, decidí descender la sábana de un brusco estirón y gritar: ¡Buuu!

La primera sorprendida fui yo al descubrir que ahí no había nadie, tan

solo la almohada puesta en vertical.

—¿Dónde coño...?

—¿Alexia?

Escuchar esa voz detrás de mí hizo que diera un salto y cayera al suelo dándome un enorme porrazo.

Óscar corrió hacia mí para ver lo que había pasado. Me contempló desde las alturas sin saber qué decir.

—¿Estás bien?

—Sí... —sonreí forzosamente— ¡Me has dado un susto de muerte!

Sonrió y tendió una mano en mi dirección para ayudar a levantarme.

—Salía del baño, no te he visto entrar, ¿qué haces aquí?

—Bueno —me encogí de hombros—, pasaba por aquí y...

Se echó a reír.

—¿Significa algo que estés aquí? —Pretendió asegurarse.

Me senté en la cama junto a él.

—No estoy segura —dudé.

Asintió, divertido.

No pude evitar bajar la mirada y ver su imponente torso desnudo. Llevaba unos pantalones de deporte grises e iba descalzo. Sin saber por qué, verle de esa guisa me puso nerviosa. Era lamentable que me fijara en ese tipo de cosas en un momento así, pero no podía evitarlo, era una cuestión hormonal y entre otras cosas, también añoraba su cuerpo.

—¿Quieres un café o algo?

Sonreí.

—¿Café a estas horas? No. Gracias.

¿Por qué estábamos tan fríos? ¿Acaso no tenía el irrefrenable impulso de besarme, era la única capaz de sentir esa atracción al estar medio desnudo sobre la cama, o no sabía cómo reaccionar porque tenía miedo de que lo rechazara?

Entonces fui consciente de que si quería algo de él esa noche, debía lanzarme yo. Su prudencia no iba a permitir que cometiera una estupidez que pudiera alejarnos.

Acaricié su mano que estaba sobre el colchón, despreocupada. Esta fue girándose bajo mis caricias hasta conseguir juntar palma con palma.

—Te he echado de menos...—susurró.

Le miré con deseo. Quería saltar sobre él y hacerle el amor dando rienda suelta a los sentimientos que latían con fuerza dentro de mí. ¿Por qué

me costaba hacerlo? ¿Qué había cambiado? Todo lo acontecido los últimos meses me había enfriado, era como si no le conociera y estuviera haciéndolo por primera vez, y esa sensación me cohibía.

A los dos nos resultó más fácil dejarnos llevar en las montañas, pero aquí era diferente, nos faltaba un empujón que nos hiciera revivir esa llama en el estómago que se prendía cuando estábamos cerca.

Óscar sonrió por lo bajo. Apuesto a que al igual que yo, estaba tratando de hallar una fórmula para acercarse a mí.

—Ya sé lo que vamos a hacer —empezó reprimiendo las ganas de sonreír de nuevo.

—¿Ah, sí? —respondí frunciendo el ceño.

—Me apetece un poco de helado, ¿qué opinas?

No sabía si aceptar o no su oferta, ¿helado a la una de la madrugada?

Sin darme tiempo a que le ofreciera una respuesta se puso en pie y esperó a que le siguiera. Fue hacia la cocina americana y agradecí enormemente no estar en su dormitorio, donde la tensión era insoportable.

Me quedé plantada tras la barra observando cómo iba hacia el congelador y extraía una tarrina de chocolate y vainilla para poner una generosa porción en el interior de un bol.

Seguidamente me lo entregó junto a una cuchara que sacó del cajón.

—Gracias —dije algo intimidada.

Esperé a que se preparara un bol para él, en lugar de eso volvió a guardar la tarrina y se sentó en un taburete a mi lado.

Miré el helado sobre mis manos y encogiéndome de hombros cogí la cuchara y me llevé una pequeña porción a la boca.

—Mmmm, qué rico, ¿tú no comes? —Le ofrecí.

No contestó. Se limitó a levantarse y acercarse todavía más su taburete al mío. Me puse nerviosa.

Cogió la cucharilla y volvió a llenarla de helado.

—Abre la boca.

Pestañeeé sorprendida.

—¿Cómo?

No repitió lo dicho. Me mostró la cuchara llena y automáticamente abrí la boca al intuir lo que se proponía. Metió la cucharilla lentamente en mi boca y esperó a que cerrara los labios sobre ella mientras me miraba con esos azules ojos suyos, esos ojos que hacían que me olvidara de todo mientras mi cuerpo echaba chispas. Me excitó el cuidado con el que retiró la cuchara de

mi boca, no pude más que sonreír tímidamente.

—¿Está bueno?

Con el paladar aún dulzón, asentí convencida. Su cuerpo se movió un poco más hacia delante y esa maniobra me paralizó por completo.

—¿Puedo probar?

Asentí con la cabeza y mi sorpresa fue mayúscula cuando lo que se dispuso a probar fueron mis labios. Mi boca. Posó sus libidinosos labios en los míos y los saboreó pasando su lengua sobre ellos muy despacio, seguido de un mordisquito que hizo que las mariposas de mi estómago revolotearan con fuerza. Todos los movimientos fueron tan lentos que permitieron que me recreara en cada momento. Sus labios se separaron un fugaz segundo de los míos y, acto seguido, su sensual lengua me invadió obligándome a cerrar los ojos. Sentí su beso dentro, su necesidad que en ese momento era tan fuerte como la mía y todo mi cuerpo languideció. Me sentí flotar en un universo paralelo en el que no había lugar para el miedo, rencor, pesar o la tristeza, un universo en el que solo existíamos él y yo dispuestos a entregarnos al placer de conocernos de una forma diferente a como lo habíamos hecho antes.

Eso me animó, sentí el impulso de excitarle tanto o más que él a mí. Me separé unos centímetros, clavando mi felina mirada en él y llevando un dedo al interior del bol, lo hundí en el helado y lo acerqué hacia sus labios. Su mano apresó mi muñeca con delicadeza y condujo el dedo al interior de su boca. Sentí su lengua y su paladar caliente mientras lo dejaba limpio bajo mi atenta mirada.

Calor. Un calor abrasador que nacía de dentro recorrió todo mi cuerpo, y junto al sofocón, se incrementaron las ganas de hacerlo mío. Su imponente cuerpo semidesnudo, ese rostro perfecto, immaculado, decorado por sus vivos ojos azules que se centraban en mí con perversión... todo ello me llevó a recordar la textura de su piel al tacto, el sonido de sus roncos jadeos y la dulzura de sus besos. No podía esperar más, la urgencia por hacerlo mío empezó a apoderarse de mí, cegándome.

Dejé el bol de helado sobre la encimera mientras percibía su mano sobre mi rodilla. Mi respiración se aceleró instintivamente, pero no osé moverme, permanecí a la espera, dejándole tomar el control. Lentamente fue ascendiendo por el muslo y noté los dedos cerca del botón de mis vaqueros.

Me sentí lívida, mareada, deseaba a ese hombre con todas mis fuerzas, quería que continuara, sentirlo por todas partes sin censura, y cada una de las reacciones involuntarias de mi cuerpo incitaban a ello.

Con movimientos hábiles, sus dedos desabrocharon el botón y un segundo después bajó la cremallera. Seguía besándome de esa manera tan delicada, orientando mi rostro con la mano que le quedaba libre para llenar de dulces besos la base de mi barbilla, la comisura de los labios, mi cuello... mientras la otra mano se infiltraba despacio dentro de los pantalones.

Sentí que estaba al borde del éxtasis y no había hecho más que rozarme de forma muy superficial. Nunca nadie había conseguido que mi cuerpo reaccionara de esa manera y eso quería decir algo. Como en la cabaña, no pude evitar tener el impulso de rodearlo con fuerza y avivar su instinto para sentirle ya dentro de mí.

Tenía un deseo salvaje por acabar de desnudarlo y hacerlo mío en cualquier punto de esa misma cocina.

Estábamos tan cerca que no me resultó difícil pasar de mi taburete al suyo, poniéndome a horcajadas encima de él, arqueando la espalda al mismo tiempo para guiar con sensuales movimientos de caderas, sus manos por mi cintura.

Un jadeo brotó de su garganta en cuanto me sintió tan cerca y me retuvo con fuerza para besarme de forma mucho más ruda. Jadeante y con el corazón a mil, me deshice como pude de la camiseta y él corrió a besar mi clavícula mientras sus manos arrancaban el sujetador para liberar mis pechos.

Estaba muy excitada. Percibí la humedad en mi sexo y las ganas por deshacerme de la ropa que me sobraba para entregarme a él cuanto antes. No fue hasta que palpé la dureza de su miembro por encima del pantalón de deporte, que él logró recobrar la compostura y apartarse ligeramente de mí.

—¿Qué haces? —Sonrió apoyando su frente contra la mía.

Respiré agitadamente, intentando sosegar la urgencia del momento.

—¿Qué pasa? —demandé confusa.

Me besó fugazmente la punta de la nariz y volvió a rozar sus labios con los míos.

—No podemos dejarnos llevar así... —susurró recobrando el aliento—, esta vez tiene que ser diferente. Quiero disfrutar de ti, llevo mucho tiempo esperando este momento.

Alzó el rostro y me pareció que sus ojos me traspasaban, ardían en deseo igual que los míos, pero quería saborear el momento, como había hecho con el helado en mis labios.

Con movimientos exquisitamente cuidadosos, deshizo el nudo que ajustaba el cordón de sus pantalones y se bajó del taburete para quitárselos,

quedándose únicamente en bóxers negros.

Tendió una mano en mi dirección y me coloqué a su lado, dejando que me guiara hacia el sofá.

Hace un año me senté en ese mismo sitio, no podía imaginar entonces que sería testigo de ese momento tan íntimo entre Óscar y yo.

Sus manos descendieron de mi cintura a las trabillas del pantalón y las toqué indicándole que parara. Había entendido el juego y quería participar.

Con una seducción que ignoraba que tuviera, le empujé contra el sofá y me quedé de pie frente a él.

Sonreí con picardía y contoneé las caderas mientras acompañaba el pantalón con mis manos para desprenderme de él.

Llevaba un precioso tanga de encaje negro, que a juzgar por el brillo de su mirada, le volvía loco.

Me di la vuelta, dejando que la melena cayera despreocupada sobre la espalda al tiempo que con movimientos de pulgares iba retirándome el tanga frente a su atenta mirada, acompañándolo por mi cuerpo en un baile sensual.

Los movimientos fueron suaves, delicados, mientras iba bajando la suave prenda de ropa por los muslos y me inclinaba hacia delante, mostrándole un primer plano de mi trasero a medida que me deshacía del tanga, quedándome totalmente expuesta para él.

Me di la vuelta y sonreí satisfecha al comprobar que lo había hipnotizado.

—Joder Alexia, no sé si voy a poder ir despacio y no follarte aquí mismo.

Caminé sensual hacia él y con un movimiento de pie le indiqué que separara los suyos para poder encajarme entre sus piernas.

Su respiración alterada agitaba su pecho, me mordí el labio inferior y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Llevé las manos hacia su nuca y en el momento en que iba a besarme tiré de su cabello hacia atrás para frustrar la maniobra.

—Ya lo creo que podrás, vamos a ir muuuuy despacio... —musité.

Mi sensual promesa consiguió el efecto contrario, Óscar emitió un jadeo ahogado pero actuó como esperaba e inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y dejó su perfecto cuerpo a mi entera disposición.

Le torturé con la suavidad de mis besos, con el cosquilleo de mi lengua sobre las partes más erógenas de su cuerpo, estaba entregada a una causa que él había iniciado y ahora no pensaba abandonarla.

Su cuerpo temblaba y se estremecía espasmódicamente con cada roce. Me miraba. Me tocaba y me pedía que le besara. Estaba completamente metida en el juego cuando un ronco jadeo brotó de su garganta y propició que sus fuertes manos me alzarán y me colocaran boca arriba sobre el sofá.

Reí de su locura y de su poco aguante, pero a él no le importó.

—Pensándolo bien, tenemos toda la noche y mañana, y pasado mañana para ir despacio. Te deseo ahora.

No pude protestar, su lengua invadió mi boca con un afán casi febril y sin previo aviso, sentí la fuerza de su embestida dentro de mí. Con cada envite mi cuerpo se agitaba, gemía y le agarraba con fuerza.

Con Óscar conocí el verdadero amor dentro del sexo.

Cuando acabamos exhaustos y jadeantes me miró sonriente mientras tiraba de una de mis manos.

—Ahora estoy preparado —sentenció.

Sin saber a lo que se refería, pregunté:

—¿Para qué?

—Para hacerlo torturadoramente lento —matizó.

Me eché a reír pero no mentía, me cogió del sofá para llevarme hacia su cama y cumplir su amenaza.

Minutos después era él quien exploraba mi cuerpo con su boca caliente, haciendo que me retorciera de placer.

Fue dulce y tierno, delicado y brusco cuando tenía que serlo. Sus manos acariciaron sin prisa cada centímetro de mi anatomía hasta hacerme suplicar que terminara de una vez con esa agonía.

Y en ese instante, se desató un morboso juego entre nosotros, un juego similar a los de la oficina acerca de "a ver quién puede más". Nos retábamos constantemente, provocándonos, comiéndonos con la mirada y esa excitante conexión fue el puente de unión que nos resituó en el camino.

Ahora puedo decir que jamás he sentido un amor así ni he deseado tanto a otra persona, y por su mirada intuía que ese sentimiento era mutuo.

Nunca sabré si fueron nuestros pasados unidos de una forma perversa lo que propició que nuestro deseo se desbordara de esa manera, al igual que jamás tendré la certeza de qué hubiera pasado si no hubiésemos tenido conciencia de quiénes éramos en realidad. Pero de una cosa estaba segura: el deseo que sentíamos era fuerte, aunque primero tuvimos que odiarnos antes de poder amarnos con locura; después de todo, el odio no es más que una forma disfrazada de amor.

A lo largo de nuestras vidas, ambos tuvimos que vencer barreras y obstáculos, hacer a un lado nuestros miedos para luchar por algo que ninguno de los dos sabía qué era exactamente, pero que intuíamos que era fuerte.

Ese "algo" especial es el que ahora rige nuestro día a día, el que nos impulsa a dar rienda suelta a nuestra imaginación, enfadarnos y reconciliarnos, el que nos alienta a buscar nuevas formas de expresión.

En ese momento mi mente voló y rescató una frase de William Shakespeare que ahora cobraba todo su significado:

"Ódiame o ámame, ambas están a mi favor. Si me amas, siempre estaré en tu corazón. Si me odias, siempre estaré en tu mente".

Entonces comprendí que no podía ser de ningún otro modo, de una forma u otra, Óscar y yo siempre estaríamos unidos.

34. Por un nuevo comienzo

Me mordí el labio inferior y me revolví inquieta entre las sábanas, mi respiración agitada resonaba en la habitación, al igual que los gemidos que Óscar conseguía arrancarme. Muy a mi pesar miré hacia el despertador de su mesita y jadeante, cerré las piernas y retiré la sábana para hacerle emerger hacia la superficie.

—Le recuerdo, señor White, que tiene que estar en la oficina temprano.

Murmuró algo entre dientes y descubrió su cabeza, con su precioso pelo castaño alborotado.

—Creo, señorita Airis, que podemos llegar un poco tarde hoy, después de todo, soy su jefe.

Sonreí y observé como volvía a descender para seguir estremeciéndome con el saqueo de su lengua. Gemí, pero debía ser fuerte; tenía que parar. Habíamos pasado la noche entera besándonos, haciendo el amor y redescubriéndonos. A duras penas habíamos podido dormir un par de horas seguidas.

—Tienes una reunión a las nueve en punto a la que no puedes faltar.

Hizo la sábana a un lado y abandonó mi centro de placer para ponerse a mi lado en la cama; me odié a mí misma por ser tan jodidamente responsable.

—Solo a ti se te ocurre concertarme una reunión tan temprano — protestó con el ceño fruncido.

Sonreí y destensé las arrugas de su entrecejo con la punta del dedo; estaba tan mono cuando se enfurruñaba así...

—¿Desde cuándo te has vuelto un perezoso?

Giró el rostro y un escalofrío me recorrió entera; era perfecto, a cualquier hora del día o de la noche su rostro era como el de un Dios griego.

—¡Desde que estoy contigo! —confirmó tras una perversa sonrisa que me volvió loca.

Rodé hacia él y me coloqué encima. Le besé los labios y la barbilla.

—Todavía no me creo que podamos estar así... —susurré.

Acarició el óvalo de mi cara con cariño.

—No quiero ir a la oficina por varios motivos —apresó con los dedos un mechón de mi cabello y lo colocó tras la oreja—, el primero es porque me da miedo poner punto y final al día de hoy y que de alguna manera vuelvas a enfriarte —sonreí y le miré con ternura—, el segundo es que no tengo la

certeza de lo que va a pasar después de esto.

Eso me extrañó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? ¿Te has planteado venir a vivir conmigo?

Me retiré lentamente de encima de él y me senté en la cama sin dejar de mirarle. Una cosa era hacer el amor en su casa, quedar, vernos, planear escapadas, y otra muy distinta dejar mi apartamento.

—¿Por qué ese interés por vivir bajo el mismo techo? ¿No crees que es un poco precipitado?

Cerró los ojos y suspiró sonoramente.

—Te aseguro que para mí todo esto es nuevo. Hace años que descarté la idea de convivir con otra persona, era algo que no creía posible porque soy muy receloso con mi intimidad y... —me miró y asentí, entendiendo perfectamente a lo que se refería—. Pero contigo es distinto, predomina un sentimiento superior; no quiero que te alejes de mí, por lo que todo lo demás me da igual.

Apartó el rostro, avergonzado. Mis ojos se enternecieron ante esas palabras.

—¿Por qué? —insistí, aun sabiendo que hablar de ello le incomodaba.

Se humedeció los labios y procedió con tiento:

—Desde que te conocí ocurrió algo dentro mí, te odiaba, sí, pero también pensaba mucho en ti —me miró dedicándome una sonrisa de medio lado—, demasiado —declaró—, entonces no lo supe ver, pero gracias a eso mis problemas, traumas o recuerdos del pasado, como los quieras llamar, dejaron de acaparar mi mente y mis sueños para instalarte tú. Tardé un tiempo en darme cuenta, no fue inmediato, de que podía centrarme en otras cosas y dejar de amargarme constantemente. Fui consciente de eso en mi viaje a la India —rió para sí, incrédulo—, resultó que Mäkinen tenía razón y allí encontraría respuestas —me miró con intensidad—. Egoístamente puedo decir que tenerte cerca me ayuda a no recaer, pero aunque eso sea verdad, no es el único motivo...

Hizo una pausa que me pareció insoportablemente larga.

—Te quiero, Alexia María Airis Gala.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, ¿era euforia eso que se expandía en mi corazón?

Volví a colocarme encima de él, sonriente.

—Vaya, vaya, vaya señor White, eso sí que es una sorpresa... —sonrió y pasó los dedos por mi mejilla—, para serle sincera hubo un tiempo en el que le consideré un ser atractivamente despreciable, incluso también fantaseaba con usted, pero no del modo que está pensando... —me acerqué a sus labios para morder tiernamente su labio inferior—, fantaseé con asesinarle de mil formas distintas —su cuerpo se agitó por la risa.

—No te culpo, yo hubiera hecho lo mismo.

—Pero pese a todo —continué, rozando con los labios el lóbulo de su oreja—, lo que más me costaba admitir —acaricié su oreja con la punta de mi lengua, provocándole un estremecimiento—, es que le deseaba —finalicé besándole con pasión en los labios.

—¿Me deseabas? —Orientó mi cuerpo con sus manos para ponerme debajo de él—, ¿en pasado?

Sonreí.

—Te deseaba y te deseo —corregí.

Él me besó y sentí como poco a poco el beso me hacía perder el norte.

—Bien... —siseó contra la comisura de mis labios—, algo es algo, ahora no pararé hasta que también me quieras.

Volvió a besarme y me olvidé de todo para dejarme llevar, una vez más, por este hombre insaciable. Oculté revelarle que también le quería, decidí dejar eso para otra ocasión y seguir disfrutando de él.

Nos comunicábamos sin palabras, mientras nuestros cuerpos se rozaban y gustosos se deleitaban en aquel instante profundo y terriblemente mágico. Óscar dejó caer su fornido cuerpo sobre mí y, con cuidado de no aplastarme, paseó su boca por mi cuello, mi clavícula, hasta terminar en los pechos.

Jadeé.

—Dime que te vienes a vivir conmigo, es lo único que quiero saber.

—No... —gemí, negándome a dar mi brazo a torcer sin abandonar la diversión que nos embriagaba.

Su mano acarició la cicatriz del muslo con sensualidad y fue ascendiendo mientras su boca seguía sobre mi pecho.

Me estremecí al sentir como poco a poco se acercaba a mi intimidad, que se contraía nerviosa ante la perspectiva de volver a sentirlo.

—Sí, vas a vivir conmigo.

Sonreí por su insistencia.

—He dicho que no...

Introdujo hábilmente un dedo dentro de mí y gemí, retorciéndome de

placer.

—Oh, sí, ya lo creo que vas a vivir conmigo...

Sentí como se movía en mi interior y quise tomar las riendas poniéndome encima de él, pero enseguida captó mis intenciones y me bloqueó.

—Hoy vamos a llegar tarde a la oficina, voy a saltarme la reunión y no pienso dar explicaciones a nadie, pero de aquí no me moveré hasta que aceptes.

Mi corazón latía a mil por hora, estaba excitada y a punto de explotar y él lo sabía. Recuperando un poco la cordura conseguí decir:

—No podemos llegar tarde los dos, o van a sospechar...

Levantó la cabeza, confundido.

—¿Eso te preocupa?

Metió un segundo dedo en mi interior y sentí que me faltaba el aire.

—Sí... —siseé entre jadeos.

—¿Sí qué...? —inquirió esperanzado.

Le miré y sonreí, aunque la sonrisa me duró poco porque sentí como sus dedos seguían insistiendo en liberar mi placer.

—Sí me preocupa que cuchicheen... —le aclaré, riendo de satisfacción por haberlo confundido.

—Mala respuesta —sentenció y retiró los de dedos de mí.

Me sentí vacía, insatisfecha y busqué sus labios para besarle y volver a reavivar la llama.

Escondiendo una sonrisa se levantó y me contempló desde las alturas.

—Será mejor que nos duchemos antes de ir al trabajo. Eso sí, por muy tentador que sea, te prometo que no haremos nada hasta esta noche —rió con autosuficiencia y eso me molestó.

Me levanté cabreada por haberme dejado a medias, prácticamente le carbonicé con la mirada en cuanto entré en el baño, pero él se limitó a sonreír bajo el agua mientras cantaba a vivo pulmón *you give love a bad name* de Bon Jovi, horrorosamente mal, dicho sea de paso.

En cuanto me vio a través de la mampara la abrió y me tendió una mano con buen humor.

—¿Entras? —Me ofreció.

Lo hice y dejé que el agua me cayera encima. Le reté con la mirada, pero entonces caí en la cuenta de que no sabía con quién estaba tratando; era muy persistente.

Eché un poco de gel sobre la mano y, mirando al techo, empecé a

moverme siguiendo el ritmo de su canción enjabonándome los pechos, pasando las manos por mi cintura, ascendiendo al cuello...

You're a loaded gun / eres un arma cargada
There's nowhere to run / no tengo un lugar a donde correr
No one can save me / nadie puede salvarme
The damage is done / el daño está hecho
Shot through the heart/ disparo directo al corazón
And you're to blame / y tú eres la culpable

...

Cuando escuché que había dejado de cantar, me giré sin mirarle y seguí bailando con sensualidad bajo el agua, alzando los brazos y dejando que los chorros borrarán los restos de jabón de mi cuerpo. Fui a coger un poco más de gel del bote y fingí que este se resbalaba entre las manos para tener un pretexto y agacharme a recogerlo.

Su bañera no era lo bastante grande, pese a estar separados podíamos rozarnos y al inclinarme para coger el jabón, acerqué mis prietas nalgas a él sabiendo que eso nunca fallaba. Los hombres con los que había estado, solían decir que tenía un culo increíble y sabía cómo y cuándo utilizarlo, para hacer que cayeran rendidos a mis pies.

Oscar no fue menos, en cuanto sintió el fugaz contacto me acarició y rodeó mi cintura con sus grandes manos. Me levanté y recosté la cabeza contra su hombro, mimosa, mientras él me tocaba desde atrás. Podía sentir su erección y me mordí el labio inferior sintiéndome ganadora de esa batalla.

Besó mi cuello, mordisqueó mi hombro y pasó las manos por mis pechos. En cuanto me sintió receptiva, susurró junto a mi oreja:

—¿Vendrás a vivir conmigo?

Sonreí.

—No...

Sus manos me apretaron junto a él y volví a excitarme, siguió acariciándome como había hecho minutos antes en la cama, pero antes de que pudiera dejarme llevar, se apartó de mí y salió de la bañera.

—Nos vemos esta noche —constató tras una radiante sonrisa.

Abrí la boca por el asombro.

—Bromeas, ¿no?

Me miró mientras se secaba el pelo con la toalla, estaba tan, tan sexy...

—En absoluto.

—¿Y vas a ir con esa erección a la oficina? —pregunté señalando la evidencia.

Se echó a reír y acercándose a mí, me ofreció un pequeño besito en los labios carente de deseo sexual.

—Ya sabes cómo somos los hombres, lo que con tanta facilidad sube... vuelve a bajar.

Tras esa explicación tan simple regresó a la habitación y me quedé en la bañera con cara de acelga.

Estaba enfadada, para qué negarlo, le odiaba por dejarme a medias. Aunque lo peor fue constatar que con ese juegucito conseguiría lo que quería: que pasáramos otra noche juntos, y tras esa vendría otra y otra, y otra más y al final, acabaríamos viviendo bajo el mismo techo y se saldría con la suya.

Podía negarme, había descubierto su juego sucio, pero ¡maldita sea!, era muy, muy bueno en el sexo y me estaba volviendo adicta a él.

Entramos en la oficina después de pasar rápidamente por mi apartamento y cambiarme de ropa. Llegamos veinte minutos tarde y su cita de las nueve llevaba un rato esperando. Excusándose, mi jefe le tendió la mano y le invitó a pasar a su despacho.

Trabajamos como de costumbre aunque de tanto en tanto nos dedicábamos miradas, pequeños roces o algún beso robado. Pero pese a nuestra prudencia la gente empezó a hablar, nos habían visto llegar juntos y acalorados, era motivo suficiente para lanzar hipótesis.

Esa misma mañana acudí a la cafetería como cada día para hablar con Raquel. Me senté frente a la mesa y antes de empezar a contestar las preguntas que sabía que tendría para mí, apareció Óscar y se dirigió firme hacia nosotras. Un murmullo general le acompañó todo el camino hasta llegar a nuestra mesa. Su sonrisa perversa me asustó e hizo que mi cuerpo se tensara automáticamente.

—Buenos días Raquel —la saludó de buen humor.

Me sorprendió que se acordara de su nombre.

—Bu-buenos días señor White —se apresuró a contestar.

—Oh, no pretendo robaros mucho tiempo, solo he venido a recordar a Lexi que nuestra nevera está vacía, así que si te parece bien, cariño —dijo mirándome con fingida inocencia—, cuando acabemos pasamos por el súper.

Me quedé petrificada, las ganas de cometer un crimen volvieron a resurgir más fuertes que nunca.

Se inclinó hacia mi cabeza y me dio un beso para dejar patente ante toda

la oficina que estábamos juntos.

Cuando se fue me sentí desprotegida, mis mejillas se incendiaron y mi estómago se puso del revés de pura rabia.

—¿Te has vuelto loco? —Le increpé al regresar al despacho— ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer...?

Se encogió de hombros, como si el asunto no fuera para tanto.

—¿Qué he hecho?

—¡Nos has delatado! ¡Maldita sea! ¡Delante de toda la empresa! Acabo de pasar a ser la tía que se tira a su jefe, ¿sabes lo que es eso para mi reputación?

—Lexi, vamos, no pasa nada, somos adultos y no hemos infringido ninguna ley.

—Tú lo ves muy fácil, ¿ahora con qué cara salgo yo de aquí?

Óscar se levantó y caminó lentamente hacia mí.

—¿Me he pasado? —preguntó preocupado por la expresión de mi rostro.

—¡Tres pueblos!

—Eres tan consciente como yo de que tarde o temprano acabarían enterándose, ¿no?

—¡Ya pero no así!, no ahora...

Inspiró profundamente, de pronto su alegría se esfumó y pareció ponerse en mi situación.

—Me picaste —alegó con resignación—, dijiste que no querías que nadie se enterara de lo nuestro, y confieso que eso me molestó. No me gusta ocultar mis sentimientos, ya lo he hecho durante mucho tiempo y ahora que por primera vez los vivo con esta intensidad, no quería reprimirme. Pero si tanto te ha molestado, lo siento mucho, puedo intentar arreglarlo...

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—No, no hagas nada. Ya está todo hecho.

—¿Estás muy enfadada...? —preguntó con una mirada de corderito que a punto estuvo de hacerme olvidar su fechoría.

—Un poco —reconocí, suavizándome.

Él se acercó a mí y rodeó mi cintura con sus brazos atrayéndome hacia él. Me besó con mucha suavidad.

—¿Tan enfadada como para no venir a mi casa esta noche?

Reprimí las ganas de reír.

Sus dientes atraparon mi labio inferior y lo estiró levemente.

—¿Sabes, Óscar? Me desquiciaste desde el primer momento en el que te vi y sigues desquiciándome ahora, ¿cómo demonios lo consigues?

Se rió y se separó de mí para volver a su silla.

—Forma parte de mi encanto.

Rompimos a reír.

Seguimos trabajando y el enfado de la mañana quedó reducido a nada, lo cierto es que ya me daba todo igual: la gente, los rumores... dejaron de tener relevancia porque Óscar significaba mucho más. No obstante, no se lo hice saber y me aproveché de que él pensaba que estaba mosqueada para tenderle una trampa; a mí también se me daba bien jugar sucio y hacía unas horas que me rondaba una idea por la cabeza, porque en mi vida habían quedado asuntos pendientes y necesitaba resolverlos antes de dar mi brazo a torcer con él.

—Respecto a lo de dejarme caer por tu casa esta noche...

Óscar alzó el rostro de los papeles para prestarme su atención.

—¿Qué?

—Hay algo que necesito saber de ti y no me has contado, solo de forma muy superficial.

Sonrió de medio lado.

—Dispara —me animó.

—Fani —dije sin más y su rostro cambió.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cuánto te importa?

Me miró confundido.

—¡Es una amiga!

Puse los codos sobre la mesa y apoyé mi cabeza sobre las manos.

—Cuenta... —le incité, demostrándole que no iba a dejarlo correr.

—Ya te lo dije, la conocí en el centro de acogida en el que estábamos cuando éramos niños. Al poco tiempo pasó a ser como una hermana para mí, digamos que nunca llevó una buena vida, se metía en líos y tenía depresiones... Le ayudaba a superarlas, intentaba animarla y estaba a su lado cuando lo pasaba mal. Tuvo una infancia peor que la mía, pues a sus padres les retiraron su custodia y por eso acabó ahí —hizo un gesto con la mano—. Siempre me he sentido responsable de ella. Cuando me independicé y salí del centro le prometí que seguiríamos en contacto y por eso suelo quedar con ella a veces, le hago regalos en las fechas importantes y si necesita cualquier cosa se la proporciono sin más. A parte de eso no hay nada. Nunca me he sentido atraído

de ninguna otra forma.

—Pero ella sí se ha sentido atraída por ti —aventuré.

—Bueno... —se encogió de hombros—, la pubertad fue difícil. Digamos que confundió un poco mis atenciones y quiso llegar más lejos, pero nunca pasó nada entre nosotros.

—¿Crees que sigue sintiéndose atraída por ti?

—Ahora no. Supongo que ha entendido que, por mi parte, no podemos ser más que amigos y lo ha aceptado. Sabe que en ese terreno no somos compatibles.

—¿Estás seguro? —Quise cerciorarme.

Asintió.

—¿A qué viene todo este interrogatorio sobre Fani? ¿Te sientes celosa? Sonreí y aparté la mirada.

—Lo cierto es que no.

—¿Entonces, a qué se debe tanta curiosidad?

Volví a alzar el rostro; me costaba pedírselo.

—Me gustaría pedirte un favor y creo que tu reacción acabará de confirmar o desmentir mis sospechas.

Me miró repentinamente más interesado.

—Pídeme lo que quieras.

Su respuesta me excitó y tuve que recordarme que estábamos tratando un tema serio para no dejarme llevar por las fantasías.

—Me gustaría que me pasaras su número

—¿El de Fani? —Me miró extrañado.

—Sí.

—¿Por qué?

—He tenido un presentimiento.

Me miró, le miré, y nos quedamos así un buen rato.

—¿Vas a contarme de qué se trata?

Torcí el gesto.

—Temo que te enfades.

—¡Por Dios, dime ya de qué se trata!

—Antes de decir o hacer algo que me moleste, te sugiero que tengas presente que continúo enfadada contigo por lo de la cafetería, además, sigo intentando decidir si ir esta noche a tu casa o no hacerlo en castigo a tu ofensa —mentí y él reprimió soltar una carcajada—, y si me apuras, hasta barajar la posibilidad de ir a vivir contigo.

Abrió mucho los ojos, eso le sorprendió.

—¿En serio?

—Bueno —rectifiqué sintiéndome acobardada—, podemos dejarlo en dos fines de semana al mes y vacaciones de momento.

Se echó a reír.

—¿Estamos peleando por tu custodia?

Aguanté las ganas de reír.

—Más o menos, sí.

Me miró con picardía.

—No hay trato.

Le contemplé ojiplática.

—¿No hay trato?

—Quiero la custodia completa o no se hable más —remarcó con humor.

Desaté una sonora carcajada.

—¿No crees que es excesivo por un simple número de teléfono? Te recuerdo que puedo robarte el teléfono sin que te des cuenta y cogerlo yo misma.

Sonrí con malicia.

—Pero ahora ya lo sé y no solamente vigilaré mi teléfono a todas horas, además, pondré código de seguridad. Lo quiero todo o nada, Lexi.

Maldije en voz alta.

—Entonces a ver si lo he entendido —empecé enumerando con los dedos—, voy a tu casa esta noche y me instalo en ella a cambio del número de teléfono de Fani, ¿es así?

Asintió orgulloso.

Emití un bufido.

—Está bien, acepto las condiciones señor White, ahora cumpla su parte del trato.

Su sonrisa se expandió, ni él mismo se creía que hubiese aceptado con tanta facilidad.

—Ahora dime para qué quieres su número, siento curiosidad.

Descendí el rostro, avergonzada.

—He tenido el presentimiento de que ella y Andy podrían encajar.

Su boca se entreabrió por la sorpresa, pero enseguida supe que mi revelación no era de su agrado.

—¿Estás bien de la cabeza? ¿Fani y tu ex? ¡¿Qué demonios te pasa?!

—Oye, no te lo tomes así. Andy es un chico alegre y vital, con una

perspectiva del mundo distinta, estoy convencida que a Fani le vendrá bien dar con un chico como él, te aseguro que con Andy no se aburrirá.

Sus ojos me contemplaron con rabia.

—¡Esto es inaudito! ¿Te piensas que eres un hada madrina dispuesta a hacer feliz a todo el mundo? Las cosas no funcionan así, Lexi.

«Me había llamado *Lexi*, bien, eso quería decir que no estaba muy enfadado».

—Solo propongo una cita a ciegas sin compromisos. Un encuentro divertido, si los dos aceptan, claro. Luego lo que pase o no entre ellos será asunto suyo.

Óscar suspiró cabizbajo y con movimiento vacilante se dirigió hacia su mesa para coger el móvil.

Apuntó el número en un trozo de papel y lo depositó sobre esta.

—Te doy su número porque es el pacto al que hemos llegado, pero me encargo yo, y no tú, de hablar con Fani y concertar la cita con tu ex, supongo que tú harás la parte que te toca con él. Los citamos en un lugar neutro, siempre y cuando quieran acudir voluntariamente, sabiendo en todo momento lo que van a hacer y, salga bien o mal el encuentro, no nos vamos a entrometer.

Sonreí porque me animara a seguir en mi locura.

—Me parece justo.

Me entregó su número de teléfono, pero antes de depositarlo en mis manos, lo retuvo durante unos segundos y se acercó a mí para susurrar en mi oreja:

—Tienes que saber que he jugado a tu propio juego y he ganado, hubiese accedido a darte su número a cambio de tan solo un par de besos.

Me entregó el trozo de papel y tragué saliva, acababa de tocar mi barco pero aún no lo había hundido. Guardándome el papel en el bolsillo me acerqué a él e imitándole, susurré contra su oreja:

—Que sepas que ya pensaba irme a vivir contigo a cambio de nada, solo me gustaba hacerte sufrir y mira por donde, no solo me has proporcionado su número de teléfono, además, vas a ayudar a ejecutar mi plan.

Me di la vuelta y caminé hacia mi mesa, ver su sonrisa contrariada me produjo una inmensa satisfacción.

—Dios, Lexi ¡eres un peligro...!

Le guiñé un ojo y seguí trabajando sin dar importancia al peso de su mirada.

Esa misma tarde probé suerte y decidí llamar al móvil de Andy. Para mi

sorpresa seguía manteniéndolo, me comentó que hasta que no agotara el saldo no se desharía de él.

Le propuse quedar en una terraza cercana a la playa y aceptó enseguida. Tenía muchas ganas de verle, sé que hubo un momento en el que me alejé de él, pero no era capaz de olvidar todo lo que había hecho por mí, y ahora que mi vida empezaba a asentarse, quería aprovechar la oportunidad para agradecer su amistad incondicional.

—¡Andy! —Salté de la silla ilusionada no bien lo vi aparecer.

Como de costumbre llevaba una camiseta azul turquesa de manga corta y unos vaqueros desgastados que le daban un aire desaliñado, a juego con ese hermoso cabello rubio, siempre despeinado.

Su abrazo no se hizo de rogar y en cuanto me tuvo a tiro me rodeó con sus brazos demostrándome lo mucho que significaba para él.

—¿Cómo estás? —pregunté tomando asiento en la silla.

—Bueno —se encogió de hombros—, no estoy mal, sigo en mi línea, ya sabes...

Sonreí.

—Se te ve distinto —me fijé en sus ojos color avellana, evaluándolos.

—Voy a cambiar de aires. Tengo planeado ir a Menorca.

Mi rostro se ensombreció en el acto. Siempre supe que se iría, pero no esperaba que fuera tan pronto.

—¿Por qué?

Sonrió y estiró una mano para sujetar una de las mías y jugar con ella.

—Ya me conoces, nunca paso demasiado tiempo en un mismo lugar y últimamente Barcelona me resulta aburrida.

Descendí la mirada, apenada.

—¿Qué tal tú? —intervino con rapidez al percatarse de mi aflicción.

Ladeé el rostro.

—Óscar y yo estamos juntos.

Asintió con decisión.

—Ya lo sé, llamé a tu madre el otro día para ver cómo se encontraba y me lo contó. Me alegro un montón por ti, Alex, te lo mereces.

Un nudo de emociones se atascó en mi garganta. Me resultaba difícil hablar con él sabiendo que seguía sintiendo cierta atracción por mí.

—Te lo debo a ti, Andy. Quería agradecerte todo lo que me has ayudado, agradecer que estuvieras ahí primero y no me dejaras en los peores momentos de mi vida. Valoro un montón que hubieras tenido la iniciativa de contactar

con Óscar, y que ayudaras a mi padre a descansar en paz.

Me mordí el labio, intentando desviar el rumbo de mis emociones y no desatar el llanto. Él se percató de mi esfuerzo y se levantó de la silla para sentarse justo en la que estaba a mi lado y abrazarme otra vez.

—Lo volvería a hacer una y mil veces. Dime... ¿eres feliz?

Se me escapó la risa y aproveché a enjugar un par de lágrimas traicioneras.

—¡Lo soy!

—Entonces me siento orgulloso de haber contribuido, de algún modo, a tu felicidad. Me doy por satisfecho.

Arrugué el entrecejo.

—¿Cómo puedes ser tan desinteresado? Es admirable.

—Porque me importas de verdad, Alex. Puede que nunca hayamos acabado de encajar, somos muy diferentes y tenemos aspiraciones distintas, pero jamás mentí cuando dije que me importabas. Y sí —descendió el rostro con resignación—, me hubiese quedado contigo si me hubieses dado la oportunidad, incluso me hubiese replanteado quedarme a vivir aquí por ti. Eres la primera persona por la que he querido hacer algo diferente en mi vida y la primera que me ha hecho cuestionar otras opciones, pero... —negó con diversión—, jamás hubiese funcionado. En eso tenías razón, tarde o temprano nuestros continuos choques hubieran hecho que nos distanciáramos de malos modos y conservaríamos un mal recuerdo el uno del otro. Sin embargo de esta forma, seguiremos unidos. Nunca se sabe las vueltas que da la vida y si en alguna otra ocasión soy yo el que precisa tu ayuda, es agradable pensar que tengo a alguien con quien contar, ¿no crees?

Asentí y volví a abrazarle.

—No lo dudes, siempre vas a tenerme y ya que estamos hablando de ayudarnos el uno al otro... tengo algo que proponerte.

Arqueó las cejas, risueño.

—¿Una proposición indecente?

Reí de su comentario.

—¡No!

Se echó a reír.

—Lástima, por un momento me he hecho ilusiones.

Negué divertida con la cabeza; siempre estaba igual.

—Quería proponerte un juego, reto o como lo quieras llamar.

Achinó sus ojos, evaluándome.

—Has despertado mi interés, te escucho.

Sonreí.

—Bien, esto es lo que he pensado y me gustaría que lo consideraras.

Empecé a hablarle de Fani, a contarle detalles que Óscar me había explicado de ella y su vida juntos en el centro de acogida, pequeños fragmentos que esperaba que despertaran su curiosidad. Él me escuchaba escéptico, sin entender por qué de repente tenía tanto interés por concertarle una cita con una mujer a la que no conocía.

—No va a funcionar, Alex, ya sabes que no soy un tipo convencional.

—Ella tampoco lo es... por eso he tenido la corazonada de que tal vez, os podrías complementar a la perfección. Hazme caso Andy, sabes que mi madre es una bruja y yo he heredado sus genes, solo te pido un café con ella, luego, puedes irte o quedarte, llamarla o no hacerlo nunca. Depende solo de vosotros.

—¿Ella sabe lo que pretendes?

—Está enterándose de esto al mismo tiempo que tú.

Me miró escéptico.

—¿Él también está detrás de tu plan descabellado?

—Bueno —me encogí de hombros—, sabes que puedo ser muy persuasiva si me lo propongo...

Se echó a reír, tocándose la frente con una mano.

—Pobre Óscar, en el fondo le compadezco, no sabe lo que le espera... ¿Ya le has puesto al tanto de las dos docenas de hijos que quieres tener?

Reí a carcajadas, al parecer esa frase había calado hondo.

—Todo a su debido tiempo —le guiñé un ojo con complicidad—. Ahora dime, ¿me harás el favor de quedar con ella?

Extendió los brazos, rindiéndose.

—Sabes que no puedo negarte nada, además, un café no es para tanto. Podré soportarlo.

Volvimos a reír y decidimos pasar página para seguir bromeando acerca de nuestras vidas. Era increíble la conexión que teníamos, cómo podíamos ser sinceros sin temor a ser juzgados. Durante el tiempo que estuve hablando con él me sentí afortunada de haberlo conocido y de reservarle un lugar especial en mi corazón.

Cuando llegué a casa de Óscar, estaba feliz y más positiva que nunca. Abrí la puerta y caminé hasta el comedor. Le vi de pie junto a la ventana, con la mirada perdida. Al intuir mi presencia se giró y su rostro me pareció

torturado. Me alarmé de su expresión.

Me acerqué con cuidado, estudiándole. Me dedicó una impostada sonrisa de medio lado y como si pudiera adentrarme en el interior de su mente, supe exactamente lo que le pasaba.

Sonreí con ganas y corrí pizpireta hacia él para abrazarle y subirme sobre él. Sin mediar palabra le besé con toda la fuerza de mi corazón desatando su deseo. Se tambaleó conmigo en brazos hasta encontrar una pared que le sirviera de apoyo y seguir besándome.

Estaba cada vez más excitada y entregada, mi pecho no hacía más que subir y bajar, impaciente ante la perspectiva de poder dar rienda suelta a nuestros deseos.

Óscar se separó ligeramente de mí, pero seguí sintiendo el roce de sus labios sobre los míos.

—¿Ha ido todo bien?

Se distanció un poco más para poder estudiar mis ojos, pero tras mi deliberado ataque, su rostro se había relajado.

—¡Muy bien! —confirmé.

—Pensarás que soy un imbécil, pero llevo nervioso toda la tarde porque sabía que ibas a reunirme con él y... —descendió el rostro avergonzado—, tenía miedo de que descubrieras que te gusta más que yo.

Me acerqué sonriente para besarle de nuevo.

—Efectivamente eres imbécil —confirmé sin ninguna duda—. Nadie me gusta más que tú.

—Independientemente de eso, vosotros habéis tenido una relación, te ha visto desnuda y todo el mundo sabe que donde hubo fuego...

Silencié sus labios con un beso.

—¡Alto ahí, vaquero! Andy y yo nos divertíamos porque no había nadie más en nuestras vidas; pero después de estar contigo, no quise intimar con ningún otro hombre.

Sonrió feliz, emocionado, y volvió a besarme con su habitual frenesí. Perdí el control de mi cuerpo y me entregué nuevamente al placer que solo él podía proporcionarme.

Días más tarde, en una céntrica cafetería de la ciudad, Andy se disponía a reunirse con Fani. No le gustaban nada las citas a ciegas, no creía en ellas y por lo tanto no tenía ninguna expectativa. Iría porque se lo había prometido a Alexia. Tenía la intuición de que en el fondo su amiga insistía porque quería redimirse, era su forma de pasar página sintiendo que no había nadie a su

alrededor por quien preocuparse. A él no le molestaba hacer el esfuerzo si con ello su amiga era más feliz. Pasara lo que pasara, la realidad era que en dos días pondría agua de por medio, se despediría de Barcelona y encontraría un nuevo hogar en el que conocer a gente distinta y seguir adelante. Hasta ahora siempre le había funcionado y le gustaba ese tipo de vida desorganizada y despreocupada, sin tener que rendir cuentas a nadie.

Entró en la cafetería y echó un rápido vistazo. Reparó en la única mesa en la que había una chica sola. Estaba de espaldas y era rubia. Era la única información que podía obtener de ella desde esa distancia.

«¡Vamos allá!»

Inspiró profundamente y al pasar por su lado se sentó en la silla que había en frente y puso las manos sobre la mesa.

—Hoy es un buen día —aprobó con un asentimiento de cabeza mirando a su alrededor, sin prestar ninguna atención a la chica—, hace un día caluroso por lo que hay poca gente aquí dentro y podemos estar más tranquilos —miró por primera vez a la chica y se fijó en que tenía los ojos azules, bonitos y vivos— soy Andy —se alzó levemente de la silla para recorrer el espacio que les separaba y besar sus mejillas.

La chica sonrió algo intimidada, no esperaba esa espontaneidad. Al igual que él, solo había acudido a aquella cita por complacer a su amigo. Le había confesado tiempo atrás la atracción que sentía hacia Alexia y pese a que había estado con otras chicas antes, ella era especial. Lo supo desde el día en el que percibió que él ya no era el mismo. Se odió a sí misma por no haber sido la causante de despertar esos deseos en él y fuera una desconocida la que lo hubiera embaucado en tan poco tiempo. Al ver que él empezaba a vivir por primera vez desde que le conocía, e incluso lograba dormir sin que le asaltaran sus horribles pesadillas por las noches, se dio cuenta de que no podía odiar a la desconocida que, a su manera, le estaba curando. En lugar de eso demostró una gran consideración cuando decidió apremiarlo a que fuera tras de ella y no la dejara escapar; Óscar se merecía ser feliz.

Centró su mirada en el joven con cara de niño que la miraba precavido. Su pelo le encantó, así como sus expresivos ojos de color caramelo. Imitándole, también puso las manos sobre la mesa y sin perder de vista sus hermosos ojos añadió:

—Menuda putada, ¿no? Estamos tú y yo aquí sentados porque hemos perdido a las personas de nuestras vidas, se podría decir que somos los desechos que no han querido.

Andy se echó a reír, le gustaba su ironía y cómo le había hablado sin vergüenza, soltando lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—No estaban hechas para nosotros, en realidad nos dejamos llevar por el influjo y el morbo que tiene la idea de poder aspirar a vidas diferentes, pero en realidad, somos lo que somos: de otra especie —concretó.

Fani desató una sonora carcajada.

—Es curioso... ya que lo mencionas te diré que siempre he tenido esa sensación, como si perteneciera a otra especie —corroboró.

—A mí me pasa exactamente igual, por ejemplo, no me van nada estas mierdas —extrajo del bolsillo trasero de su pantalón el teléfono móvil y, sin pensárselo dos veces, lo tiró dentro del vaso de agua que había sobre la mesa.

Fani empezó a reír descontrolada constatando que Andy era un loco de la vida y eso le gustó. Ella no era tan radical como él, pero ¡qué coño! Cogió su teléfono, se lo enseñó y repitió su misma acción.

Andy abrió mucho los ojos, sorprendido, y ambos se pusieron a reír.

La conversación siguió adelante y a ninguno de los dos le importó que sus teléfonos yacieran en el fondo de un vaso de agua, desconectándolos del mundo.

Rieron, disfrutaron, hablaron de muchos temas que les preocupaban, algunos más profundos que otros y durante todo el tiempo que duró la cita, ninguno de los dos volvió a nombrar a Alexia o a Óscar. Se centraron en conocerse, en hablar de locuras, exponer teorías absurdas y ser simplemente eso: un chico y una chica que estaban en la misma onda.

Estuvieron hablando largas horas hasta que el bar empezó a quedarse vacío, cuando salieron, ninguno de los dos se percató de que había anochecido.

Andy se sintió a gusto por primera vez en mucho tiempo con una mujer que no era Alexia, no se parecía a ella, pero cuando se comunicaban tenía la sensación de que hablaban el mismo idioma.

Fani estaba cansada de perseguir quimeras, de hacer aquello que la gente esperaba de ella y se moría de ganas de dejarlo todo atrás, para ello debía desvincularse de todos y abrir sus puertas a gente desconocida, gente con la que podía compartir otro tipo de experiencias. Miró a Andy y descubrió que él llevaba un rato observándola.

—Pensarás que estoy aún más loco de lo que aparento —confirmó Andy con el rostro risueño.

—¿Más aún? —Rió Fani.

—De aquí a dos días me voy a Menorca, tengo unos amigos allí y he pensado en quedarme un tiempo, ya sabes, para desconectar...

Fani asintió, un tanto decepcionada.

—No nos conocemos —continuó centrándose en su cristalina mirada azul—, pero si no tienes nada mejor que hacer, vente conmigo —le ofreció de improviso, y ella le escrutó sin decir nada—. Solo te diré dos cosas que debes saber: la primera es que no me gusta obligar a la gente a que haga cosas; por lo tanto, nunca te presionaré para hacer nada que no quieras hacer. La segunda es aún más importante —la miró con intencionalidad—, no soy un psicópata homicida —ella estalló en carcajadas—, así que si te apetece arriesgarte, te ofrezco mi barco y mi compañía.

—Ya sé que no eres un psicópata homicida, Óscar me ha dicho lo que hiciste por ellos.

Él achinó los ojos.

—¿Te ha contado también que la primera vez que le vi, se comportó como un auténtico capullo?

Ella desató nuevamente una carcajada.

—Me contó lo de ese día en la oficina; se comportó así porque te consideró un rival.

—Pues solo hay que verme para saber que no puedo ser el rival de nadie —enfaticó señalándose.

—Nunca podríais haber sido rivales porque no jugabais en la misma liga; no podéis ser más distintos.

Él asintió, aprobando su argumento. Tras cruzar la calle se detuvo y la miró, no sabía qué debía hacer a continuación, cuál era el protocolo en esos casos o la opinión que ella había tenido de él. Así que se quedó ahí plantado, sin decir nada, hasta que encontró la fuerza y decidió hablar.

—Muy bien, aquí hay una bifurcación. Si camino hacia la derecha llego al embarcadero, donde está mi hogar. Si voy a la izquierda llegamos al casco urbano, donde están los restaurantes y la zona guiri por excelencia. ¿Qué te apetece hacer?

Fani sonrió y encaminándose hacia la derecha declaró:

—Quiero saber cuál será mi habitación los próximos días, ¿me la enseñas?

Él la miró impresionado.

—¿De verdad vas a acompañarme?

La chica se encogió de hombros; allí nadie la esperaba, así que no tenía

nada que perder.

—Nunca he estado en Menorca.

Entre risas, caminaron lentamente bajo las estrellas, dirigiéndose hacia el embarcadero. Decidieron dedicarse un tiempo a ellos mismos y olvidarse de todo lo demás.

Dos semanas después, Óscar recibió una postal desde Menorca en la que ponía:

"Una vez más, gracias por el regalo".

Fani.

35. Epílogo según Óscar

—¿Estás preparado?

Por mi cabeza pasaban muchos pensamientos que me hacían sentir inseguro. Tenía miedo de decir o hacer algo inapropiado, de rememorar cosas que había empezado a dejar atrás o que tras ese día, algo cambiara en nuestras vidas. Había podido comprobar en mis propias carnes lo poderosas que pueden llegar a ser las emociones, y junto a estas, los sentimientos que se desencadenan y empujan a actuar de determinada manera.

Hace un tiempo la emoción predominante en mi día a día era la rabia. Estaba frustrado, condenado a vivir una vida que no me aportaba nada porque era incapaz de dejar atrás los recuerdos. Por ese motivo mi carácter era agrio, esquivo y desconfiado. No quería relajarme porque tenía la sensación de que si lo hacía, ocurriría algo malo que acabaría sepultándome, por eso mi mecanismo de defensa siempre fue atacar primero.

Esa manera de actuar me sirvió durante muchísimos años, hasta que Alexia Airis apareció en mi vida. Ella removió algo en mí, me obligó a encontrarme cara a cara con mi pasado y despertó otro tipo de emociones... Sentí como si yo fuera una alta estructura hecha de palos de madera y al retirar el de la base, todos cayeran y se esparcieran por el suelo. Tuve que volver a recomponerme, pero al hacerlo, fue imposible colocar todas las piezas de la misma manera. Algunas de ellas se perdieron para siempre, pero eso no me importó, los agujeros fueron ocupados por nuevas piezas y empecé a sentir cosas diferentes. Ya no estaba tan centrado en mi pasado, me levantaba con el propósito de enfrentarme a ella, de buscar nuevas formas de redimirme y volver a recuperar la monotonía a la que me había acostumbrado. Pero esa fase no duró demasiado, de entre todas las mujeres que había conocido en mi vida, la única por la que mi corazón latía con fuerza era ella. Me odié a mí mismo por hacérselo pasar mal, por comportarme como un ser mezquino y arrogante. Solo quería recuperar mi vida tal y como la recordaba, negándome a ver que esa vida ya no existía.

Una mirada bastó para darme cuenta que ya no era el mismo hombre de siempre. Me enamoré de Alexia casi al instante, pero fui incapaz de demostrárselo.

Canadá propició el cambio. Verla herida, perdida y abatida en un entorno que no dominaba me hizo ver que era el único que podía salvarla y

todo lo demás carecía de importancia: el accidente, su padre, el trabajo, nuestras diferencias... Solo estábamos ella y yo. Y aunque el entorno y las circunstancias no fueran las más favorables, me sentí feliz por primera vez en años.

No fue fácil regresar y verme empujado a tomar decisiones. Había mucho por sanar, un choque de sentimientos que me impedía avanzar.

Shankar Nehru fue el guía espiritual de Mäkinen, con él pasó varios veranos en la India aprendiendo a reencontrarse consigo mismo, a ver a las personas en su globalidad y desarrollar su empatía. Prácticamente me instó para que fuera a verle y no pude negarme.

Jamás le estaré lo bastante agradecido, supo ver dentro de mí y darme justamente lo que me hacía falta: el valor para enfrentarme a aquello que me impedía vivir.

Ahora todo estaba en orden, al fin. Pero este era un paso para el que no sabía si estaba mentalmente preparado. Entrar en la casa de sus padres, esa misma casa a la que un día fui en busca de venganza, sería doloroso. Conocer a su familia, siendo consciente de que sabían toda nuestra historia no hacía más que aumentar mis inseguridades. No quería perder lo que tenía, pero no estaba seguro de cuánto de mí podría darle.

Sonreí fugazmente a Alexia y esperé a que abriera la puerta.

Su madre nos esperaba al otro lado.

—¡Qué bien que ya estéis aquí! ¡Pasad, pasad!

Alexia se aproximó para darle dos besos, luego llegó mi turno. Intenté no mostrar ninguna emoción y la besé con discreción bajo la atenta mirada de su hija, que intentaba leer mis expresiones y ver dentro de mí.

Clara nos condujo a una sala mucho más amplia y luminosa. Lo primero que vi al entrar fue el sofá del comedor. Ese enorme sofá naranja en el que un día vi a su padre leer el periódico. Alexia pareció captar ese detalle y me orientó estratégicamente hacia el resto de familiares para hacer las presentaciones oficiales.

Mientras cenábamos intenté centrarme en la conversación, participar en los debates y reírme de las bromas, no era más que la representación de un papel, pero me sorprendió que cada vez me sentía más a gusto. Prácticamente olvidé donde me encontraba, solo necesitaba ver a Alexia, con la sonrisa tatuada en el rostro, para saber que estaba donde debía estar.

Ella acarició mi rodilla por debajo de la mesa para infundirme ánimos,

la miré dedicándole una discreta sonrisa.

Tras los postres, algunos de los invitados salieron a fumar, eso nos permitió un momento a solas que agradecí.

—¿Cómo estás?

—Mejor de lo que esperaba —confirmé.

—No mientas, sé el esfuerzo que estás haciendo por estar aquí.

Cogí su mano para entrelazar los dedos.

—Sé que estoy algo raro, pero no es por lo que piensas.

Arqueó las cejas.

—¿Entonces?

Miré al exterior, donde el grupo seguía riendo.

—No recordaba lo que era una familia y... —me encogí de hombros—, la verdad es que me gustaría tener una junto a ti algún día.

Sus ojos me escrutaron con intensidad, intentando buscar algún indicio de broma en mis palabras.

—¿Lo dices de verdad?

Parecía que dudaba de mí, ¿por qué lo hacía? Jamás le había mentado.

—Si no lo sintiera de verdad, no lo habría dicho.

Un grito de júbilo a nuestra espalda nos hizo volvernos automáticamente.

La madre de Alexia dio una palmada antes de cubrirse el rostro con las manos y acercarse hacia nosotros.

—¡Ay, cariño! ¡Es el incienso de rosa blanca que he puesto! ¡Sabía que funcionaría!

Miré a Alexia sin comprender.

—Por favor mamá, no empieces... además, ¿no te han dicho nunca que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?

Los brazos de Clara me abrazaron desde atrás, esa familiaridad me pilló desprevenido y permanecí rígido, a la espera de su siguiente reacción.

—Te voy a dar incienso de coco —me susurró en la oreja—, cuando llegues a casa lo enciendes cerca de la habitación.

—¡¡MAMÁ!!

La noche siguió y tras los cafés, todos los invitados empezaron a irse. Cuando llegó nuestro momento nos despedimos de Clara y caminamos hasta el coche.

—¡Te toca! —Le lancé al vuelo las llaves de mi *Lexus*.

—¿Vas a dejarme conducir de noche y por la ciudad?

—Eso es —confirmé.

Arrugó el entrecejo.

—¿Y si nos paran? Te recuerdo que no tengo carné.

—No nos van a parar.

—Pero ¿y si lo hacen?

—Pagaremos la multa —contesté sin más.

Conocía todas y cada una de sus excusas y no iba a darme por vencido. Tras haber realizado diversos viajes en coche, mi siguiente entrenamiento consistió en hacerla conducir, y lo cierto es que cada vez lo hacía mejor. La autoescuela sería el próximo paso.

Una vez en el coche, metí la mano en el bolsillo de mi americana y extraje las barras de incienso que había depositado Clara sin darme cuenta.

—¿Para qué es el coco? —pregunté mostrándoselas.

Ella se echó a reír.

—Intensifica la sensualidad y sexualidad en la pareja.

Sorprendido tras esa revelación, me la llevé a la nariz para aspirar su aroma.

—¿Y cree que lo necesitamos?

Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja; estaba feliz, lo veía en sus ojos, en sus reacciones y fue inevitable no contagiarse de su felicidad.

Había olvidado tantas cosas durante todo este tiempo... no recordaba lo que era sentirse arropado por el calor de una familia, percibir el amor de alguien, la ilusión de vivir experiencias nuevas... Por primera vez en todo este tiempo, se podía decir que estaba construyendo algo. No me asustaba lo que faltaba por venir, es más, tenía ganas.

—Por si acaso haremos caso a tu madre y lo encenderemos.

Me moví en el asiento para besarla en la mejilla. Al regresar a mi sitio, cerré los ojos y me dejé llevar; estaba en paz conmigo mismo.

«Prueba superada».

~FIN~

Índice

[Agradecimientos](#)

[Prefacio](#)

[1. El anuncio](#)

[2. La entrevista](#)

[3. Óscar White](#)

[4. Andy](#)

[5. Momentos difíciles](#)

[6. Trabajar sin descanso](#)

[7. El último café](#)

[8. Desconexión](#)

[9. Desahogo](#)

[10. Trabajo en equipo](#)

[11. Oferta de "compromiso"](#)

[12. EmpresAventura](#)

[13. Mata Hari](#)

[14. Encontronazo](#)

[15. Papá y mamá](#)

[16. El viaje](#)

[17. Rio Magpie](#)

[18. Complicaciones](#)

[19. Perdidos](#)

[20. Juegos en la niebla](#)

[21. Una oportunidad](#)

[22. La cabaña](#)

[23. Arrebol](#)

[24. El hospital](#)

[25. Mi hogar](#)

[26. "No hay árbol que el viento no haya sacudido"](#)

[27. Fosfeno](#)

[28. Distracciones](#)

[29. Sueños rotos](#)

[30. La visita](#)

[31. Despedida](#)

[32. Punto de partida](#)

[33. Arrebato](#)

[34. Por un nuevo comienzo](#)

[35. Epílogo según Óscar](#)